



ANO V

NÚM. LI

LA
ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

~~~~~  
MARZO—1893  
~~~~~

AGUSTÍN AVRIAL

IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS

SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074

MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

LA DIRECCIÓN DE LAS ALMAS

EN EL SIGLO XIX



A cabo de leer un libro que me ha arrojado de un golpe en otro mundo distinto de éste en que vivimos, en una esfera de ideas y de sentimientos tan diferente á la nuestra, que me hace suponer que el relato de esta excursión moral podrá no carecer de interés, al menos por el contraste que ofrece con nuestra existencia moderna, tan atareada, tan diversa, y, sobre todo, tan exterior.

Esta literatura de *Cartas espirituales* (1) necesita, para que se la tome gusto, de estaciones y de días propicios. Apenas soporta la vida de París. Requiere condiciones de soledad y silencio, una especie de clima moral que predisponga al recogimiento. Si mezcláis esta lectura al tumulto de la vida exterior,

(1) A propósito de la *Biblioteca espiritual*, publicada por M. de Sacy, de la Academia Francesa.

encontraréis muchos motivos para que gastéis vuestra impresión y para que disipéis su perfume. Pero supongamos que os retiráis con alguno de esos libros, de un estilo exquisito y poco común, al retiro de un campo, y que cada día leéis algunas páginas, bajo las amarillentas hojas del otoño, en medio de una paz profunda fuera y dentro de vosotros; seguro es que gustaréis mejor entonces cuanto existe de noble en ese comercio afectuoso entre algunas almas escogidas. Encontraréis también, no se qué sabor divino que penetrará hasta el fondo de vuestro ser. Llegará un momento en que os creeréis mejores. Y ¿quién sabe? Acaso lo lleguéis á ser, poniendo en contacto vuestra alma con esas otras que son la bondad, la pureza misma, y de las cuales se exhala como una fortificante virtud.

Tal es, en cierto grado, el efecto

que acaba de producir en nosotros la lectura atenta y continua de cada uno de esos libritos, con los cuales el editor, encariñado con su obra, ha recogido los más preciosos restos de la literatura piadosa del siglo xvii. Es preciso no interpretar torcidamente el sentido de este título. En nuestros días, la literatura piadosa se ha mostrado singularmente estéril. No comprendo, bajo este nombre bien entendido, las obras de alta filosofía ó de polémica religiosa. Quiero hablaros de todos esos tratados de devoción vulgares que pueblan las librerías de menor cuantía. En el siglo xvii, los más ilustres obispos, los más grandes escritores, no se desdennaban de trabajar para enriquecer el tesoro de aquella literatura edificante. Nada menos mezquino que esta verdadera piedad, cuyas condiciones y reglas nos han trazado Nicolás ó Bossuet, San Francisco de Sales y Fenelón. Estos maestros de la vida interna tienen horror á todo cuanto sujeta el alma, á todo cuanto la tiene cautiva en la fórmula y la rutina. Creen rendir homenaje á Dios haciéndola más libre, y bien claro manifiestan su afán porque vaya más derecha y más alta. Al mismo tiempo que son un modelo de piedad, sus obras son un modelo de sabiduría, de rectitud, de buen sentido, educado en un sentido liberal,

porque es liberal todo aquello que eleva el espíritu y dilata el corazón.

Confesemos, sin embargo, para ser completamente sinceros, que lo que nos ha impulsado á esta lectura y retenido en ella es el atractivo literario tanto y más que el atractivo religioso. Las costumbres profanas de la vida del siglo, para hablar el lenguaje propio del asunto que tenemos entre manos, difícilmente nos permiten buscar en estos piadosos volúmenes otra cosa que los frutos de la edificación de la fe. Este ideal de pureza moral y de desinterés absoluto confunde y asombra nuestra debilidad. Siempre nos parece que Fenelón y Bossuet escriben y hablan para otras naturalezas que las nuestras, para otra humanidad. Sus consejos y advertencias espirituales vuelan más alto que nuestras almas. Esta busca curiosa de la perfección de la conciencia, no nos la podemos aplicar á nosotros mismos, puesto que en nosotros se agitan las pasiones más humanas: ¿no es preciso pensar en ser virtuosos antes de pensar en ser santos? El justo sentimiento de nuestras imperfecciones se nos aparece con la lectura de estas obras, penetradas todas de una especie de sentimiento místico que disminuye á nuestros ojos su utilidad. Débese temer, y con razón, que esta litera-

tura de santidad encuentre pocos lectores, puesto que sólo debe entrar en las almas escogidas que están á su nivel. Pero al interés de la ciencia mística hay que juntar la seducción de un arte consumado. Estas obras devotas son simplemente tesoros de psicología delicada y de bella literatura, tesoros desconocidos lo que duplica su precio. Que el más exclusivo racionalista abra por dondequiera uno de esos volúmenes; si es hombre de gusto, invenciblemente se sentirá poseído de calma. Si es artista, sabrá admirar esa lengua sutil y vaporosa, delicada y fuerte, esa penetrante energía del estilo, esa dulzura soberana, esa poderosa unción. Nada más bello se encuentra en las páginas mismas de Bossuet, que cierta carta escrita á una oscura hermana del convento de Jouarre, en la cual carta se expresa toda la fuerza del genio de su autor sobre los objetos más altos de la fe con una familiaridad llena de grandeza. En ninguna otra parte mejor que en las *Cartas espirituales* de Fenelón, se halla esta agilidad luminosa de una palabra que corre fecundándolo y esclareciéndolo todo. La sobriedad de Nicole encuentra á menudo un rasgo vivo y profundo, una imagen elocuente y justa. En su tratadito de *La debilidad del hombre*, su lógica se anima hasta llegar

á la elocuencia. San Francisco de Sales reparte á manos llenas, sobre cada página de su libro, el encanto de la más rica imaginación y de la más espiritual candidez.

No temamos tratar de cerca y texto en mano, una cuestión de historia moral importante y poca conocida: la cuestión de la dirección de las almas y de la vida interior en el siglo xvii. Por distante que este siglo se halle de nuestras costumbres y hábitos literarios, tal cuestión nos ofrece vivo interés. Felices seríamos al comunicar á nuestros lectores algo de nuestra curiosidad hacia este asunto que toca al fondo más íntimo y á las más delicadas partes de la conciencia humana. Nuestro plan nos será muy riguroso: después de haber definido lo que es preciso entender por la dirección, seguiremos la marcha errante de los escritos de esos ilustres directores de la vida espiritual, San Francisco de Sales, Bossuet, Fenelón, tratando de caracterizar lo que hay de particular y de nuevo en cada uno de ellos, y recordando de pasada algunas de esas palabras que iluminan hasta las profundidades del corazón. No tenemos en esta materia pretensión alguna doctrinal. Desde un punto de vista completamente profano y laico, por decirlo así, nos proponemos considerar la cuestión. Historiadores

curiosos seremos, en modo alguno observadores y psicólogos. Con un fenómeno olvidado, presentando una fase completamente desaparecida de la vida moral, nos proponemos fijar la atención de nuestros lectores.

I

En ninguna época como en el siglo xvii, se han preocupado tanto los hombres de la vida interior, de sus condiciones y deberes. La frase misma nos resulta completamente nueva. ¿Qué es en la actualidad el hombre? ¿Qué la mujer de mundo? Para los unos la vida es un largo camino lleno de cuidados, para otros una disipación continua en fiestas y brillantes alegrías, para otros, en fin, una viva mezcla de negocios y placeres; pero en esta sucesión rápida de emociones violentas hay pocos intervalos de reflexión. ¿Dónde encontrar, en medio de los mil incidentes de la existencia, ese lugar moral, esa libertad de espíritu que permite que nos repleguemos sobre nosotros mismos y pensemos un poco en este huésped que consideramos como extranjero, en nuestra alma? La última cuestión que nos proponemos

es seguramente la de nuestro perfeccionamiento moral. El interés, la diversión, la ambición, no son parte bastante á llenar la capacidad de nuestros cerebros. Cuando se corre tan desenfrenada carrera tras la fortuna ó el placer, ¿hay, en conciencia, tiempo de consagrar un pensamiento, una reflexión á tal cualidad ó á tal virtud que nos falta?

Lo esencial es no hacer nada que pueda comprometer la consideración de que gozamos. Nos acostumbramos á tomar así en la opinión la regla única de nuestras acciones, y se tiene por un pedante incómodo á cualquiera que exija más para sí mismo ó para los otros. ¿No es de esta manera como se gobierna el mundo, y, por ventura, en lo que dejamos dicho hay la menor exageración?

No viéndose más que este aspecto de las cosas, el alma se debilita y degrada. Como la descuidamos, ella también se descuida, é incomodada de sí misma, se derrama exteriormente para huir. Se siente acometida de vértigo y aumenta el movimiento de torrente que la arrebatada. No tiene su propia posesión en este rápido deslizarse. Las sensaciones se acumulan, pero el ser sensible no se siente á sí mismo. Al perseguir tan furiosamente la vida se aturde con su propio ruido y pierde todo el aprecio hacia la vida misma.

Vivimos para nosotros mismos y en los otros. La ley religiosa es precisamente todo lo contrario, es vivir en sí y para los otros. El cuidado continuo del perfeccionamiento espiritual y la caridad: he aquí la ciencia de la moral evangélica. No pretendemos que el ideal de esta alta y difícil moral haya sido plenamente cumplido en el siglo xvii. Lejos de esto; estaban demasiado vivas las pasiones, las ambiciones eran demasiado ardientes, las costumbres demasiado libres y demasiado vecinas aún de la ciencia del siglo precedente para que sea permitido creerlo. Pero existía un correctivo poderoso para esta indisciplina: la costumbre de la vida interior. En medio de las existencias más frívolas ó tempestuosas, era raro que no se reservasen algunos instantes de silencio y de soledad para pensar en sí. La palabra de un predicador inspirado, la lectura rápida de uno de esos trataditos de teología ó de moral extraviados en las calles y en los *boudoir*, el encuentro de estas altas piedades de gran mérito, como la que consagra la vejez de Condé, eran circunstancias que sacaban al hombre de su disipación ó le despertaban de sus extravíos. Entonces, si la superficie del alma era poco cristiana, el fondo generalmente lo era. En las horas tristes bajo la desgracia de la mala fortuna

ó en el crepúsculo de una vida delinciente, al calmarse las pasiones, el fondo religioso reaparecía; la vida interior emprendía su curso, durante largo tiempo turbado, violentamente arrojado fuera de su camino, y volvía á menudo hacia el abandonado surco. Era el momento propicio para estos ilustres arrepenimientos, que preparaban á los más grandes hombres de aquel tiempo, á los ministros, á los cortesanos, á los militares, á las mujeres de mundo, santas muertes. Nuestro escepticismo se sonríe á la vista de las penitencias súbitas que rompen bruscamente con su antigua vida, en el momento de terminarla. Nosotros las suponemos, sin embargo, sinceras. No se reflexiona que estos golpes de la gracia, como entonces se decía, eran mucho más naturales de lo que ahora suponemos. Existía en el fondo de casi todas las almas una fe sorda, alguna cosa como el fuego oculto de un cristianismo interior que no esperaba para inflamarse más que una ocasión viva y oportuna. Sin duda que el mal era grande, y sólo una admiración ciega podría considerar estos tiempos como el modelo de la humanidad. El mal era grande, pero no carecía de correctivo ni de remedio. Apenas si existía una sola vida que no dedicase al cuidado de su alma una hora al día. ¿Qué tiempo es el que

dedicamos nosotros á ese cuidado?

El objeto de la vida interior, el lugar en donde se refugiaban las almas fatigadas por la ambición, engañadas por la fortuna ó desilusionadas del placer por haberlo esperado demasiado, era la costumbre del examen de conciencia. No nos sonriamos con esta frase. Filósofos como Séneca han recomendado esta práctica, la más sana y fortificante que existe en el mundo. Esta obligación de entrar en sí mismo de tiempo en tiempo y de interrogar al último fondo del ser, ese fondo que escapa á la mirada y á la apreciación de los hombres; una escrupulosa vigilancia que se ejerce sobre el nacimiento y desarrollo de las inclinaciones sobre la complicidad secreta del alma por el mal ó por la pereza de la represión; un vivo deseo de ser sinceros con nosotros mismos, una noble alegría (sin orgullo y sin presunción, porque esto lo echaría á perder todo) de sentirnos más valientes y más fuertes, ó lo que á menudo sucede, tristezas saludables, vergüenzas generosas que siguen á nuestras enfermedades ocultas, la humillación de encontrarnos lejos aún del objeto entrevisto ó esperado, y, para concluir, una decisión vigorosa que prepara el porvenir condenando el pasado, ¿no son una maravillosa higiene del alma, y la

pura moral filosófica no la ha adoptado también? En el siglo xvii casi todo el mundo ejercía esta práctica; no recurrían todos á ella con igual eficacia, pero casi todas las gentes frívolas, lo mismo que las gentes austeras, se ejercitaban en ella. Para nadie eran perdidos esos momentos: el sabio se fortificaba; la frivolidad se veía obligada á pensar. No era esto una conversión, pero los más disipados, en sus horas de reflexión rápida arrojados en el curso de su vida, recibían algunos gérmenes de ideas serias que conservaban en medio de sus más locas alegrías, y que más tarde, en circunstancias tranquilas, podían fructificar.

La vida interior no era sólo entonces una costumbre; era casi un arte. Las almas ávidas de perfección y amantes de Dios, no se contentaban con la práctica de la piedad vulgar; tenían necesidad de alguna otra cosa más sabia y refinada. La virtud, la piedad, la devoción, tales eran los grados del perfeccionamiento místico por los que penosamente iban subiendo, deteniéndose á cada paso para darse cuenta del camino, para tomar aliento y continuar con corazón valiente esta atrevida ascensión hacia el cielo. Elegían objeto tan alto y seguían vías tan rudas, que no es maravilla que tuviesen necesidad de auxilios particulares y de apoyo. De aquí nació esa

ciencia del gobierno de las almas que se ha llamado dirección espiritual, y de la cual tenemos á la vista curiosos monumentos.

La dirección de las almas es la vida interior gobernada y perfeccionada. Mas nótese bien; se trata de un gobierno particular, no general. La moral cristiana á todos conviene. En sus grandes y vastos preceptos abraza la universalidad de la vida y del mundo. La dirección, por el contrario, es la conducta especial de un alma, y se modifica de mil maneras según el temperamento religioso de cada una. Aplica el remedio allí donde hace falta, desigualmente activo según la naturaleza y gravedad del mal. Todas esas almas bellas tienen su herida íntima y su llaga que sangra en secreto. Es preciso examinarla, sondarla con la vista y con la mano, y tratarla con cuidados infinitos y con un arte tan delicado como preciso. Padecen las unas exceso de escrúpulo. Es la enfermedad de las almas puras á quienes espanta la sombra de un mal pensamiento pasando sobre el fondo inmaculado de la conciencia. Las otras, desiguales y sobreexcitadas, caen desde un arrebató inmoderado de amor y de alegría, en un abatimiento sombrío y en una aridez que las desespera. *No son sensibles*, según dicen; se imaginan que no

aman á Dios porque no gozan en amarle. Otras, en fin, nacidas para las grandes aventuras del espíritu, tienden á una perfección quimérica que las aleja de la verdadera. A cada una de estas almas en pena, es menester hablarles en su lenguaje; es preciso emplear distintos medios, según los casos, reprimir, animar, consolar, dirigir; es menester emplear todos los tonos: la dulzura, la autoridad, y algunas veces la amenaza y hasta la ironía, teniendo siempre presente que la discreción debe procurar constantemente no irritar el mal contristando al enfermo. Se ve, pues, cuántas dificultades existen en la práctica y qué cantidad de tacto, de penetración en el espíritu, de seguridad en la mano es necesaria para cuidar estas almas heridas por modos tan diversos. En este nivel de perfección, el más ligero error sería de excesiva gravedad.

Algo más de dulzura, un poco más de severidad que la necesaria, ocasionaría que esta ó la otra imaginación se aventurase en vías peligrosas, ó que esta ó la otra voluntad se abatiese ó languideciese. Una sola alma que haya que guiar, supone responsabilidad grande. Esta alma será todo ó nada, según lo que queráis que sea.

Fácil será de comprender que la dirección es más bien un privilegio

que un derecho común. No todos los fieles podrían pretenderle de igual modo. Es preciso, para ser dirigido en las vías de la alta devoción, que se posea algún mérito particular, del cual no siempre sabemos darnos cuenta á esta distancia del tiempo, pero que ha provocado en algunas almas predilección y atención especiales. A veces una humilde mujer, como la hermosa Cornuau, retiene durante veinticuatro años, fijos sobre ella y sobre los movimientos más delicados de su corazón, las miradas y la atención de Bossuet. Otras, una dama ilustre por su rango en el mundo y notable por su viva piedad, como Mad. de Chantal, es objeto de los cuidados de San Francisco de Sales, ó como Mad. de Manthezon, de los de Fenelón. En general, es en las clases más elevadas de la sociedad, donde la dirección se ejerce. El ejemplo de la hermosa Cornuau es raro. Existe cierto lazo natural y recíproco entre el celo de estos grandes prelados y la piedad patricia. Uno y otro están entre sí como uña y carne. Temo que la distinción de clases no se conserve en ese nivel, y que exista algo de espíritu aristocrático en la predilección de que se deja hecho mérito. De todos modos, aunque así fuese, ¿habría mucho de qué asombrarse? La falta, más sería de los tiempos

que de los hombres. Ese comercio espiritual supone tales refinamientos de delicadeza, tal quintaesencia de piedad, y un amor á la perfección que jamás se encuentra, si no es en ciertas condiciones de cultura intelectual, y esas mismas condiciones raramente se encontrarían entonces, fuera de las grandes casas en que las tradiciones de familia, sostenidas por una educación distinguida, obligan á pensar más alto que el resto de la humanidad. Actualmente todo esto ha cambiado. Creemos de buen grado que la dirección espiritual se ha acomodado al progreso social y se ha hecho más dúctil.

Es además preciso comprender que estas elecciones especiales de un alma no perjudicaban á nadie. La dirección no usurpaba ninguno de los derechos reservados al tribunal de la penitencia. En todo caso, los directores de la vida espiritual establecían esta distinción de los dos órdenes y de las dos esferas de acción: la confesión y la dirección. El director no es el mismo que el confesor. Al uno se debe la confesión de las faltas, al otro la confidencia de las penas secretas y de las tribulaciones. Tiene el uno el poder de absolver, el otro no tiene más que el poder de consolar. El uno es, por decirlo así, el ministro impersonal de Dios, el otro es un

amigo superior, un confidente y un maestro. ¿Quién no verá que en el dominio de las cosas espirituales como en las de la vida ordinaria, la amistad particular es un don gratuito? Se le concede ó se le retiene á quien se quiere; pero no se le da á nadie. Todo fiel tiene derecho á la penitencia, nadie tiene derecho absoluto á ese comercio especial de la dirección. Parecerán acaso sutiles y ociosas estas distinciones, del mismo modo que nos parecen extrañas las ideas sobre que ellas se apoyan. Sin embargo, poseen su importancia por lo menos histórica, puesto que estas ideas tienen su asiento en las costumbres de nuestros antepasados. El desdén en esta materia sería injusto. Creo que nada hay indiferente allí en donde por cualquier concepto interviene la conciencia.

No temo insistir. Estas especiales afecciones que existen en la dirección espiritual, están en conformidad con el más puro espíritu del cristianismo y de su tradición. Oigamos á San Francisco de Sales, excusándose de hacer condiciones particulares hacia la piedad en medio de los asuntos y preocupaciones de una extensa diócesis. «¿Quién no sabe que Timotea, Tita, Filemon, Onésimo, Santa Tecla, Apia, eran los hijos queridos del gran San Pablo, como San Marco y Santa Pe-

tronila lo eran de San Pedro? ¿No escribió San Juan una de sus epístolas canónicas á la devota dama Electa? Es un trabajo, lo confieso, conducir á las almas particularmente, pero un trabajo que consuela, parecido al de los segadores y vendimiadores, que sólo quedan contentos cuando se ven agobiados bajo el peso de los frutos. Es un trabajo que dilata y aviva el corazón por la suavidad que proporciona á los que lo emprenden como el cinamomo á los que lo portean en la Arabia Feliz. Se dice que cuando la tigre encuentra á uno de sus hijuelos que el cazador le deja en el camino para despistarla mientras que él se lleva el resto de la cría, lo coge la fiera, por gruesa que sea, y más ligera que de costumbre emprende la carrera para ocultarlo en su guarida. ¿Cómo, pues, un corazón paternal no ha de sostener un alma que encuentre en el camino de la santa perfección llevándole como la madre hace con su hijo, sin resentirse con el peso del ser bien amado? Pero es menester que sea aquel un corazón paternal; por esto los Apóstoles y hombres apostólicos llaman á sus discípulos, no sólo hijos suyos, sino más tiernamente, sus pequeñuelos.» A esta nomenclatura de ilustres ejemplos sacados de las entrañas mismas del cristianismo hubiese podido añadir el piadoso obispo mu-

chos nombres, entre otros los de grandes damas romanas que San Jerónimo dirigió desde el fondo de su soledad y el de la devota Florentina á la que escribía San Agustín. Es, pues, un hecho esencialmente cristiano, el de la dirección de las almas; puedo añadir que es un hecho exclusivamente cristiano. Temo, aunque no lo diga, no poder seguir en todas sus conclusiones una obra de ciencia delicada y de moral exquisita (1). El autor se ha propuesto mostrar en las *Cartas á Sucilio*, el principio y como el origen de la dirección espiritual. Nada más ingenioso que las pruebas que encierran todas sus citas, hábilmente reunidas, y las analogías que presenta, verdaderamente curiosas. Se queda uno encantado y casi convencido. Para mejor convencerme he vuelto á leer el libro y el encanto se ha disipado. Se encuentra de este extraño compuesto de moralista elocuente y de sofista, algo del Séneca que todos conocemos. En vez de un consejo afectuoso, excrutando con severa compasión los sufrimientos particulares del alma bien amada y sacando del fondo del corazón las palabras que pueden curarla, se encuentran hábiles desarrollos sobre un objeto dado, avisos

aplicables á todo el mundo, fragmentos de un tratado de moral colocados en forma de carta por obra del azar. Séneca pudo presentir quizá esa amistad particular por un alma que es el principio de la dirección espiritual. Pero de seguro no sintió ni las conmovedoras ternuras que ella supone ni su devoción. Me atrevería á preguntar si ama á Sucilio de otro modo que como á discípulo, iba á decir como á un eco que le devuelve esta voz brillante, cuya filosofía, poco cándida, resulta tan cándidamente encantadora.

La forma más elevada y más pura de la amistad ha comenzado con el cristianismo. Ella durará tanto como él. Tiene, sin embargo, preciso es decirlo, sus secretos peligros y de naturaleza sumamente delicada. Fenelón no los disimula en una admirable carta sobre la dirección en que todo está resumido con una precisión rápida que no es propia de sus costumbres literarias. «Las cosas mejores son las más difíciles, porque su abuso es peor que el de las cosas menos buenas. He aquí por qué la dirección está tan desacreditada. El mundo la mira como el arte de guiar los espíritus débiles, sacando partido de ellos. El director pasa por un hombre que se sirve de la religión para insinuarse, para gobernar, para satisfacer su ambición,

(1) M. Martha: *Los moralistas bajo el Imperio romano*.

y se supone á menudo que la dirección, teniendo en cuenta el sexo, tiene mucho de divertimiento y de irrisión. Tantas gentes hay que sin pertenecer ni á los escogidos ni experimentados se ponen á conducir almas, que no debe asombrarnos que lleguen á menudo á cosas irregulares y poco edificantes. Desarrollando más adelante con fuerza esta misma idea, de la cual se preocupa lo mismo que Bossuet, quiere que se huya con horror de todo lo que tienda al divertimiento y al agrado. Nada debe haber que no sea serio, modesto y edificante en las conferencias en que se trate puramente de la vida eterna. El director pierde su autoridad, rebaja su ministerio y perjudica mortalmente á las almas, cuando observa conducta poco grave ó poco reservada. La desgracia estriba en que las personas débiles, como lo suelen ser las mujeres, encuentran demasiado frío y seco todo lo que es serio y alejado de lo agradable. Creen que no se las escucha si no se las deja decir cosas inútiles antes de entrar en la cuestión. Buscan un comercio de vana consolación más bien que un consejo recto y vigoroso para ir hasta Dios. Por esto rechazan directores que podían serles muy útiles y buscan á los que no tienen inconveniente en perder el tiempo con ellas.

»¡Oh! Si supiesen lo ocupado que

es el tiempo para los sacerdotes, encargados de rezar por sí mismos y por toda la Iglesia, de meditar profundamente sobre la ley de Dios y de trabajar para dirigir á tantos pecadores, sin duda que temerían desperdiciar tiempo tan precioso empleándolo en discursos superfluos.»

Estos peligros nada tienen de imaginarios. Por esto se ve á San Francisco de Sales y á Fenelón ocupados en trazar reglas de soberana sabiduría para la elección de director. «Elegid uno entre mil, dice el P. Avila, y yo digo — exclama San Francisco de Sales — elegidlo entre diez mil, que no son menos los que pueden ser considerados capaces para tan arduo oficio: hace falta estar lleno de caridad, de ciencia y de prudencia: si falta alguna de estas cualidades, la elección es mala.» Fenelón insiste mucho sobre este particular: «como no se puede ni comparar las perfecciones de los hombres, ni conocer el fondo de su ser, nos dañan las muestras exteriores que es preciso tener en cuenta, tales como la vida retirada, la conducta constante en los distintos empleos, la paciencia, la dulzura, la igualdad, la franqueza, el alejamiento de toda diversión y placer, la firmeza en las buenas máximas sin violencia y sin exceso, la experiencia en la oración y en las cosas exteriores; en fin, cierta reserva

para dar el auxilio necesario á las personas á quienes conducimos sin caer jamás en conversaciones inútiles. Sin esto, la elección no será buena».

El mismo Fenelón se espanta de la perfección que hay derecho de exigir á un director. «¡Cuántos hay que *conducen* sin ciencia ni piedad y sólo con algunas apariencias engañosas! ¡Cuántos que no poseen más que una ciencia seca y abstrusa! ¡Cuántos que tienen ciencia y piedad, pero una piedad sin experiencia y que no conocen más que las afueras de la casa de Dios! ¡Cuántos otros que sólo tienen experiencia sin ciencia! ¿Dónde, pues, están los otros? ¿Qué pequeño es su número! ¿Dónde están y quién se atreverá á esperar que ha de encontrarlos?

» Por mi parte, lo confieso, encuentro otro mal, al cual soy particularmente sensible. A fuerza de tribulaciones secretas y de turbaciones, temo que el alma devota no se canse de sus luchas, no se entregue completamente en manos de otro, y no busque su reposo en una abdicación. Este temor me acomete involuntariamente cuando veo la inquietud de esas imaginaciones que una nonada turba y desespera, y que fatigan al director con escrúpulos inocentes. En este estado de la devoción superior, no es

posible permitir, sin consultarlo, una sola indicación, un solo suspiro, un solo gesto del alma. Se tiene pavor de todo ello, y, sobre todo, de sí mismo.

» El deseo de aspirar á la perfección produce un terror de perderla, que paraliza el movimiento interior, la vida propia. Cada fenómeno, hasta los más pequeños, cada nuevo estado, tan pronto como se manifiesta, es objeto de inacabables comentarios. Se razona sin tino sobre tal desvanecimiento ó distracción ocurridas al tiempo de orar. El exceso de análisis acarrea el peligro de matar la vida interior casi tanto como la ausencia de reflexión. Analizando así, sin cesar, el alma se inmoviliza por el temor de caer. Sé bien, y tengo innumerables pruebas de ello, que los directores de la vida interior luchan con todas sus fuerzas contra esta perniciosa tendencia, que no es en su lengua más que una forma refinada de la tentación. Todos sus consejos van á excitar á esas pobres almas propensas al temor, y á conmover sus corazones, que el escrúpulo aterroriza. Pero esta tentación es casi inevitable, y brota casi infaliblemente de la práctica de la dirección. Se encuentra no sé qué pereza agradable en este abandono de uno mismo en manos de otro. La vida personal es un honor, pero es al mismo tiempo

una fatiga, y creyendo renunciar solamente al honor y al orgullo de vivir por nosotros mismos, se renuncia á la vez á la fatiga de elegir y á la responsabilidad de la elección.

La apariencia de la humildad puede ocultar, aun en este exceso de la vida espiritual, no sé qué fondo de inercia y dejadez, que se acomoda voluntariamente á un estado pasivo, y que nos hace que gustemos más ser el barco que el gobernalle. Es una especie de felicidad sentir que no nos pertenecemos, porque se espera vagamente que no tendremos necesidad de responder por nosotros. ¿No existe aquí un verdadero mal? ¿Qué prudencia consumada no es menester en un director para salvar las almas que han acudido á él? He aquí el peligro más serio de la dirección. Bajo ningún pretexto, el alma no tiene derecho á abdicar su propia responsabilidad; no tiene derecho á renunciar á la noble fatiga de vivir.»

II

Nos hemos apresurado á salir de estas generalidades para ver la dirección en acto de uno de sus más ilustres representantes. Citaremos mucho; es la única manera de que

pueda ser apreciada la obra viviente de la dirección. San Francisco de Sales es unánimemente reconocido como el más ilustre maestro de la vida interior. Fenelón le dedica en muchas ocasiones alabanzas finas y delicadas. «Su estilo cándido—escribía á Mad. de Montbezon (recomendándole la meditación de sus obras)—muestra una amable simplicidad, que tiene en sí todas las gracias del espíritu profano. Se ve en él un hombre que, con grande penetración y perfecta delicadeza para juzgar del fondo de las cosas, y para conocer el corazón humano, no sueña más que en hablar como hombre sencillo, á fin de esclarecer y perfeccionar á su prójimo. Nadie conoce mejor que él la más alta perfección; pero tiene preferencia por los pequeños, y nada desdeña jamás. Se iguala con todos, no para complacerlos, sino á fin de ganarlos para Jesucristo y no para sí.» En el mismo orden de ideas encontramos una frase encantadora: «Todo aquí es consolador y amable, aunque sólo aconseja á morir. Todo es en él experiencia, sentimiento y luz de gracia.» Sigamos un poco al azar esta luz de gracia, de la cual están llenas sus obras.

La *Introducción á la vida devota*, no es un tratado general de dirección, es una serie de reflexiones particulares dirigidas á Filotea y

reunidas más tarde, después que el autor hubo puesto en ellas un poco de orden y de enlace. Sabemos que Filotea es Mad. de Chantal, una de las santas más amables de los tiempos modernos y la hija espiritual del piadoso obispo. Aunque el plan de la obra no es muy riguroso, hay, sin embargo, cierto fondo de regularidad que no se nota al principio. Es la iniciación de un alma verdaderamente llena de honor y de virtud en los secretos de la verdadera devoción y su conducta sucesiva al través de los ejercicios convenientes, hacia el término más elevado de la vida religiosa, á la unión con Dios. El santo director coge esta alma desde su primer deseo de la vida devota; la sostiene y le da valor para convertir su deseo en una entera resolución, la afilia poco á poco en la práctica, y una vez que ha entrado felizmente en esta vida nueva, toma á pechos hacerla recorrer los diversos grados de la perfección mística, enseñándole la manera de orar bien, de orar siempre, llenando, no obstante, los deberes de su estado y de poner, por decirlo así, á Dios, en cada una de las situaciones de su vida. Dirigiéndola hacia las verdaderas virtudes poniéndola en guardia contra la seducción de los falsos, contra toda especie de tentaciones, contra las tristezas y los desfallecimientos. En

fin, cuando ya está dentro de estos caminos, hacerla *que se reconcentre en sí misma, para descansar, para tomar alientos y reparar sus fuerzas, para que pueda en adelante avanzar en su camino*; tal es el asunto de este delicioso librito, que no es, después de todo, más que la historia de un alma que sufre el mal del cielo, curándola de su mal por la oración y la caridad.

El plan no es nada, los detalles son todo. No es posible imaginar una piedad más llena de resplandor en un guía espiritual. Arde en deseo de retirar esta alma de los lazos del mundo y de comunicarle el gusto por las cosas divinas, después del cual todas las demás desagradan. Pero esto no excede un solo instante el derecho riguroso de la dirección. Nada iguala la discreción de su ternura ni la delicadeza de sus consejos. Tiene horror á esas violencias de celo que, bajo pretexto de conducir el alma al heroísmo religioso, le inspiran un dañino espíritu de rebelión contra la familia y el mundo en que su condición la obliga á vivir. He aquí algunos pensamientos de San Francisco de Sales que esclarecen por completo esta moderación exquisita y este tacto perfecto: «Dios—dice—dispone en la creación que las plantas lleven su fruto según su género; del mismo modo manda á

los cristianos, que son las plantas vivas de la Iglesia, que produzcan frutos de devoción cada uno, según su vocación y cualidad... Es preciso acomodar la práctica de la devoción á las fuerzas, á los negocios, á los deberes de cada hombre en particular. Yo os lo suplico, Filotea. ¿Sería conveniente que el obispo quisiese ser un solitario como los cartujos? Y si los casados obrasen como los capuchinos, si el artesano estuviese todo el día en la iglesia como el religioso, esta devoción, ¿no sería ridícula, desarreglada é insoportable? No, Filotea; la devoción á nada perjudica cuando es verdadera, antes bien, todo lo perfecciona, y, cuando es contraria á la legítima vocación de cada uno, es, sin duda, falsa... No solamente la verdadera devoción no perjudica á ninguna especie de vocación ni de negocios, sino que, por el contrario, ella los adorna y embellece: el cuidado de la familia más apacible, el amor del marido y de la mujer más sincero, el servicio del príncipe más fiel y toda suerte de ocupaciones más suaves y amables. Dondequiera que estemos, podemos y debemos aspirar á la vida perfecta.»

Francisco de Sales no olvida jamás que escribe para una persona obligada á mantener su rango en el mundo, esforzándose por marcar el justo medio entre dos extremos

igualmente perjudiciales que consistían en buscar ó en huir con exceso la sociedad. En este justo medio cuidadosamente observado reside la verdadera *devoción civil*. Sólo prohíbe á Filotea las conversaciones malas. «Las otras conversaciones tienen como fin la honestidad, como son las visitas mutuas y ciertas asambleas que se hacen para honrar al prójimo. En cuanto á éstas, conviene ni ser supersticioso en practicarlas ni ser tan incivil que se las desprecie, sino satisfacer con modestia el deber que ellas suponen, á fin de evitar la rusticidad y ligereza.» Es este un vicio, dice expresamente, tan riguroso, agreste y salvaje, que ni se permite á sí mismo ni permite á los demás el más ligero recreo. Para todos los que no hacen peligrar para la virtud, no hay necesidad, para usar bien, de ellos más que de la correspondencia que da á cada cosa la importancia, el tiempo, el lugar y la medida. Danzad y jugad, siempre que sea por recreo y no por afecto, por poco tiempo, y no hasta abandonarse ó dejarse arrastrar. Danzad y jugad para condescender ó complacer á la honesta sociedad en que vivís, según os aconseje la discreción y prudencia; porque la condescendencia, *renuevo de la caridad*, hace buenas las cosas indiferentes y las perniciosas permitidas. De las

danzas, os digo, Filotea, lo que los médicos dicen de las setas: las mejores no valen nada; y yo os digo que los mejores bailes no son buenos: si no hay más remedio que comer setas, cuidado de que estén bien condimentadas. Si es preciso ir al baile, cuidado que vuestra danza tenga la debida compostura. Mas ¿cómo ha de ser esta compostura? Modesta, digna y con buena intención.» ¿No es esta una devoción que tiene mucho encanto? ¿Y no hay una especie de sonrisa en esta sabiduría que conduce á Filotea á las puertas del baile?

No creáis, sin embargo, que la vigilancia del pastor duerme un solo instante. Vivo y presente está á la cabeza de todos los acontecimientos y aun de los simples movimientos del corazón. No ignora que en esto estriba el encantador peligro de las almas generosas, y que las más amables cualidades pueden ser enredadas en estos lazos. Las almas secas están al abrigo del peligro: en su frialdad estriba su seguridad. El que no es amable difícilmente ama. Mas la bondad, la ternura, la sensibilidad, son cualidades que atraen el amor; he aquí lo que el buen obispo teme por su querida Filotea. Sobre esta delicada materia insiste mucho. «El amor ocupa el primer lugar entre las pasiones del alma, *es el rey de todos*

los movimientos del corazón. Convierte todo lo demás á sí. Tened, pues, buen cuidado, Filotea mía, de que éste no sea malo, porque seréis entonces mala.» Hay en esta parte del libro toda una psicología del amor, en que se revela bajo formas de una adorable sencillez una experiencia profunda. San Francisco de Sales indica al principio á Filotea las variedades de la frívola y mala amistad, y mezcla con este análisis de las debilidades del corazón vivos retratos sacados del mundo. Escogeremos algunos casi al azar. «La amistad fundada en la comunicación de los placeres sensuales es grosera é indigna del nombre de amistad, del mismo modo que la que se funda en virtudes frívolas y vanas, porque estas virtudes dependen también de los sentidos. Llamo *virtudes frívolas* á ciertas habilidades y cualidades vanas á que los espíritus débiles llaman virtudes y perfecciones: oid hablar de las mujeres y de los hombres jóvenes, y de seguro oiréis decir: tal caballero es muy virtuoso, reúne muchas perfecciones, porque baila bien, juega bien á toda especie de juegos, viste bien, canta bien, requiebra bien y tiene linda cara. Así, pues, como todo esto se refiere á los sentidos, las amistades que de ello provienen se llaman sensuales y merecen más bien el

nombre de retozo que el de amistad. Estas son de ordinario las amistades de la juventud que se prendan de los mostachos, de los cabellos, de las miradas, de los trajes, del orgullo, de la palabrería, amistades dignas de la edad de los amantes *que no tienen todavía ninguna virtud más que en embrión, ni ningún juicio más que en capullo.* Estas amistades no son más que pasajeras y se funden como la nieve al sol. Y como estos tontos amores van ordinariamente á confundirse y abismarse en sensualidades muy feas, si es que esto no es el primer designio de los que las ejercen *solamente se detienen á engañar los corazones con deseos, suspiros, anhelos y otros tales poderíos y vanidades.* Nadie excede al sabio director en penetrar en las frívolas pretensiones de la vanidad y en los motivos que se ocultan en el fondo de lo que llama desdeñosamente los *amoríos del mundo.* «Los unos no tienen otro objeto que hartar sus corazones en dar y recibir el amor, siguiendo en esto su inclinación, y estos tales no miran á nada para la elección de sus amores, sino á su gusto é instinto, fijándose solamente en lo agradable, sin examinar lo interior: comenzaron esta comunicación de amoríos, y se enredaron en las miserables mallas, de las cuales difícilmente podrán escapar.

Los otros se dejan ir por vanidad, aun estando avisados, que no se obtiene pura gloria en dejarse ligar y prender por el amor. Estos, haciendo su elección por la gloria, arman sus lazos y tienden sus redes en lugares especiales, raros é ilustres; los otros se dejan guiar ó por su vanidad ó por su inclinación ó por ambas cosas á la vez.» Y se dirigen á las mujeres vanas que quieren causar amor sin dejarse prender por él. «¡Cuánto peligro en este juego!—exclama el santo. Creeréis que no recibís una centella de ese fuego de amor, y os asombraréis de ver que en un momento os habrá inflamado todo el corazón, reduciendo á ceniza todas vuestras resoluciones y convirtiendo en humo vuestra reputación. ¡Oh locos é inocentes! ¡Creéis encontrar el amor porque lo manejáis á vuestro gusto? ¡Qué ceguedad es esta de jugar así contra gajes tan frívolos la joya principal del alma! ¡Ay! Tenemos poco amor hacia aquellas cosas que son necesarias para amar á Dios, y sin embargo, ¡miserables de nosotros!, lo prodigamos y derrochamos en cosas tontas, vanas y frívolas, como si aquel amor nos sobrara. Toda composición con el enemigo conduce el alma á su pérdida. No digáis jamás, le daré oídos, pero le cerraré el corazón. ¡Oh mi Filotea, por Dios! Sed rigurosa en tales ocasiones; el corazón y los

oídos tienen entre sí íntima relación, y así como es imposible poner dique á un torrente que descende por la falda de la montaña, así también es difícil impedir que el amor que cae en el oído no apresure su caída hacia el corazón... Tengo lástima á cualquiera que cae en estas redes de amoríos: cortad, tronchad, romped. No conviene detenerse á descoser estas locas amistades; es preciso arrancarlas. No basta desasir las ligaduras, es menester cortar y romper esos lazos que nada valen.»

Es cosa sabida que San Francisco de Sales no temió peligro alguno de esos amores vulgares para la querida alma que él dirigía. «Filotea tiene el corazón demasiado grande para dar albergue á este *enjambre y hormiguero de locos amores y retozos*. Pero el mal tiene infinitos medios para tentar el alma, y no se dirige á los nobles corazones como á los corazones frívolos. Los tienta, por decirlo así, por medio de su propia grandeza. De todos los peligros, éste es el más temible porque es el más delicado. El amor es ingenioso para disimularse bajo las exterioridades de la piedad, del desinterés y de la virtud, trata al principio de alcanzar el nivel de las grandes almas, después por insensibles pasajes las atrae hacia sí.»

He aquí lo que nos muestra con una rara delicadeza el santo obispo: «La miel de Heraclea, que es tan venenosa, se parece á la otra miel que es tan saludable; gran peligro hay en tomar la una por la otra, ó de tomarlas juntas, porque la bondad de la una no impediría lo nocivo de la otra... Se comienza por el amor virtuoso, pero si no es bien fuerte, se mezclará con el amor frívolo, siguiendo luego el amor sensual; sí, hasta en el mismo amor espiritual hay peligro, si no se tiene la suficiente fortaleza para estar en guardia.»

Animándose después en la persecución de este pernicioso amor, lo analiza y lo penetra en todas sus perfidias secretas y lo presenta opuesto en todos sus rasgos á la verdadera amistad. «La amistad mundana produce ordinariamente un gran cúmulo de dulces palabras, un gran halago de frasecillas apasionadas y de alabanzas sacadas de la belleza de la gracia y de las cualidades sensuales; pero la amistad sagrada tiene un lenguaje simple y franco; no puede alabar más que la virtud y la gracia de Dios. La falsa amistad produce una desviación del espíritu que hace vacilar á la persona, impulsándola á miradas afectuosas, melindrosas é immoderadas; á caricias, á suspiros desordenados, á quejas por el ser ama-

do, á los pequeños, pero buscados y atrayentes gestos, presagios ciertos de una ruina próxima de la honestidad; pero la amistad santa no tiene más que ojos sencillos y púdicos, ni más caricias que las puras y francas, ni más suspiros que por el cielo, ni más quejas que cuando Dios no es amado.» Tales son las señales infalibles en que Filotea reconocerá la honestidad sincera de los afectos. Si ella se equivoca será porque quiera. Su ignorancia no disculpará su falta. Se siente en sus consejos que el amable santo que los da es un caballero nacido en el gran mundo, y dirigiéndose á una mujer también de alta alcurnia. Tiene el estilo de la cortés sociedad de entonces, el estilo casi de Astrea, transportada á la esfera de la más alta espiritualidad.

Estos consejos de dulce y penetrante sabiduría son de todos los tiempos; su oportunidad es eterna. Lo que cambia, lo que envejece, es el lenguaje, la forma exterior de los sentimientos. No existe diferencia más que en la superficie. El corazón humano es siempre el mismo en sus ilusiones voluntarias que en sus instintivas perfidias. Cambiemos algunas palabras en el lenguaje de San Francisco de Sales y veremos cuánto se ajustan sus avisos á nuestro tiempo y á nuestras costumbres. No se trata al presente de males se-

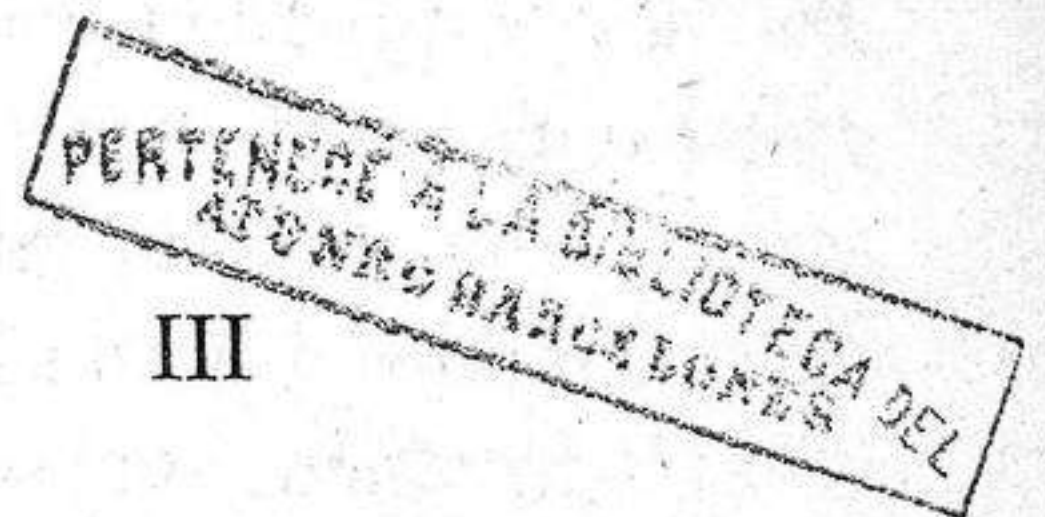
cretos, de esa amistad espiritual y de buena intención entre personas de diferente sexo, en virtud de la que dos almas, bajo el pretexto de comunicarse sus afectos piadosos, se comunican sus debilidades, sus vanidades, acabando una y otra por encontrar la ocasión de una caída. Hoy un hombre no busca á una mujer para consagrarse en común á la lectura de la vida de los santos. Tienen otro nombre actualmente las amistades que tan peligrosas eran á San Francisco de Sales. Se forman bajo otros pretextos. No deja, sin embargo, de ser la espiritualidad la ocasión aparente y el punto de partida; pero es una espiritualidad profana y completamente novelesca en que la devoción no entra para nada. Dos almas se encuentran (hablo en primer lugar del alma porque de ella en rigor es de quien se trata); se invitan y se atraen por todo género de cualidades y por una gracia indefinible que las seduce. Cada una de ellas encuentra en la otra algunos rasgos de esa generosidad, de esa grandeza por ella soñada, algo, en fin, como suele decirse, de *su ideal*. Se piensa que se ha encontrado al fin y se acaba por decirlo, se deja adivinarlo, si es que no se confiesa, aquello es más peligroso que la confesión misma. Estos son los deslumbrantes preludios del afecto naciente, y en este perío-

do del primer encantamiento todo se traduce en nobles deseos. Se establece entre las dos almas una especie de emulación caballeresca en bien obrar, en sentir generosamente y más alto que el resto del mundo para hacerse más digna la una de la otra y encontrarse al mismo nivel. La virtud parece demasiado fácil á estas imaginaciones exaltadas; se comprenden hechos difíciles y se aspira á más raros triunfos: se invoca una de esas circunstancias excepcionales á fin de que brote de ellas el heroísmo que se siente latir en el corazón. La ocasión llega al que la espía al paso y más pronto para estos amantes del ideal. A fuerza de estudiarse mutuamente, de descubrimiento en descubrimiento se llegan á persuadir de que existen en ambas almas un tan gran número de puntos de contacto y de tan visibles relaciones, que tratan de explicar por una de esas armonías preestablecidas, forjadas en una vida anterior, ó esperadas en la vida futura y de las que se hace honor á Dios. Comienza el segundo período: el del heroísmo. Nada menos que esto hace falta para aplazar para otra vida los placeres ideales de este himeneo espiritual tan visiblemente providencial y para apartarse de las circunstancias ó de las personas que nos distraen de la vida en que está la felicidad. Se eleva entonces como un grande huracán en las profundidades del alma, huracán furioso de deseos quiméricos y de pasiones violentas. Nos animamos á la lucha, el heroísmo rebosa de los bordes de la vida. El alma se asombra de su valor, se exalta y se embriaga en este bello espectáculo que se da á sí misma, goza con su fuerza y siente el vértigo de su grandeza. Esperad un poco; su triunfo se convierte en lazo. Segura de sí misma y de su difícil victoria, no cree que sea oportuno combatirla, pero reflexiona dolorosamente acerca del combate. Se entristece de que tanto heroísmo no sea tenido en cuenta precisamente por aquellos que mejor debieran conocerlo; quiere ser magnánima, pero á condición de que su magnanimidad se conozca. ¿Qué precio ha recibido por esos secretos sacrificios á un deber ingrato por esa pasión contenida con mano violenta y que devora silenciosamente su corazón? ¿Y al *otro héroe* no es justo recompensarlo algo por tantos esfuerzos? ¿Es justo dejarle permanecer en la pena, y no se debe por lo menos mostrarle sensiblemente que su afecto es comprendido? ¿Tantos sacrificios no suponen ciertos derechos? Y entonces se produce ese cambio de espíritu de que nos habla San Francisco de Sales, *que turba el juicio y que hace creer que se*

practica el bien cuando se practica el mal. Para fin de la historia véase el fin de todas las novelas. La moral, aun en el alma mejor nacida, se sostiene difícilmente en estas alturas del amor desinteresado. Quisiera sincerarse, mantenerse, y aun alguna vez lo consigue. Mas para dos que lo logren, ¡cuántos caen, y qué caída! Todas las imaginaciones nobles aspiran al amor platónico, pero justo es reconocer que ese amor es casi una quimera.

El privilegio del buen sentido consiste en no envejecer. Con vista tan clara distingue San Francisco de Sales la verdad en el eterno fondo del hombre, que la expresión de ella se conserva exacta al través de las costumbres y de los tiempos. El santo tiene hoy razón contra las espiritualidades novelescas del amor, como la tenía en otro tiempo contra las amistades devotas de los que explicaba el poderoso atractivo. No hemos elegido más que un capítulo de la serie de los escritos por él, tan delicados y tan variados. Con todos ellos hubiéramos podido hacer el mismo estudio y el mismo trabajo de trasposición. Así se llega sin pena á desembarazar de las formas especiales del más puro misticismo una cantidad considerable de consejos excelentes aplicables á la vida. Así es cómo, interpretando los avi-

sos de la dirección espiritual en un sentido apenas alterado, la misma honestidad mundana puede aprovecharse de esta lectura tan bien como la más refinada piedad, y cada alma puede hacerse á sí misma esta dulce ilusión de ser la privilegiada, á la cual se dirigen estas observaciones al través de los siglos, de ser la Filotea de San Francisco de Sales.



III

Fenelón parece ser el director predilecto de los grandes señores y de las grandes damas. Sus cartas están dirigidas á los nombres más ilustres de Francia. Las más importantes casas de la nobleza solicitan su dirección. Entre sus clientes espirituales, están la familia del gran Colbert, el marqués de Leignelai, sus hermanas las duquesas de Beauvilliers, de Chevreuse, de Morlemort; sus cuñados los duques de Chevreuse y de Beauvilliers; M. Colbert, el arzobispo de Ruan. Añadid á estos los prelados más ilustres de la época, el Elector de Colonia, las mujeres de más alto rango de la corte, como la condesa de Granmont y la más distinguida entre todas ellas, Mad. de Maintenon. ¿Es á causa de estos grandes nombres por

lo que nos cautivan las cartas espirituales? ¿Es por el estillo lleno de encanto, en que no se sabe qué admirar más si su atractivo particular ó su distinción perfecta? Lo ignoro. Lo cierto es que de estos deliciosos volúmenes se exhala como un perfume de aristocracia. Sí, de aristocracia. La palabra es exacta hasta en materias de pura espiritualidad. No se gobierna el alma de una Chevreuse como se gobierna un alma burguesa. En el fondo, las virtudes recomendadas son las mismas, pero necesitan para ejercerse otras circunstancias y otro teatro. Los sentimientos que se intentan reprimir ó excitar son los mismos también; la piedad no cambia de condiciones ni de reglas, la santidad no cambia de ideal. Algo hay, sin embargo, que cambia en la aplicación de las mismas verdades, algo también en la manera de expresarlas. Existe una perfecta conveniencia entre esta clientela ilustre y el estillo de Fenelón, estillo nacido gran señor.

No tendré reparo en generalizar mi pensamiento. El estillo de Fenelón es un estillo aristocrático, porque Fenelón es un aristócrata. Quizá se me replique y se me citen todos los lugares comunes de la historia de Fenelón: sus consejos al duque de Borgoña para enseñarle á amar al pueblo, su famosa carta á Luis XIV sobre la miseria popular,

su bondad proverbial hacia los pobres. Se contará la interesante historia de la vaca perdida, encontrada por su amo. Todo ello me emociona infinitamente, pero no me hará cambiar de idea. Fenelón amaba al pueblo; sentía la más grande compasión por sus sufrimientos. ¿Qué tiene esto de asombroso? Era un gran corazón; fué casi un santo; lo hubiera podido ser sin la cuestión del *puro amor*. Mas á pesar de santo, es un aristócrata, muy alejado del pueblo por su manera de pensar, de sentir y de expresar. En política tenía la idea de restablecer la nobleza en sus grandes cargos, como una intermediaria entre el rey y la nación. En religión tiene una manera particular de razonar, una especie de utopía de perfección quimérica y peligrosa que puede agradar, como todavía agrada á algunos espíritus refinados, pero que no convencerá jamás á espíritus sólidos y sencillos. Por sus costumbres, en fin, por su manera de ser como hombre, se le adivina con sólo ver su retrato; tiene el porte distinguido, y su benevolencia cuando se humilla es de afabilidad. Es, en una palabra, lo que se llama un gran señor.

Uno de los asuntos que mejor conoce y sobre el que sin cesar insiste, es la vida de la corte y del mundo. Un moralista ingenioso, uno de

nuestros más encantadores escritores, M. Saint-Marc Girardin se ocupó en cierta ocasión en extractar cartas de Mad. Maintenon, curiosos fragmentos en que esta mujer ilustre analiza hasta en sus últimos pormenores un mal que conoce bien: el fastidio del corazón. Dudo que haya nada más penetrante sobre este asunto que algunas páginas de Fenelón diseminadas en sus cartas de dirección. No citaré más que una notable por su fuerza y vivacidad. Está dirigida á Mad. de Granmont. «Si Borbón os es tan favorable como al conde de Granmont, no me asombro de que os haga olvidar la corte. Borbón es para él la verdadera fuente de Juvencio en que yo creo que se sumerge tarde y mañana. Versailles no tiene esta cualidad. Es aquello un paraje hermoso, pero el corazón apenas si se ríe. A poco que quede de deseos y de sensibilidades de amor propio, siempre hay aquí algo sobre qué velar; no se tiene lo que se quiere sino lo que se querría tener. Se siente pena por las desgracias propias y algunas veces por la felicidad de los demás; se desprecia á las gentes con las que se pasa la vida, y se busca, sin embargo, su estimación. Se siente uno importunado, y se disgustaría de no serlo y de permanecer en soledad. Hay una multitud de cuidados pequeños revoloteantes que acuden cada ma-

ñana al despertar y que no os dejan hasta la noche, relevándose para agitaros de continuo. Se está mucho en el miedo y mucho también á la merced de estos duendes. He aquí lo que se llama la vida del mundo y es objeto de la envidia de los tontos. *Pero estos tontos son todo el género humano cegado.*» ¡Ay! Existe una triste confidencia en este grito de Fenelón; hay también *género humano ciego*, él lo sabe. Al pintar á Versailles con tan tristes colores, parece presentir en 1695 lo que tendrá la desgracia de amarguras y el éxito de tristezas. Quisiera enardecerse para este espectáculo de las vanidades y miserias de la corte. Esta vida es bien vana y bien estérilmente agitada. Mas ¡oh vanidad del hombre y debilidad del santo! Cuando le falte, sufrirá, y su vida será un largo recuerdo de Versailles, donde, sin embargo, no ha sido feliz. Por lo demás, esta sombría pintura de la vida de la corte, se explica por la fecha misma de la carta. Fenelón acababa de ser nombrado arzobispo de Cambray. Mas ya había empezado la gran cuestión del Quietismo. Sufría ya los primeros golpes de Bossuet y sentía vacilar el favor en torno suyo. Si el corazón apenas ríe en Versailles, es quizá porque el rey no sonríe ya al más bello espíritu de su reino.

Por sus costumbres y relaciones,

Fenelón llegó á penetrar profundamente los más hondos repliegues de los hombres y de las mujeres de la corte. Se echa de ver en él una experiencia particular de los especiales defectos de aquellos y de sus vanidosas miserias. Es preciso verlas con sus naturales altiveces. Es, sobre todo, con la condesa de Gramont, con la que despliega su severa ternura para conducirla á la humildad. La humildad forma el fondo de todas estas cartas; es la idea que se refleja en ellas sin cesar: «La vista sólo de vuestras miserias — escribe sin cesar — puede haceros compasiva y tolerante para con los demás. Soportad al prójimo. El silencio, sobre todo, es de la mayor importancia. Si no podéis sustraeros á las miradas del mundo, podéis callaros y dejar á los otros los honores de la conversación. No podréis dominar vuestro espíritu desdeñoso, burlón y altanero, más que teniéndolo encadenado por el silencio. Poned un candado á vuestros labios; el silencio facilita la presencia de Dios, prescindid de palabras rudas y altaneras, suprimid gran número de burlas ó de juegos peligrosos acerca del prójimo; el silencio humilla al espíritu y aparta poco á poco del mundo. Hablad á solas; no sabréis hablar entonces demasiado, porque será á Dios sólo á quien hablaréis de vuestras miserias, de

vuestras necesidades y de vuestros buenos deseos. Pero teniendo compañía, de seguro que no caeréis en el exceso de hablar poco. No se trata de un silencio seco y desdeñoso; es menester que sea un silencio deferente para los demás. Todo aire de desprecio ó de altanería, todo espíritu de crítica ó de burla, demuestra un alma llena de sí misma, que no siente sus miserias, que se consagra á su delicadeza, que pone todo su placer en el mal ajeno. Nada debería hacernos humillar tanto como este género de orgullo fácil de herir, burlón, desdeñoso, irritable, celoso de sí mismo y siempre implacable con los defectos de los demás. Señal es de imperfección soportar tan imperfectamente las imperfecciones de los otros.»

La lección es fuerte, y, sin embargo, parece que no basta todavía. Fenelón insiste: «El recogimiento es la única medicina para vuestras altiveces, para la aspereza de vuestra crítica desdeñosa, para los caprichos de vuestra imaginación, para vuestras impaciencias contra los que os sirven, contra vuestro gusto por el placer y contra todos vuestros defectos.» Otras veces su severidad toma acentos afectuosos, mejor dicho, cándidos. «Nadie ha tenido más necesidad que vos de instrucción interior, de silencio, de reflexión, de separación del mundo, de

desconfianza de sí mismo y de ternura del corazón. Es preciso bajaros sin cesar: os levantáis demasiado. Es preciso reprimirlos de continuo; haceos niña, y aun seréis todavía una niña traviesa.»

Vigilar sus defectos para combatirlos, es necesario, pero no basta. Es preciso suplicar. Pero las mujeres del gran mundo, exclaman: «No tenemos tiempo.» Escuchad á Fenelón. El demuestra que, á toda costa, cada una, hasta la más ocupada, debe hurtar algunas horas á sus quehaceres del mundo para atender á la piedad. «Me parece que veo—escribe—todas vuestras ocupaciones, tan fuertemente me las represento; mas después de todo, es preciso que los negocios vengan cada uno en su justa proporción, y que este de la salud sea considerado como el primero.» A este propósito descende á los más minuciosos pormenores, y nos hace conocer la vida ocupada de una mujer de la corte. «Tendréis necesidad de ciertas horas libres para recogeros. Tratad de aprovecharlas y contad que estos pequeños ahorros de vuestros días serán lo mejor de vuestro bien. Sobre todo, señora, salvad vuestro mañana y defendedlo como se defiende una plaza sitiada. Haced salidas vigorosas contra los importunos; abreviad de razones y después encerraos en vuestra forta-

leza. La sobremesa es demasiado larga... Es preciso aprovechar los momentos; cuando se espera á alguno, cuando se va de un lugar á otro, cuando se está con gentes habladoras y que no dejan de hablar, se eleva un instante el corazón á Dios y se renueva por la continuación de las ocupaciones.» Se haría un libro encantador con las letras de Mad. de Granmont, con este título: *La piedad en el gran mundo*.

Lo que Fenelón dice á propósito de la utilidad de los *pequeños momentos* para sentir la piedad, podríamos aplicarlo á la inteligencia de las fuertes y sanas lecturas. Las mujeres que viven en el gran mundo dicen que no tienen tiempo de leer, sobre todo libros de literatura seria, cuyos severos atractivos apenas despiertan su interés, y que, sin embargo, ellas solas bastan á preservar su espíritu de las disipaciones, haciendo contrapeso á las frivolidades de la conversación. ¡Cuánto desearía yo poseer el lenguaje de Fenelón para contestarlas! ¡Quién fuera capaz de mostrarles el útil empleo que podrían hacer de esos *pequeños ahorros de sus días*, tan miserablemente perdidos! ¡Quién tuviera buena gracia para decirles, en presencia de esa oscuridad agitada y modificando ligeramente las palabras mismas de Fenelón! «Yo creo, señora, que

V. debe, sin pedantería alguna, ocuparse en sólidas lecturas, lo que no se consigue con penoso esfuerzo, siempre que V. quiera. Imponeos como regla no dejar pasar jamás un día sin leer algunas páginas serias. No esperéis para ello solamente las horas libres en las que se puede cerrar la puerta para no ver á nadie. Todos los momentos, hasta los más interrumpidos, son buenos, si no para leer, por lo menos para reflexionar sobre lo que se ha leído. Podéis hacerlo, no solamente cuando vais en coche, sino mientras os vestís, al peinaros, al comer ú oyendo hablar. Las conversaciones inútiles ó enfadosas, en lugar de fatigaros, os aliviarán, proporcionándoos algunos intervalos. En lugar de excitar vuestra burla, esas conversaciones os proporcionarán la libertad de recogeros.» Todo, pues, sirve de provecho, según el consejo de Fenelón, para los que quieren instruir su espíritu, tan bien como para aquellos que buscan á Dios. La gran ciencia de la vida intelectual y moral es la economía del tiempo.

Nos hemos detenido con esta amable guía de las conciencias ilustradas, y no hemos dicho aún una palabra de carácter particular, de la espiritualidad mística en Fenelón, el puro amor. Nada hay que decir sobre lo esencial de esta cues-

tién. Está juzgada. Todo lo más que podría hacerse es insistir sobre los pormenores, hacer ver la insistencia con que Fenelón busca este amor puro, la quimera y el suplicio de su vida, con qué arte cruel y refinado busca, en el último fondo del alma, las raíces sangrientas del amor propio, cuán ingenioso es é infatigable para desinteresar el alma de ella misma, y, empleando su gráfica expresión, para desapropiarla. Es una lucha sin tregua y sin recompensa. Cree por fin haber renunciado al amor propio; este es el instante en que Fenelón nos muestra, bajo una forma nueva á nuestra investigación, que ha triunfado. «Desconfiad de esos enternecimientos extraordinarios, de los arrebatos, de los deslumbramientos; en rigor no suele haber en ellos más que una ilusión del amor propio que se cree privilegiado; las mismas luces de la ilustración son de temer, porque el alma se complace en ellas con un regocijo sutil y secreto: *constituyen insensiblemente un apoyo y una propiedad*; se oponen á la desnudez y al despojamiento que Dios exige á las almas avanzadas. De aquí procede que estos dones luminosos no son, de ordinario, más que para aquellas almas medio muertas para ellas mismas, para aquellas otras que Dios conduce más lejos traspasando por su simplicidad todos estos

dones sensibles. Sufriréis esas languideces del alma, que los místicos llaman sequedades ó esterilidades espirituales. Haréis mal en afligiros. Si sabéis amar á Dios, no buscaréis con tanto esmero la alegría en el amor.» Aquí interviene una psicología de increíble sutileza. «¿Qué es lo que amáis? ¿Es al placer del amor ó al bien amado? Si no es más que el placer del amor lo que buscáis, el objeto de vuestras pretensiones es el placer y no el amor de Dios. El que así procede se envanece de buscar á Dios y en rigor no busca más que á sí mismo. Como no se obtiene á Dios más que á cambio del placer, sólo se le alcanza cuando se seca la fuente del placer. ¡Oh! ¡Qué puro es el amor cuando se sostiene sin ningún gusto sensible! ¡El amor sufriendo sobre el Calvario está por encima del arrebatado amor en el Thabor!

Cuando Fenelón habla, nos penetra su rara finura y su dialéctica nos desarma. Cuando Bossuet le responde sin nombrarle jamás en *sus cartas de piedad y de dirección*, toda la ilusión de los finos razonamientos cae delante de la claridad soberana del buen sentido. El grande obispo estima que estas son inútiles agitaciones del pensamiento, ingeniosos y funestos escrúpulos. Los místicos se engañan ó no se entienden ellos mismos cuando creen

que la delectación impide ó disminuye el mérito. La fuente del mérito es la caridad, el amor. *Imaginar un amor que no lleve en sí delectación es imaginar un amor sin amor.* Es verdad que no es menester detenerse en las virtudes y en los dones de Dios, y San Agustín ha dicho que es de Dios de quien se debe gozar. Pero también añade que por sus dones se le ama y nos amamos y gozamos de El. Es preciso simplicidad de corazón, y, sobre todo, nada de abandono. Se puede desear el atractivo como se puede desear la delectación, como una continuación y como un motivo nuevo del amor. No se tenga pena por este puro amor; lo propio de él es ocultarse hasta á sí mismo. Cuando se le siente ordinariamente no se le tiene. Cuando se le tiene ordinariamente no se sabe lo que es, porque entonces se calla y no se sabe lo que decir, y no se puede hablar más que en ciertos arrebatos que Dios envía cuando menos se piensa en estas cosas. Todos estos sacrificios imposibles, exigidos por los místicos, no son otra cosa que piadosas extravagancias. Es una especie de locura el desear ir al infierno con tal de encontrar allí el amor de Dios. Es mejor buscar este amor donde Dios lo ha colocado.

Tal es la sana doctrina que Bossuet opone inflexiblemente á las

novidades crueles del puro amor. Concede al alma el derecho de sentirse vivir, y la reintegra en su justa propiedad. Por lo demás, la inhumanidad de Fenelón está en su doctrina. Nadie más humano que él ni más dulce en las formas y en la práctica de la dirección. Aporta á ella una paciencia angélica, mejor dicho, una condescendencia familiar y casi de afectuosa igualdad. Seguidle en su larga correspondencia con Mad. de Montbezou, la más rara de las almas que se le confiaran. La gobierna siguiendo la rigurosa teoría del puro amor. Pero aparte de la doctrina, toma en sus cartas el tono más bien de un amigo que de un maestro espiritual. No se necesita marcar los detalles más precisos sobre su interior y confesar sus defectos, cuya confesión no se debe más que á la más íntima amistad. Manifiesta no temer que estas confidencias achiquen su carácter y disminuyan su autoridad. En una especie de examen de conciencia encontrado entre las cartas de Fenelón, se acusaba á sí mismo con una franqueza singular. Mas nada iguala á la precisión de sus confesiones en la correspondencia con el penitente bien amado. «Su ser—dice—es algo irregular, negligente, falto de atención y de delicadeza.» Hay una página entera, en la cual me parece oír el grito angustioso de

un desesperado, contenido sólo por una admirable piedad. En una carta del 20 de Noviembre se encuentra esta confesión dolorosa: «No tengo nada que decirnos actualmente de mí; no sé qué decir ni qué pensar. Me parece que amo á Dios hasta la locura cuando no busco este amor; si le busco no le encuentro. (Notemos como de pasada que esto da la razón á Bossuet.) Lo que me parece verdadero en el pensamiento al primer golpe de vista, se convierte en mentira en mis labios cuando lo voy á decir. Nada veo que alivie mi corazón, y si me preguntáis lo que sufre no sabría explicarlo. No deseo nada; nada hay que espere ni que considere con complacencia. Mi estado no me pesa, y me siento atormentado por mil bagatelas. Por otra parte, las menores bagatelas me divierten; pero el corazón permanece seco y lánguido. *En el momento en que escribo estas líneas me parece que miento.* Todo se rompe. En estos cambios perpetuos no sé lo que cambia.» Hay en estas líneas algo de desolación. ¡Qué profundo análisis de un alma acongojada y de una razón que duda de sí misma! «*Cuando escribo estas líneas me parece que miento.*» ¡Qué viento de tempestad ha pasado por aquí! Si una angélica piedad no defiende el alma de estas desolaciones interiores, ¿será justo asombrarse de que

tantas almas se abatan, que no tienen esos puntos de apoyo en la vida, la razón y la fe?

Mucha condescendencia hay en el hecho solo de escribir esta carta á una mujer, á una penitente. Muchas veces nos sentimos tentados á olvidar que se trata de una correspondencia espiritual; tantas analogías y reminiscencias profanas se presentan naturalmente al espíritu. Si no fuese faltar al respeto á la santa memoria de Fenelón, nos sentiríamos tentados á sonreirnos asistiendo á las escenas de celos. *El despecho amoroso* interviene en las más altas esferas de espiritualidad. No necesitamos decir que todos estos despechos proceden de una sola parte; pero Fenelón ha podido equivocarse reprendiendo severamente á Mad. de Montbezon de sufrir, durante largo tiempo, sus cartas. Faltaba para curarla de sus imaginaciones, abandonándola á otras manos, que más severas ó menos amadas, la hubiesen sujetado fácilmente bajo el yugo. Mad. de Montbezon, demasiado sensiblemente mezclada á este convenio espiritual de los defectos y pasiones de mujer, padece una sensibilidad enfermiza de amor propio, un espíritu nublado y dado á suposiciones, una inclinación á los celos, que la hace traspasar todos los límites. Fenelón no se ocupa más que en

calmar la influencia de esta afec-
ción, siempre irritada, tratando de atraerla suavemente. Protesta, en las más afectuosas frases, de su cariño hacia ella: «Dios ve—dice—que yo no tuve amor más cordial á ninguna otra hermana y que daría mi vida por vos; El ve hasta qué punto siento vuestras penas y cuánto deseo curarlas.» ¡Vanos esfuerzos! A cada instante se sienten nuevos relámpagos y nuevos tormentos. Bien pronto esta pobre alma en pena se siente desolada por estar lejos, durante algunas semanas, de su director. «¿Qué teméis? ¡Oh alma de poca fe! ¡Estáis sola durante cinco ó seis semanas, pero es estar sola estar con Dios!» La correspondencia de las voluntades destruye todas las distancias. Nada separa á dos almas cuando Dios está en el centro común. Otras veces echa en cara á su director no cuidarse de ella más que con cierto fastidio; es el punto sobre que insiste sin cesar. ¿No supone el fastidio ausencia de todo afecto? Véase cuánta pena causan á Fenelón estas injustas desconfianzas: «Dios me ha dado muchas cruces, señora, pero ninguna he llevado con mayor dolor que la de esta tarde. Espero que Dios hará lo que no ha podido hacer mi palabra.» Entremezcla á la expresión de su disgusto fuertes verdades, sobre las cuales se desea-

ría que insistiese más. Refiere á su penitente que la devoción no es un comercio en que debe entrar nada de humano, por inocente y regular que sea, sino que es tan sólo una conducta de pura fe, de gracia, de fidelidad y de muerte de sí mismo. Mad. de Montbezon persiste en creer que Fenelón no llena su deber para con ella, más que con frialdad y sin gusto. Este pensamiento le es insostenible. Quiere cambiar de director, y da comienzo á una lucha extraña, obstinándose en no imponer á Fenelón su cuidado, que cree ella que para él es una carga; Fenelón, obstinándose en combatir esta resolución colérica, dice: «No os pido más que pocos días. Dios más bien os los pide. Esperáis la paz tomando un partido desesperado, en un estado de turbación visible. ¡Lejos de escuchar á Dios en silencio, no escucháis más que á vuestra pasión! Os arrastra un furor de amor propio. ¿Podréis huir, aunque fueseis al fin del mundo, de ese amor propio? ¿Pretendéis encontrar la paz obedeciéndole? ¿Creéis que la ausencia de ciertos objetos quitará á este amor propio tan ingenioso para atormentaros, pretexto para causaros mayor turbación? Vuestra viva imaginación, ¿no os representará lo que habéis dejado? La ausencia añadirá remordimientos y desesperación á todas vuestras penas.»

Muchos años se prolongará esa lucha y no se terminará más que con la correspondencia. Hé ahí un aspecto curioso de la dirección en el siglo xvii.

Leyendo estas cartas tan interesantes para nosotros y hasta lo que me atrevería á llamar emuladoras debilidades de Fenelón, no puedo defenderme de una idea. Fenelón, tan inhumano en la doctrina, es tierno casi hasta el exceso con las almas que le son confiadas. Por el contrario, en Bossuet hay mucha más humanidad y al mismo tiempo severidad mayor en su manera de conducir las almas. Sus afectos son graves, austeros, viriles como todo su genio. Tiene el tono de maestro espiritual suavizado solamente por la caridad. Seguramente que no hubiese prolongado él durante muchos años una discusión para vencer celos y desconfianzas obstinadas. La hermana Cornuau en su *Segunda advertencia sobre las cartas de Bossuet*, refiere que muchas personas muy perfectas y muy consideradas además por el prelado, fueron abandonadas por él á causa de haber opuesto demasiados obstáculos para someterse y haber empleado demasiados razonamientos. La dirección —dice— se convierte en vano entretenimiento cuando un director, por debilidad ó complacencia, se somete á las almas á quienes debie-

ra dirigir, y sufre entonces su poco de sumisión. Puede también considerarse la correspondencia espiritual de Bossuet como una obra completa de caridad y de razón. Toda ella es de una firmeza continua de una sabiduría que ni un solo instante languidece ni se distrae. Todo va encaminado á una instrucción vigorosa y sana. Es la verdadera dirección en toda su sencillez y grandiosidad.

Hemos creído que tenía algún interés este estudio de psicología religiosa, que al mismo tiempo es un estudio acerca de la vida moral del siglo xvii. Facil sería, bien lo sé, escribir una refutación de este libro, en la que se comprendieran los abu-

sos, las ingerencias de toda especie, las usurpaciones de influencia, tan frecuentes en el mismo siglo xvii, y, sobre todo, la decadencia de esa práctica de la dirección espiritual que cae en el siglo xviii bajo el dominio de los abates de corte y de *budoir* en la más ridícula y despreciable frivolidad. Pero he creído conveniente descartar por el momento estos tristes recuerdos para no considerar la dirección de las almas más que bajo su aspecto más noble, precisamente en el momento mismo en que ese fenómeno religioso producía en una literatura bastante olvidada, la más alta expresión y la más pura imagen.

E. CARO.

UN IDILIO DURANTE EL SITIO

(*Conclusión.*)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

VIII

Algunos días después, á cosa de las tres de la tarde, Gabriel seguía lentamente por el muelle de Orsay la ancha acera que va á lo largo del jardín del Cuerpo legislativo y da la vuelta alrededor de la verja del ministerio de Negocios Extranjeros.

Hacía un tiempo muy despejado y muy cálido. Adivinábase que el joven había puesto en el vestir todo el esmero que le consentía su modesto guardarropa. Llevaba un pantalón gris de dril y un sombrero de paja, imitando jipijapa.

Esperaba á Eugenia.

Al día siguiente del paseo nocturno que hemos narrado regresó el marido, y Gabriel no había vuelto á acompañar más á la casadita á su casa.

Pero las veladas en casa de ma-

dama Henry no le bastaban ya al amante que había conocido las delicias de la soledad de dos. Todas las noches salía de casa de la morena buena moza al mismo tiempo que Eugenia; y al acompañarla durante un centenar de pasos, de tal modo la había suplicado, que concluyó por confesarle que algunas veces salía sola, y que «precisamente mañana miércoles» tenía que hacer una caminata hasta Gros-Caillou, y que podrían tal vez encontrarse á la vuelta en el muelle de Orsay, en ese sitio donde le encontramos presa de todas las angustias del que está esperando.

Aunque aún no habían dado las tres, Gabriel sentía ya una impaciencia intranquila al pasearse de arriba abajo en pleno sol por aquella acera, cuyo asfalto, reblandeci-

do por el ardiente calor, conservaba impresas las huellas de todos los pies que lo habían pisado, desde el estrecho botito de mujer á la carrera de huellas muy próximas entre sí, hasta el pesado zapato de ordenanza del soldado, cuyos clavos hubieran podido contarse. Gabriel había puesto ya todos los medios para matar el tiempo y ocupar la atención: se sabía de memoria el número de barrotes de la verja del Ministerio y el de los arbustos plantados junto á la acera de enfrente, á lo largo de los malecones, entre los puentes de la Concordia y de los Inválidos; hasta había cruzado de acera á acera para leer con estúpida atención los anuncios pintados en los cristales del kiosko de periódicos, contemplando con mucho interés el perfil de los coronados bustos de las medallas obtenidas en las exposiciones por el chocolate de la Compañía Colonial, y mirando con ojos fijos al hombre despeluzado que oculta las desnudeces de su cuerpo detrás de un sombrero.

Pensaba que acaso no viniese ella, que tal vez no habría podido salir, y que todo eso era muy natural; luego, un minuto después, esa idea le producía la impresión de un frío glacial en las entrañas, y decía que si no venía ella, sería por su parte un acto de monstruosa indiferencia, de crueldad inaudita.

De repente la vió bajo los árboles de la Explanada, andando muy deprisa. Corrió á su encuentro, echándola una sonrisa desde lejos. Logró alcanzarla, agarróse ella del brazo de él y se miraron felices y sin aliento.

Llevaba el traje gris y el sombrero con pluma de faisán. La rapidez de la carrera y el calor habían encendido el color de su cara. Su cuello almidonado, rozándola en la sudorosa garganta, había trazado en ella una línea sonrosada. Brillabanla los ojos. El perfume de su aliento llegaba hasta Gabriel.

—¡Dios mío, tengo un miedo!— dijo ella.—¡Si nos encontrasen!...

—Mire V.—contestó Gabriel:— cruzamos el puente y vamos á tomar el barco-mosca; nos llevará hasta Point-du-Jour, y allí el ferrocarril de circunvalación nos conduce hasta la puerta de Italia, cerquita de la casa de V.... No hay peligro de encontrar á nadie... ¿Quiere V.?

Ella le hizo señal de que sí; y cuando bajaron al muelle de atraque, detuviéronse delante del puentecillo que conducía al embarcadero.

Acababa de pasar el barco-ómnibus y se le veía deslizarse por en medio del Sena, con aire presuroso, lanzando entre la luz sus nubecillas de regocijado humo.

Eugenia miró á su alrededor, tranquilizándose.

No había nadie en el pontón, que se balanceaba con un ruido suave, removiéndose aún por la estela del barco. La estrecha y larga calzada, entre cuyas piedras crecía una hierba menuda, estaba absolutamente desierta.

— Si nos paseásemos un poco — dijo Gabriel, adivinando los deseos de su amiga — nos embarcaríamos en el puente de Alma.

Siguieron adelante, dejando á su derecha la elevada y sólida muralla del muelle, con sus redondas atarjeas de alcantarilla y sus grandes anillos de hierro, empotrados á intervalos iguales en la mampostería. Allá arriba, las copas de los arbolitos pasaban sobre el parapeto, donde veíase á veces también la cabeza de un transeunte puesto de codos. A su izquierda corría el río en la misma dirección que ellos, y gozaban del fresco del agua alegre, limpia y pura. Además, había mitigado un poco el calor. Se levantaba la brisa. Ligeras nubes blancas aparecían en el cielo, de un azul menos intenso que antes. En Agosto, la caída de la tarde suele tener esas otoñales dulzuras. Al otro lado del río veían hombres descargando los largos barcos venidos de Flandes por los canales; y en el muelle de Orsay, tras la cor-

tina de tilos semideshojados ya, la línea de techumbres de la Fábrica de tabacos y de las Caballerizas imperiales.

— ¿Ha pensado V. un poquito en mí? — decía Gabriel á la joven, estrechándola la mano que llevaba sin guante.

Y sentía la manecita oprimir ligeramente la suya.

Pasaron cerca de un pescador de caña, sentado en el borde del muelle de atraque, con las piernas colgando encima del agua. Volvióse aquel hombre y los miró con aire distraído. Gabriel tuvo que abandonar la mano de Eugenia, la cual bajó los ojos ruborizándose.

Sobre la suave cuesta que sube hasta á nivel del puente de Alma, echaron una vaga mirada al soldado de infantería y al zuavo de piedra esculpidos contra las dos pilas del puente.

— ¡Qué grandes son, vistos de cerca! — dijo Eugenia, indicando con la contera de la sombrilla las colosales estatuas.

Gabriel respondió:

— La vez primera que vi á V. en casa de Mad. Henry, comprendí que amaba á V. para siempre.

La joven bajó la cabeza y suspiró.

Cuando de nuevo estuvieron en el andén, al otro lado del puente de Alma, el barco-mosca resopla-

ba cerca del pontón. Iba lleno de gente.

—¿Subimos?—preguntó Gabriel intimidado.

—No, sigamos adelante — respondió Eugenia.

Continuaron su paseo á orilla del agua. Tenían á su derecha el hermoso muelle con árboles de frente al Guarda-muebles; y delante de ellos el puente de Jena, cuyos cuatro caballos, con una pata al aire, dibujaban sobre el cielo sus blancos contornos.

Caminaban muy despacio. Eugenia, con la cabeza baja, parecía ir contando las losas. Gabriel, apretando contra sí el brazo de ella, la veía de perfil, deliciosamente enternecido por un mechoncito de cabellos sueltos que temblaba al viento junto á la oreja de la casadita.

—¿Conque de veras me quiere V. un poco?—preguntaba él.

Y ella le miraba con sus grandes ojos sinceros, más elocuentes que una respuesta.

—¿Por qué me habla V. así—decía ella—cuando bien sabe V. que eso es imposible?

Pasaron bajo el arco del puente de Jena, rebajado y oscuro, donde el agua del río zumbaba, y cambió el paisaje. Ahora casi estaban en el campo. La isla de los Cisnes alargaba delante de ellos en medio del río su estrecho talud de verdor;

las numerosas chimeneas de las fábricas de Grenelle dejaban escapar sus grises humaredas inclinadas de Norte á Sur; y allá lejos, muy lejos, más allá del puente de madera y del blanco viaducto remoto, la línea de los ribazos de Meudon se esfumaba de azul entre una bruma cálida y dorada.

—¿Cuánta necesidad tenía de hablar con V.!—dijo Gabriel.— Cuando estoy á solas hago mi composición de lugar sobre lo que tengo que decir á V.; pero al verme á su lado, no me acuerdo, no puedo... Y, sin embargo, es V. la única persona con quien carezco de timidez. Cuando me miran sus ojos, hay en ellos un no sé qué de bondad. ¡Qué gran placer me ha proporcionado V. al venir hoy! Hace un mes que la vi por vez primera, y me parece que siempre la he conocido. ¡Ah! Cuento todos los días en que he estado junto á V., y me acuerdo de todo... Recuerde V. la noche en que Mad. Henry se puso á la ventana para ver á los móviles que pasaban cantando, y me miró V. mientras nos quedamos solos casi á oscuras... ¡Oh! Temblaba yo como una hoja; y cuando se pinchó V. en el dedo, y se lo mordió... Y aquella corbatita azul que no he visto más que una vez y que le sentaba á V. tan bien... ¿Qué se hizo de ella, que no se la ha vuelto V. á poner más?...

¡Ah, cuánto la amo á V.!... ¡Si V. lo supiera!...

Eugenia respondió:

—Si repitiésemos este paseo otras veces, podrían encontrarnos.

Habían pasado el puente de Grenelle. Ya no había más muelle, sino una ribera con escaso césped agostado por el sol y lamido por las aguas. A su derecha, almacenes de maderas, casitas entre el follaje; en la otra orilla del río, la fábrica de Javel con sus altas chimeneas, y enfrente el viaducto, ya más próximo, cuyos dos órdenes de arcos superpuestos veíanse cada vez mayores.

Gabriel y Eugenia se detuvieron delante de una verja, más allá de la cual, en un estrecho jardín con surtidor de agua y globos de cristal azogado, alzabase un ridículo palacete, deseo realizado de algún burgués bucólico.

Pero allí no vieron más que el eterno ensueño de los amantes: un nido entre verdores. Quedáronse pensativos y conmovidos ante los altos álamos, ante el serbal cuyos frutos comenzaban á ponerse rojos, ante los macizos de margaritas reales, ante las rosas tardías.

Gabriel murmuró al oído de su amada:

—Tener esto... para nosotros... ocultarnos... amarnos... vivir solos aquí, solitos los dos... mucho tiempo, siempre...

Eugenia no respondió, pero apoyóse más tiernamente en el brazo de Gabriel, y volvieron á ponerse en marcha.

Llegaron así á Point-du-Jour, al pie del viaducto. Pero allí tenía que cesar el encanto de su paseo. No más soledad. Lo próximo de la estación del ferrocarril ha agrupado en este sitio, á orillas del Sena, cafés, ventorros, caballitos de madera, columpios debajo de las acacias, y el campo se convierte allí en afueras de la ciudad.

Pasaron muy de prisa, un poco intranquilos; un repentino disparo de arma de fuego, en un tiro de carabina, hizo estremecerse á Eugenia. Luego, cuando hubieron subido la escalera de tablas y entrado en la estación, Gabriel tomó dos billetes de segunda clase, y sentáronse ambos en un banco de la sala de espera, mirando vagamente los anuncios ilustrados.

— ¡Viajeros de circunvalación! ¡Grenelle, Vaugirard, Montrouge, Puerta de Italia!...

Subieron al andén, pasaron junto á la locomotora que se detenía, zumbando y húmeda con su cálido sudor, y se metieron en un compartimiento vacío. Un silbido, un rudo choque de herrajes, y ¡en marcha!

Entonces Gabriel rodeó á su querida con ambos brazos, la tuvo estrechamente abrazada, y los labios

de los dos amantes se unieron en un largo y delicioso beso.

—¡Grenelle!—gritó el conductor con voz estruendosa, abriendo bruscamente la portezuela.

Y una especie de tratante en bueyes, un hombre gordo y coloradote, con una blusa azul, demasiado corta y muy nueva, encima de su chaquetón, cubierto con un sombrero alto, con un látigo en la mano y una pipa negra en un ángulo de la boca, subió al coche y se dejó caer como un tronco en la banqueta; frente á los enamorados.

—¡Ah! ¡Creí que no alcanzaba ya al tren!—dijo alegremente dirigiéndose á Gabriel (y su aliento exhaló un olor vinoso).—¡Y ese animal de empleado que quería zampar mi perra en la jaula del perro de presa! ¡Vaya! ¿Hay razón alguna para esas imprudencias?... En fin, de todos modos, hace un tiempo magnífico para viajar... ¿No es así, amigo?

Eugenia se había bajado el velete y miraba con obstinación afuera, por el cristalito. Gabriel acababa de poner cara de avaro á quien le piden dinero prestado.

Por fortuna, acababan de volver á arrancar para meterse de pronto en un largo túnel, y el estrépito del tren bajo la bóveda cortó la palabra al horrible viajero. Sólo el hogar de su pipa alumbraba las ti-

nieblas del vagón, en el cual habían olvidado encender la lamparilla del techo, y se oía la ruidosa respiración del borracho. Gabriel había cogido á oscuras la mano de Eugenia. Pero el joven estaba furioso, y pensaba con melancolía en los numerosos coches de primera clase, absolutamente vacíos, que había visto al subir en el suyo.

Cuando salieron otra vez á la luz del día, el boyero había cerrado los ojos, pero continuaba fumando su innoble pipa; y los dos amantes ni siquiera se atrevían á mirarse ante aquel hombre mal dormido. Cuando llegaron á la estación de la puerta de Italia, aquello les hizo el efecto de una manumisión.

Sin embargo, hubo que separarse allí, antes de salir de la estación, pues hallábanse cerca de casa de Clément, el temible marido. Eugenia se marchó la primera, bajando la calle con paso presuroso y sin volver la cabeza atrás ni una sola vez; Gabriel la siguió de lejos, despacio, devorado por el recuerdo de las confidencias obtenidas y echando de menos las caricias otorgadas. La vió perderse entre la multitud, y desaparecer, por fin, esquina al fielato de consumos, para tomar por los bulevares exteriores.

Pero habíanse dado cita para el día siguiente, hacia la una de la tarde, en el mismo punto.

IX

Pues bien, la fecha de ese día siguiente era el ¡4 de Setiembre de 1870!

Por la mañana, al desayunar Mad. Fontaine con su hijo, le anunció la inmensa catástrofe que había sabido en la lechería: la capitulación de Sedán, herido Mac-Mahon, prisioneros el emperador y ochenta mil hombres. Y por absorto que estuviera Gabriel con el pensamiento de su próxima cita, sin embargo, la noticia aquella no dejó de causarle una violenta emoción.

Y al irse al ministerio, á la largo de los muelles, encontró numerosos grupos de ciudadanos consternados, y vió reunirse en las esquinas de las calles compañías de la guardia nacional con armas. Había en el aire alientos de revolución.

Después de prometerse á sí propio pedir un fusil y cumplir con su deber como todo el mundo, en defensa de la patria y de la capital, Gabriel, por una laxitud de conciencia muy dispensable en un enamorado, se decía que después de todo el pensar en ello de antemano no serviría de nada para conjurar el peligro público; y su espíritu volvía al recuerdo de su querida, al gozo

del prometido encuentro en la acera desierta del muelle de Orsay, al esperado encanto de un nuevo paseo á orilla del agua.

No hizo más que una breve aparición en la oficina. Por supuesto, los demás empleados desertaron de ella como él para ir en busca de noticias, y puso ese mismo pretexto para ausentarse.

A cosa de las doce y media de la mañana, bajaba por la calle de Bellechasse, á la sazón casi desierta, pensando en su muy amada, cuando vió hacia el final del bulevar de San Germán un centelleo confuso de bayonetas que parecía rodear el Cuerpo legislativo.

Lleno de inquietud apresuró el paso hasta el muelle, y de una mirada abarcó aquel espectáculo, horrible para él.

Una multitud compacta y tumultuaria había invadido todos los alrededores de la Asamblea. Estaba compuesta de hombres de todas las clases sociales, burgueses de gabán y obreros de blusa, mezclados con bandas de guardias nacionales en desorden, pero armados todos ellos, unos con el antiguo uniforme, con charreteras blancas y canana, otros sin más distintivo que un kópis en la cabeza. También había franco-tiradores, con trajes oscuros, gorra, americana, y metido en las polainas el pantalón. El puente Real, el

bulevar de San Germán y toda la parte del muelle que pasa por delante del Cuerpo legislativo estaban negros de gentío y erizados de fusiles centelleando al sol. En los faros próximos, en los zócalos de las cuatro grandes estatuas que preceden al monumento, se habían encaramado con descaro los granujillas. De aquella muchedumbre salía un largo clamor, irritado y continuo. Gabriel distinguió bien pronto ese grito repetido por todas las bocas: ¡Destronamiento, destronamiento!

Sin duda (hablando con el rimbombante lenguaje parlamentario) el motín había violado ya el santuario de las leyes, porque la ancha escalinata del palacio había desaparecido bajo la ola de los invasores, y Gabriel notó una gran agitación allá arriba, cabe la columnata; luego, oyó de pronto alzarse fuerte griterío, que propagándose con rapidez entre la muchedumbre, extendióse hasta los grupos entre los cuales trataba de abrirse paso. Gritaban: ¡Viva la República!

Gabriel miró todo aquello con extravío y asombro. En la acera donde Eugenia le había dado cita, y que sólo á lo lejos podía ver subiéndose en un banco del muelle, distinguía un hormiguar de sombreros, kepis y bayonetas. Tuvo la horrible certidumbre en su espíritu de que aun cuando la joven se hu-

biese atrevido á meterse entre tal barullo, no tenía ninguna probabilidad de encontrarla allí. Bajó del banco y se dejó llevar por un remolino de la multitud, loco de despecho, de pena y de ira, y sin cuidarse del gran hecho histórico que se realizaba ante su vista.

—¡Al fin la tenemos, nuestra República!—gritó la voz vibrante de Cazaban, quien acababa de agarrar del brazo á Gabriel.—¡Y tú también estás con la Revolución!... ¡Es cosa hecha!... ¡Fuera todos los *bandenguistas* (1)!... ¡Magnífica jornada! ¡Ah, querido, estoy ebrio de gozo!... Ayer pasé toda la noche arrancando escudos y rompiendo águilas... Esta de ahora es la buena, la verdadera, como la del 93, y no nos la escamotearán... Oye, mira allá lejos, bajo el peristilo... Es Gambetta arengando al pueblo... ¡Bravo! ¡Viva Gambetta!... ¿No ves?... Aquel que lleva barba y tiene el cuello metido entre los hombros... ¿Sabes? no te suelto... Vamos al Ayuntamiento...

Miróle Gabriel angustiado. La exaltación y la embriaguez pintábanse en el rostro de Cazaban, chorreando de sudor y con el sombrero flexible apabullado de un puñetazo.

(1) Imperialistas, según la jerga popular de entonces.—(N. DEL T.)

Incapaz de resistencia, Gabriel se abandonó al hombre del Mediodía, el cual trató en vano, á fuerza de codazos y aullando siempre, de abrirse paso hasta la verja de la Asamblea. Gabriel le seguía anodado y paseando con avidez la mirada sobre el gentío, sin poder renunciar á la vaga y loca esperanza de ver entre él á Eugenia.

Mucho tiempo hacía que había pasado la hora de la cita, y á través de los grupos ya más claros había podido comprobar Gabriel veinte veces que la joven no estaba en la acera convenida, delante del ministerio de Negocios Extranjeros, cuando Cazaban le llevó consigo por el puente Real, á fin—decía—de disfrutar del grandioso espectáculo de París manumitido; pero Gabriel tuvo que hacer un muy doloroso esfuerzo para dejarse arrancar de aquel sitio, donde, sin embargo, ya no era razonable esperar más. Caminaba mohino y silencioso junto á Cazaban, cuyo entusiasmo era tal que, en medio de sus improvisaciones revolucionarias, no reparaba en la triste figura de su amigo.

«¿Qué la habrá sucedido?—pensaba el enamorado, lleno de ansiedad.—Habrá tenido miedo, ni siquiera habrá podido aproximarse. Pero ¿habrá venido de veras? Ayer noche, en casa de su amiga, me pareció un poco apurada... ¿Si me vol-

veré al muelle?... Tal vez esté allí, ahora que se ha desparramado la gente... Pero no, son las dos; es imposible...»

Y deducía que esas cosas no le pasaban más que á él, y que era el más desventurado de los hombres.

Los dos jóvenes habían cruzado la plaza de la Concordia y tomado por la calle de Rívoli.

El grandioso espectáculo prometido por Cazaban á Gabriel no era más que el de un regocijo indecente en un pueblo á quien hería una catástrofe tan horrible y amenazaba un peligro tan inminente. El cielo, de un magnífico azul, y el hermoso sol iluminando las casas blancas y las masas verdes del jardín de las Tullerías, aumentaban el aspecto de fiesta de aquella calle ancha y monumental, por donde volvían en pelotones, ó aislados, ó en pequeños grupos, los guardias nacionales, autores de la nueva revolución. Los de los batallones de los barrios excéntricos, que llevaban, con la americana y la blusa del obrero, el kepis nuevecito y el fusil de pistón, tenían por lo menos algo de candoroso en su alegría republicana, porque eran los eternos engañados por todos los levantamientos populares, y ebrios con la leyenda del 93, concebían en ese momento patrióticas esperanzas. Pero un observador tranquilo hubiérase sonreído de la importancia

que se daban los burgueses con charreteras. Estos pazguatos, que ese día se las echaban de héroes, marchaban con aire digno por en medio del arroyo, bajo las benévolas miradas de una multitud á quien el placer de la venganza satisfecha le hacía olvidar el tremendo luto de la patria. Por otra parte, comenzaba la destrucción, estúpida é inevitable secuela de los movimientos populares. Varios miles de brazos iban á perder tres días en hacer que desapareciesen con gran trabajo todos los emblemas que recordaban el Imperio: águilas y escudos pintados, fundidos ó esculpidos, y esto cuando no estaban los baluartes en estado de defensa. En los muros de las Tullerías, junto á inscripciones obscenas é injurias dirigidas á la familia imperial, leíase trazado con carbón el famoso letrero *¡Pena de muerte al ladrón!*, que esta vez no fué (hay que convenir en ello) tan irrisorio como en 1848, cuando sólo se comenzó á fusilar, sin forma de juicio, á algunos infelices rateros, después de que el pueblo saqueó por completo el palacio.

Mario Cazaban, arrastrando consigo al inconsolable Gabriel, había llegado al paroxismo del delirio. Había hecho de su *¡Viva la República!* un verdadero mugido, y lo soltaba cada veinte pasos, despertando maravilloso eco en las com-

pañías de guardias nacionales que iban formadas por en medio de la calle, con la banda de tambores á la cabeza. A la altura del patio del Louvre pasó al trote largo el general Trochu, cubierto de condecoraciones y seguido por su estado mayor lleno de galones, y el *¡hurrah!* de Cazaban valió á éste una mirada del célebre bretón. A todo lo largo del camino, Mario se encontró con muchos jóvenes barbudos, del Mediodía como él, y llenos de embriaguez lo mismo que él, con quienes cruzó carcajadas y abrazos.

Gabriel veía todas esas cosas igual que un sueño. La vieja Casa Consistorial, la plaza llena de pueblo agitándose como el oleaje, las apariciones en el balcón, el aureo kepis de Trochu, la barba en forma de collar de Julio Favre, la República proclamada, Rochefort llevado en triunfo, nada podía distraerle de aquella idea fija: su cita malograda. Cuando hubo entrado en el palacio del Ayuntamiento, siempre en pos de Cazaban, y éste le hubo presentado á un miembro del nuevo Gobierno, que tenía nariz aguileña y grandes patillazas, al saludar, Gabriel se acordaba del plátano joven del muelle de Orsay, sostenido por una estaca y rodeado su pié por una verja redonda de hierro, cerca del cual encontrábase la otra vez cuando vió de lejos á

Eugenia acudir bajo los árboles de la Esplanada; y le fué preciso hacer un penosísimo esfuerzo de atención para escuchar lo que le decía el patilludo hombre de Estado y para impedirle que le firmase á rajatabla un nombramiento de subprefecto.

Sin embargo, por fin pudo escaparse de la opresora compañía de Cazaban, no sin haber ido con él á difundir la buena nueva á tres tabernas del Barrio Latino, y haber tomado con el meridional varios vasos de *bitter* con jarabe; y volvió á casa de su madre extenuado de fatiga, inquietud y aburrimiento. Luego de comer, que lo hizo bastante mal, pareciéndole muy largo el tiempo con las lamentaciones de Mad. Henry sobre la proximidad del enemigo y los riesgos probables, corrió á la calle de Santiago.

Mad. Henry había salido.

Nada tan sencillo como la ausencia de la hermosa morena, quien sin duda había salido de su casa atraída por el dramático interés que entonces ofrecía la calle; pero en su imaginación de amante, pronta á forjarse quimeras, Gabriel concibió un presentimiento funesto para sus amores. Mientras pensaba que Eugenia debía de haber sido avisada de que Mad. Henry no la esperaba aquella tarde, no podía resignarse á la idea de no volver á ver á su querida antes del día siguiente;

y anduvo vagando hasta muy entrada la noche por las aceras de la calle, llenas de agitación popular, y creyendo que eran Eugenia todas las mujeres que pasaban.

No obstante, preciso le fué renunciar á toda esperanza, cuando dieron las diez en Santiago de Haut-Pas; y volvió al muelle de San Miguel.

La noche fué horrible. Por la mañana, ávido de noticias, no pudiendo resistir más, se presentó en casa de Mad. Henry antes de ir á la oficina.

Al tirar del tan conocido cordón de la campanilla, oyó ruido en el cuarto y Mad. Henry no salió á abrir en seguida, contra su costumbre; pero cuando al fin apareció por la entornada puerta, con el pelo suelto y la chambra sin abrochar bien, dió un pequeño grito de sorpresa, y dijo con aire de apuro:

—¡Cómo! ¿Es V. Gabriel?... ¡Tan temprano!... El caso es que no estoy sola... Pero eso no importa nada; pase V.... Con eso conocerá V. á mi primo Roberto; eso es todo.

Y al entrar Gabriel en la revuelta habitación, vió cómodamente arrellenado en una butaca, frente á los restos de un almuerzo, á un guapo mozo rubio, que tenía puesta una guerrera desabrochada, con los galones de oro de subteniente de

móviles, y que fumaba tranquilamente un cigarrillo. En el ángulo formado por la chimenea y la pared, había junto á él un sable con la empuñadura cubierta por un kepis de oficial.

—Roberto—dijo con presteza la morena mozetona, cruzándose de prisa el peinador y aplastándose á dos manos en seguida los alborotados cabellos—te presento á M. Gabriel Fontaine.

Luego, inclinándose al oído del militar, á quien la llegada de Gabriel no le hacía mucha gracia, añadió á media voz:

—Roberto, ¿sabes?, viene aquí por una de mis amigas.

El oficial, que se había levantado, inclinóse ligeramente y volvió á sentarse á escape, después de echar al recién venido un vistazo lleno de desconfianza.

Gabriel estaba en el colmo del apuro; por inocentón que fuese, parecía muy dudoso el parentesco entre Mad. Henry y el oficial de móviles. Miraba con inmenso asco aquellos platos sucios y botellas desocupadas, trascendiendo á orgía; aquella cama deshecha, mal oculta por el cortinaje de la alcoba; aquella mujer toda despechugada y aquel hombre joven fumando allí como en su casa; y pensaba que en ella había conocido á Eugenia. El contraste entre el recuerdo de la ino-

cente y delicada joven y de aquella escena de grosero placer sensual y descocado, hacía nacer confusamente en su espíritu un montón de ideas dolorosas. Estaba sentado en el borde de una silla, y no encontraba ni una palabra que pronunciar.

—Vamos, mi pobre Gabriel—dijo de pronto Mad. Henry—tengo malas noticias que comunicar á V. Vi á nuestra amiguita ayer á las cuatro de la tarde... Parece ser que por la mañana se encontró en el tumulto, cerca del Cuerpo legislativo, y que tuvo un miedo tremendo... ¿Sabe V.? Esas gentes del campo... Pero hay otra cosa... Su marido la ha declarado que no quería tener la andrómina de una mujer durante el sitio, y que iba á embarcarla esta tarde en el tren para remitírsela á sus padres... Pero, ¿qué le ha dado á V.? ¡Está V. muy pálido!

En efecto: Gabriel creyó desmayarse. La idea de verse separado de Eugenia le había retorcido el corazón. Pesimista como todos los amantes, aceptaba como un hecho consumado ya la desventura con que acababan de amenazarle.

Quiso irse, salir á respirar. Con verdadero estupor del oficial, que continuaba sin comprender una jota, se levantó tambaleándose, dijo adiós con voz ahogada, apretó la

mano á Mad. Henry y echó á correr á través de las calles alegres é inundadas de sol, con el alma destrozada y anudándosele en la garganta los sollozos.

X

Gabriel ni siquiera supo si era verdad que se había ido Eugenia. Al otro día, y los siguientes, intentó varias veces, y siempre en vano, ver á Mad. Henry. Por los porteros llegó á saber que casi nunca estaba en casa, desde la llegada de su primo con el batallón de móviles del Aube, y que ya no se veía más por allí á Mad. Clément.

Estaba desesperado. La naturaleza, que por el sublime prestigio del amor se le había aparecido durante aquel hermoso mes de Agosto como un espectáculo espléndido y enteramente nuevo, velábase ahora á sus ojos con una bruma de luto. Por lo demás, el dolor producía en él la influencia que ejerce en las naturalezas exquisitas, le hacía más dulce aún. Habíase vuelto muy expansiva su ternura con su madre. Pero se había hecho más silencioso en la oficina y con sus camaradas.

Sin embargo, los prusianos esta-

ban ya ante los muros de París; Gabriel, haciendo lo que todo el mundo, había ingresado en la guardia nacional. En un rincón del comedor, donde Mad. Fontaine tiraba los rótulos de los tarros de dulce y de las latas de sardinas, relucía el cañón de un fusil de tabaquera. Gabriel hacía el ejercicio en el Luxemburgo todos los días; y dos ó tres veces por semana, con el pelo demasiado largo bajo el kepis, la mochila á la espalda y armas al hombro, iba á reunirse con su batallón en la plaza del Panteón, y desde allí á dar guardia en la puerta de Italia.

Se había alistado en un batallón formado de antiguo, lleno de profesores y gente condecorada, cuyo único grito era *¡Viva Francia!*, y comenzaba á tildársele de reaccionario. Su vecino de pelotón era su antiguo catedrático de Filosofía en el Liceo de Luis el Grande, pacífico literato que, mientras aguardaba á que le tocase entrar de centinela, sacaba un Séneca del bolsillo y lo leía sentado en el talud de las fortificaciones, junto á las faginas. Gabriel acompañaba con mucho gusto á ese buen hombre, desdeñando las partidas de tángana organizadas por los tenderillos, y las historias africanas del sargento instructor, antiguo zuavo de barbilla roja que ejecutaba suertes de titiritero con su

fusil, y hacía que todo el mundo le convidase á echar unas copas.

El camino que seguían los guardias nacionales para dirigirse al bastión recordaba á Gabriel incidentes muy dolorosos. Cuando, después de subir por la calle de Monge, atravesaban el bulevar de Italia, Gabriel, marchando en filas al paso militar, veía sobre una tapia ruinosa la techumbre de aquella casa donde creía que ya no estaba Eugenia, podía leer desde lejos en el rótulo puesto encima de la puerta esas palabras que le hacían tanto daño: *Clément, traficante en maderas*. Un poco más arriba, en las afueras, el batallón desfilaba también por delante de la estación del ferrocarril de circunvalación, donde Gabriel se había separado de su amiga al regresar de su paseo por las cercanías. ¡Oh, qué salto le daba el corazón cada vez que pasaban por allí!

Aquella vida ociosa, al aire libre, en las murallas, no le disgustaba, sin embargo, á Gabriel, porque era favorable para meditar. ¡Cuán largas horas había vivido allí, apoyado en su fusil guerrero, contemplando esos suaves paisajes del otoño, á la sazón tan trágicos y llenos de enemigos ocultos; pero donde el infeliz amante sólo veía un reflejo de su tristeza, en el contorno indeciso y remoto de las colinas y en la

ligera y pálida limpidez del cielo! Mientras humaredas de incendio se cernían sobre los bosques y los ruidos del cañón repercutían de eco en eco, ¡cuántas veces permaneció Gabriel absorto en un recuerdo delicioso y cruel ante la bóveda de fuego del sol poniente!

Gustábale también á Gabriel estar de centinela por la noche, cuando le dejaban solo junto á una enorme pieza de sitio, en la cual producía el viento una especie de estertor, y cuando sus miradas se abismaban en el esplendor del cielo sembrado de frías estrellas. Callábase á ratos la voz de los castillos y había intervalos de silencio tan profundo, que Gabriel podía oír con claridad el paso pesado y rítmico de la patrulla en el camino de ronda y la voz del centinela, que gritaba: *¿Quién vive? ¡Alto la linterna!* Sobre todo, las noches de luna aquello era espléndido. Por un lado estaba la inmensidad del campo, bañado en un vapor transparente y azul, y por otro veía los techos del barrio de Saint-Marceau y del cerro de Santa Genoveva subir como innumerables peldaños de plata hasta la cúpula del Panteón. Ante ese mágico panorama, en esas horas de soledad nocturna en que el aire más fresco y como purificado aguza y exalta la imaginación y los sentidos, volvían en tropel á la mente del joven los

sentimientos experimentados y las impresiones recibidas en la embriaguez del primer amor. Revivía uno tras otro todos los minutos adorados que pasó junto á Eugenia. No tenía más que cerrar los ojos para volverla á ver en casa de Mad. Henry, bordando á la luz de la lámpara con la cabeza baja y el cuerpo un poco hundido en el sillón, de modo que la barba apoyábase casi en el seno. Oía la voz de la joven, hecha más sonora por la bóveda de los arcos de puente bajo los cuales habían pasado al recorrer las márgenes del Sena. Sentía en su brazo el peso leve del de su amiga, y en los labios la dulzura de los dos únicos besos que ella había podido darle. Entonces, quebrantado de languidez, roído de deseos y pesares, después de lanzar al firmamento la sublime mirada de los desesperados, como para tomarlo por testigo de su dolor, poníase de codos en los sacos de arena de la muralla, escondía la cabeza entre las manos y lloraba mucho tiempo á lágrima viva.

Sin embargo, si el despótico amor hacía á Gabriel extraño, por decirlo así, á los terribles acontecimientos que se desarrollaban ante sus ojos, el joven no dejaba de verlos ó de saberlos, y, á veces, hasta se sublevaba contra su indiferencia por los peligros de la patria y se

dirigía á sí propio amargas reconvenções. Una vez, sobre todo, se le aparecieron las públicas desventuras con una forma tan conmovedora y tan funesta, que, al pensar en la poca atención que les había concedido hasta entonces, Gabriel, que era de ánimo generoso, casi se dió horror á sí mismo.

Hallábase aquel día de guardia en el puente levadizo de la puerta de Italia, cuando regresaron de no sé qué combate, por la parte de Villejuif ó de Chevilly, los restos de nuestro desgraciado ejército, otra vez vencido.

Llenos de barro, despeados, harapientos, con el desorden de un rebaño y doblados bajo el peso del chassepot y de la mochila, marchaban, horribles de verse, con los rostros enrojecidos por la fatiga y por la fiebre, los andrajos embarcados y los viejos capotes pegados á las escuálidas espaldas.

Infantería de línea, cazadores de á pie, turcos, soldados de caballería desmontados, todos entraban en revuelta confusión con los furgones y los tiros de mulas. Los artilleros, sentados en los cajones, cruzaban los brazos con aire feroz; los conductores iban medio dormidos sobre sus caballos velludos y rendidos de cansancio. Los oficiales cojeaban, apoyándose en bastones.

Dominando ese torrente humano,

pero arrastrado por él, pasó un general, jinete en un caballo bayo alazán, á paso castellano. Era una veterana figura militar, franca y dura, de bigote gris. Pasó con el kepis echado á los ojos, abrumado al peso de la derrota, seguido por un escaso estado mayor con uniforme sucio y algunos rojos *spahis*, quienes alzaban al cielo de otoño la nostalgia de sus hermosas miradas.

El viento del Noroeste barría los nubarrones grises. De vez en cuando, el próximo fuerte de Bicêtre tiraba un cañonazo para proteger la retirada.

Llegaron, al fin, las ambulancias. Tendidos en la lona de las camillas, doblados sobre las sillas de las hamugas, desfilaron lentamente los heridos, los tristes heridos, saludados por la multitud. Algunos no podían contener los gritos de sufrimiento; los más jóvenes lloraban.

Los había prensados en ómnibus, de donde colgaba junto al cochero la bandera blanca con la cruz roja, y que llevaban irónicamente inscritos en los tableros los nombres de los alegres pueblecillos de los alrededores, los cuales eran entonces, ¡ay!, para los parisienses las fronteras de Francia. Por las portezuelas salían cañones de fusil, y al menor vaivén coscorroneaban todas las cabezas.

Uno de esos siniestros carruajes se

detuvo delante de Gabriel. Un herido, un pobre pistolo de infantería, con el vientre abierto por un casco de granada, acababa de quedar desfallecido, y le bajaban para dejarle morir allá, en la calle, bajo la lluvia que comenzaba á caer. ¡Horrible detalle! Cuando los enfermeros levantaron aquella masa inerte, deshízose la cura, hecha de prisa, y cayó al suelo una gran torta de hi-las ensangrentadas.

Apenas tendido en un colchón, en el ángulo de una pared donde habían dormido durante la noche los guardias nacionales, el herido se estremeció por última vez y expiró. Era el soldado raso, el recluta de la víspera, el aldeano de ayer. Tenía una honradota cara campesina, rojizos los cabellos, manchas de salvado en la frente y las manos aún callosas de empujar la esteva del arado.

Gabriel contempló largo rato el cadáver de aquel oscuro soldado, caído en un combate sin nombre, muerto sin gloria después de vivir sin alegrías. Pensó en que habían sido muertos miles y miles como aquel, y comparando su vida de muelles languideces y de cobarde pereza con el destino de ese humilde mártir de la obediencia y del sacrificio, sintió Gabriel subirle el rubor de la vergüenza y se preguntó si era tal vez un monstruo.

El pobre mozo no era más que un enamorado; y, á pesar de sus escrúpulos, no podía sustraerse á la tiranía de ese sentimiento exclusivo que con tanto acierto se ha llamado *egoísmo de dos*. El recuerdo de Eugenia le oprimía el alma. Algunas veces concebía esperanzas de encontrarla, de que acaso se hubiera quedado en París. Mas no se atrevía á volver á casa de Mad. Henry para asegurarse de ello. Una extraña repugnancia le contenía, cuando se acordaba de aquel joven oficial fumando ante una mesa servida, delante de las narices de la hermosa morena, en ese lugar donde había nacido su tímido y joven amor.

Pasaba, pues, monotonamente su vida, en ir á la oficina, estar de guardia y oír las quejas de su madre, la cual veía con espanto disminuir las provisiones. Pasaba á menudo las veladas con Cazaban.

El entusiasmo sentido el 4 de Setiembre por el hombre meridional no fué de larga duración, y parecía haber volado con el globo que arrastró consigo á Gambetta.

Después de reclamar en vano medidas de rigor, tales como la ejecución sumaria de los fugitivos de Châtillon, comenzaba á tildar de flojo al Gobierno y principalmente á Trochu, á quien trataba ya de sacristán y de partidario de la capitulación. De día en día era más

enérgico en sus expresiones, y no podía pronunciar veinte palabras sin intercalar en ellas las más groseras blasfemias y los famosos epítetos que bien pronto iba á reeditar el periódico *Père Duchesne*. Acentuábanse sus opiniones demagógicas. Leía el periódico de Blanqui y pedía la guerra á todo trance, el levantamiento en masa, la salida como un torrente y el poner torpedos en el alcantarillado.

Por supuesto, vestido siempre de paisano y sin más que un kepis de practicante mayor, estaba agregado á una vaga ambulancia en el centro de la ciudad, lejos de todo peligro, y en la cual aún se comían buenos bocados, según él mismo afirmaba.

XI

Sin embargo, seis semanas hacía que sitiaban á París los prusianos, y el mes de Octubre tocaba á fin.

La esperanza comenzaba á disminuir ya en aquellos á quienes no cegaba en absoluto la fiebre militar que se había apoderado de la población; y, á pesar de los discursos entusiastas y las conversaciones fanfarronas, algunos espíritus tranquilos miraban con terror lo porvenir.

La fisonomía de la capital adquiría poco á poco un carácter más tétrico, en armonía con la vaga inquietud que se notaba en el aire y con el cielo repentinamente entenebrecido de los postreros días del otoño. A despecho de las ordenanzas de policía, tenían las calles aspecto de desorden y suciedad, y la escasez pública manifestábase allí por mil síntomas alarmantes. Las paredes estaban manchadas con carteles de todos colores; los carruajes eran cada vez menores en número; un viento de tristeza y de miseria parecía pasar sobre aquella muchedumbre mal vestida, en que casi todos los hombres iban con el uniforme de la guardia nacional descuidado siempre y sucio con frecuencia; hermosas casas nuevas estaban abandonadas á los campesinos refugiados, quienes criaban conejos y aves de corral en los salones recién dorados; y en más de un lugar llenábanse las aceras á lo largo de mujeres del pueblo y criadas de servir, haciendo cola á la puerta de las tablajerías municipales, donde comenzaba á funcionar el sistema de racionamiento y á aparecer la carne de caballo. De noche, aquello era siniestro. Excepto los cafés y las farmacias, todos los establecimientos se cerraban muy temprano, ya no se encendían sino la mitad de los mecheros de gas, y nada era tan

lúgubre como aquellas semitinieblas donde solamente vagaban algunas sombras de transeuntes retardados.

Sin embargo, los domingos fueron hermosísimos durante aquel período del asedio, y los parisienses iban en tropel á sus paseos favoritos. Pues bien; una de esas claras tardes, dulcemente soleadas, y que Gabriel había aprovechado para ir de callejeo por los grandes bulevares con su amigo Cazaban, le acaeció un suceso enorme.

Desde poco tiempo atrás habíase borrado un poco de la memoria del joven la imagen de Eugenia, y aquel día no había vuelto á pensar en ella desde la mañana. Cazaban fué á buscarle á casa de su madre luego del almuerzo; y Gabriel salió con su amigo, alegrándose de charlar andando con las manos metidas en los bolsillos de la americana, de seguir la acera del sol por las calles y los muelles, de respirar, de ver gente. Ambos camaradas habían llegado así hasta el bulevar Montmartre, é iban á paso lento por entre la muchedumbre que se agolpa siempre en las cercanías del pasaje Jouffroy.

Cazaban estaba explicando á su amigo el maravilloso invento de un médico del Barrio Latino, quien había topado con el secreto de quintaesenciar el tifus y el cólera dentro

de una redomita, que bastaría destapar para difundir esas epidemias en el ejército prusiano; y se indignaba contra la poco patriótica negativa del Gobierno á emplear aquel enérgico medio de defensa, cuando Gabriel vió de pronto á quince pasos de él, á la entrada del pasaje, á Eugenia dando el brazo á un hombre de elevada estatura, con galones de sargento primero en la manga de su capote de guardia nacional, y que, de cierto, era el marido.

El joven se detuvo bruscamente. Acababa de recibir en el epigastrio ese choque violento, parecido á un puñetazo, fenómeno producido por toda emoción fuerte. En un abrir y cerrar de ojos, y con aquella loca rapidez que el pensamiento adquiere en las grandes crisis de la vida, comprendió que la joven no había salido de París desde el bloqueo; que esas seis semanas pasadas por él echándola de menos, las había vivido ella muy cerca de él, en la misma ciudad que él, sufriendo quizá con la separación como él, y de seguro acusándole de olvido y de abandono. En el momento en que tenía la inesperada felicidad de encontrarla, no podía correr á ella, agarrarla de las manos, verla de cerca, tocarla, explicárselo todo, en una palabra; y, por vez primera, la encontraba del brazo de aquel que la poseía en nombre de la ley y

de la sociedad, de ese marido temido por ella, odiado por él.

Gabriel reconoció en seguida á Clément en ese robusto mocetón cuyos duros ojos brillaban bajo la visera del kepis, de cuadrados hombros, bajo el pesado capote de paño azul grueso; y junto á ese coloso, la delicada y monísima Eugenia, con su estrecho traje negro y un poco enflaquecida ya por las privaciones del sitio, hacía un contraste bien cruel á los ojos del pobre amante.

Con la mano puesta sobre el brazo de Clément, Eugenia pasó cerca de Gabriel, y á su vez le reconoció. También ella se detuvo al punto, y, poniéndose muy pálida, le miró con ojos agrandados por el asombro y la inquietud. Pero, casi en seguida, volvió bruscamente la cabeza; y arrastrada por su marido, que nada había notado, desapareció entre la muchedumbre.

—¿Qué te pasa?—dijo el hombre meridional á Gabriel petrificado.—Pareces lelo.

—Nada—respondió con esfuerzo Gabriel, quien se sentía desfallecer.—Estoy un poco fatigado. Entremos á sentarnos en ese café, ¿quieres?

—Con muchísimo gusto—dijo Cazaban, que nunca se negaba á un ofrecimiento semejante.

Pero el final de aquel paseo fué

odioso para Gabriel. Apenas entró en la caldeada atmósfera de aquel recinto, sintió subírsele la sangre á la cabeza y quiso volver á andar. Aturdíale la charla de Cazaban; oía sin comprender, absorto con el pensamiento de que Eugenia estaba en París y soñando ya con los medios de volver á verla. Regresó á casa de su madre, rendido de cansancio.

La comida fué breve (todas lo eran en aquella época); y en cuanto Mad. Fontaine rezó la oración de gracias, Gabriel salió de casa é instintivamente marchóse á toda prisa á la calle de Santiago. Casi dió un grito de alegría al ver luz en la ventana de Mad. Henry. Ni siquiera reflexionó si iría á ser indiscreto y caer otra vez en medio de alguna cita á solas con el oficial de móviles; y sin ponerse á discurrir qué excusa podría dar de su larga ausencia, subió las escaleras de cuatro en cuatro.

— ¡Cómo! ¿Es V., horrible flojote? — exclamó Mad. Henry introduciendo á Gabriel en el cuarto, donde por fortuna estaba sola. — ¡Supongo que será V. un aparecido! ¡Y yo, tan panfilona, creyendo que había sentado V. plaza en los francotiradores y que habría V. pescado algo malo! ¿Está bien eso de abandonar así á los amigos? Vamos, á explicarnos, señor ingrato. ¿Qué ha sido de V. en tanto tiempo?

Pero Gabriel era demasiado feliz al encontrarse junto á aquella mujer y en aquella estancia, que le recordaban tantas deliciosas memorias; tenía demasiado grande y dulce presentimiento de que estaba en la pista de Eugenia, de que iba tal vez á verla, para imaginar una respuesta conveniente á las reconvencciones que Mad. Henry le dirigía con cómica iracundia.

— ¡Dios mío! Perdóneme V., Mad. Henry — respondió por fin, con un poco de aturdimiento. — He venido varias veces á verla á V. sin encontrarla; y he temido molestar, desde que la vi á V.... en familia.

La hermosa morena soltó el trapo á reir.

— ¡Vamos! ¡Vamos! Veo que es Vd. tan mala lengua como los demás. Pues qué, ¿es una cosa tan extraordinaria eso de tener un primo? ¡Pobre Roberto! ¡No me habrán quitado poco el pellejo con motivo de él!... Y, sin embargo, ya no le veo, desde que su batallón está en Moulin-Saquet... Vaya, V. es como esa pícara Eugenia, que no quiso volver más, porque se encontró aquí con él dos ó tres veces... Ahí tiene V. lo que es el haberme plantado... V. no sabe que Eugenia se quedó en París, y ha estado V. cerca de dos meses sin verla. Con eso escarmentará V. Escuche: no merece V. que le diga

cuánto ha pensado ella en V. y cuán triste estaba al preguntarnos por qué no venía V. ya... ¡Oh, qué monstruos de hombres! ¿Qué la va V. á decir cuando venga ella dentro de poco?...

Un inmenso júbilo se apoderó de Gabriel. ¡Eugenia no le había olvidado, Eugenia había sufrido con su ausencia! Cediendo á una invencible necesidad de expansión, cogió ambas manos á Mad. Henry y la contempló con los ojos húmedos por lágrimas de dicha. Y apoderándose también de ella misma esa emoción tan sincera, decíale la hermosa morena con voz animadora:

—¡Vamos, niño grande, no se ponga V. malo; le aman, y le perdonarán!, cuando Eugenia entró bruscamente.

Los dos amantes permanecieron inmóviles uno delante de otro, separados tan sólo algunos pasos, temblorosos, pálidos, ahogados por el enternecimiento. Eran dos naturalezas demasiado exquisitas para dejar desbordarse su ternura delante de un testigo, y hubo un momento de silencio muy doloroso. Pero entonces Mad. Henry, comprendiendo todo lo penoso de la situación y obrando con ese delicado sentido de las relaciones que se revela á veces en las mujeres más vulgares, acercóse sencillamente á Eugenia para quitarla el sombrero

y el abrigo, y la hizo sentarse junto á la mesa; sentándose luego ella también y mostrando una silla á Gabriel, dijo con una sonrisa:

—Vamos, Gabriel, como antes... Léanos V. el *Petit Journal*.



XII

A contar desde aquel día, Eugenia y Gabriel abandonáronse de nuevo á su mutuo amor, que la separación había hecho más vivo. Entonces volvieron á empezar las apacibles veladas en el cuarto de la calle de Santiago, las lecturas en alta voz, los silencios ritmados por el isócrono ruido de las puntadas de aguja, las mudas confidencias en una mirada. Cuando el marido, celoso guardia nacional, estaba de servicio en las murallas, Eugenia permitía que Gabriel la acompañase hasta su casa; ya no tenían peligro de que les conociesen en aquellos bulevares lejanos y oscuros, donde algunos escasos faroles de aceite mineral habían reemplazado á las deslumbradoras hileras de luces de gas. En esas soledades tenebrosas, la casadita, caminando lentamente del brazo de Gabriel y apoyando la cabeza en el hombro de su amigo, le contaba sus recién-

tes penas: cómo estaba más sola y triste que nunca desde que Clément, que ya no tenía trabajo y se ocupaba con ardor de la guerra y de la política, sólo parecía á la sazón por su casa para acostarse, las noches en que su batallón no estaba de servicio; cómo el marido había adquirido hábitos de embriaguez y de violencia y la daba miedo al volver, acalorado por la bebida, de una sesión de club ó de una elección de oficiales, y declamaba con gran caudal de juramentos contra los traidores y los burgueses, pidiendo todo revuelto, la salida en masa y la abolición del capital, el exterminio de los prusianos y el advenimiento de *la social*. Apremiada por las preguntas de Gabriel, confesaba también la casadita la amarga pena y el desaliento profundo que experimentó al quedarse sin verle y cuando le creyó inconstante y olvidadizo; y entonces era de ver la de juramentos desesperados, maldiciones contra el destino, locas caricias, abrazos hasta hacerse daño, besos empapados en lágrimas, mientras el viento de la noche hacía pasar sobre sus cabezas el rugido del cañón de los fuertes, y algunas veces el granear de la fusilería en los puestos avanzados.

Por lo demás, ambos amantes eran demasiado tímidos y cándidos para buscar, ni aun para apetecer,

una satisfacción del amor más completa que esas dolorosas conversaciones y esos tristes besos. Sin embargo, Eugenia hubiera estado sin fuerzas para defenderse de Gabriel, si las circunstancias le hubiesen permitido á éste manifestar sus deseos. Pero Mad. Henry nunca los dejaba solos, y eran incapaces de buscar con premeditación un asilo para su idilio errante, que paseaban ya casi todas las noches bajo el cielo oscuro y en el fúnebre panorama de las noches del sitio.

Así pasaron para ellos esos trágicos meses de Noviembre y Diciembre, durante los cuales la ciudad sitiada vió descargar sobre sí todos los desastres de la guerra. Pero ¿qué les importaban el frío, el hambre, la miseria, la fatiga y el espanto? Se amaban, podían decirselo, y sólo con eso habíanse vuelto indiferentes á todos los sufrimientos. ¿Qué les importaban esos tumultos, esos motines, esas batallas?

El amor es superior á todas las locuras de los hombres; los siniestros acontecimientos que ocurrían en torno de ellos, apenas lograban de los dos amantes una mirada y un recuerdo. ¡Valiente cosa se le daba á Gabriel de que el Gobierno se llamase Trochu ó Blanqui el 31 de Octubre, víspera del día en que había vuelto á encontrar á su que-

rida! Y más tarde, cuando los combates se sucedieron unos á otros, todas esas fechas sangrientas, por un juego criminal de la memoria, sólo sirvieron á Gabriel la frase tierna y encantadora que ella le había dicho en tal día, el apasionado y dulce beso que él le había dado.

Una noche, en la última quincena de Diciembre, estaban en casa de Mad. Henry, cuando ésta les convidó á comer el día siguiente, anunciándoles que su primo Roberto había obtenido un permiso de veinticuatro horas para abandonar las avanzadas, y debía traer consigo uno de los últimos pasteles de hígado grasiento que se encontraban aún en París.

En virtud de una mirada suplicante de Gabriel, que sólo veía en esta invitación un medio de pasar algunos instantes más junto á su muy amada, aceptó Eugenia, y al siguiente llegaron ambos amantes á la hora indicada.

Aquella velada fué una de las más felices de su vida.

El cuartito tenía aspecto de fiesta. Una gran fogata de leña, raro lujo en aquella época, ardía en la chimenea. La lámpara y las velas estaban encendidas y arrojaban alegre claridad sobre el blanco mantel con que Mad. Henry acababa de cubrir la mesa. La morena buena moza, que había prendido con alfi-

leres un delantal de cocina sobre su mejor traje de seda, enjugaba con brío los vasos y platos, y Eugenia, animada por el regocijo de su amiga, la ayudaba á colocar los cubiertos.

No tardó en presentarse el oficial de móviles, con uniforme de campaña, calzado con grandes botas de cuero leonado, saliendo el puño del sable por la hendedura del capote, y trayendo bajo el brazo el precioso pastel envuelto en tres papeles grises.

Sentáronse al momento y con entusiasmo á la mesa. La discreta intimidad que existía entre Eugenia y Gabriel había disipado las desagradables sospechas del sedicente primo de Mad. Henry, y no cesó de reinar durante la comida el más cordial buen humor. Gabriel tuvo un momento de envidia al comparar su burda guerrera y su modesto papel de guardia nacional sedentario con el elegante uniforme y los dicharachos militarescos del oficial; y hasta hubo un minuto en que al oír al guapo Roberto dirigir un insípido piropo á Eugenia, el inquieto enamorado se entregó á los tormentos de los celos, y rodaron por su espíritu ideas homicidas; pero, en resumen, todo sucedió á las mil maravillas. Y después de hacer concienzudos registros en las entrañas del pastel, y brindado por

una multitud de cosas muy patrióticas, separáronse como los mejores amigos del mundo.

La noche era fría pero despejada, y Gabriel acompañó á Eugenia. Sin duda fué muy tierna la conversación aquella noche, bajo los añosos árboles del bulevar de Italia, y muy exquisito el beso de despedida; porque Gabriel, excitado por la buena velada, y preciso es confesarlo— ¡debilidad humana!—por la succulenta y ruidosa comida, no quiso retirarse de seguida á casa y se encaminó al café del Barrio Latino, donde Cazaban, en medio de un círculo de meridionales muy exaltados, denunciaba diariamente la gran traición del gobierno y pedía las más enérgicas medidas contra el enemigo.

Con gran sorpresa de aquella reunión, donde rara vez se presentaba y era considerado como tímido ó reaccionario, Gabriel manifestó aquella noche su violencia y su entusiasmo. Ofreció un ponche, arregló á la asamblea y pronunció un brindis incendiario; y hacia la una de la madrugada, mucho tiempo después de cerrarse el establecimiento, paseábase aún por el muelle de San Miguel, del brazo de Cazaban, preconizándole con elocuencia las virtudes de la dinamita y del picrato de potasa.

XII

El 4 de Enero, á cosa de las dos de la tarde, comenzó el bombardeo con que los prusianos amenazaban desde tanto tiempo atrás á París; y una de sus primeras granadas estalló en la esquina de las calles de Santiago y de los Fuldenses.

Difundióse con rapidez la noticia por todo el barrio, donde (hay que convenir en ello, en honor de sus habitantes) produjo mucha más indignación que terror; y llegó á oídos de Mad. Fontaine, quien se la refirió á Gabriel cuando éste fué á su casa para comer.

Lo mismo que todos los sitiados, el joven estaba ya hecho al peligro y curado de espanto; y sin preocuparse gran cosa de este nuevo horror de la guerra, comió en compañía de su madre el pobre cocido de carne de caballo y las escurriduras de un tarro de dulce. Luego, siguiendo la dulce y cotidiana costumbre que había renovado, salió y fué á casa de Mad. Henry.

Pero aquella noche, al penetrar en aquel barrio desierto, parecióle que la soledad de las calles era más espantosa y las tinieblas más siniestras. A veces oía por encima de su cabeza crecer un ruido extraño, se-

mejante al zumbir de un insecto monstruoso que volase con loca rapidez; y, pasado un segundo, estallaba á lo lejos una detonación. Eran las granadas que caían. Pegado á la pared y pisando barro, seguía por aquella estrecha y oscura calle de Santiago, iluminada tan sólo por las humeantes lámparas de las escasas tiendas abiertas aún; y á cada momento levantaba los ojos al cielo entenebrecido en absoluto, por donde pasaban con estrépito los invisibles proyectiles. Poco á poco aparecieron en su espíritu multitud de ideas lúgubres y desoladas. A todas las impresiones de ruina y de muerte que le rodeaban, agregóse el recuerdo de su infeliz y culpable amor. Sintió que le invadía una vaga pero honda desesperación; y, por vez primera, vió sin un brusco sobresalto de alegría brillar la luz en la tan conocida ventana.

Subió despacio la escalera, tiró de la campanilla, y como viese la llave en la puerta, entró sin aguardar á que le abriesen.

Sentada junto á la chimenea, cerca de un pequeñísimo cabo de vela encendida, con el sombrero y el abrigo puesto, y teniendo en la mano la bolsa de la labor, como si fuese á marcharse, sola en aquella estancia fría, sin fuego y sin lámpara, hallábase Eugenia.

—Ya ve V.—dijo con insegura

voz á Gabriel sorprendido—cómo no quise que viniera V. en balde aquí esta noche. Mad. Henry tuvo miedo al bombardeo y acaba de marcharse á pedir hospitalidad á su pariente de La Chapelle. Como yo no conozco en París á nadie en cuya casa poderme refugiar, y permanezco en el barrio, me ha dejado la llave de la suya con el fin de tener dos alojamientos en caso de necesidad. Pues bien, como V. no estaba avisado y sabía yo la pena que le daría el no encontrar aquí á nadie, he venido un momento para verle á V. y decirle esto.

—¡Qué buena es V.!—respondió Gabriel enternecido.

Y cogiendo una silla baja, fué á sentarse á los pies de Eugenia.

—Pero necesito irme en seguida—prosiguió con esfuerzo la casadita.—Clément no está de guardia; se ha quedado en casa, y le he dicho que salía nada más que por un instante.

—¡Cómo!... ¿En seguida?—dijo Gabriel, cogiéndola de las manos y sujetándola suavemente.

Era la primera vez que estaban á solas en aquel cuarto. Apoderóse de ambos una singular emoción, mezcla de languidez y de espanto.

—¡Quédese V. un momentito!—suplicó Gabriel.—Ni siquiera he tenido tiempo para verla... ¡y tengo tantas cosas que decirle!... ¿Qué va

V. á hacer durante este horrible bombardeo?

—No lo sé. Clément ha bajado los colchones al sótano: dice que vale más que nos maten que capitular... Pero, suceda lo que quiera... ¡tengo tanta pena!... Se lo juro á V.; lo que es ahora, igual me da morir.

—¡Oh, qué mal está eso que dice V.!... ¿Ya no me amas? ¿Y qué sería de mí, si yo no te tuviese?

Eugenia bajó la cabeza con aspecto abrumado, sin responder. Gabriel la tenía abrazada y la miraba con ojos llenos de lágrimas.

—Suélteme V.—dijo ella, tratando de desprenderse. — ¡Déjame... tengo miedo!... ¡Nunca hemos estado solos como hoy!... Ya sabe V. que no está bien esto que hacemos.

El joven obedeció al pronto, pero conservó entre las suyas las manos de su querida, y se puso á besarlas, gimiendo.

A despecho de sí misma, abandonóle ella esas manitas ardientes de fiebre. No se encontraba con fuerzas para levantarse y partir; era presa de un embotamiento voluptuoso que quería sacudir, pero que iba subiendo desde las manos al corazón. Gabriel, por su parte, perdía la cabeza; sin dejar de besarla las manos, había caído á los pies de Eugenia, enredada entre los pliegues de las faldas.

¡Oh, cuánto calor tenían en aquel cuarto glacial! En torno suyo reinaba profundo sosiego. Por fuera, oíanse á lo lejos sordas explosiones: continuaban lloviendo granadas. La vela se había consumido del todo sin que ellos lo notasen; y la mecha, caída al borde del candelero, lanzaba sus fulgores de agonía.

—¡No!... ¡Sufrimos demasiado!— exclamó Gabriel. — ¡Y si el destino tuviese lástima de nosotros, enviaría sobre esta casa una de esas granadas para aplastarnos!...

En el mismo instante, una detonación terrible, seguida de un estrépito de vidrios rotos, hizo temblar las paredes. Un enorme proyectil acababa de estallar en el empedrado de la calle. La vela se acabó de apagar en el acto.

Aquella vez, el terror fué quien arrojó á Eugenia en brazos de Gabriel.

Estaban solos, enloquecidos entre la oscuridad, enlazados por un abrazo apasionadísimo, confundiendo sus besos y sus lágrimas, mezclándose sus alientos, con los labios fuertemente unidos... y la tromba de fuego y hierro, de que el irónico destino se valía para unir del modo más íntimo á dos amantes, continuaba descargando sobre la consternada ciudad, aplastándolo todo, hirviendo palacios y cuchitriles, derruyendo techumbres y paredes,

rematando heridos en sus lechos del hospital militar de Val-de-Grace y matando niños en sus cunas.....

.....
 Dos horas después, cuando Gabriel, ebrio de voluptuosidad, de gozo y de orgullo, regresó á su cuartito del muelle de San Miguel, encontró á su anciana madre arrodillada delante de una silla, junto á su lumbre de viuda, preparándose á pasar las cuentas del rosario y rezar oraciones.

— ¡Qué es eso, mamá! — dijo, estupefacto. — ¡Sin acostar aún... á las once! ¿Por quién rezas tan tarde?

— Pero Gabriel — le respondió Mad. Fontaine levantándose y con un acento casi severo en su voz — ¿acaso no piensas en ello? ¿No oyes las bombas? Rezo por todos los que van á morir en esta abominable noche; rezo por las pobres madres ancianas, como yo, que mañana llorarán un hijo...

Y Gabriel, después de abrazar á su madre, se retiró bruscamente á su cuarto, espantándose de esa felicidad que le hacía tan egoísta y tan duro.

XIV

Continuaron amándose bajo la lluvia de granadas.

Fué para ellos un paraíso aquel horrible mes de Enero, durante el cual, desfallecidos, hambrientos y bombardeados, comieron los parisienses un pan negro que hubiera hecho amotinarse á un presidio, y temblaron junto á la triste lumbre de leña verde.

Más audaz Eugenia desde que era más culpable, dejaba creer á su marido que seguía pasando las noches en casa de Mad. Henry, donde iba á reunirse con Gabriel. Incitados por el deseo, á través de las tinieblas preñadas de peligros, acudían bajo el techo de la casa de aquel barrio aplastado por los proyectiles.

No pensaban en los riesgos; ni siquiera oían tronar los cañones Krupp y estallar las bombas. Sólo vivían para su amor. Apenas llegaba hasta ellos el eco de las últimas catástrofes del sitio. Fueron felices la noche de la matanza de Buzenval; fueron felices el 22 de Enero; fueron felices — ¡oh vergüenza! — el día de la capitulación.

Pero por extraños decretos del destino, lo fueron por última vez aquel día.

Eugenia, débil de salud, tenía que resentirse más que nadie de las fatigas y privaciones del sitio. Cayó gravemente enferma y tuvo que guardar cama durante seis semanas.

Mad. Henry, que había vuelto á

su domicilio, fué durante todo ese tiempo confidente de las angustias y los sufrimientos de Gabriel. Iba á verla todos los días para saber noticias de su querida idolatrada y para hablar de ella; y aguardaba febrilmente el momento en que Eugenia pudiera salir, sin ocuparse de las primeras sesiones de la Asamblea de Burdeos, de la entrada tímidamente triunfal del ejército alemán en París, de las manifestaciones de la guardia nacional en torno de la columna de Julio, de los cañones en Montmartre y de todos los temibles síntomas de la revolución próxima.

El 17 de Marzo, al llegar por la mañana á casa de Mad. Henry, tuvo la deliciosa sorpresa de encontrar allí á Eugenia, quien, apenas convaleciente, no había querido tardar más en volverle á ver, y había salido á pesar de la nieve. Lloró de júbilo sobre las enflaquecidas manos de la joven; hizo con ella mil proyectos encantadores de amoríos ocultos lejos, correrías por los bosques. Pero cuando tuvieron que separarse y la vió en el quicio de la puerta, tan pálida bajo sus pañoletas y chales de enferma, dirigirle su adiós con una sonrisa triste y fatigada, una horrible idea cruzó por el espíritu del amante; y tuvo como un terror de perder á Eugenia para siempre.

Al otro día, el golpe de mano intentado para apoderarse de los cañones de Montmartre, fracasaba miserablemente; un motín, que acababa de empezar por dos asesinatos, hacía dueño de la capital en pocas horas; la población de la primera ciudad de Europa, vacilaba entre el deber de sostener al Gobierno legal y el temor á las órdenes que la dictaba una turba de oscuros pillastres; y Gabriel se vió precisado á reunirse en Versalles con el Gobierno que acababa de huir.

XV

Todos aquellos á quienes sus vínculos gubernamentales ó su seguridad personal constriñeron á ir á habitar en Versalles durante la *Commune*, jamás olvidarán el extraño espectáculo que ofrecía entonces aquella capital improvisada.

Los escasos parisienses que hasta aquella época habían sido atraídos hacia Versalles por una causa diferente que por los grandes surtidores de sus aguas, y que habían observado entre semana ese chocante fenómeno de una desierta, triste y silenciosa ciudad de provincias, casi á las puertas de Pa-

rís; los que habían podido reconocer toda la poética verdad del verso de Teófilo Gautier,

Es Versalles la Palmira
Donde duerme la realeza,

de seguro que experimentaron entonces uno de los mayores asombros de su vida.

Después del espantoso naufragio del viejo navío simbólico, grabado en las armas de París, Versalles fué la almadía colosal construida con los restos. Desde los últimos días de Marzo á fines del mes de Mayo, aquella ciudad, que en tiempos ordinarios apenas cuenta treinta mil habitantes, contuvo más de doscientos mil y vió circular por sus admirables jardines, por sus calles monumentales, por sus grandiosos paseos, la febril agitación de todo un pueblo en peligro de muerte. En aquella vasta plaza de Armas, y como obedeciendo al ademán de mando del Gran Rey jinete en su caballo de bronce, se reunieron formidables piezas de artillería y maniobraron regimientos. En ese legendario palacio, que parece predestinado á servir de decoración á los acontecimientos trágicos de nuestra historia, una Asamblea soberana, rodeada de sus ministerios y del innumerable personal de su administración, celebró sus sesiones en medio de los tumultos é hizo con-

vergir hacia ella todas las fuerzas del país. Y en las casas de la ciudad, en sótanos y graneros, pasando la noche sobre una silla, acostándose encima de los mostradores y de las mesas de billar, amontonáronse refugiados de todas condiciones, oficiales de todas categorías, funcionarios de todas clases, en una palabra, todos los residuos de la gran sociedad parisiense, desde el genial artista que abandonó su estudio hasta el agente de orden público expulsado de su tugurio, desde el ilustre hombre de Estado fugitivo ante el motín hasta la última de las mujeres públicas arrojada por el hambre.

Fiel á las tradiciones de la ligereza francesa, y obediente á su pesar á la esclavitud de la costumbre, aquella inmensa emigración había llevado allá sus elegancias, sus placeres, sus ridiculeces y hasta sus vicios; y, en cuanto era posible, había reconstituido inmediatamente en aquella nueva Coblentza su manera de vivir y sus hábitos de otros tiempos. Aprovechando esos maravillosos días de primavera, en que la impasible naturaleza parecía manifestar á los hombres el menosprecio en que tiene las locuras y los crímenes de ellos, las mujeres de sociedad propusieron demostrar todo el refinamiento discreto y delicado que podrían poner en sus

negros vestidos, y poblaron de exquisitos tocados de luto las calles de árboles al tresbolillo y los senderos entre los céspedes acotados con boj del viejo parque. Debajo de aquellos grandes árboles entrecruzáronse requiebros, frívolas conversaciones, leves risitas, y se mezclaron con los píos de las avecillas, cuyos cánticos resonaban entre el tierno follaje, sin que los cubriese la voz lejana del cañón. Al tomar café después del almuerzo, en la terraza del *Hotel des Réservoirs*, jóvenes elegantes, con corbata clara y traje de verano, miraban á través del humo dorado de sus cigarrillos desfilan ante sus ojos, junto á la carretela de una cortesana de moda, los pesados armones llenos de bombas y granadas; y por la noche, actores bufos cantaban zarzuelas en el gran teatro, de donde los espectadores salían en los entreactos para oír cómo retumbaba durante la noche la gran batería de Montretout.

Gabriel y su madre habían hallado refugio en un cuartito de la calle de la Parroquia, amueblado nada más que con dos camastros de hierro separados por las hojas de un biombo. El joven había seguido la suerte de las oficinas de Instrucción pública, instaladas entonces provisionalmente en el liceo de Versalles; y para entrar en París aguardaba, como todo el mundo, á que

el ejército regular, que acababa de reorganizarse á toda prisa, hubiese penetrado allí y vencido á la más monstruosa y criminal insurrección vista en Francia.

Pero, preciso es confesarlo: si aquella esperanza, compartida entonces por todos los buenos ciudadanos, era tan intensa en Gabriel, consistía en que esos muros defendidos por los federados, y cuya caída deseaba con tanto ardor, le separaban de su querida.

Había tenido que abandonar á París sin despedirse de Eugenia, y no tenía ninguna noticia de ella. Como le había prohibido con señales del más vivo espanto escribirla jamás á casa de su marido, el pobre amante había mandado cartas sobre cartas á la complaciente Mad. Henry. Todas quedaron sin respuesta. Devorado por la inquietud, fué una vez á París, por San Dionisio y el ferrocarril del Norte; y, atravesando por la capital, siniestra y llena por todas partes de locos y mentirosos anuncios de la guerra civil, había ido corriendo á la calle de Santiago. Mad. Henry no había parecido por su casa en mucho tiempo; y Gabriel, á quien el portero recibió con aire inquieto, y que había visto antes del 18 de Marzo acentuarse las opiniones radicales de la morena buena moza, recordó las ausencias de ella al llegar su se-

dicente primo y pensó si no habría reemplazado al brillante oficial de móviles por algún coronel federado de irresistibles galones.

Fué á dar una vuelta por el bulevar de Italia, horroroso desde que habían cortado los árboles durante el sitio, y transformado en un verdadero desierto de sol y de polvo. Durante una hora anduvo cien pasos allí, pero desde muy lejos, por delante de aquella tapia que ocultaba la casa de su querida; y en el momento en que venciendo su timidez iba á acercarse á la puerta del almacén de maderas, con la esperanza de ver á Eugenia cruzar el patio ó sentada á la ventana, vió atravesar el bulevar y dirigirse á aquella puerta un hombre de elevada estatura, con uniforme de capitán de la guardia nacional, cinturón rojo y un gran sable de caballería. Al primer vistazo adivinó Gabriel al marido, más bien que reconocerle; y desesperado, huyó sin averiguar nada acerca de la suerte de su querida.

De regreso en Versalles, tuvo que renunciar á nuevas tentativas porque *la Commune* acababa de publicar su inicuo decreto incorporando á sus batallones todos los hombres de veinte á cuarenta años, y hacía vigilar los viajeros en la estación del Norte y en todas las puertas de la ciudad. Volver á meterse

en París hubiera sido para Gabriel arriesgarse á que le detuviesen; y, por otra parte, en aquella época de desconfianza, esos viajes sin motivo confesado á la capital insurrecta le hubieran expuesto á perder el modestísimo empleo que les aseguraba el pan á su madre y á él.

Desde entonces tuvo una vida horriblemente melancólica. Durante las pocas horas que le dejaba libre la oficina, refugiábase en los rincones más desiertos y escondidos del parque, huyendo de las calles llenas de gentío donde á cada paso le detenía uno de sus colegas ó algún conocido superficial, para hablarle de la muerte de Florens, de la toma del castillo de Bécon ó de cualquier otro episodio de aquella espantosa guerra en la cual no podía interesarse, á pesar de todo, y á la que maldecía tan sólo como un obstáculo puesto entre él y su amiga.

Todos los días iba á la lista de correos, esperando encontrar allí carta de Eugenia. Y no es que contase con tenerla, porque jamás le había escrito la temerosa casadita; mas no por eso realizaba esa peregrinación con menos regularidad, y siempre esperaba con idénticas palpitations invariable respuesta del empleado:

—No hay nada para V.

Sin embargo, á fines del mes de

Abril, un día, después de presentar Gabriel en la taquilla su tarjeta ¡ay! tan conocida, el oficinista se detuvo al hojear su paquete de cartas, cogió una de ellas y se la entregó.

¡Oh, loco regocijo! Gabriel tomó la carta con mano temblorosa, la puso junto á su corazón en el bolsillo interior del gabán, abrochándosele enseguida; y para leerla más á sus anchas, corrió hasta el bosquecillo de la Reina. Allí se dejó caer en un banco, junto á una olmedilla; y bajo aquellos magníficos árboles estremecidos por el viento primaveral, rompió febrilmente el sobre, desdobló la carta y leyó lo que sigue:

«VALENCE-D'AGEN, 27 de Abril.

»Querido: Te escribo en el café de la Comedia, donde acabo de almorzar fuerte con algunos camaradas. Hemos brindado por el triunfo de *la Commune* y por la derrota de los versalleses. Pero no se trata de eso. Imagínate que los cagatintas del ministerio de la Guerra no me han hecho cobrar la indemnización de equipo y vestuario á que tengo derecho como practicante mayor auxiliar en las ambulancias durante el sitio. Verdad es que no compré el uniforme, salvo un kepis que me costó lo menos diez francos; mas no por eso es menos cierto que

se me debe la indemnización. Tú que estás en las oficinas y conoces la aguja de marear, no tienes más que dar algunos pasos para que reparen esta injusticia. Hazme el favor de ocuparte de ello y enviarme el dinero lo antes posible.

» Te la comprimo. — Salud é igualdad.

»MARIO CAZABAN.»

Preso Gabriel de un profundo desaliento después de esta lectura, volvióse con tristeza á comer en casa de su madre. Pero aquel día le reservaba todavía un nuevo sinsabor. En el momento en que atravesaba la calle de los Depósitos, una mano le tocó en el hombro con familiaridad. Volvió la cabeza y vió al pretenso primo de Mad. Henry, con su uniforme de móviles aún.

— ¡Calla! ¿V. por aquí?—dijo el guapo Roberto.— ¡Ah! Sí, es justo. Ha seguido V. á su Administración. Después de la guerra, me volví á casa de mis padres; pero en cuanto estalló *la Commune*, naturalmente vine á ponerme á disposición del mariscal.

— ¿De modo que está V. en el ejército sitiador de París?— preguntó Gabriel por decir algo.

— No. Parece que sólo quieren valerse de las tropas regulares, de

los prisioneros que regresan de Alemania, ¿sabe V.?... Pero yo me quedo aquí, para ver en qué queda esto. Y además, Versalles es muy divertido; está lleno de mujeres.

A pesar de la secreta antipatía que le inspiraba aquel joven, Gabriel continuó la conversación; y, siempre con el propósito de obtener alguna noticia de Eugenia, preguntó al oficial cómo estaba su prima.

—¿Mi prima? ¿Quién es mi prima?... ¡Ah! Sí, ya caigo... Josefina... Mad. Henry... Es verdad: ella me hacía pasar por pariente suyo. ¡Cómo! ¿Todavía está V. en esas?... A fe mía, no sé de ella. Era muy exaltada, ha debido de hacerse comunista... Querido, una mujer que estuvo dislocada por mí... Un poco vulgar, ¡pero con un cuerpo!... ¿Sabe V. que, por un momento, casi estuve celoso de V.? Por supuesto, no me duró mucho. Pronto pesqué que iba V. allí por la otra... A propósito, ¿qué ha hecho V. con la pequeña Clément, picarón?

Gabriel estaba en el potro. Sublevado por el cinismo con que el oficial violaba el secreto de su alma, dió una respuesta evasiva y se marchó á escape, lleno de tristeza y repugnancia.

Sin embargo, era inminente el desenlace de la horrible guerra civil;

y mientras en París acumulaba la *Commune* insanias y horrores, el ejército vengador se acercaba lenta pero seguramente á esos muros de donde bien pronto había de arrancar la bandera roja. El fuerte de Issy había sido tomado por el regimiento 38 estando de marcha; y todos los días, después de combates en que siempre quedaba la ventaja por los soldados de la Asamblea, llevábase triunfalmente á Versalles cañones capturados y bandadas de prisioneros.

El mismo día que se supo en Versalles el derribo de la columna de Vendôme, ese espantoso crimen de lesa patria cometido enfrente de los prusianos llenos de júbilo, al pasear Gabriel por la plaza de Armas, oyó de pronto el agudo toque de los trompetas de caballería y vió avanzar por la esquina del paseo de Saint-Cloud un convoy de comunistas, entre dos filas de cazadores de á caballo.

Mezclado Gabriel con la muchedumbre irritada de donde—hay que decirlo con tristeza—partían gritos que apenas excusa la indignación y que la humanidad reprueba, vió desfilar entre los desenvainados sables una cincuentena de míseros hombres, con la cabeza descubierta, vestidos con sórdidos uniformes, cubiertos de polvo y rendidos de fatiga.

—¡Abajo los galones!— gritó un burgués furioso, enseñando el puño á los prisioneros.

Y en este momento, entre los federales cautivos, reparó Gabriel en un mocetón moreno, con barba inculta, que arrancaba de las mangas de su guerrera los galones de capitán, y que le pareció asemejarse al hombre á quien sólo dos veces había visto en su vida: al marido de su amada.

Pero antes de tener tiempo de conocer bien á aquel prisionero, había pasado el siniestro cortejo y desaparecido en el patio del Picadero, transformado en prisiones.

Gabriel se alejó, lleno de inquietud. Se imaginaba las angustias de la pobre Eugenia, sola en ese París entregado á la insurrección, sin amigos, sin parientes, sin sostén alguno; y no podía menos de hacer votos porque el hombre que acababa de ver pasar no fuese aquel Clément contra el cual había, sin embargo, amontonado tanto odio.

Por fin penetró en París el ejército de Versalles, y los locos de la *Commune*, sintiéndose definitivamente vencidos, inundaron de petróleo la ciudad y la prendieron fuego. Pero en la noche del 24 de Mayo, sentado en las alturas de Montretout y contemplando á sus pies aquellos focos incandescentes, cuyas rojas humaredas subían por

el negro cielo rayado por las bombas, Gabriel no pensaba en las obras maestras del Louvre, ni en los tesoros de la Biblioteca, ni en las riquezas del Banco, ni en ninguna de esas maravillas anonadadas ó amenazadas por el inmenso siniestro, sino en la casita del bulevar de Italia donde moraba su querida; y engañados por todas las ilusiones ópticas del alejamiento y de la noche, sus ojos, abiertos de terror, sólo trataban de reconocer si el formidable incendio se habría extendido hacia aquel lado.

A fuerza de pasos é instancias, Gabriel fué uno de los primeros en conseguir un pase de la autoridad militar y entró en la humeante capital. No pudiendo dar los treinta ó cuarenta francos que el menor cochero simón exigía entonces por aquel corto viaje, volvió á pie por la polvorienta carretera, entre el regreso de los regimientos victoriosos. Entró por el lienzo de muralla batido en brecha, pasó por Anteuil en ruinas; fué sin detenerse, sin ver casi, ebrio de temor y de esperanza, á través de la lastimosa ciudad ennegrecida por el fuego, acribillada por las balas y los cascos de bomba, y hormigueando de soldados con el *chassepot* en bandolera; asaltó las barricadas aún sangrientas, tropezó contra los adoquines vueltos á colocar deprisa y regados con

ácido fénico en los lugares donde provisionalmente habían enterrado muertos; atravesó en derechura, como un insensato, todos aquellos horrores y todo aquel desorden, y al cabo llegó á la calle de Santiago.

Algunos días antes de entrar las tropas, Mad. Henry se había mudado de casa, sin dar las nuevas señas.

A toda costa quería saber qué era de Eugenia. Ya no tenía timidez ni prudencia. Corrió al bulevar de Italia, hasta aquella puerta sobre la cual estaba aún el rótulo con el nombre de Clément. No vió á nadie en el patio; la puerta y todas las ventanas de la casa estaban cerradas. Tiró de la campanilla. No aulló el perro. Aguardó. Volvió á llamar. No contestó nadie. La casa estaba vacía.

Abrumado por esa imprevista desgracia, Gabriel preguntó á todos los tenderos próximos. Pero sus ojos extraviados, su rostro compungido inspiraban desconfianza. No conocían á nadie, parecían no querer contestar. Por fin una vieja frutera le hizo saber que Clément, hecho capitán por los federados, había sido apresado en uno de los combates á las puertas de París; y que su mujer hacía pocos días que se marchó á provincias, á casa de sus padres.

—¿A dónde?

—A Normandía, hacia Saint-Lô.

La buena mujer no sabía nada más.

¡Ay! Gabriel tampoco. En los azares de la conversación, Eugenia nunca le había nombrado el pueblo en que nació.

—Soy de los alrededores de Saint-Lô—había dicho una vez.

He ahí todo lo que recordaba.

«Volverá ó me escribirá—pensaba.—No puedo perderla así.»

Pero tenía destrozado el corazón, y presentía vagamente que todo había concluido.

XVI

Volvió á vivir en el muelle de San Miguel, con su madre. La viuda, cuya existencia habían perturbado profundamente los últimos sucesos, era muy feliz al recobrar sus costumbres, y se extrañaba de la continua tristeza de su hijo.

—¿Qué quieres, madre mía?—contestaba.—¡Acabamos de ver cosas tan horribles...!

Pero la engañaba. Lo único que le hacía sufrir era la nostalgia de su amor perdido. Retornaba á menudo al bulevar de Italia y á todos los lugares por donde había paseado

con su querida. Pobre hijo de París, que en su memoria sólo veía en remoto pasado algunas calles tortuosas y las cuatro paredes de un colegio, y que privado siempre del campo, de espacio y de horizonte, había aprendido á hacer que cupiese todo el divino júbilo de la primavera en una mañana de sol, junto á las lilas, en el Luxemburgo, y toda la mórbida melancolía del otoño en una verde y rojiza puesta de sol al cabo de una calle del ensanche, conoció entonces el amargo placer de buscar, vagando á través del dédalo de la gran ciudad, todos los recuerdos que en ella había sembrado durante su primer amor.

¡Dichoso aquel que habita en el campo, en ese delicioso momento de su vida! Un nido de musgo bajo las encinas, al borde de un riachuelo, donde hierve el agua de un molino, un sendero ahondado en el valle, una pradera con flores y mariposas, dulces y queridos paisajes son quienes conservarán, para devolvérselas, sus primeras impresiones de enamorado; y quienes, cuando de él haya huido la dicha, aparecerán á su tristeza un asilo lleno de soledad, fresca y paz. Pero Gabriel, para pasear sus melancolías y sus pesares, y para evocar la imagen de su muy amada y el recuerdo de los exquisitos y dolorosos instantes que pasó junto á ella, no tenía más que

esta inmensa ciudad donde nació y de la cual no había salido nunca. A la sazón, después de las horas de oficina, tomaba por los bulevares exteriores, despojados de sus árboles y abrasados por el sol de Julio, iba á echar un melancólico vistazo á la casa del bulevar de Italia, siempre deshabitada, y volvía á la suya por la calle de Santiago, andando con lentitud, con la cabeza baja y más desanimado y abatido cada día.

Por fin, vió un cartel colgado en la puerta de la antigua mansión de su querida, leyó en él estas palabras «*Se alquilan casa, almacén y taller*», y comenzó á perder la esperanza que durante tan largo tiempo había conservado de ver otra vez á Eugenia.

Algunos días después, leyendo distraído un periódico, vió en él la sentencia condenando al capitán federado Clément á la pena de deportación en un recinto fortificado, y adivinó la cruel verdad: que la joven esposa se había retirado al campo, á casa de sus padres, y no tenía ningún motivo ya para volver á París.

Un curtidor alquiló la casa del bulevar; y á Gabriela le dió un vuelco el corazón el día en que no encontró ya encima de la puerta aquel apellido de Clément, que, sin embargo, le había hecho tanto daño.

Desde entonces no recogió el menor indicio que pudiera ilustrarle acerca de la suerte de su querida. Lenta, muy lentamente, hizose más resignada su melancolía, y menos perceptible, mas no por eso fué menos honda. Cazaban había vuelto á París, con objeto de reanudar sus estudios médicos, y Gabriel apetecía entonces su sociedad, la cual le recordaba los buenos tiempos, aquellos en que Eugenia estaba en París y la veía todas las noches.

El hombre del Mediodía era más radical que nunca, pero gozaba todo cuanto le era dable. Porque su padre, médico en Valence d'Agen, le preparaba una rica boda y la sucesión en su clientela; y podía preverse que, con ayuda de los años, el bienestar y la vida provinciana, Cazaban era de cierto un futuro recluta del partido conservador.

El guapo Roberto, el exteniente de móviles á quien Gabriel encontró una ó dos veces, fué uno de los primeros para quienes la greguería parisiense creó el neologismo de *gomoso*. Asistía á las representaciones del martes en el Teatro Francés, irrepreensible, con guantes y corbata blancos, y llevando en el ojal de la solapa de su levita negra un pequeño cintajo amarillo. Había obtenido la medalla militar.

Un domingo por la mañana, alegre día de sol y de sombrillas, atra-

vesaba Gabriel el jardín del Palacio Real, cuando de pronto se encontró de frente con Mad. Henry. Dió un grito de alegría al pensar que tal vez por ella supiese alguna noticia de Eugenia.

La morena buena moza, que le apretó la mano riéndose, le pareció cambiada y como embellecida. Iba elegantísimamente puesta, con grandes joyas de oro relumbrantes, y exhalaba un fuerte olor á opopónax.

—¿Con que ha abandonado V. el barrio?—dijo Gabriel entrando en conversación.—Es lástima. ¡Era tan apacible y bonito el cuarto de V., con vistas á los jardines...!

Se detuvo. Una bocanada de recuerdos le subía al cerebro.

—¡Quite V.!—respondió madame Henry.—Me aburría allá abajo. Era triste, estaba muerto... Estoy encantada de haberme mudado á Batignolles. En primer lugar hay mucho mejor gente... ¡Calla! Es verdad: no sabe V. mis nuevas señas... Pero, no —añadió, interrumpiéndose con aspecto pesaroso—no podría recibirle á V.

Luego, con una sonrisa picaresca, prosiguió:

—Bien puedo decirle eso á un antiguo amigo... Ahora tengo un celoso.

Aquella extraña confidencia sorprendió penosamente á Gabriel. Su-

fria al ver á aquella mujer, tan íntimamente relacionado con lo pasado que él adoraba, confesar en público su estado de mujer á sueldo del goce.

—¡Cómo pasa todo!—prosiguió Mad. Henry, con un tinte de melancolía.—¡El sitio, *la Commune*, todo, qué lejano está ya! A propósito: nada he vuelto á saber de Eugenia desde que á su marido lo enviaron á los pontones y ella se volvió á su país. ¡Pobre mujercita! He ahí una para quien la vida no ha sido risueña... ¡Cuidado si se amaban Vds...!

—¿Cuál es el nombre de ese pue-

blecillo, próximo á Saint-Lô, donde vivía su familia?—preguntó palpitante Gabriel.

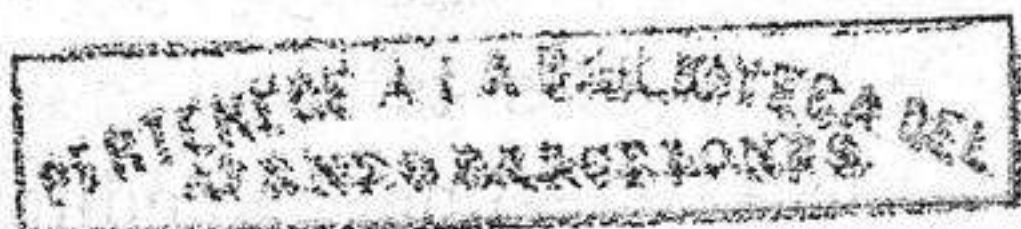
—A fe mía, nunca me lo dijo... ó no me acuerdo. Pero V., Gabriel, debe de saber qué ha sido de ella.

Gabriel palideció: acababa de perder la última probabilidad de volver á encontrar á su querida. Guardó silencio un rato; y recordando después la pregunta que acababa de dirigirle Mad. Henry, respondió con esta triste frase, desenlace fatal de casi todas las historias de amor:

—*No sé nada de ella.*

FRANCISCO COPPÉE.

GARIBALDI SEGÚN SUS MEMORIAS



Tanto se ha hablado del genio militar y del patriota; y, por lo demás, fuera de sus hechos militares, ofrecen estas *Memorias* tan pocas novedades y callan ó dejan á oscuras tanta parte de su vida pública y privada, que me parecería inútil hablar de ellas desde el punto de vista biográfico.

Quizá pudiera ser más interesante un estudio psicológico del hombre, con los documentos que él mismo deja entrever acá y acullá, indirectamente, sobre su temple físico y moral. Y á un estudio de tal género se prestan, por el contrario, admirablemente estas *Memorias*.

Por lo común, en las autobiografías de los hombres más ó menos célebres, si se exceptúan las *Confesiones* de San Agustín, las de Rousseau y de otros poquísimos, el escritor trasluce demasiado que está delante del público, y, por ende,

harto preocupado por el efecto que supone producir y por el juicio de sus lectores, para dejarse llevar de la sincera y espontánea descripción de sus méritos y deméritos. Con demasiada frecuencia, el autobiógrafo no es más que panegirista de sí propio; por ejemplo, Napoleón I en el *Memorial de Santa Elena*.

Y aun cuando el escritor se atenga á la más escrupulosa sinceridad, el solo hecho de describir directamente sus propias virtudes ó sus defectos propios, nos ofrece una verdad psicológica, más bien subjetiva y personal que objetiva.

Garibaldi, por el contrario, no piensa ni por sueños hacer en sus *Memorias* su retrato moral; narra sencillamente hechos «de la mayor parte de los cuales (como dice en el prefacio) fué testigo ocular».

Sólo por los generosos impulsos de su sentimiento, que se entusiasma

ante los espectáculos majestuosos de la naturaleza, ó se conmueve con la hermosura de una mujer, ó se electriza con el amor á lo desconocido y la sed de aventuras, ó se apresta á magnánima defensa de los mismos enemigos, se reduce á la impotencia ó se eleva á las aspiraciones patrióticas y humanitarias; sólo por sus observaciones incidentales acerca de los hombres ó de las cosas, ó sobre la política de los pueblos, ó sobre la estrategia militar, ó sobre la fortuna, á quien llama muchas veces su fiel aliada; sólo entonces se revela inconscientemente el hombre, y á través de las espirales acá y allá abiertas entre las páginas vislumbra el sagaz lector el alma de él, con sus espléndidas claridades y sus penumbras.

No de otra manera los expertos ojos del clínico entresacan el cabal diagnóstico, antes que la directa autobiografía del enfermo, de unos cuantos síntomas aislados y objetivos; y la penetrante mirada del marino, por unas pocas puntas de escollos desparramadas á flor de agua, comprende toda la extensión de un continente sumergido.

Para hacer menos difícil y más seguro este ensayo de observación psicológica, para entresacar las líneas características de una de las más grandes figuras del mundo, dejaremos al mismo Garibaldi el ma-

gisterio de la palabra. Nosotros nos reservamos la modesta tarea de recoger y ordenar estos fragmentos psicológicos, esparcidos aquí y allí; como el artista veneciano, con un dibujo regulador compone con multicolores fragmentos de vidrio un mosaico que retrata artísticamente alguna figura histórica.

Y esta será una de las más útiles enseñanzas que sacaremos de sus *Memorias*; pues tal vez no haya nada más fecundo para la educación social como el reavivar la admiración y el ejemplo de los héroes populares, no tanto en sus más deslumbradoras dotes de la vida militar suya, cuanto en el espejo de sus íntimas energías morales, que son el alma misma imperecedera de la humanidad.

De estatura no elevada, á semejanza de los grandes capitanes desde Julio César á Napoleón I, además de la cabeza, y sobre todo de los ojos, de magnético poder, tuvo Garibaldi el don de una extraordinaria robustez de fibra, que, como sólida armazón, sostuvo siempre el brillante edificio de su afortunada existencia.

En sus *Memorias* abundan las pruebas de privaciones y fatigas por él soportadas, que hubieran

muerto á cualquier hombre que no fuese de excepcional vigor fisiológico; las más graves y dolorosas son las que sufrió en la América Meridional.

En el capítulo XI describe el estado en que fué conducido ante Millán, comandante del Gualaguay, y exclama: «Siento terror cada vez que recuerdo aquellas desventurosísimas circunstancias de mi vida.» Por dos horas estuvo suspenso en el aire, atado de manos... «mi cuerpo ardía como un horno... ¡Cuando me desataron me desvanecí, me quedé como un cadáver! Había atravesado cincuenta y cuatro millas de país palúdico, donde los mosquitos son insufribles en la estación en que estábamos. Atado de pies y manos, tuve que sufrir las tremendas picaduras del *mosquito*.»

Junto á la *estancia* de Bento Gonçalves, mientras tenía el mando de dos grandes barcos en el Camacuan, tenía que empujar á fuerza de espaldas, con sus compañeros, estos dos barcos, porque el agua del río estaba baja «y nos veíamos obligados entonces á pasar así en el agua á veces *toda una noche*, no teniendo refugio contra el agua del mar ni contra la de la lluvia, aún más fría... Era un verdadero tormento, *y necesitábase, en verdad, de una ardorosa juventud para sostenerse y no sucumbir*» (pág. 41).

Ardorosa juventud y aún más ardiente energía psíquica, por la cual él y sus compañeros, en la desastrosa retirada hacia Lages, vivieron «cuatro días sin encontrar otro alimento más que raíces de plantas» y trabajando, no obstante, con afán para abrirse camino por la gigantesca *taquara* amontonada entre los pinos colosales (pág. 72).

Así también, en las batallas, pasábanse días enteros sin apagar el hambre ni la sed, y en su primer regreso á Italia (1848) «hizo toda la campaña de Lombardía atormentado por las fiebres» (pág. 205); y después, desterrado y errante por la América Central con su amigo Carpanetto, fué asaltado «por las terribles fiebres endémicas, que me hirieron como un rayo y me postraron» (pág. 268).

Fortaleza de fibra física y moral, de que tampoco decayó en años más avanzados, como en Aspramonte, donde á los cincuenta y siete años de edad, y con el dolor de las luchas entre hermanos, sufrió hambre, «con marchas desastrosas por sendas casi impracticables» donde «se recogieron algunas patatas sin madurar y sirvieron crudas de alimento» (pág. 403).

A los sesenta y dos años, en su romántica fuga de Caprera, «debilitado por los años y por los desastres», pero inflamado por su fe «ó

Roma ó muerte», vadea el canal entre Caprera y la isla de la Magdalena, y pasa «entre escollos y malezas con las botas llenas de agua» (pág. 430).

Y tres años después, este viejo, atormentado ya y corroído por el reuma articular, ofrece á Francia «lo que quedaba de él». Y una noche de aquel rigurosísimo invierno, dada la alarma en Dijon por la presencia de los prusianos, se levanta y corre á los puestos avanzados, «con los caminos cristalizados por la helada y mientras caía la nieve» (pág. 476).

En hombres de este temple, que á la congénita robustez orgánica unen el hábito de las batallas, de los estragos, de la sangre, ¿qué extraño tiene si el corazón se endurece ó se enfría el sentimiento, dado que no esté atrófico ya desde el nacimiento, como, por ejemplo, en Napoleón I? A los documentos científicos de Taine sobre este particular, acerca de la atrofia del sentido moral en aquel gran genio militar, y de la enorme desproporción de desarrollo entre su inteligencia pasmosa y multiforme y sus sentimientos áridos y restringidos, poco valor quitan las respuestas inspiradas tan sólo por el respeto de la parentela.

Garibaldi, por el contrario (y esta es una de sus más espléndidas dotes humanas), juntaba con aquella ferrea robustez de cuerpo una benignidad y una nobleza de sentimientos tan expansiva, tal bondad de corazón, tanta riqueza de afectos delicados, que no sé si deba ser mayor la admiración por su genio intelectual ó más bien por este predominio en él de las energías sentimentales, que siendo menos aparentes que las dotes mentales, son, no obstante, la florescencia más hermosa, más noble, más fecunda de la vida humana.

Sin embargo, algún compañero de Garibaldi me ha dicho que, hasta él también, en los momentos más decisivos del combate, incitaba á la matanza con toda la enemiga de la verdadera ferocidad; pero si esta observación demuestra cómo en la guerra (y también en los delitos contra las personas por ímpetu pasional) sobrenadan los instintos más primitivos y salvajes aun en los hombres más benignos, nada obsta para el estado normal de los sentimientos una vez calmado el huracán psicológico de la batalla. Y, en efecto, confirman esto todos aquellos que, como Napoleón I, no sólo perdían los sentimientos más humanos en la explosión de las pasiones más bajas, sino que no los recobraban ni tenían después en

las fases tranquilas de la vida, salvo el barniz de las más exteriores conveniencias por cálculo mental y estimación social.

Comienzan ya sus *Memorias* por un capítulo dedicado á sus progenitores, que conmueve por la exquisita delicadeza de sentimientos, repitiéndose el fenómeno común de que los hijos sienten más dulce y vivo el recuerdo de la madre, mientras que á las hijas les ocurre esto con más frecuencia respecto del padre. Y no sólo sucede así, porque la transmisión hereditaria orgánica y psíquica va de padres á hijos por el sexo opuesto, sino también porque en los afectos, que son como la sombra del amor, las profundas é inconscientes afinidades sexuales obran como los polos opuestos en la corriente eléctrica.

«A la piedad de mi madre para con el prójimo, á su índole benéfica y caritativa, á su noble compasión al desdichado, al dolorido, ¿no debo acaso el poco de amor patrio que me valió la simpatía y el afecto de mis infelices pero buenos conciudadanos?»

»¡Oh! Aun cuando no soy ciertamente supersticioso, en lo más arduo de mi estrepitosa existencia, el salir ileso de las rompientes del Océano y de las granizadas del campo de batalla, presentábaseme á menudo de hinojos ante lo Infinito

mi amorosa madre, rogándole por la vida del hijo de sus entrañas. Y aunque poco creyente yo en la eficacia de la oración, me sentía conmovido, feliz ó menos desventurado» (pág. 6).

Aparte de las investigaciones psicológicas que pudieran hacerse sobre este indicio de fenómenos alucinatorios, tan frecuentes en los genios, pues sólo en las obras predilectas de la naturaleza se encuentran semejantes armonías, ¿quién creerá que aquella página fué escrita por uno de los más grandes guerreros del mundo?

Y apenas puesto el pie de regreso en el suelo de Italia, su pensamiento vuela aún á su madre. «Corrí á abrazar á mis niños y á aquella á quien tanto había afligido con mi vida aventurera. ¡Pobre madre! La más ardiente de mis aspiraciones fué, en verdad, la de embellecer y consolar tus últimos días; la más ardiente de las tuyas era naturalmente verme tranquilo junto á ti. Pero poco puede esperarse un período de sosiego y gozar del bien de consolarte durante la decadente y dolorosa vejez, en esa tierra de curas y ladrones!» (pág. 189).

Y no sólo por su madre y por sus hijos tiene su corazón los latidos

más generosos; aun cuando no le gusta hablar de sí mismo como hombre, sin embargo, en estas *Memorias* hay frecuentes pruebas de ello.

Niño todavía, se echa á un foso y salva á una mujer que se había caído allí por desgracia (pág. 7). Jovenzuelo, presencia desde su buque «un tremendo naufragio del que le queda indeleble memoria». Impedido por la furiosa tempestad para socorrer á los náufragos, «derramaron los ojos algunas lágrimas» (pág. 12). Poco después, en el puerto de Marsella se tira al mar «vestido de gala para bajar á tierra» y salva á un niño (pág. 14); y luego prodiga noche y día sus cuidados á los atacados del cólera (pág. 15).

En el niño destella el hombre—dijo el poeta—con feliz intuición psicológica que debiera hallar más fecunda y asidua aplicación de la que se le da en nuestros sistemas pedagógicos; y esta generosidad de sentimientos, este «corazón de ángel y de león», como él dice del americano Juan de la Cruz (página 139), este congénito predominio del altruísmo sobre el egoísmo, que irradian en la aurora de la vida de Garibaldi, con esa precocidad no patológica propia de los genios, resplandecen luego en todo el cielo de sus vicisitudes, entre los horrores de la batalla como entre las

embriagueces de la victoria, bajo la mágica blusa roja como bajo el *poncho* legendario palpita siempre un corazón humano, en el más alto, en el más noble sentido de la palabra.

Corsario, bajo la enseña del Río Grande, apresada una *sumaca* con carga de café, ordena á sus compañeros que sea «desembarcado el pasaje y la tripulación, dándoles el bote de la *sumaca* y permitiéndoles embarcar no sólo sus propios bultos de equipaje, sino también todos los víveres que quieran» (pág. 17.)

Embarcado en el pequeño buque *Río Pardo*, en la expedición de Santa Catalina, se ve arrojado al mar por la tormenta. «El barco zozobró por la banda de babor, y yo, que en aquel momento estaba junto al tope del palo trinquete, fui lanzado por eso desde aquella parte á cierta distancia. Recuerdo bien que, aun cuando en peligrosísimas circunstancias, no pensé en la muerte; lo que sabía es que muchos de mis compañeros no sabían nadar y estaban mareados, y eso me martirizaba; así es que traté de recoger cuantos remos y otros objetos flotantes me fué posible, acercarlos á bordo y recomendar á todos que cogiesen uno para sostenerse y ayudarse á ganar la costa.» Una ola enorme los sumergió á todos, y su primer pensamiento al volver á flote

fué para su amigo Luis Carniolia: «cuando reaparecí, aturdido por el golpe y por los remolinos que me sofocaban, ¡había desaparecido para siempre mi infortunado amigo!» Alcanzada con trabajo la orilla, se vuelve, y ve á otro amigo suyo, Eduardo Matru, que á duras penas se sostiene nadando. «Amaba á Eduardo como á un hermano, y me inquietó sobremanera su situación desesperada. Me lancé hacia mi querido amigo, para llevarle un tablón que me había servido para salvarme...» (pág. 49.)

Y si bien en esta misma página dice melancólicamente «me parecía ser en aquellos tiempos más sensible y generoso. ¡Hasta el corazón se endurece y lo secan los años y las desventuras!», sin embargo, toda su vida continúan estas pruebas de un corazón angelical.

He aquí cómo habla del saqueo de Imiriù: «Deseo para mí, y á cualquier otro que no haya desmentido ser hombre, el no verse obligado á permitir el saqueo. Por prolijas que sean las relaciones de tales maldades, creo imposible narrar á la menuda todo lo sucio y nefando de ellas. *¡Jamás he tenido un día de tanta amargura y tanto asco de la humana gente. Mi disgusto y los trabajos que sufrí en aquel día nefasto, para refrenar á lo menos las violencias contra las personas, fue-*

ron inmensos; y si lo conseguí, creo que fué á fuerza de sablazos y sin cuidarme de mi vida!» (pág. 61.)

Esta alteza de sentimientos es lo que hace á Garibaldi decir de un teniente de Montevideo, compañero suyo: «este oficial nuestro era de un valor brillante, *pero desgraciadamente demasiado sanguinario*» (pág. 141.)

Y hasta en el ebrio furor de la batalla, esta su índole humanitaria, predominaba sobre el fácil regreso de los instintos más remotos en la lenta, milenaria elevación nuestra respecto á nuestros antepasados prehistóricos. El carácter de todo hombre se ha comparado con mucha exactitud á una estratificación sucesiva, en que á cada fase de la vida individual y en todas las generaciones de la vida social se depositan los estratos más recientes y más altos de nuestra moralidad, y se eliden poco á poco los estratos más bajos y más profundos correspondientes á la vida prehistórica de nuestra especie, que son el plasma originario é inconsciente de toda conciencia. En las circunstancias ordinarias de la existencia de todo hombre, su conducta se determina por estas más recientes energías morales, que por eso son las primeras en desaparecer; por ejemplo, cuando una enfermedad mental determina en el carácter perso-

nal un proceso degenerativo. Así, pues, en las circunstancias excepcionales, como el estallido de una pasión violenta, ó una batalla entre el estruendo y el humo de las armas y los gritos de victoria ó de dolor y las recíprocas sugerencias, sólo en los temperamentos excepcionales y de más alta moralidad es donde no saltan fuera los estratos más hondos y menos humanos, sino que permanecen en lo profundo, re-frenados por la energía de los sentimientos altruistas más recientes.

En el combate del Dayman (Montevideo) «*un enemigo caído, á quien le habían muerto el caballo, combatía á pie contra el que le había derribado y le tenía maltrecho, cuando llegó otro de los vencedores, y después otro y otro, hasta que al fin luchaba contra seis aquel valiente, y de rodillas por hallarse herido en un muslo; llegué tarde para salvar la vida á un hombre tan entero*» (pág. 175).

En Como, el año 1848, salva del furor popular al viejo general Zucchi, que huía á Suiza (pág. 196).

En Varese, en 1859, hizo recoger los prisioneros austriacos; y éstos, «que con justicia podían pagar con su sangre la de aquellos preciados compañeros nuestros asesinados por el Austria, Ciceruacchio, Hugo Bassi y tantos otros, fueron, por el contrario, tratados con atenciones

tal vez aún más delicadas que si hubieran sido de los nuestros. ¡Eso no importa! ¡Hace bien Italia en ser humana con sus carniceros! El perdón es el patrimonio de los grandes» (pág. 291).

En Palermo, escribe así con paternal afecto acerca de sus voluntarios: «Entonces comenzó un período de descanso, y todos lo necesitaban, principalmente los Mil. ¡Pobres jóvenes! La parte escogida de todas las poblaciones de Italia, no avezados á las necesidades, á las privaciones, gran parte de ellos estudiantes y premiados» (pág. 365).

En Monterotondo, la guarnición enemiga quedó prisionera en el castillo. «El valiente comandante Testori, poco antes de la entrega de los enemigos, había tomado la determinación de ponerse al descubierto enarbolando una bandera blanca, para intimarles que se rindiesen; pero aquellos mercenarios, violando todos los derechos de la guerra, le fusilaron con varios disparos. Después de tantos y tales actos de barbarie por parte de aquellos esbirros de la Inquisición, me costó muchísimo trabajo *salvarles la vida*, por hallarse los nuestros muy encolerizados contra ellos» (pág. 438).

Y en Garibaldi, no hay sólo esta magnanimidad, que daba á la leyenda popular la idea de «Cristo

redivivo», sino la nobleza casi virginal de los sentimientos más delicados y que contrastan con su temple de acero.

De niño, «habiendo cogido fuera un grillo y llevándolo á casa, le rompí al pobrecito una pata al manejarlo; me produjo tal dolor que, encerrándome en mi cuarto, lloré amargamente muchas horas» (página 7). Al opuesto extremo de la escala psicológica, hasta lindar con la zona de la locura moral, están los tormentos que á muchos niños y muchachos les gusta dar á los animales pequeños.

He aquí sus sentimientos muchos años después, en la América Meridional: «El Hervidero era, sin embargo, en sus buenos tiempos, un *saladero*, es decir, un sitio donde se salaba carne, degollando todos los días centenares de animales. ¿Serán las desventuras sufridas por estos pueblos una venganza por los grandes padecimientos que han hecho sufrir á las otras razas animales? Creo que la muerte es una simple transición de la materia, y con la cual conviene conformarse apaciblemente y hasta familiarizarse con ella. ¡Pero padecimientos impuestos por un ser á otro! ¡Oh! Creo que si existe una venganza de la naturaleza, debe aplicarse contra los ministros de la hoguera, del suplicio y de cualquier sufrimiento

impuesto á cualquier animal» (página 146).

Por eso él, como todos los grandes tipos de la bondad humana, envolvía en su piadoso sentimiento á todos los seres vivientes, y en sus *Memorias* tiene palabras suavísimas de recuerdo y de lamentación para sus amigos perdidos; y así, por ejemplo, tiene un recuerdo afectuoso para su «perro de caza, Castor», que se vió obligado á dejar en Tánger, «y aquel fiel compañero mío se murió de dolor» (página 267).

De esta manera habla de sí en Palermo, en el pabellón del palacio real: «Desde allí pude ser feliz con el espectáculo que presenta un grande y fervidísimo pueblo en sus emociones. Los puestos en libertad (de las cárceles de Castellamare) fueron llevados en triunfo hacia mi residencia por una inmensa multitud, frenética por la libertad adquirida por los seres amados suyos. Manifestáronme un tesoro de gratitud hacia mí, y las lágrimas humedecieron mis mejillas» (pág. 365).

Y esta sencillez grande, primitiva, de nobilísimos sentimientos, tan rara en un hombre que había tenido una existencia como la suya, rebosa en una elocuente página dedicada por él á los Cairoli.

Entre los muertos había, sin embargo, un hijo, el primero que per-

dió, de aquella mujer por quien la posteridad confundirá este período de miserias con los días más gloriosos de Esparta y Roma. ¡Un hijo de la incomparable madre de los Cairoli, la matrona de Pavía! Ernesto, el más joven de los tres que ella había enviado, cayó peleando, roto el pecho por el plomo austriaco, sobre el cadáver de un tambor enemigo á quien había muerto él de un bayonetazo. ¡Pasó por mi mente toda la aflicción de aquella madre tan buena, tan cariñosa para sus hijos y para quien tenía la fortuna de acercarse á ella! El mismo día encontráronse mis miradas con las del hermano mayor, Benedicto, valeroso y modesto oficial, querido como toda aquella cara familia; sus ojos se fijaron en los míos, pero ninguno de los dos pronunciamos ni una palabra. ¡Sólo leí en aquella melancólica mirada «¡Madre mía!» y pensé también yo en toda la suma de dolores que se le preparaban á aquel alma generosa! ¡Y cuántos otros, de quienes no conocía á las madres, yacían en aquel campo de estragos, mutilados ó moribundos y con el ansia de ver aún una vez á la desolada madre! ¡Pobres jóvenes! ó más bien, ¡felices jóvenes, cuya sangre rescataba á Italia de larga servidumbre y para siempre!

» Las generosas mujeres de Varese suplían la ausencia de los pa-

dres. ¡Mujeres italianas, ved, escribo conmovido! Y ¿lo creeréis? Lloro al hablaros de la madre de los Cairoli. Será debilidad, tomadlo como queráis, y sin embargo, he visto campos de batalla y heridos y moribundos y cadáveres; y aún me siento, permitidme la presunción, no ya fuerte como cuando tenía veinte años, sino enardecido el ánimo como entonces, ¡si se trata de sufrir por esta sagrada tierra! Permitame Dios cerrar los ojos pronunciando como último acento: «¡Toda ella es ya libre!» (pág. 292).

La última constitución psicológica de un hombre es como un brillante de cien facetas, y no se le puede conocer bien sino observando todos sus lados antes uno por uno, para recoger después en nuestra mente la imagen compleja. Y esta imagen es tanto más verdadera, durable y bienhechora para nosotros mismos, cuanto que no permanece con los contornos vagos y nebulosos de una admiración fetichista y legendaria, sino que, por el contrario, se destaca por el conocimiento seguro de las líneas precisas con que la naturaleza se complació en formar su maravillosa figura.

Otro de los aspectos tan simpáticos en la psicología de Garibaldi es

una especie de misticismo natural, que no se cristaliza en las formas exteriores de este ó de aquel culto religioso, sino que se difunde libre por toda la naturaleza viviente y envuelve á hombres y cosas con una dulce y á menudo melancólica aureola de poesía y de idealismo, fecunda en energía moral.

He aquí cómo narra en el capítulo V su encuentro con Rossetti en Río Janeiro: «Rossetti, á quien no había visto jamás, pero á quien hubiese conocido en medio de cualquiera muchedumbre por esa atracción recíproca y benévola de la simpatía, me encontró en el Largo do Passo. Encontráronse nuestros ojos, sin parecer por vez primera, como lo era en realidad. Nos sonreímos recíprocamente y fuimos hermanos para toda la vida, en toda la vida inseparables. ¿No será esta una de tantas emanaciones de aquella inteligencia infinita que probablemente puede animar el espacio, los mundos y los insectos que zumbaban en la superficie de ellos? ¿Por qué debo privarme de la noble voluptuosidad que me enajena, pensando en la correspondencia de los afectos maternos vueltos al infinito manantial de donde brotaron, y en los de mi queridísimo Rossetti?» (página 15).

Y en la pág. 113, hablando de la terrible derrota de los republicanos

de Montevideo en las márgenes del Arroyo Grande, mientras en vano mandaba exploradores á registrar el campo, escribe así: «Además de la inteligencia, hay en nuestro ser algo que no se sabe discernir ni explicar, pero que existe; y sus efectos, aunque confusos, son un vaticinio, entiéndase como se quiera tal palabra. Un vaticinio que os trae dichas ó amarguras: quizá aquella chispa infinitesimal emanada de lo Infinito y que reside en nuestra mísera corteza, pero inmortal como lo Infinito, presente más allá del contacto de nuestros sentidos y más allá del alcance de nuestra vista.

»Nada se descubría en aquellos desiertos campos. ¡Empero, aquel día tenía algo de solemne, de desolado; como el corazón de los que espiraban ó desfallecían en el campo de batalla, pateados por la soldadesca insolente, por los cascos del corcel vencedor lleno de júbilo con los sufrimientos, los suplicios, la muerte del vencido! ¡Gloria, heroísmo, victoria, se llaman estos degüellos! ¡Y se hace que canten himnos y *Te Deum* algunos mercenarios tonsurados! En efecto, poquísimos salieron con bien de aquella terrible lucha; y nada tenía de exagerado el presentimiento que tuvimos de un fiero desastre.»

Por esta indefinida y casi inconsciente poesía de la vida, en su ma-

yor parte efecto de especiales condiciones fisiológicas y que varía con ellas (y por eso, optimismo y pesimismo no son más que cuestión de temperamento); por este «regocijo de la vida» es por lo que sentía patente en el ánimo Garibaldi hasta la poesía de la naturaleza, cierto que reforzada en él desde los primeros años de la juventud con largos viajes por mar, tan favorables, para quien tiene predisposición congénita á las dulces fantasías y á los sueños de las almas delicadas.

Y es hermoso en sus *Memorias* el contraste que sin artificio pone á menudo entre el terror de las proezas guerreras y la armonía en los espectáculos de la naturaleza, entre la rabia de los hombres y el solemne sosiego de las cosas.

«¡Cuán hermoso es el caballo padre de las Pampas! Sus belfos nunca sintieron el frío tedio del freno; y los lucidísimos lomos, jamás hollados por la fétida montura del hombre, brillan á la luz del sol como un diamante. Su espléndida y no peinada crin le azota los costados cuando él, soberbio, recogiendo las desparramadas yeguas ó huyendo de la persecución del hombre, gana en velocidad al viento. Su calzado natural, jamás ensuciado en los establos del hombre, relumbra más que el marfil; y la abundosísima cola se desata al soplo del *pampero*, res-

guardando al generoso bruto contra la molestia de los insectos. Verdadero sultán del desierto, escoge la más bonita de las odaliscas sin el servil y repugnante ministerio de la más degradada de las criaturas: el eunuco.

» ¡Quién se formará una idea del corsario de veinticinco años en medio de aquella indómita naturaleza, vista por vez primera! »

«Hoy 20 de Diciembre de 1871, retirado en mi hogar y con los miembros rígidos, recuerdo conmovido aquellas escenas de una vida pasada en que todo sonreía frente al más pasmoso espectáculo que jamás he visto. ¡Estoy decrepito! Pero, ¿dónde estarán aquellos soberbios caballos padres, los toros, las gacelas, los avestruces que tanto embellecían y vivificaban aquellas amenísimas colinas? ¡Sus descendientes pacerán sin duda aquellos magníficos henos, hasta que el vapor y el hierro lleguen á acrecentar la riqueza del suelo, pero á empobrecer estas maravillosas escenas de la naturaleza!» (pág. 21.)

«Recorriamos amenísimas colinas, á cerca de dos millas de las márgenes del Daymán. Apenas sobresalía la muy verde hierba de la superficie del terreno, ondulado como el Océano en toda su pacífica majestad, cuando no está revuelto por la tormenta. Ni una sola plan-

ta, ni un solo arbusto presentaba un obstáculo en aquellos bellísimos campos. *Hubiera sido un sitio ameno para un festín, pero en aquel día sirvió para una matanza*» (página 172.)

Describiendo aquella milagrosa huída por la Romaña, donde murió de fatigas su heroica Anita, Garibaldi habla de sí y de sus compañeros, que en vano huían hacia el Adriático de los soldados austriacos. «Seguimos todo el resto de aquel día la costa italiana á cierta distancia, con viento favorable. También la noche se presentó hermosísima. Era el plenilunio, y vi con disgusto la salida de la compañera de los navegantes, *¡que tantas veces había contemplado con el culto de un adorador!* ¡Hermosa como nunca la había visto, pero desventuradamente demasiado hermosa para nosotros! ¡Y la luna nos fué fatal en aquella noche!» (pág 249.)

Y en él esta poesía de las cosas no es estéril romanticismo, sino fuerte sentimiento de la vida del mundo, que abarca siempre á la humanidad á la cual dedicó la existencia suya.

Garibaldi ama las montañas, porque «¿no son las montañas el albergue, el santuario de la libertad de los pueblos? Los americanos, los suizos, los griegos ocuparon las montañas cuando fueron vencidos

por las ordenadas cohortes de los dominadores» (pág. 332).

Mas donde este feliz consorcio de la poesía de la naturaleza con el sentimiento humanitario se muestra más elocuente, es en la descripción del embarque de los Mil.

«¡Oh noche del 5 de Mayo, alumbrada con el fulgor de miles de luminarias con que el Omnipotente adornó el espacio, el Infinito! Bella, tranquila, solemne, con aquella solemnidad que hace palpitár los generosos corazones que se lanzan á la emancipación de los esclavos.

»Tal eran los Mil.

»Congregados en las playas de la oriental Liguria, reunidos en grupos, tãcituos, penetrados de la gran empresa, pero orgullosos de haberles cabido en suerte, aunque tuvieran que sobrevenir desastres y el martirio.

»¡Hermosa noche del gran proyecto, tú rumoreabas en las filas de aquellos valientes, con esa armonía indefinida, sublime, con que los elegidos son felices contemplando en el espacio sin límites lo Infinito! Yo he sentido aquella armonía todas las noches semejantes á las noches de Quarto, de Reggio, de Palermo, de Voltorno. Y ¿quién duda de la victoria cuando en alas del deber y de la conciencia se siente el impulso de afrontar los peligros y la muerte, como el beso

delicioso de la mujer amada?» (página 338).

Así, desde el lecho de la muerte, viendo Garibaldi dos currucas en el balcón de la ventana donde da el último saludo al infinito del mar y del cielo, se las muestra á los presentes como las almas de sus hijitas, sepultadas en Caprera.

Eterna llama de la poesía que, rebelándose en el corazón del héroe contra la común decadencia senil, por la cual mueren muchos bastante antes del último suspiro, se apagó sólo al quietarse el último latido.

Y he aquí por qué una nota de dulce tristeza que á menudo se repite en estas *Memorias* es el pensamiento del sepulcro.

Mortalmente herido en un barco, navegando por el Plata, vió «los restos mortales de Florentino (un compañero suyo muerto por los enemigos) ser sepultados en las ondas, usual destino de los marineros, y con las ceremonias acostumbradas en semejantes circunstancias, esto es, con un saludo afectuoso de sus conciudadanos.

»Aseguro por mi parte que no me agradó tal género de inhumación; y como la misma suerte me esperaba probablemente dentro de

poco, sin poder oponerme al sistema de sepelio de mi compañero, me contenté con llamar á mi queridísimo Luis Carniglia para hablarle á ese propósito. Entre los períodos retóricos de mi naturalmente breve perorata á mi incomparable amigo, le recitaba yo los hermosos versos de Hugo Foscolo: «¡Una piedra que distinga los míos de los infinitos huesos que en la tierra y en el mar siembra la muerte!»

»Y mi caro amigo lloraba, prometiendo no sepultarme en las ondas. ¡Quién sabe si él mismo hubiera podido cumplir la promesa, y si mi cadáver habría calmado el hambre de algunos lobos marinos ó algún jaguar del inmenso Plata» (página 28).

Y en todas estas *Memorias*, cuando narra la muerte de un amigo, de algún camarada en los campos de batalla, siempre deplora que una losa no recuerde el nombre á los venideros.

Y así exclama acerca del mismo Carniglia: «¡Oh Luis! ¡Tus huesos, esparcidos en los abismos del Océano, merecían un monumento donde el proscrito reconocido pudiera un día recompensarte con una lágrima sobre la sagrada tierra italiana!» (pág. 29).

Después de la batalla de San Antonio, «así como había sido extraordinario el combate, me pareció

que debía ser solemne la inhumación de los cadáveres. Me acordé entonces de haber visto los túmulos de los campos de batalla en el Oriente; y sobre la colina que domina el Salto, que había sido ya teatro de gloriosas luchas, se cavó una fosa para todos los restos mortales indistintamente, después una espuerta de tierra para cada individuo cubrió las reliquias de amigos y enemigos y se erigió el túmulo, que aún existe, coronado por una cruz, sobre la cual se leen las siguientes palabras: Legión italiana—Marina y caballería oriental—8 de Febrero de 1846» (pág. 177).

En otra ocasión, en la Laguna, «continuando el enemigo barriéndonos con sus piezas de artillería, yo, casi solo, tuve que incendiar nuestra pequeña escuadrilla. También tuve que soportar el doloroso espectáculo del incendio de los cadáveres de mis hermanos de armas, imposibilitado de darles otro género de sepultura y de hacerles los honores que merecían» (pág. 64).

La narración de la batalla de Volturmo comienza así: «Desde Anníbal, vencedor de las soberbias legiones, hasta nuestros días, aquellos campos no habían visto, en verdad, choque más feroz; y el boyero, al pasar el arado sobre aquellos fértiles terrones, tropezará por mucho tiempo aún con los

cráneos sembrados por la ira humana» (pág. 387).

Poesía de la muerte, que le dictaba el deseo, no satisfecho, de que sus despojos fueran consumidos por las llamas de una verde hoguera de zarzas de su isla de Caprera, frente al cielo y al mar.

Y los únicos libros que se encontraron en su lecho de muerte fueron *Los Sepulcros*, de Hugo Foscolo, y el *Album de los Mil*.

Pero el aspecto que más resplandece de esta nobleza de sentimientos en Garibaldi, es la atracción por la mujer; de la pasión ardiente y entusiasta por su Anita, á la simpatía respetuosa por doña Manolita de Sáenz, la amiga de Bolívar «el gran emancipador de la América Central», condenada al lecho muchos años; desde la suave veneración por su madre, hasta el homenaje caballeresco por la hermosura de las tres doncellas en la *estancia* de doña Ana; desde la fuerte y alegre expansión erótica, que es una nota diferencial entre los hombres de acción y los hombres de pensamiento, hasta la más alta idealización de la mujer amada.

En las manifestaciones de los sentimientos, de los afectos, de las pasiones, que son objeto de este en-

sayo psicológico, la atracción por la mujer ocupa el mismo grado preeminente, por la frecuencia y variedad de las pruebas, que en las manifestaciones de sus ideas tiene el anticlericalismo.

Ya dos alusiones fugaces, tal vez escapadas inconscientemente de su pluma, permiten entrever este poderío que tuvo el amor sobre Garibaldi, como por lo demás lo tiene sobre todos los hombres de su tipo psicológico, desde Jesús acá.

Recordando con juvenil entusiasmo la nave *Constancia*, «en la cual había de surcar el Mediterráneo hasta el Mar Negro por la primera vez», exclama: «Tus amplios costados, tu ligera arboladura, tu toldilla espaciosa *y hasta el levantado pecho de tu busto de mujer*, quedarán siempre impresos en mi imaginación» (pág. 9).

Y he aquí la pintoresca descripción que hace del hombre y de la mujer que más parecen obtener su simpatía: «El *matrero* es el verdadero tipo del hombre independiente. ¿Por qué tendrá que vivir entre una sociedad corrompida, dependiendo de un sacerdote que le engaña y de un tirano que se regodea en el lujo y en las francachelas con el fruto de sus fatigas, cuando puede subsistir en los campos vírgenes é inmensos de un nuevo mundo, libre como el águila y el león, des-

cansando la melenuda cabeza en el regazo de la mujer amada de su corazón, ya rendido de fatiga, ya volando con su salvaje corcel por las *pampas* inmensas en busca de un alimento exquisito para él y para su querida?»

«El *matrero* tiene una amante, por la que generalmente es adorado y que participa con igual valor de sus necesidades y de sus peligros. ¡*Oh, la mujer!* ¡*Qué ser tan extraordinario!* ¡*Es más perfecta que él; también de índole más aventurera, más caballeresca que él!* Pero la educación servil á que está condenada, hace que sean menos frecuentes los ejemplos» (pág. 139).

Y también en otra parte dice: «la mujer, la más perfecta de las criaturas, presuman de ello lo que quieran los hombres» (pág. 13). — «¡Una mujer! ¡Sí, una mujer! Ya que la consideré como la más perfecta de las criaturas; y, digan de ello lo que quieran, infinitamente más fácil encontrar un corazón amante entre ellas» (pág. 55).

Y á menudo recuerda por su patriotismo á las mujeres de Italia, porque muchas veces, como refiere de las lombardas, «las mujeres, las vírgenes, dejando aparte el natural recato, se arrojaban al cuello de los toscos soldados con efervescencia febril. Sin embargo, no todos mis compañeros eran toscos, porque

muchos pertenecían á distinguidas familias» (pág. 285).

Al regreso de Lugano de los *Legionarios italianos*, después del armisticio de Salasco, «descubriáanse por todas partes aquellas hermosísimas mujeres nuestras, saliendo á los balcones de las casas, con sus graciosísimos rostros, tan animadas como si hubieran querido volar á reunirse con los valientes que no desesperaban de arrancar sus hogares de sus opresores» (pág. 198).

Y luego, de regreso en Lombardía con los *Cazadores de los Alpes*, celebra el amor patrio de las «generosas mujeres de Varese» y se dirige á las mujeres italianas, hablando de la madre de los Cairoli, como más atrás queda referido; y más adelante celebra á las mujeres palermitanas, «que estuvieron sublimes de patriótico arranque, animando á los Mil con aplausos, con ademanes, con vivas» (pág. 359).

Y cuando vuelve el pensamiento conmovido hacia sus voluntarios muertos por Italia, les dirige este saludo: «las mujeres de las futuras generaciones italianas enseñarán á sus hijitos vuestras hazañas gloriosas y á bendecir vuestros sagrados nombres» (pág. 297).

En estas *Memorias* se recuerdan personalmente también algunas mujeres, por la conmiseración demostrada con los combatientes, como «la

señora Allemán, ángel virtuoso de bondad, que holló el miedo que se había apoderado de todos y vino en socorro del atormentado (prisionero de Millán). Nada me faltó en mis prisiones, gracias á mi incomparable bienhechora» (pág. 33).

Y la señora Luisa Sanvaigo de Nizza, «madre modelo de madres» (pág. 13), y la señora Laura Mantegazza, la cual «cuando aún no había terminado el fuego de fusilería, apareció en una barca cruzando el lago (de Como), recogió indistintamente todos los heridos y los condujo á su casa, donde los curó. ¡Bendita sea por todos!» (página 200).

Y no faltan los homenajes amorosos; como, por ejemplo, cuando habiéndose dirigido por casualidad á una casa aislada, encontró «en aquel desierto oriental á la mujer de un hombre tal vez semisalvaje, la cual era una hermosa joven, con regular educación y poetisa. Ciertamente que en mi edad se complace uno en hallar poesía en todas partes, y se creería la circunstancia narrada parto de la fantasía antes que realidad. Después de haberme presentado las poesías de Quintana, lo cual sirvió de materia para la conversación, mi graciosa hospitalaria quiso recitarme algunas composiciones suyas, ¡y confieso que me admiraron!» (pág. 24).

Después, una de las tres hijas de doña Ana, «Manuela, se enseñoreaba en absoluto de mi alma. Nunca dejé de amarla, aunque sin esperanzas, pues estaba prometida como esposa á un hijo del presidente. En aquella angelical criatura adoré el bello ideal, y mi amor no tenía nada de profano. Con ocasión de un combate en que se me creyó muerto, conocí no serle indiferente á aquella angelical criatura, y eso bastó para consolarme de la imposibilidad de poseerla. Por lo demás, las riograndesas son bellísimas en general, como bella es la población. Tampoco eran indiferentes las esclavas de color que se encontraban en aquellos atareadísimos establecimientos» (pág. 40).

Y hasta en sus empresas guerreras se mecló el amor. «Quien me había informado de todo esto fué una resuelta y garbosa muchacha que se me presentó en un bote, camino de Rubarolo á Varese, como una visión, mientras iba yo con la brigada sobre aquella ciudad para atacar allí á Urban. Aquella hermosa muchacha había salido de Como para anunciarme el estado deplorable en que la ciudad se encontraba, y solicitar, por consiguiente, mi regreso» (pág. 301).

Mas los episodios que en estas *Memorias*, donde no se narran los

sucesos privados y familiares, atestiguan cuán ardiente era la atracción de Garibaldi por la mujer, son las noticias acá y allá esparcidas acerca de la heroica Anita. En un capítulo, con el epígrafe de «Enamorado», refiere el primer encuentro; después no hay allí más que de tarde en tarde recuerdos aislados acerca de los actos de Anita, hasta su muerte durante la huida en Romaña.

Reunamos estos recuerdos para ver cuán nobles y fogosos, delicados y profundos fueron los latidos de Garibaldi por la mujer amada de su corazón, á quien la leyenda popular representa como impertérrita amazona desafiando junto á su héroe los peligros de las sacrosantas luchas por la libertad de la patria.

En la página 45, aludiendo á la señorita Manuela, de quien ya he hablado, escribe: «En tanto, celebrábamos nosotros nuestra victoria contra el imperio del Brasil, gozando al vernos en salvo de una tempestad de no breve duración. A doce millas, en la estancia de doña Antonia, una virgen pedía noticias de mí con mucho interés, y yo era muy feliz por ello.

» ¡Sí, hermosísima hija del *Continente* (provincia del Río Grande), yo era feliz al pertenecerte, sea como fuese! ¡Tú, destinada á ser mujer de otro! ¡A mí me reservaba

la suerte otra brasileña, única para mí en el mundo, á quien lloro hoy y lloraré toda la vida! ¡Sin embargo, me conoció en la adversidad, naufrago; y más que de mi mérito se prendó acaso de mi desventura, y la desventura me la consagró para siempre!

Encargado por el general Canabarro de «salir de la Laguna con tres barcos armados para asaltar la bandera imperial en las costas del Brasil», Garibaldi se puso manos á la obra.

«En este período de tiempo tuvo lugar uno de los hechos primordiales de mi vida.

»Jamás había pensado en el matrimonio y me creía inepto para él, por excesiva independencia de carácter y propensión á una vida aventurera. Tener mujer é hijos parecíame cosa que desdecía por completo de quien se había consagrado en absoluto á un principio, que por su excelencia, defendiéndolo con el fervor de que me sentía capaz, no me hubiera permitido la quietud y la estabilidad necesarias á un padre de familia. El destino lo decidió de otro modo. Con la pérdida de Luis, Eduardo y otros compatriotas míos, me había quedado en un desolador aislamiento; parecíame estar solo en el mundo. No veía ya á ninguno de tantos amigos que en aquellas remotas regiones

casi hacían para mí las veces de la patria. Ninguna intimidación con mis nuevos compañeros á quienes apenas conocía, y sin un amigo de quien siempre he sentido la necesidad en mi vida...

»Paseaba yo por el castillo de la *Itaparica*, vagando con mis tétricos pensamientos; y después de toda clase de reflexiones determiné á la postre buscar mujer para salir de mi fastidiosa é insoportable condición.

»Dirigí por casualidad la mirada hacia el caserío de la Barra (colina á la entrada de la Laguna). Allí, con ayuda del anteojo de larga vista que habitualmente llevaba en la mano, descubrí una joven y ordené que me llevasen á tierra en dirección á ella. Desembarqué, y, encaminándome hacia la casa donde debía hallarse el objeto de mi viaje, no me era posible encontrarla; cuando topé con un individuo del lugar, que reconocí desde los primeros momentos de nuestra llegada. Me invitó á tomar café en su casa; entramos, y la primera persona que se presentó á mi vista fué aquella cuyo aspecto me había hecho desembarcar. ¡Era Anita, la madre de mis hijos, la compañera de mi vida en la próspera y en la adversa fortuna, la mujer cuyo valor he envidiado tantas veces! Quedamos ambos extáticos y silenciosos, mi-

rándonos recíprocamente, como dos personas que no se ven por vez primera y que tratan de buscar uno en las líneas del otro alguna cosa semejante á una reminiscencia.

»La saludé, finalmente, y la dije: —Tienes que ser mía.—Hablabo poco el portugués y articulé las protervas palabras en italiano. Sea como fuere, *estuve magnético en mi insolencia*. ¡Había apretado un nudo, sancionado una sentencia, que sólo la muerte podía desatar! ¡Había encontrado un tesoro prohibido, pero un tesoro de gran precio!

»¡Si hubo culpa, yo la tuve toda entera! ¡Y... hubo culpa! ¡Sí... se anudaban dos corazones con amor inmenso, y se violaba la existencia de un inocente! ¡Ella ha muerto! ¡Yo soy infeliz! ¡El está vengado! ¡Sí... vengado! ¡Conocí el gran mal que había yo hecho, el día en que, esperando volver á tenerla viva, estreché la mano de un cadáver y lloré lágrimas de desesperación! ¡Erré grandemente, y erré solo!» (págs. 55-56).

Después de este relato, que tiene el sello de la más espontánea sinceridad, vuelve á continuar la narración de hechos de guerra, interrumpida por un instante; y entre el turbión de los acontecimientos

que se suceden, sólo de vez en cuando aparece la figura de Anita en alguna nota fugitiva iluminada siempre por el gran amor y por la admiración de su Garibaldi.

Poco después, en el combate naval del *Río Pardo*, mandado por Garibaldi contra los buques brasileños, «nuestro combés estaba cubierto de cadáveres y de heridos, acribillados á balazos los costados del *Río Pardo*. Se había resuelto pelear hasta la muerte, y tal decisión veíase corroborada por el aspecto imponente de la amazona brasileña.—¡Anita!—que no sólo no quiso desembarcar, sino que tomó gloriosa participación en el arduo conflicto» (pág. 59).

En otro combate naval contra los imperiales «bajé la montaña y fui á escape á ocupar mi puesto á bordo del *Río Pardo*; y encontré que mi incomparable Anita, con su habitual intrepidez había disparado ya el primer cañonazo, apuntando ella misma y animando con la voz á la despavorida chusma.» Siendo superiores con mucho las fuerzas enemigas, Garibaldi pidió refuerzos al general Canabarro, pero «tuve la contestación de que incendiase nuestros barcos y me retirase á tierra con la gente. Para tal comisión había yo mandado á Anita, con encargo de que no regresara á bordo; pero no envió con la respuesta, sino

que vino ella misma; y verdaderamente debí á la admirable sangre fría de la joven heroína el poder salvar las municiones de guerra» (página 64).

Y la presencia de su compañera, no sólo redobla en él el entusiasmo guerrero, sino que le embellece la misma vida de privaciones y le hace atractivos los peligros.

«Entre las no escasas peripecias de mi procelosa vida, no he dejado de tener momentos dichosos; tal era aquel en que á la cabeza de unos cuantos hombres, restos de muchos combates (contra los brasileños) y que habían merecido con justicia el título de valientes, iba yo á caballo *con la mujer amada junto á mí*, digna de la admiración universal... ¿Y qué me importaba no tener más vestido que lo puesto, y servir á una pobre República que á ninguno podía dar un cuarto de sueldo?... Mi Anita era mi tesoro, no menos ferviente que yo por la sacrosanta causa de los pueblos y por una vida aventurera. Se había figurado las batallas como un juego y las molestias de la vida de campaña como un pasatiempo.»

Pero bien pronto, á la heroína de las batallas sucede la madre. «En aquel tiempo (16 de Setiembre de 1840), mi Anita tuvo el primer hijo, Menotti, cuya existencia era un verdadero milagro, puesto que

durante el curso del embarazo la valerosísima mujer había asistido á muchas acciones de guerra, soportado muchas privaciones é incomodidades y sufrido una caída del caballo, por lo cual, el niño nació con una contusión en la cabeza. Anita parió en casa de un habitante de aquellos campos, en las cercanías de un lugarejo llamado Mustardá, y recibió todos los cuidados imaginables de aquella generosísima familia, Costa de apellido. Toda la vida estaré agradecido á aquella buena gente. Pero á mi pobre Anita, doce días después del parto, le tocó huir con su niño en el arzón delantero de la silla, afrontando tiempos tempestuosos... ¡Anita se quedaba yerta ante la idea de perder á nuestro Menotti, á quien salvamos por milagro! En lo más áspero del camino y al paso de los torrentes, llevaba yo á mi querido hijo de tres meses en un pañuelo en bandolera, procurando darle calor con mi pecho y con el aliento. Como seguíamos adelante sin encontrar nunca el fin de la *piccada*, me quedé en la selva con dos mulos y mandé á Anita con mi asistente y el niño, á fin de que alternando los dos caballos que nos quedaban, procurase salir ella al claro, esto es fuera del bosque, donde encontrar algunos alimentos para sí y para el niño. Los dos caballos que alterna-

tivamente montaba Anita, y el sublime valor de aquella valerosa compañera mía, me salvaron lo más caro que había para mí en la vida. Salió fuera de la *piccada* y, por fortuna, encontré allí á algunos de mis soldados con una hoguera encendida. Mis compañeros, que habían conseguido secar algunos trapos viejos, cogieron al niño á quien todos amaban, le envolvieron, le calentaron y volviéronle á la vida, cuando la pobre madre poco esperaba ya de aquella tierna existencia» (págs. 87, 88, 91, 92).

Después de estas desastrosas peripecias, volvemos á hallar en Nizza el recuerdo de Anita. Apenas de regreso en Italia por primera vez, corre Garibaldi á su casa: «Mi Anita y mis niños, salidos de América algunos meses antes, estaban allí juntos con mi anciana madre, á quien idolatraba y no había visto en catorce años» (pág. 188).

Y ya no vuelve á reaparecer la simpática figura sino en la milagrosa retirada, después de la caída de la república de Roma; y reaparece por última vez, porque aquellos fueron los postreros momentos de su trabajada vida. Más débil, por su estado de preñez, sucumbió á las penalidades, al miedo, á la sed...

«Mi buena Anita, á despecho de mis ruegos de que se quedase, había decidido acompañarme. La obser-

vación de que tendría yo que afrontar una tremenda vida de trabajos, de privaciones y de peligros entre tantos enemigos, sirvió más bien de estímulo á la animosa mujer, y en vano la hice observar que se encontraba en estado interesante» (página 240).

Al llegar á la hospitalaria República de San Marino «era un queridísimo y bien doloroso estorbo mi Anita, avanzada en su embarazo, y enferma; la supliqué que se quedase en aquella tierra de refugio, donde, á lo menos, podía creerse asegurado un asilo para ella, y donde los habitantes nos habían manifestado algún cariño. ¡En vano! Aquel corazón viril y generoso desdeñaba cualquiera de mis amonestaciones acerca de tal asunto, y me imponía silencio con estas palabras:—Quieres abandonarme.—Determiné salir de San Marino á media noche y ganar algún puerto del Adriático, desde donde poder embarcarnos para Venecia» (pág. 246).

» Estaba ya avanzado el día cuando zarpamos (en algunas barcazas) de Cesenatico. Si no hubiera estado dolorido por la situación de mi Anita, que se encontraba en un estado deplorable sufriendo incesantemente, nuestras circunstancias hubieran podido llamarse afortunadas; pero los padecimientos de mi querida compañera eran demasiado

intensos, y aún más intensa mi amargura de no poder aliviarla... ¡La principal carencia de víveres era la del agua, y mi sufrida mujer tenía una sed devoradora, indicio seguro de su mal interior!» (página 248).

Obligados á volverse á tierra, porque á causa del plenilunio fueron descubiertos y cañoneados por un buque austriaco; Hugo Bassi y Cicornacchio, con dos hijos y otros seis compañeros van en busca de refugio, y en vez de hallarlo fueron hechos prisioneros y fusilados, nueve en el acto y Hugo Bassi después en Bolonia.

«Yo me quedé próximo al mar en un maizal con mi Anita y con el teniente Leggiero, inseparable compañero mío. ¡Las últimas palabras de la mujer amada de mi corazón fueron para sus hijos, que presintió no había de ver más!» (pág. 251).

El teniente Leggiero avanzó hacia el interior para descubrir alguna casa, y encontró al coronel Nino Bonnet, domiciliado y propietario en aquellos contornos, «uno de mis más distinguidos oficiales, herido en el sitio de Roma», dice Garibaldi, y prosigue: «Animoso é inteligente Bonnet, con gran peligro de sí mismo, buscó y halló lo que buscaba. Una vez encontrado tal auxiliar, me remití por entero á su arbitrio, y esto fué, naturalmente,

nuestra salvación. Propuso en el acto acercarse á una choza que había allí próxima, para proporcionar algún sosiego á mi infeliz compañera. Nos aproximamos sosteniendo á Anita entre los dos, y con sumo trabajo llegamos á aquella casa de pobre gente, donde encontramos agua, primera necesidad de la enferma, y no sé qué más... Desde allí cruzamos parte de los valles de Comacchio, y nos acercamos á la Mandriola, donde debía de haber un médico. Llegamos á la Mandriola, y estaba Anita tendida en un colchón, en el carro que la había conducido. Dije entonces al doctor Zannini, que llegó en aquel momento:—Cuide V. de salvar á esta mujer.—Y me contestó el doctor:—Procuremos llevarla á la cama.—Entonces cada uno de nosotros cuatro, agarramos una punta del colchón, y la llevamos á la cama de una habitación de la casa, que se encontraba en lo alto de una escalerilla de la misma. Al dejar en la cama á mi mujer, me pareció descubrir en su rostro la expresión de la muerte. La tomé el pulso... ¡Ya no latía! ¡Tenía cadáver ante mí la madre de mis hijos, á la cual tanto amaba!... ¡Estos me preguntarán por su madre al primer encuentro!

» ¡Lloré amargamente la pérdida de mi Anita, de la que fué mi compañera inseparable en las más aven-

turadas circunstancias de mi vida! Recomendé á la buena gente que me rodeaba que diesen sepultura á aquel cadáver, y me alejé instado por las mismas personas de la casa, á quienes comprometía yo de permanecer en ella más tiempo. Me encaminé á tientas por San Alberto, con un guía que me condujo á casa de un sastre, pobre pero honrado y generoso» (pág. 252).



Para hacer menos incompleta la figura psicológica de Garibaldi, falta entresacar de estas *Memorias* sus aptitudes y cualidades, no ya en la intimidad personal del sentimiento, sino en la exterioridad de sus relaciones con los otros hombres y con el medio ambiente en que manifestó las maravillosas fuerzas de su temple moral.

Los dos caracteres predominantes de Garibaldi como ciudadano entre ciudadanos, resúmense en esto: que fué un hombre de acción; y más especialmente aquel tipo característico del hombre de acción que no es el militar del tipo de Moltke, sino el aventurero de guerra, en el sentido noble de la palabra.

Y como este aspecto de la gran figura es bastante conocido, como más directamente conexo con sus empresas militares, bastará entre-

sacar acerca de ello de sus *Memorias* los documentos psicológicos más característicos.

En la psicología social, los hombres pueden clasificarse en dos tipos bien distintos, por el predominio evidente de sus energías, que rara vez se juntan en grado elevadísimo en una misma persona: el hombre pensador y el hombre de acción. En la historia del levantamiento italiano, Mazzini y Garibaldi personifican admirablemente estos dos tipos; y esa es una de las razones no menores de su antagonismo, que en estas *Memorias* sobrevive, á menudo muy agudo.

Garibaldi es esencialmente un hombre de acción y presenta todos los caracteres salientes, orgánicos y psíquicos, de este tipo antropológico, que siente la más marcada antipatía por «los doctrinarios, hechos á argumentar con larga charla, pero no á obrar gallardamente» (pág. 276).

Tiene aquel espíritu de las aventuras, que se llama amor á lo desconocido; su juventud, como él dice, «estaba ávida de lanzarse á las aventuras de lo desconocido» (pág. 9); y repite en otra parte: «mi índole propensa á las aventuras» (páginas 38 y 55); y habla del «cosquilleo experimentado con la idea de lo grandioso de la empresa» (pág. 100); y alude á su «inqui-

tud natural y habitual» (pág. 265), cuando en New-York, cansado de fabricar candelas, quería cambiar de oficio.

Por eso Garibaldi, cuando la guerra no ocupaba su rebotante energía, ha ejercido los más diversos oficios: marinero y corsario, maestro de niños en Constantinopla (página 13) y en Montevideo (pág. 96); perito mercantil y desbravador de potros (pág. 96); mayoral de ganados (*truppiere*), ó conductor de bueyes (pág. 95) y fabricante de velas (pág. 265); y finalmente, agricultor en su isla de Caprera, como él mismo escribió en la cédula del censo italiano.

Pero su índole aventurera tenía como brújula infalible y dote preciosa un agudísimo sentido práctico de la vida, carácter afortunado de la raza ligura entre los italianos, y que á menudo falta en los hombres demasiado exclusivamente pensadores. Y tenía sobre todo un poder simpático y fascinador sobre sus propios semejantes, unido á un seguro y penetrante conocimiento de los hombres, que fueron de cierto para él aliados poderosos en tantas victorias obtenidas.

Superfluo es dar pruebas de su fascinación sobre los compañeros de combate, á quienes sabía transformar en héroes con el mágico poder de la mirada, de la voz y del

ejemplo. Y sobre los mismos enemigos, por la leyenda que circundaba á su nombre; baste el ejemplo de su entrada el año 1860 en Nápoles, que como él dice, «tiene más de prodigio que de realidad. Acompañado por unos cuantos ayudantes, pasé por en medio de las tropas borbónicas, dueñas aún de la ciudad, las cuales me presentaban armas con más entusiasmo ciertamente que á sus generales en aquellos tiempos» (pág. 380).

Y en los momentos más arduos y decisivos sabía precisamente apoderarse del lado psicológico, por el cual todo hombre ó toda reunión de hombres cede con más facilidad á nuestras sugerencias, arrancando así la victoria al destino dudoso.

En la retirada hacia Lages, en vista de que «muchos de los compañeros se desanimaban y otros desertaban» los reunió y «enérgicamente les representé que mejor era que manifestasen con franqueza su voluntad de acompañarme y que libres eran de marcharse los que quisieran. Tal resolución fué eficazísima; desde aquel momento no hubo más deserciones» (pág. 72).

Y es extraordinaria esta agudeza de su intuición psicológica, cuando habla del pánico en la guerra. En varios sitios trae ejemplos de ello (págs. 71, 244, 346, 377, 449); pero el más característico es el de

la retirada hacia Autun, después del asalto de los prusianos á Lantenay.

«En ciertos casos conviene obrar con el animal hombre como se obra con el animal buey... ¿Parte á escape? Dejadle que parta y corra á su albedrío. ¡Ay de vosotros si cometéis la imprudencia de atravesaros en su camino! Os derribará caballos y ginetes, como me sucedió el año 1849 en Velletri, donde por milagro salvé el pellejo, negro de contusiones. ¿Arranca á la carrera? Dejadle que arranque y huya y se precipite; *no te hagas cargo de ello* y límitate á ponerte á un lado ó á la cola; encontrará un obstáculo, le detendrán un río, una montaña, el hambre, la sed ó un nuevo pánico más próximo ó mayor que el que le hizo huir. *Entonces es tiempo:* ordena de nuevo como puedas los animales hombres, procura encontrarles comida, bebida, descanso; *y cuando estén hartos*, descansados y levantada su moral, se acordarán de su vergonzosa fuga, del deber hollado ¡y de la gloria, la peor de las locuras humanas!

»Lo mismo sucede con los bueyes, menos lo de que estos brutos no piensan en la gloria, por fortuna nuestra. Guiados por muchos ginetes; los bueyes se espantan por cualquiera causa: un trueno, un relámpago, un huracán ú otro

motivo; y comienzan á correr, con aquella velocidad de que son capaces los animales salvajes. El conductor prudente no es tan estúpido que mande á sus hombres detenerse, cortándoles el paso, lo cual sería su ruina cierta. Antes bien, las sigue, colocándose á un lado ó detrás, sin perderlos de vista, hasta que ante los fugitivos se presente algún obstáculo cualquiera: un río, un bosque, una montaña; detiéndose entonces la cabeza de la columna y vuelve atrás, y todo el resto de ella se vuelve y se detiene también.

»En aquel punto, el perspicaz conductor ordena á sus jinetes que rodeen al rebaño de bueyes, dóciles ya como borregos; y así vuelven los brutos al dominio de su tirano el hombre, que no sé si vale más que ellos» (pág. 465).

Aparte el dejo de amargura contra los hombres, que no se encuentra en las páginas juveniles de las *Memorias*, este fragmento es, en verdad, una de las más características pruebas, de lo que llamaré estrategia psicológica de Garibaldi.

Pero este profundo y genial conocimiento de los hombres y de sus defectos no hirió ni corroyó, en manera alguna, la nobleza y la magnanimidad de su grande alma.

Despreocupado por las riquezas, como lo demostró toda la vida, y por eso se confiesa «inepto para el comercio» (págs. 16 y 267), hasta llegar al desprecio pesimista por la humanidad, concluye: «Más bien he compadecido que odiado á los hombres, remontándome á la causa del mal, á saber: el egoísmo de nuestra desdichada naturaleza» (página 73).

Por eso, equitativo de alma siempre, declara con sinceridad que una de las razones de la derrota de Mentana fué «que los voluntarios, desmoralizados por el gran número de deserciones, no se mostraron aquel día dignos de su fama. Distinguidos oficiales y un puñado de valientes que les seguían, derramaban su preciosa sangre sin ceder un palmo de terreno; pero la masa no era la de nuestros habituales temerarios. Cedía magníficas posiciones, sin oponer aquella resistencia que podía yo esperar» (pág. 446).

Por eso, con la misma ecuanimidad, reconoce y proclama en muchos sitios de sus *Memorias* los méritos estratégicos y el valor personal de los enemigos; como del general brasileño Morigne (páginas 43, 45); del general argentino Brown (pág. 104); de los jinetes americanos, de quienes dice «no hay quien les supere en toda especie de combates, y son insuperables

después en perseguir al enemigo derrotado y hacerle prisionero» (página 174). Así, confiesa el valor de las tropas borbónicas, que en Milazzo, de cinco ó seis mil garibaldinos pusieron mil fuera de combate (pág. 368); y la fuerza extraordinaria de disciplina y frío valor de las tropas prusianas (pág. 463).

Y también en el apéndice sobre la batalla de Custoza, proclama que «el archiduque Alberto de Austria fué el único y verdadero general de aquella batalla» y quien decidió la victoria (pág. 485).

Ecuanimidad que dictó el famoso «obedezco» á la orden de retirarse del Tirol; como ya en circunstancias mucho menores y menos dolorosas había obedecido, «si bien de mala gana», al general Pacheco en el hecho de armas del Paso de la Bajada (pág. 130).

Como hombre de guerra, y especialmente en aquella forma característica de la guerrilla, que tuvo en Garibaldi su tipo perfecto, presenta en sus *Memorias*, aparte de la aversión al militarismo, puesto que «no tenía aptitud para la organización de los ejércitos» (pág. 124) y profesaba «una antipatía congénita por el oficio de soldado» (página 431) «con escasos conocimientos

de teorías militares» (pág. 192), presenta, digo, tres cualidades psicológicas que predominan decididamente sobre sus otras dotes guerreras.

Una gran confianza en sí mismo, un pasmoso golpe de vista estratégico para coger, actuar y apoyar con la rapidez del relámpago el plan de batalla, y, en fin, una fe ilimitada en su propia fortuna.

La primera y la última de estas dotes, para Garibaldi como para cualquier otro grande hombre, son el secreto de sus triunfos, que arrancan verdaderamente á la fortuna con la tenacidad del propósito y el arranque de los golpes oportunos.

«Mi ánimo no era dado á la desesperación, *lo que jamás me ha sucedido*» (pág. 99), y repite más adelante: «nunca se debe desesperar en la batalla y en la política, particularmente cuando se defiende la causa de la justicia» (pág. 128). Con la seguridad propia se imponía al enemigo, y con la fe en la victoria triunfaba.

«*Pero era preciso vencer*: y este propósito era el fatal propulsor de aquella estupenda campaña (la de los Mil), donde en los más serios de nuestros combates, como Milazzo y Voltorno, estuvimos perdiendo más de la mitad de la jornada, y donde á fuerza de constancia, *no desespe- rando nunca*, se logró derrotar á

un enemigo superior en todo» (página 370).

«¡Tenacidad y constancia: he aquí una de las claves de la victoria! Pero la gente está cansada y grita: «¡Estamos cansados y hambrientos!» ¿Sí? Pues bien; andad en busca de comida y de reposo: el enemigo se echará encima, os comerá los víveres recogidos, y el descanso os lo dará con la culata del fusil» (pág. 476). Y lo repite en las páginas 36, 44, 83 y 475.

No es posible dar aquí las pruebas de su pasmoso y rapidísimo ojo guerrero, porque habría que relatar casi todos los hechos de armas en que Garibaldi tomó parte, y en los cuales la decisión de la victoria casi siempre fué producto de algún expediente estratégico suyo de última hora ó de algún movimiento suyo ó incitación, cuando la suerte de la batalla se encuentra en el punto crítico en que puede resolverse en un sentido ó en otro.

De más interés psicológico es el convencimiento que tuvo siempre Garibaldi de ser el Benjamín de la fortuna... y en parte lo fué verdaderamente, si reflexionamos que en una larga vida á través de cien hechos de armas, por tierra y por mar, sólo una vez fué mortalmente

herido en América, y en su cadáver se encontraron diez heridas, de las cuales la más profunda es la de Aspromonte; y si tenemos en cuenta, como él dice, que «en mi prolija carrera militar nunca he sido hecho prisionero, á pesar de haberme encontrado tantas veces en peligrosísimo estado» (pág. 30).

Ya desde los primeros capítulos, hablando del general de Río Grande, Bento Gonçalves, á quien llama «el tipo del guerrero brillante y magnánimo», observa Garibaldi: «Y sin embargo de tantas dotes, Bento fué desventurado en las batallas, lo cual me ha hecho suponer que la fortuna contribuye en gran parte en los acontecimientos de la guerra» (pág. 36); y acerca del mismo, repite más adelante: «aquel insigne, dotado de todas las cualidades de un gran capitán, *menos la fortuna*» (pág. 79).

Pero debe notarse que hay diversas fortunas en la guerra. Hay la verdadera y propia fortuna del caso; como hay una llamada fortuna, que sin embargo no es más que la impericia del enemigo, ó el relámpago de genio de un gran capitán.

Y en las *Memorias* de Garibaldi, las que llama él sus fortunas, son de una y otra especie.

Así, la victoria de Varese tuvo por principal razón la impericia del general austriaco Urban, que en

vez de acometer á la retaguardia, al norte del Biumo, «atacó al toro por los cuernos, y fué tanto mejor para nosotros» (pág. 288). Y en la grande y decisiva batalla de Volturmo «por fortuna nuestra, fué defectuoso el plan de batalla de los generales borbónicos; éstos dieron una batalla en orden paralelo (atacando de frente), pudiendo dárnosla en el orden oblicuo» (pág. 393).

Y dice Garibaldi que «desde Epaminondas, en las batallas de Leuctra y Mantinea, hasta los generales prusianos de 1870, la regla de las batallas oblicuas ha sido siempre incontrastable y ha producido la victoria siempre; y los austriacos vencieron en Custozza precisamente porque al error de los generales italianos de dividir su ejército en dos, añadióse el arte del archiduque Alberto de atacarle oblicuamente» (pág. 484).

Así también, si Garibaldi venció á los prusianos en Dijon, fué, según él, porque «en la guerra señorea la fortuna y fuimos verdaderamente favorecidos por ella, habiéndonos atacado el enemigo en 20 de Enero por la parte de Poniente, así que puede decirse que atacó al toro por los cuernos» (pág. 478).

No todo, pues, depende realmente de la fortuna, sino que como después dice el mismo Garibaldi (á propósito de la batalla de Caser-

ta), «en las combinaciones de la guerra es preciso ser secundado por la fortuna ó por un genio muy superior» (pág. 397).

Así, llama él modestamente una fortuna el haber podido tomar en la Laguna las armas y municiones mandadas por los brasileños; pero la verdad es que Garibaldi, con marchas rapidísimas se encontró en la Laguna antes de que lo supiesen los brasileños (pág. 53).

Otras veces la verdadera fortuna fueron su valor y su presencia de ánimo, propia de los verdaderos hombres de acción; como cuando Garibaldi en una pequeña lancha, delante de la isla de la Libertad (Montevideo) se encuentra por la noche de pronto en medio de los buques de guerra «tan próximos, que el centinela de proa de uno de ellos nos gritó: «¿Quién vive?»— «Chitón» dije yo á mi gente; sin duda era la escuadra enemiga. Hablando quedito, excité á redoblar la boga y hacer con los remos el menor ruido posible; pero esperaba una granizada de tiros de fusil, después de la intimación hecha por el centinela; y, por el contrario, la evitamos milagrosamente» (página 126).

De cierto, «la fortuna, en la cual nunca he dejado de tener alguna fe» (pág. 246), favoreció algunas veces á Garibaldi.

Por ejemplo, en la retirada á través del bosque, cuando Anita dió á luz á Menotti, «viajando sólo días enteros con el agua hasta la cincha del caballo» para ir á la Setembrina á comprar «algunas cosillas de lienzo» que regalar á su mujer, oyó tiros de fusil por la parte de donde había partido. «A la vuelta supe la causa de la fusilería y el tristísimo caso acaecido al capitán Máximo y á sus bravos libertos, *inmediatamente después de salir yo de aquella casa*» donde fueron sorprendidos y muertos todos por el general brasileño Moringue (página 149).

En el asalto de Palermo, «yaciendo en tierra la silla de mi yegua *Marsala* y las pistoleras, una pistola pegó en el suelo y se disparó; la bala me rozó el pie derecho, llevándose un pedazo de la parte inferior del pantalón. Una fortuna nunca viene sola, dije para mí» (pág. 358).

En el asalto de Reggio, toda una columna de dos mil hombres disparó por equivocación los fusiles en descarga cerrada. «Yo que me encontraba á caballo en medio de aquel cuadro de tempestad, me tiré abajo *y no me tocó más que una sola bala en el sombrero*» (pág. 377).

En Voltorno, yendo en coche á Sant'Angelo, fué «recibido por una granizada de balas enemigas; mi co-

chero quedó muerto, *el carruaje acribillado á balazos*, y yo con mis ayudantes nos vimos obligados á apearnos» (pág. 389).

Y en su novelesca evasión de Caprera «una circunstancia imprevista que me favoreció mucho fué la siguiente: mi asistente Mauricio había ido aquel día á la Magdalena, y hacia aquella hora regresaba á Caprera. Un poco alegre quizá, no se fijó en el «¿quién vive?» de los buques de guerra que cruzaban numerosos por el canal de la Moneta, que separa las islas Magdalena y Caprera; y esos buques le hicieron descargas de fusilería que, felizmente, no le alcanzaron. Por casualidad sucedía eso mientras estaba yo realizando mi travesía, favorecido por el viento sirocco, cuyas pequeñas rachas servían admirablemente para esconder el *Beccaccino*, que apenas sobresalía un palmo de la superficie del mar. Mi práctica adquirida en los ríos de América, con las canoas indias que se gobiernan con un solo remo, me valió muchísimo. Tenía un remo ó pala de cerca de un metro, con el cual podía remar con tanto ruido como el de las aves acuáticas.

» Así, pues, mientras la mayor parte de mis custodios se precipitaban sobre Mauricio, atravesaba yo tranquilo el estrecho de la Moneta y aproaba á la islita separada de la

Magdalena por un pequeño canal vadeable» (pág. 249).

En realidad, más que la fortuna á quien concede Garibaldi modestamente tanta parte en sus triunfos, era su poderoso aliado lo que él mismo llama «el fatal propulsor» de sus empresas: el amor patrio y el profundo convencimiento de combatir en pro de una santa causa.

Reuniendo ahora estas líneas de la gran figura, tal como se recogen en sus *Memorias*, parece que el tipo psicológico de Garibaldi puede resumirse en esto: que fué sobre todo un hombre de acción, de carácter primitivo, por tendencias congénitas y por el ambiente en que vivió los primeros años; más fácil para las sugerencias del mundo exterior, como el mar y las *pampas*. Carácter primitivo, de una ingenuidad opuesta á la astucia, y por lo mismo de una gallardía antibizantina; grande por su poderío intelectual, si bien inferior, fuera del característico genio guerrero (y lo prueban sus novelas), por ejemplo, á la profunda inteligencia reflexiva de Julio César ó de Napoleón I. Pero grandísimo sobre todos por la fuerza y elevación de sentimientos, desde los delicados matices del amor filial hasta los generosos conceptos de redención humanitaria; por lo

cual en la memoria de los venideros, aún más que entre los tipos de los grandes capitanes de la guerra (y eso que es uno de ellos), figurará entre los más afables y humanos de los grandes bienhechores.

No obstante la comunidad de las empresas militares, existe un abismo psicológico entre Napoleón I y Garibaldi; porque éste pertenece más bien al tipo humano de Jesús, sin más diferencia que la de haber desenvuelto en diverso ambiente las mismas fundamentales energías psicológicas.

Es cierto que la potencia de los genios intelectuales se propaga con movimiento más lejano y más evidente, en los descubrimientos y en las aplicaciones sociales prácticas. Pero también los genios del sentimiento, como lo fué Garibaldi, no sólo tienen en su vida un poderío infinitamente superior y fascinador sobre sus contemporáneos, sino que también legan á la posteridad más fecunda herencia de elevación moral, porque, á pesar de las apariencias, el hombre obra como siente y no como piensa.

ENRIQUE FERRI.

APLICACIONES JUDICIALES Y MÉDICAS

DE LA ANTROPOLOGÍA CRIMINAL

Deportados. — Extrañamiento colonial. — Reformas.

Vamos á ver un ejemplo aún más práctico de la aplicación de nuestros estudios á los sistemas penitenciarios. Nada se presta tanto á las ilusiones como los sistemas penitenciarios, y mucho más si sus resultados se ven en cifras y registros.

Así, comenzando por la deportación francesa, parece á primera vista la mejor panacea contra los crímenes más graves; y leyendo las cifras oficiales, creeríase aún mucho más.

Leamos, por ejemplo, el informe de M. Pardon, gobernador de Nueva Caledonia, acerca del estado de la administración penitenciaria en 1891:

«El servicio de la deportación ha puesto en 1.º de Febrero de 1890 á disposición del servicio local 1.200 penados para los trabajos de los caminos.

»Esta medida ha coincidido con la supresión de las granjas penitenciarias, y la disminución, en considerable número, del efectivo del personal de deportados empleado en los talleres de la administración penitenciaria.

»Se ha podido igualmente poner gran número de penados á disposición de los habitantes de la colonia, en las condiciones del decreto local de 18 de Octubre de 1888.

»Más adelante veremos que el efectivo de los colocados, que era de 320 en 1.º de Enero de 1888, ascendía á 352 en 1.º de Enero de 1889, á 407 en 1.º de Enero de 1890, y alcanzaba al fin del año la cifra de 537. En 1.º de Abril de 1891, esta cifra debía subir á unos 630. Pero esto no es todo; y en todas circunstancias, la administración ha tratado de ayudar á los colonos. Así es que hallán-

dose los colonos de Moindou en la imposibilidad de hacer la recolección del café, dirigió á dicho centro cierto número de penados de primera clase, de la categoría de los impotentes ó de los aptos sólo para trabajos ligeros, quienes fueron puestos por algunos días á disposición de los plantadores.

»Hallóse también el medio de emplear las naturalezas más rebeldes, los habituados á evadirse, los que llevan cadena doble. Estos deportados, que anteriormente estaban siempre fijos en la isla de Nou y por consiguiente casi sin utilizar, fueron reunidos en un solo grupo y dedicados á los trabajos del almacén del muelle, por cuenta del servicio local. Encargáronse de su custodia vigilantes firmes y enérgicos, y hasta ahora sólo elogios merece su trabajo (*sic*).

»Todas estas medidas han dado por resultado aumentar el número de los disponibles y dar á los trabajos un impulso desconocido hasta hoy.

»*Las Compañías.*—La mano de obra penal ha abierto minas cuya producción llegará de seguro á 50.000 toneladas en 1891 y á 100.000 en 1892. Siendo el valor de la tonelada de mineral de níquel por lo menos de 140 francos, esto constituye un producto anual de 14.000.000 debido á los penados.

»Por su parte, las compañías industriales han reembolsado al Estado en 1890, por cesión de mano de obra, unos 336.000 francos. Aparte de eso, la compañía del níquel mantiene á esos penados, y, por consiguiente, descarga al Estado de este gasto.

»He hecho visitas muy frecuentes á las canteras de las compañías. Siempre he visto que en ninguna parte suministran más trabajo los penados; ese trabajo es de los más rudos y la disciplina de la deportación se observa con exactitud. Por eso, preciso es confesar que no queda en pie ninguna de las críticas dirigidas contra semejante empleo de la mano de obra penal.

»Durante los cinco años anteriores, las concesiones han sido:

En 1885	190
— 1886	126
— 1887	93
— 1888	117
— 1889	123

»Las desposiciones han sido:

En 1885	82
— 1886	75
— 1887	70
— 1888	67
— 1889	43

»La cifra de desposiciones ha sido de 43, de las cuales 30 de licenciados.

»Los penados concesionarios sólo figuran, pues, por un décimo en las desposesiones; por esta parte puede decirse que casi ha obtenido un triunfo la administración.

»No puede decirse otro tanto de la concesión de licenciados: 30 desposesiones por 32 concesiones son cifras harto elocuentes para conservar la menor duda acerca de lo que puede esperarse de esta categoría de individuos.

»El espíritu de justicia y de imparcialidad ha contribuido poderosamente al sostenimiento del buen orden, al respeto de la autoridad entre los penados.

»La administración local trata de ejecutar con escrupulosa conciencia las instrucciones ministeriales concernientes á la aplicación de los reglamentos disciplinarios. Ya no se encuentran aquellos castigos extremados, impuestos con ligereza por motivos á veces fútiles y que á menudo hacían que hasta penados de buena conducta retrocediesen á la quinta clase. Los castigos se miden con cuidado, se proporcionan á la gravedad de las faltas, y, en tanto que es posible, se adaptan á la naturaleza del penado.

»En estas condiciones, respétase el castigo porque es justo, y es eficaz porque se respeta; ya no provoca ideas de insubordinación en los penados; su efecto ejemplar es

más grande porque ya no se discute.

»En suma, se observa con el mayor cuidado la escala de los castigos dispuestos por el decreto de 18 de Junio de 1880. Al parecer, el departamento ha dado á las medidas disciplinarias tomadas desde hace más de dos años la mejor sanción: no se le ha hecho ninguna advertencia, ninguna observación.

»*Resumen.*—En resumen, queda manifiesto que durante los años 1889 y 1890 se ha robustecido de una manera muy sensible la disciplina en todos los campos de la deportación. La conducta ha mejorado; el trabajo es más activo y más continuo.

»De 756 fugados (año 1890), capturáronse 169.

»Las colocaciones en casa de los colonos, primera prueba á la cual se somete á los penados que más tarde serán concesionarios, no se otorgan sino previo informe detenido acerca de las garantías que presentan los hombres. Deben ser de la primera clase y bien conceptuados para sus jefes inmediatos.

»A pesar de las dificultades que presenta esa elección, ha podido aumentarse considerablemente el número de los colocados en casa de los colonos.

»En 1.º de Enero de 1888 esta cifra era de 320; en 1.º de Enero de

1889 subió á 352; en 1.º de Enero de 1890 á 407; ha podido elevarse hasta 537 en 1.º de Enero de 1891, y en la actualidad alcanza á la de 630.

»La agricultura obtiene inmensas ventajas con esta ayuda; independientemente de la baratura de la mano de obra, posee también obreros estables, trabajadores, á quienes el temor de que los vuelvan al campamento mantiene en la actividad y en una respetuosa sumisión.

»No hubieran sido suficientes todas las medidas de policía, si no atañesen igualmente á los licenciados que se encuentran en los centros penitenciarios en estado de vagancia, sin poder justificar que tienen medios de existencia. Entre esa población esencialmente nómada es donde, por lo general, se encuentran los instigadores y cómplices de la mayor parte de las fechorías cometidas en los centros penitenciarios.

»La aplicación de esas medidas ha producido excelentes resultados: los informes de los comandantes de penales y jefes de centros manifiestan la disminución progresiva de las escenas de desorden de que antes eran teatro los centros de concesionarios.

»Esta disciplina severa, indispensable en establecimientos de colonización que son verdaderas lo-

calidades de libertad condicional, permitirá á los concesionarios que tienen verdaderos deseos de portarse bien, no dejarse arrastrar por mal camino.

»Todas esas industrias prosperan y dan á la colonización un vuelo muy satisfactorio.

»Puedo citar un licenciado, el Sr..., cuya conducta y moralidad son, por otra parte, perfectas, que gana actualmente de 4 á 5.000 francos mensuales en explotaciones mineras.

»Sin embargo, en nuestro sistema de colonización penal existe una laguna importante y de las que son más de sentir: el escasísimo número de familias y la falta de mujeres. He intentado muchas veces demostrar la absoluta necesidad de una igualdad numérica en los sexos. He pedido con instancia al departamento el envío de las mujeres de los penados. Lo que se ha dicho acerca de las disposiciones atávicas de los productos del matrimonio entre penados no se sostiene ante el hecho citado más atrás, de que hasta aquí ningún hijo de concesionario ha sufrido condenas. Insisto, pues, de nuevo acerca del envío de las familias de penados, y de mujeres, aunque sean penadas, para unirse con nuestros concesionarios.» (*Bulletin de la Société des Prisons*, 1890-91).

He aquí, pues, una verdadera

ganga para la humanidad y un verdadero triunfo para los partidarios de las influencias predominantes del ambiente, porque aquí se tiene á la vista el más completo posible cambio de medio.

Se les han dado á los criminales los medios de vivir honradamente; se les han suministrado hasta inesperados recursos que faltan á menudo á las gentes honradas; se ha instituido para ellos (ley de 17 de Agosto de 1878) una caja de ahorros, subvencionada por el Estado; se les han hecho concesiones de tierras que llegan á ser propiedad suya á los cinco años de licenciarles: cada concesionario tiene derecho á víveres, ropas (decreto ministerial de 6 de Enero de 1882), á asistencia en los hospitales, á instrumentos agrícolas; si tiene mujer, ésta goza de los mismos derechos y además 150 francos el día de la boda y mobiliario completo. Así, pues, no sólo cambia el medio, sino que se apartan con cuidado todas las ocasiones de volver á cometer delitos.

Pero todo esto no sirve de nada para los criminales natos, y era muy fácil de prever. En efecto, sabemos que si para los criminales de ocasión es posible la enmienda en un ambiente nuevo, no lo es para los verdaderos criminales congénitos de que se compone la mayoría de esos miserables recidivistas. Ahora bien; si

buscamos relatos no oficiales (porque estos últimos están interesados en disfrazar la verdad), vemos que todas esas medidas no producen más efecto que un recrudecimiento del delito en pleno día, hasta el punto de que las gentes honradas y hasta los mismos funcionarios que envían á los gobiernos esos informes embusteros, son muy á menudo víctimas de esas pretensas ovejas que han vuelto á entrar en el redil.

Veamos, en efecto, lo que dice acerca de esto Thomas (*Cannibals and convict*, 1886):

«... La impunidad y la indulgencia han traído á este país una verdadera anarquía, un verdadero infierno.

»... No hay palabras con que decir el grado de infamia á que han llegado.

»En 1884 se vió á uno de esos criminales tratar de cortarle el pescuezo á su mujer, cuarenta y ocho horas después de su casamiento oficial. Habiéndole sorprendido, huyó buscando refugio entre los salvajes, quienes le fusilaron. Pero los mismos salvajes son á menudo las primeras víctimas de esos miserables.»

Mancelon (*Les Bagnes et la colonisation pénale*, 1886) dice que hay relegados tres veces condenados á muerte, y á quienes luego se ha puesto en libertad. Una mujer que había muerto á dos de sus hijos y

sido indultada, mató más tarde al tercero.

He aquí, según uno de esos mismos penados, el relato de uno de esos matrimonios que con tanta admiración nos pinta el señor gobernador Pardon:

«En la isla Nou, refiere el doctor Laurent (*Habitués des prisons*, 1890), nuestro hombre asistió á una ceremonia curiosa, á un matrimonio de penados.

»El pretendiente era un individuo sentenciado á cinco años de trabajos forzados «por haber dado el golpe del padre Francisco» (echar un nudo corredizo al rededor del cuello y apretarlo con presteza no menor). Le enviaron á que eligiese en el convento de Bourrail. La religiosa le ofreció en primer término una mujer de treinta y dos años, sentenciada á quince de trabajos forzados por envenenamiento.

»La primera entrevista fué de las más tiernas, y aquella desposada poco tímida echó en seguida los brazos al cuello al recién venido, dirigiéndole poco más ó menos estas palabras:

«¡Ah, pobre querido mío! Aquí no se puede ni chistar; vas á sacarme. ¡Qué marranas hermanucas! (las religiosas). Ganas me dan de emparrillar una. ¿Tienes tabaco y un papelillo?»

»El candidato á marido rehusó

aquella amable persona, tan llena de distinción en su lenguaje como en sus modales. Presentáronle entonces una antigua zorra llamada Rosa, y condenada á ocho años de trabajos forzados por haber ayudado á robar y asesinar á un hombre dentro de su alcoba. «He zorreado un poco hace tiempo, dijo á su novio, pero me he vuelto buena.»

»Quedó decidida la boda. El penado fué al casamiento del brazo con otra antigua zorra llamada Fanny.

»Después de la misa, el sacerdote pronunció una plática hablándoles á los nuevos esposos de perdón, de redención, de olvido de las pasadas ofensas. Pero la novia, impacientándose, no cesaba de repetir: «¡Cómo nos aburre, cómo nos aburre!»

»Luego hubo un festín, muy rociado de vino. El testigo menudeó tales tragos, bebió tanto alcohol falsificado, que se ensució en los pantalones dormido y se dejó escamotear el portamonedas. El novio no estaba menos bebido, y por la mañana se despertó con un ojo saltado y sin saber qué había sido de su nueva esposa. La ganforra se había aprovechado de la borrachera de su marido para escabullirse con otro licenciado, quien la devolvió el día siguiente por la mañana. El marido tomó bastante bien la cosa, que encontró casi natural.

»Durante la embriaguez, el esposo había tenido un sueño: había oído una voz de mujer hablándole quedo dulces palabras; había entrevisto el rostro de la esposa sonriéndole, y había sentido unas manos suaves y acariciadoras palparle la piel. Al despertar, no le quedaba más que un vago recuerdo; pero advirtió que su bolsa había pasado de su bolsillo al de la honrada Rosa.

»Aunque casada, bien pronto fué Rosa la manceba de los licenciados y hasta de los penados.

»El marido cerraba los ojos y se hacía el sueco.

»Un día Rosa atrajo á un lugar apartado á un árabe puesto en libertad, del cual sabía que tenía dinero; el marido le desbalijó y le mató á hachazos. Pero la mujer, llena de miedo, fué á denunciar al asesino, quien fué condenado á muerte. Así acabó aquel feliz matrimonio».

No hay ninguna exageración en ese relato. En efecto, en el periódico *Le Neo-Caledonien* de 26 de Enero de 1884 se lee:

«Unregenerado, denombre Pouillé, fué hecho concesionario no se sabe por qué, hace algún tiempo; en la misma ocasión se le autorizó para tomar mujer joven y bonita, la cual según parece no quedó muy satisfecha de la instalación de su esposo.

Cuarenta y ocho horas después

de la boda, Pouillé fué detenido á las dos de la tarde, en el momento de ir á cortar tranquilamente el cuello con una sierra á su joven mitad. La llegada de los agentes impidió que se cometiera el delito. *Pouillé quedó libre al cabo de unos días de prisión*, porque había sido sorprendido cometiendo el delito á la puerta de un funcionario de casa del cual salía su mujer; echóse tierra al asunto, y el joven matrimonio se reconcilió por orden superior. Pero anteayer la mujer de Pouillé huyó de su casa á tiempo para no ser asesinada. El marido se vengó prendiendo fuego á su propia casa, evadiéndose después. Para distraerse, pone fuego á las casas de todos los concesionarios...»

Otro ejemplo. Elena Massé, sentenciada á prisión, se casa con Belgassen Mohamed, sentenciado á trabajos forzados por asesinato de su primera mujer en Argelia. Celoso de una educanda del convento de Bourail, no tarda en matar á Elena Massé.

En la bella monografía *Travaux forcés fin de siècle* publicada en la *Nouvelle Revue*, año 1890, un verdadero filántropo nos presenta cuadros no menos negros de esos pretensos regenerados:

«El presidiario que en pleno centro penitenciario acababa de volverse á casar en justas nupcias con

una infanticida é incendiaria—Devillepoix — había sido condenado por el Jurado de Seine-Inférieure á la pena de trabajos forzados á perpetuidad, por cuatro acusaciones de delitos confesados y probados, á saber: 1.º, delito contra la honestidad por violación de su criada, una muchacha de catorce años; 2.º, homicidio voluntario después del anterior atentado; 3.º, nuevo homicidio consecutivo al primero; 4.º, nuevos delitos contra la honestidad, intentados ó consumados con violencia.

»O este, ó ninguno, era el forzado, en toda la extensión de la palabra, el presidiario clásico para quien se han inventado las leyes represivas que son salvaguardia de la sociedad...

»Pues bien; la administración penitenciaria, so color de proseguir desdichados ensayos de cultivo ó de aumentar los recursos de su presupuesto especial, hace sus colonos de semejantes seres, horror ó vergüenza de la humanidad. Para obtener la enmienda moral de sus penados, no encuentra nada mejor que eximirles en seguida de la pena dictada por el legislador y pronunciada previo veredicto de un Jurado de personas sensatas que no habían encontrado demasiado fuerte esa pena. Y como si no bastara con eximirse de la pena y con llegar

á ser concesionario de terrenos, el favorito de la administración colonial no deja de constituir nueva familia. ¡Sí, tomaba mujer ese verdugo! ¿De dónde podía venirle á él ese favor de la concesión de tierras, prometida por la ley después de largos años de expiación, y que, en resumen, es para el penado la emancipación casi completa? ¿Y qué extraordinaria aptitud para la vida de familia y para la paternidad había, pues, permitido adivinar este extraño casado, que el mismo día de la boda se emborrachó y pegó á la esposa? Porque la concesión de terrenos y el beneficio del matrimonio no están inscritos en la ley sino á título enteramente excepcional, á título de recompensa.

»Algún tiempo después, *por gusto, por nada*, Devillepoix prendía fuego á los chociles de sus vecinos, incendiaba los plantíos de M. de G..., prostituía su mujer al primero que se presentaba, para vivir más á sus anchas, y, por último, se hacía condenar á muerte.

»Pues bien, *de visu* nos hemos convencido de que los Devillepoix concesionarios, buenos vecinos y felices esposos, son una legión en Nueva Caledonia y también en la Guayana, desde la decisión de 15 de Abril de 1887.

»Muchos entran de cocineros, lacayos, profesores de idiomas y de

bellas artes en las casas particulares; son bien retribuidos, tienen sus trapicheos y á veces hasta hacen conquistas. En todo caso, con sus beneficios más ó menos ilícitos sostienen sólo ó en comandita queridas, saborean otras y llegan á ser hombres lo suficiente libres para poder elevarse hasta el delito pasional. En 1883, un licenciado se enamora de repente de la señora B., expendedora de licores, y como no corresponde en el acto á su fuego, la salta la tapa de los sesos y se mata en presencia de los consumidores.

En 1881 el ministro de Marina se queja de que de 7.000 hombres, sin contar los licenciados, sólo se hayan podido emplear 360 en la construcción de caminos. Todos los restantes vagan más ó menos á ventura, viven á su antojo, van á caballo y en carruaje libremente so pretexto de ir á trabajar en su concesión ó de que están empleados en casas particulares. ¡Estamos lejos del artículo 2.º de la ley de 1854! En 1880 no había en estado permanente más que de 640 á 700 evadidos; en 1889 pasan de 800. Los más temibles no son los mejor vigilados.

El famoso bandido Brideau se evade también en 1891, mata á una mujer anciana y la devora los pechos. Hasta bajo la cuchilla de la

guillotina se ríe de la justicia: «¡Venga!»—exclama gallardamente después de echarse en la tabla de báscula.

¿Quién podría contener, por otra parte, á esos depravados cuando adviertan que el presidio—¡ese espantajo de los códigos!—no es en realidad sino una broma? ¿Será la represión disciplinaria del mismo interior de ese presidio? Ved cuál es su rigor: por negativa obstinada á trabajar, privación de salario; por embriaguez con recidiva, prisión nocturna; por pereza, doble argolla. ¿De qué eficacia se quiere que sea la supresión del salario? ¿No está siempre el rancho dispuesto á las horas? Y si falta dinero, por esa especie de confraternidad del crimen reinante en el presidio, el castigado no se verá por tan poca cosa falto de beber sus vasos de vino.

Los consejos de guerra se ponen á condenar y recondenar, y para la eternidad á miserables sentenciados ya á perpetuidad. ¡Se distribuyen aumentos de diez, veinte, ciento y doscientos años de presidio! Véanse en Numea individuos sentenciados tres veces á muerte, indultados y puestos luego en libertad en los caminos. En 1891, el tribunal marítimo especial de Numea acaba de condenar á muerte á un sentenciado á trabajos forzados, de apellido

Janicot, quien en virtud de sucesivas condenas dictadas contra él en la colonia, no podía ser puesto en libertad; hasta el año 2036, es decir, dentro de ciento cuarenta y cinco años! La mujer Macé, enviada á Caledonia por haber muerto á sus dos hijos, se casa allí, obtiene una concesión de terreno y mata á su nuevo hijo. Con un antiguo alfarero, convertido en fabricante de pucheros en Bourail, que había sido condenado por violación de su hija mayor, van á reunirse su mujer, su víctima y otra hija más joven. Lanza la mayor á la más baja prostitución, prepara la menor para lo mismo y continúa en su comercio de cacharros, muy próspero.

Las víctimas son los pobres vigilantes. ¡Largo es el martirologio! Entre tantos otros, están: Olivieri, ex-sargento del 12º de línea, con veintiún años de servicios, muerto á hachazos en Ouégoa, en Marzo de 1886; Villenet, que sufrió la misma suerte; Lavergne, cosido á puñaladas por un penado vagabundo, á pesar de tres condenas sucesivas á perpetuidad (*¡habían jugado al écarté la vida de Lavergne!*); Antomarchi, degollado durante su sueño; Taillandier, Salvadori, Collin, Paggi; Guillemaille, apuñalado con su mujer y sus hijos; Gerbe, descuartizado. Otros muchos se suicidaron al llegar á Numea, viendo la

situación que habían ido á buscar allí, con la cual querían deslumbrarles como recompensa de sus leales servicios militares.

A este propósito, echemos una ligera ojeada al presupuesto de la deportación en 1891; veremos para el servicio penitenciario un total de 11.175.932 francos.

Hasta aquí, ya se ve que sólo se ha ejecutado el artículo 1.º de la ley de 1854: traslado de los presidios, desalojamiento de la metrópoli. Pero, en último término, todo ello no ha servido más que para una cosa: para impedir que se forme una magnífica colonia.

Habíase partido en verdad de la muy justa idea de desembarazar la metrópoli de los bribones que la infestan; pero también se había tenido la loca ambición de colonizar sin moverse, sin tener colonos. Creíase que la Australia, tal como es, era obra, la obra maestra de los presidiarios; de aquí el error. Los penados ingleses jamás hubieran realizado ni Sydney, ni Melbourne, ni el magnífico ferrocarril de Murray, si de pronto los *place-res* del interior no hubiesen atraído hacia el continente australiano á los buscadores de oro. Pero, habiéndose enriquecido éstos en seguida, experimentaron el horror al presidiario y lo rechazaron por la fuerza, no abandonándole ni siquiera la

Tasmania. «La Nueva Gales del Sur, —decía el gobernador E. de la Richerie, —no ha comenzado á salir de un regimen de miserias para encaminarse á una prosperidad siempre creciente, hasta después de la introducción de inmigrantes libres; al paso que hasta ahora la deportación á la Guyana ó á la Nueva Caledonia no ha sido nada más que el traslado de los presidios, sin provecho para los territorios que debía fecundar.»

El penado concesionario puede hacerse ayudar, ocupar obreros en número indeterminado. He aquí un ladrón eminente, que antes de que le prendan ha ocultado el *gato* ó lo ha confiado á un pariente, á un amigo. Llega á ser concesionario. Le llevan su dinero. Arrienda numerosos obreros, funda una inmensa explotación y mira trabajar á los demás, fumando cigarros. Se ha convertido en rentista, en gran propietario terrateniente, en bienhechor de la colonia. ¿Creeréis que esto es tal vez una superchería? En Noviembre de 1885, un antiguo cajero de la Compañía del Norte, sentenciado á veinte años, Fréret, anunció por todas partes la fundación en la bahía de Prony de un inmenso establecimiento balneario, con fonda, salones, biblioteca, salas de juego, etc. Buscaba la colocación remuneradora de los millones robados á la

Compañía y que la señora Fréret le trajo *vía* Sydney. Había comprado por 160.000 francos las concesiones y las estaciones de ganado del señor Lamy en Bourail. La compra se hizo en nombre de la señora Fréret. Durante ese tiempo Fréret paseaba á caballo y en coche, vestido como un señorón, salpicando de lodo con su lujo, haciendo mucho ruido con su fortuna. ¿Es esto lo que el artículo 2.º definía «los trabajos más penosos de la colonia?»

Por otra parte, durante el tiempo de la concesión provisional, gracias á la malsana promiscuidad, á la horrible é irremediable fraternidad que reina de vecino á vecino, los buenos, los que aún tienen un destello de conciencia, son implacablemente aplastados por los otros, por el número; quedan estériles sus esfuerzos, ¡y dichosos si no les saquean ni incendian!

Esto no es cuestión de partido político. Las mismas quejas se leen en la demagógica *Revue de l'Evolution* (Marzo de 1891) y en el *Bulletin de la Société des Prisons* (1891, página 411), revista que ciertamente no tiene nada de democrática, que á veces hasta huele á sacristía.

«Un cuarto de siglo ha transcurrido desde la llegada de la primera tanda de penados; millares de deportados la han seguido, y sin embargo los trabajos más urgentes no

se han ejecutado aún, ni siquiera están en vías de ejecución, aunque los penados deban emplearse en los trabajos más penosos de la colonización.»

Así es que son desconsoladores los resultados coloniales: caminos, alcantarillas, muelles, docks, dique de carena, todo está en proyecto; el *arsenal* es un miserable tallercito bueno para calafatear goletas, y las averías de los buques de la estación naval tienen que repararse en Sydney ó en Cockatoo-Island, ¡si pueden ir allí! La administración ha acaparado las mejores tierras: sólo el decreto de 16 de Agosto de 1884 ha puesto en sus manos 110.000 hectáreas, ¡y las adquiere á título oneroso!

En cuanto á la moralización, no ha dado un paso adelante; más bien ha retrocedido, según lo demuestra un antiguo director de la administración penitenciaria, el coronel M. Disnematín-Dorat, quien se expresa así:

«El penado concesionario obtiene un terreno de primera calidad, á menudo roturado; se le dan víveres treinta meses, una indemnización para casa, hasta una mujer con ajuar si la desea, semillas, etc. Se le transportan sus productos, se le compran á más precio del corriente; al paso que con frecuencia el colono libre ve inutilizada y perdida su

cosecha, por falta de medios de transporte y de compradores.

»¿Qué ha resultado de esta situación inmoral que desalienta á los mejores y más perseverantes? Que *colonos libres se han visto reducidos á ir á trabajar á las haciendas de los penados.*»

Y la colonización no gana con los relegados que, sin embargo, son criminales menos endurecidos. En su obra *La relegation à l'île des Pins* (un tomo en 8.º Rochefort, 1889), el doctor Nicomède escribe que «en el relegado, cabeza y brazos son malos. No tiene ni el ánimo, ni el vigor, ni la habilidad del obrero. Apenas el 17 por 100 del contingente de los relegados en la isla de Pinos tienen alguna profesión; los demás son paseantes en corte, ociosos y libertinos. En tales condiciones, ¿qué tiene de extraño que la relegación haya sido impotente para producir nada en la isla de Pinos? Instalada sin programa, ha dejado evacuar los diversos talleres (zapatería, sombrerería, ropas hechas) que la deportación había establecido. Cuando se quiso reorganizarlos, todo faltaba; y en los mismos momentos (11 de Febrero 1888) en que el subsecretario de Estado declaraba en la Cámara que esos talleres atendían á todas las necesidades del vestir, numerosos relegados no podían ir á trabajar porque estaban

descalzos. Si se trata de cultivos (granja y aserradura hidráulica de Uro), de roturaciones ó de fabricación, la falta de método de la administración corresponde á la carencia de todo brío en el relegado. Su hoja penal lleva casi invariablemente la nota de que siempre se ha negado á trabajar. Por su fuerza de inercia, por su resistencia pertinaz, ha cansado á todo el mundo, ha agotado todos los castigos. Prefiere pasarse la vida en la celda, que doblegarse al menor trabajo. Con el tinte terroso, anémico, abotagado por el régimen celular, vegeta con una suciedad y entorpecimiento repugnantes.»

Aun en estos casos, la deportación es útil de cierto para una nación rica que no teme gastos, pues con grandes expensas libra á la metrópoli de sus peores gentes, para regalárselas á los salvajes. Pero no debe pensar en reformarlas; es pre-

ciso obligarlas por la fuerza al trabajo y tratarlas como se trata á los soldados bajo el regimen del estado de guerra, es decir, fusilando á los que amenacen á la seguridad de la colonia, y con la prisión celular como medio de conversión forzosa.

Una colonia penal pudiera ser verdaderamente útil y reformadora si se eliminase de ella á los criminales natos y se ofreciese trabajo en un medio honrado á los criminaloides, á los semicriminales, es decir, á los que han cometido delitos en condiciones excepcionales ó arrebatados por una pasión violenta.

En este sentido pueden admitirse los resultados de las colonias libres penitenciarias de Holanda; pero figurarse que cambiando de medio á los criminales congénitos se trocarán en personas honradas, es una inmensa ilusión que las primeras lecciones de la antropología criminal hubieran bastado para destruir.

CÉSAR LOMBROSO.

LA RIQUEZA

El rico y el pobre se encuentran: el creador de los dos es el Eterno.

(*Proverbios de SALOMÓN.*)

Con frecuencia, la ambición toma la forma de amor al dinero. Hay muchas personas que jamás se han ejercitado en el arte, la música, la poesía ó la ciencia, pero casi todo el mundo hace alguna cosa para ganarse la vida; por consiguiente, tratar de aumentar las rentas no sólo es una cosa lícita, sino que produce el grato sentimiento de un triunfo conseguido.

A menudo se ha puesto en duda si la riqueza constituye una ventaja. Yo mismo, no creo que quienes han nacido con una cuchara de plata en la boca, como suele decirse, sean por eso necesariamente más felices. Cierto es que la riqueza impone más trabajo que la pobreza, y en todo caso más cuidados; pero, sin embargo, hay que confesar que

la posesión de una renta, sea cual fuere, que vaya en aumento con los años, contribuye al bienestar de la vida. Por supuesto, entendiéndose que seáis dueños de vuestro dinero, y no el dinero dueño de vosotros.

La posesión de la riqueza no está ciertamente libre de quebrantos. El dinero y el amor al dinero suelen ir juntos con frecuencia. El hombre pobre, como dice Emerson, es el que desea llegar á ser rico, y cuanto más posee arde en mayores deseos de poseer más todavía. Así como el beber aumenta la sed, el deseo insaciable de riquezas crece á menudo con la fortuna.

Naturalmente, esto sucede más que nunca cuando se busca el dinero por el dinero mismo. Por lo de más, muchas veces es más fácil ganar dinero que conservarlo y gozar

de él. Nada hay tan aburrido, tan angustioso y tan penoso como tener que guardarlo. El temor á perderlo puede cernerse como una negra nube sobre la vida entera. Nos refiere Séneca que Apicio, después de haberse comido la mayor parte de su patrimonio, se suicidó de miedo á morir de hambre, aunque aún le quedaba por valor de millón y medio de pesetas.

Es cierto que la fortuna no es una sinecura. Además, el valor del dinero depende en parte del uso que de él se hace y de la manera como se ha adquirido. «Tus amigos te dicen; gana dinero, á fin de que nosotros tengamos también nuestra parte. Si puedo ganar dinero y continuar siendo modesto, fiel y generoso, manifestad qué es preciso hacer y lo ganaré; pero, si me pedís que pierda cosas honradas y que me pertenezcan en propiedad, para que vosotros podáis adquirir las que son deshonorosas, ved cuán poco equitativo y cuerdo á la vez es eso. ¿Qué preferiríais, tener dinero ó un amigo fiel y modesto?

»Nada impide á un hombre que haya comprendido con claridad estas cosas aceptarlas con ligereza y someterse sin pena al yugo, esperando tranquilo los sucesos y aceptando el hecho consumado. ¿Deseáis que yo soporte la pobreza? Venid y sabréis lo que ésta es para aquel que

sabe representar bien el papel de hombre pobre.» (Epicteto.)

Acordémonos siempre de aquella respuesta de Solón á Creso: «Señor, si se presenta alguien con más hierro que tú, se hará dueño de todo este oro.»

Midas es otro ejemplo del caso de que se trata. En sus oraciones pidió que todo cuanto tocara se trocase en oro. Su plegaria fué atendida: el vino se le transformaba en oro, así como el pan, los vestidos y hasta el propio lecho.

«Asombrado de esa extraña desventura, rico y miserable á la vez, desea despojarse de sus riquezas y maldice lo que había solicitado.» (Ovidio.)

Con seguridad, que no es el único hombre para quien el oro haya sido una maldición.

Hablando con franqueza, á mi parecer, la opulencia no es por necesidad una ventaja; pero puede llegar á tenerla, según el uso que de ella se haga. Lo mismo acontece con casi todos los dones y privilegios de la vida. La instrucción, la belleza, la habilidad pueden convertirse en un trampantojo; descuidarlas ó hacer mal uso de ellas sería para nosotros peor que no haberlas poseído nunca. La opulencia sólo es una desventaja en manos de quienes no saben valerse de ella. Pone á nuestra disposición otro gran nú-

mero de privilegios: el vagar, el poder ayudar á los demás, los libros, las obras de arte, las ocasiones y los medios de viajar.

Por lo demás, fácil sería exagerar las ventajas del dinero. De cierto, merece que se apetezca su posesión y que se trabaje para obtenerla; pero no indemniza los sacrificios demasiado considerables, tales como á menudo se suelen hacer por él.

Un sabio proverbio nos dice que puede ser comprado el oro á demasiada costa. Si la fortuna sólo debe estimarse por los goces que nos permite, es evidente que sería un error sacrificar esos goces por perseguir la riqueza. El dinero es también para el hombre una causa de empobrecimiento intelectual. Pero, por otra parte, ¿cuál es el don que carece de riesgos?

Eurípides dice que el dinero proporciona amigos, que es un gran poder (hasta dice que el más grande) en el mundo, y añade con tono irónico: «Sí, en verdad; un hombre rico es poderoso, sobre todo si su heredero es desconocido.»

Bossuet nos asegura «que no es de ningún modo apegado á las riquezas; pero que, sin embargo, si no tuviese para vivir más que lo estrictamente necesario, se sentiría molesto y perdería la mitad de su talento».

Nada tenía Shelley de ávido, y, no obstante, dice: «Deseo el dinero

porque sé emplearlo. Facilita el trabajo y da descanso; conceder descanso á quienes lo emplearían en la disquisición de lo verdadero, ¿no es el más noble presente que puede hacerse á los humanos?»

Muchos comprenderán el sentimiento de Pepys, el cual lo expresa de una manera á la vez tan conmovedora y original: «Hoy he salido por vez primera con mi mujer en mi coche propio; mi corazón se ha regocijado, he dado gracias á Dios por ello, y le he rogado que bendiga para mí esta adquisición y me la conserve.»

Este género de satisfacción es un poco egoísta. El negociante, sin embargo, no tiene que avergonzarse de su profesión, con tal de que sea fiel á aquella inscripción grabada en la iglesia de *Santo Giacomo de Rialto*, en Venecia: «Alrededor de este templo, que el comerciante sea equitativo en su conducta, honrado en el comprar y en el vender, fiel á sus compromisos.» Pero si el fin único de vuestra vida ha sido amontonar dinero por amor al dinero, todo goce se hace imposible por eso mismo, porque el soplo glacial de la pobreza os habrá caído hasta la medula.

Nuestra palabra inglesa *miser* (avaro) está muy bien elegida de seguro para tales personas, porque son esencialmente *miserables*.

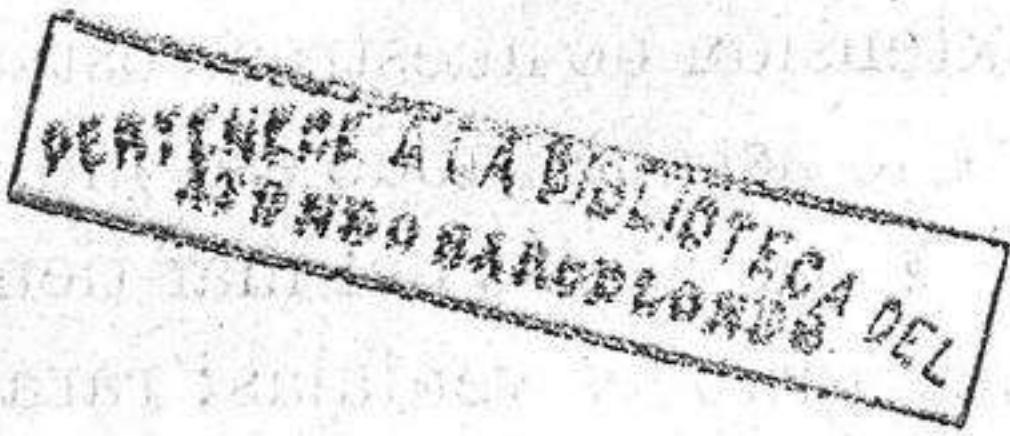
«Un coleccionista visita á todos los traficantes en cuadros para encontrar un paisaje de Poussin, un boceto al pastel de Salvator; mientras que la *Transfiguración*, el *Juicio final*, la *Comunión de San Jerónimo* y otros cuadros tan maravillosos como éstos penden en los muros del Vaticano, de los Uffizi ó del Louvre, donde el primero que llega puede contemplarlos. ¿No nos ofrece á cada paso la naturaleza cuadros? ¿No vemos todos los días salidas y puestas de sol, sin hablar de la estructura del cuerpo humano, que siempre es posible admirar? Recientemente, un coleccionista compró en una subasta en Londres un autógrafo de Shakespeare por ciento sesenta y siete guineas, al paso que un colegial puede leer *Hamlet* y descubrir en él tesoros hasta entonces ocultos.» (Emerson.) Y, sin embargo, «¿qué otro provecho puede sacar de su bien el que lo posee, sino el verlo por sus propios ojos?» (Salomón.)

En realidad, somos más ricos de lo que creemos. A menudo oímos hablar del ansia de poseer. Se envidia á los grandes propietarios y se considera como una felicidad el poseer vastos terrenos. Pero, con

suma frecuencia, como dice Emerson, «si poseéis la tierra, la tierra os posee. Además, en un sentido más elevado, ¿no tenemos millares de acres de terrenos que nos pertenecen en propiedad? Los bienes comunales, los caminos, los senderos y las orillas del mar, la inmensa extensión de nuestras costas de tan vario aspecto, todo eso ¿no es nuestro? Las orillas del mar tienen además grandes ventajas: rara vez están afeadas por el hombre, y nos revelan de una manera muy instructiva las fuerzas de la naturaleza. Todos somos grandes propietarios, sin saberlo. Lo que nos falta no es tierra, sino la facultad de disfrutarla. Esta inmensa herencia tiene también la ventaja de no imponer ningún trabajo, de no reclamar gestión alguna. El propietario tiene cuidados, pero el paisaje pertenece á la primera persona que tenga ojos para mirarlo. Así, Kingsley llamaba á los matorrales de los alrededores de Eversley «mi jardín de invierno», y no porque legalmente fueran suyos, sino en un sentido ideal, en virtud del que diez mil personas pueden poseer una misma cosa.»

JOHN LUBBOCK.

EL SALÓN DE LA SEÑORITA CONTAT



I

El salón de una actriz!—dirán algunos — eso es una equivocación, habrá querido V. decir el camarín.

—No. Una actriz de gran talento podía en otros tiempos tener salón; para lograrlo, no necesitaba más que gusto por la buena sociedad. Pero si se piensa en todo el ingenio necesario para preferir las personas cuya categoría, educación, tono y modales, recuerdan muy á menudo lo que nos falta, á esos subalternos en las artes ó en la sociedad, cuya servil medianía se empeña en probaros vuestra superioridad innegable sobre todo cuanto os rodea; si se piensa en los obstáculos que las preocupaciones y las costumbres alzan contra la noble ambición de juntar la independencia del artista con la vida de la mujer de buena sociedad, otórgase

tanto aprecio como admiración á la actriz que ha podido vencer dichos obstáculos.

El ejemplo de las señoritas Lecouvreur y Quinault, en cuyos salones reuníase la mejor sociedad de su tiempo, bastaba para animar á la señorita Contat á imitarlas. Hay que hacer esta justicia al antiguo régimen: era mucho más cortés que el actual para con los actores, y complaciase en vengarlos de la excomunión con una acogida honrosa.

Desde que la ley nivela las categorías todas, la sociedad las separa. La filosofía ha triturado las preocupaciones cuerdas ó absurdas; al punto, apodérase la sociedad de los heridos, los cura, los engorda y los vuelve á presentar en el gran mundo, donde son tanto mejor acogidos, cuanto más se teme perderlos.

Cuando los privilegios, el vestir y los usos distinguían por completo una clase de otra, se hacían mutuamente concesiones para aproximarse. Pero hoy que hay el temor de ser tenido en menos de lo que se es, cada cual se conserva derecho en su sitio, como una estatua en su hornacina. De aquí proviene el que los actores sólo se tratan entre sí, como la nobleza antigua, los empleados del gobierno ó los restos del gran ejército; los millonarios son los únicos que entran en todas las camarillas.

¡Oh miseria del siglo! El hijo de un sirviente, que con la usura llega á ser millonario, verá sus áureos salones llenos de mujeres de pró. La víspera del baile que piensa dar, recibirá treinta esquelas firmadas con los nombres más linajudos de Francia; reclamando el honor de figurar en su lista de invitaciones; y esas mismas mujeres blasonadas se ruborizarían de asistir al salón de nuestra primera actriz. ¡He ahí lo que los grandes talentos han ganado con la Revolución!

Sin embargo, estaban en el derecho de esperar más, en vista de la sociedad que había conservado la señorita Contat al salir de la cárcel, donde se había encontrado con varias señoras de la corte. Su gusto por las personas distinguidas, su gratitud por el amor de un prínci-

pe, á quien después hicieron ilustrar el trono y el destierro, debían atraerla necesariamente las persecuciones de los reyes del Terror; fué encarcelada en las *Madelonnettes* con los entonces llamados aristócratas de la Comedia Francesa. Por poco hubo de costarle la vida un rasgo que manifiesta su ingenio y sus sentimientos. Antes de ser también prisionera, la reina quiso ver representar *La Gouvernante de la Chaussée*; hizo saber á la señorita Contat que deseaba verla en ese papel, que no era de su cargo. La señorita de Contat se aprendió en veinticuatro horas los quinientos versos de *La Gouvernante*, y luego escribió á la persona que le había comunicado el deseo de la reina:

Ignoraba yo cual era el asiento de la memoria; al presente, sé que está en el corazón.

Aquella carta, que fué publicada de orden de la reina, iba á ser el fundamento de una sentencia del tribunal revolucionario, cuando los sucesos del 9 de Thermidor pusieron en libertad á la señorita Contat.

No se la podía ver á menudo sin quedar seducidos por el encanto de su conversación, por cierta grandeza de maneras que, sin ser teatrales, tenían algo de imponentes. Su carácter, á la vez imperioso y vengativo, sensible y generoso, simpatizaba con el de las personas cuyas

cualidades y cuyos defectos son nobles; y el sentimiento de su propia superioridad la ponía al abrigo de la cortedad, del servilismo ó de la irreverencia propias de las clases que la sociedad rechaza. Hablaba con la marquesa de J. y la condesa de N. en el mismo tono con que estas damas hablaban entre sí, sin encogimiento como sin familiaridad.

El íntimo trato que una larga permanencia en la misma prisión, idénticas opiniones é iguales peligros habían hecho nacer por fuerza, continuóse por largo tiempo después de restablecerse el orden y las preocupaciones; lo cual hizo que el salón de la señorita Contat rivalizase con los mejores salones de París.

Un raro motivo me puso en relaciones con ella, y fué su gran semejanza con mi madre; era tan asombrosa, que al cabo de dos años del más triste luto de mi vida, cuando volví á entrar por primera vez en la Comedia Francesa, me acometió una crisis de lágrimas tan violenta, que me sentí mal y hubo que sacarme fuera de la sala. Renovándose esta cruel emoción siempre que intentaba yo vencerla, me resigné á no ir nunca á la Comedia Francesa los días en que representase la señorita Contat.

Eso era una gran privación para mí, que coloco en primer término

entre los placeres del espíritu el de ver representar bien la alta comedia. Por una extraña terquedad de la suerte, aquella mujer, de quien huía yo como de un recuerdo desgarrador, vino á vivir en una casa medianera con la mía: era en un extremo de París, en la calle de La Rochefoucauld, barrio muy poblado hoy, pero entonces desiertísimo.

La estancia en prisiones produce avidez del aire libre; y la señorita Contat había elegido aquella habitación rodeada por un gran jardín, como propia para reemplazar, en rigor, á una casa de campo.

Una tapia muy baja separaba este jardín del mío. Por las ventanas de mi cuarto veíanse los arriates, el césped, la alameda por donde habitualmente paseaba la señorita Contat. Cuando lo permitía el tiempo, paseábame á lo largo de la pared que separaba nuestras calles de tilos, y escuchaba con delicia los acentos de aquella voz que hacía palpar mi corazón; pues el tiempo obra de extraña manera sobre el dolor, y el recuerdo que hoy nos mata truecense más tarde en una triste y dulce voluptuosidad del alma.

No podría pintar lo que experimentaba yo al encontrar en un ser extraño á mí por completo las miradas, los ademanes, las inflexio-

nes á las cuales tenía por costumbre obedecer, la graciosa sonrisa que me recompensaba de todo. Con aquel parecido, exaltábase á veces hasta la locura mi imaginación. Permanecía horas enteras contemplando aquel hermoso rostro, siguiendo con la vista todos los movimientos de aquella mujer que me producía el efecto de una resurrección.

Era imposible que tal preocupación pasara inadvertida. La señorita Contat quiso saber el nombre de esa joven vecina que se pasaba mirándola todo el tiempo que estaba en el jardín.

—La conozco mucho—le respondió el vizconde de Ségur.

É hizo un retrato mío, favorecidísimo por su galantería proverbial. A sus ojos tenía yo el mérito de haberle recibido en un tiempo en que sus faldones en ala de pichón y sus ínfulas aristocráticas eran tan comprometedoras para sus amigos como para él mismo. Pero me gustan las gentes de valor, y érame grato ver el de arrostrar las iras del *descamisadismo*, conservando el vestir propio del antiguo régimen; me hubiera dado vergüenza tener miedo á lo que tan poco le asustaba. Este sentimiento me valió su coquetona amistad, porque en el señor de Ségur mezclábase á todo el coquetismo. Por más que hiciese la edad,

tratábala como á la Revolución; y no sacrificaba por ella ninguno de sus hábitos.

Al salir de casa de la señorita Contat, vino á verme y me repitió la conversación que con ella había tenido á propósito de mí. Entonces, temiendo pasar por una vecina curiosa é importuna, le confesé la causa de mis contemplaciones, añadiendo que la señorita Contat no tendría por qué quejarse más de ellas.

—¡Pero, si no se queja lo más mínimo del mundo!—dijo el vizconde.—Antes al contrario, la encanta el gusto que tiene V. en mirarla. Pero, ¿por qué no se da V. ese gusto más á sus anchas? Están Vds. aquí como en una aldea, y en el campo siempre se intima con los vecinos.

—No me atrevo; además, ya sabe V. que he venido á vivir aquí en el retiro.

—Pues bien, hace V. mal; la señorita Contat recibe en este momento á todo lo que queda de la mejor sociedad de París; y dicho sea sin ofender á V., en su salón no se está expuesto á encontrar los talentos jacobinos que se hallan á menudo en el de V.

—¡Ah! ¿Jacobinos? Se engaña V.; son talentos nacidos durante la Revolución y que se aprovechan de las nuevas ideas.

—Para mí, es todo uno; odio igualmente á los que la han hecho y á los que la aprovechan.

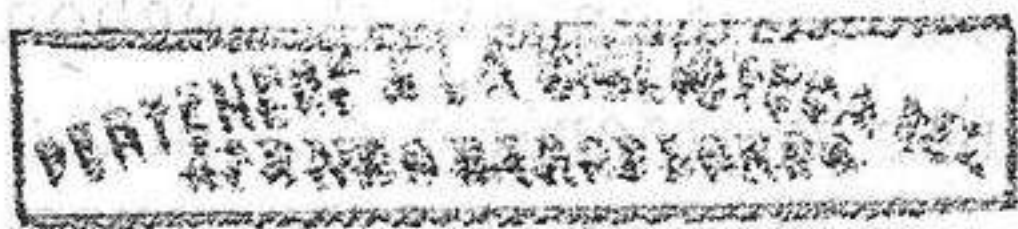
Esto se refería á Talma, quien acababa de casarse con la chispeante Julia, aquella á la cual amaba todavía el vizconde de Ségur.

Pocos días después volvió el señor Vigée, íntimo de la señorita Contat, á proponerme de su parte que oyese la lectura que debía dar en presencia de ella uno de nuestros amigos comunes. Tratábase de *El mérito de las mujeres*, composición en verso en la cual había relatado Legouvé, con una sensibilidad conmovedora, parte de los rasgos de heroísmo y de generosidad de que tantas pruebas dieron las mujeres durante el Terror; había elegido los más célebres, pues tomos enteros no hubieran bastado para narrar los hechos sublimes que honraron entonces á las mujeres de todas las categorías. Aquella abnegación sin aparato ni esperanza, aquellas heroínas de que cada mujer podía ofrecer un modelo no son conocidas, por su misma multiplicidad. En Francia hay tal horror á lo común, que nadie quiere hablar de lo sublime en cuanto se ve por todas partes.

Algunas veces pregúntase uno cómo aquellas mujeres tan grandes, tan animosas y de tamaña abnegación descendieron tan pronto á to-

das las miserias de las almas pequeñas. Consiste en que las mujeres sólo tienen un defecto, la vanidad, el cual neutraliza todas sus virtudes; y habiendo la hoz revolucionaria nivelado todas las categorías sociales, destruido todas las pretensiones y adormecido el amor propio de todos, las mujeres de estos tiempos ya no se someten sino á los impulsos de su generoso corazón.

Al siguiente día recibí una de esas cartas que sólo la señorita Contat sabía escribir, en que la invitación más apremiante iba envuelta en hechiceras lisonjas, todo ello expresado con palabras sencillas, ligeras y picantes, en fin, con toda la gracia de una conversación ingeniosa. Este talento de tener chispa hasta en las cosas más insignificantes, hizo que la llamaran la *reina de la esquila*.



II

Al entrar en el salón de la señorita Contat estaba yo muy emocionada, pues temía perder algo de la ilusión que me impulsaba á quererla tanto. Era la primera persona de su clase á quien veía yo tan de cerca, y acometíame el temor de que su tono no correspondiese á la ele-

gancia de su talento. Pero sus modales distinguidos, su afectuosa cortesía, no me dejaron mucho tiempo con ese temor; en aquel salón, nada recordaba á la actriz, ni los invitados, ni la señora de la casa. Uno de los sofás estaba ocupado por la marquesa de J. y la señora Des... En otro estaban sentadas las señora Soulés, mujer del recaudador general de Rouen, y la célebre señora Lebrun. Junto á ellas encontrábase las señoras de Beaufort, Legouvé y una joven de una belleza arrebatadora, la cual ganaba tanto con ser vista de cerca, que costaba trabajo reconocerla. En aquella época, era la única mujer del Teatro Francés admitida en casa de la señorita Contat; y todos cuantos de entonces acá han admirado la púdica gracia y el tono tan naturalmente distinguido de la señorita Mars, hallarán muy motivada aquella preferencia exclusiva.

En hombres, estaban las personas más escogidas de la buena sociedad, y ni uno solo de los grandes personajes de circunstancia. Salvo algunos jóvenes autores, la tertulia componíase de personas más ó menos perjudicadas por la Revolución y que esperaban olvidarla y anularla quizá, abandonando la política para entregarse como en otro tiempo á los encantos de la conversación ligera.

El conde Luis de Narbonne, el marqués de Jaucourt, el vizconde de Ségur, el marqués de Girardin, el marqués de Gontaut Saint-Blancar, los señores Vigée, Desprez y de Parny, representaban allí el ingenio, el regocijo, la galantería del antiguo régimen; y jóvenes de talento discutían allí acerca de las novedades dramáticas y literarias que aparecían diariamente. Porque, preciso es confesarlo, hoy no tenemos más que la caducidad del romanticismo: la época que vió nacer á *Atala*, *René*, *Pinto*, *Eduardo en Escocia* y *Cristóbal Colón*, ¿no es la cuna del poema romántico y del drama histórico? Las innovaciones de que hoy se tiene tanto orgullo, ¿han superado á la creación de *Atala*, del padre Aubry, y de aquel amor tan castamente incestuoso, que obtiene la conmiseración de los corazones más puros y ha hecho llorar tanto por la suerte de René?

Las más hermosas páginas de nuestros modernos prosistas, ¿son más elocuentes, más ricas en ideas y en melancolía que los fragmentos de Corina y las imprecaciones de Velleda? El adulterio dramático, tan reivindicado por nuestros días, ¿ha producido más efecto que en *La madre culpable*, en *Misanropía* y *arrepentimiento*? ¡Ah! Si se contarán los sollozos, ¿cuánto excederían los obtenidos por estas dos obras

sobre el rendimiento en *lágrimas* de nuestros dramas adulterinos!

Presumiendo con verdad que todos los hombres que estaban en casa de la señorita Contat merecerían ser conocidos, rogué al señor de Ségur que me nombrase los más notables.

—Ese hombrecillo de los ojos bajos y de modesta actitud, que se esconde siempre en un ángulo del salón para que vayan á buscarle allí... es Collin d'Harville — dijo el señor de Ségur.— El triunfo que debe y que ha proporcionado á la señorita Contat, en su *Viejo célibe*, es lo único que podía decidirle á venir esta noche; vive lejos del mundo, donde no produce efecto; su pretensión es la dulzura, su ambición la modestia. Es la violeta del Instituto; pero sus enemigos corren la voz de que esa violeta vive á la greña con toda su familia.

—¿Qué importa? No por eso ha dejado de hacer *El Inconstante*, *Los Castillos en el aire*, y ese papel de la señora Evrard, que parece un olvido de Molière.

—Admiro mucho todo eso—prosiguió el vizconde—pero aún más su soberbio odio contra el setembrista Fabre d'Eglantine, quien tenía más talento que él. ¡No había imaginado ese pícaro reemplazar el nombre de los santos en el calendario por nombres de hortalizas! He

buscado el que ocupó el puesto de mi patrón, y resultó que me llamaba *Repollo*.

Me reí de esta salida, á la cual daba bastante carácter cómico lo rizado del vizconde; luego le pregunté quién era un señor gordo y empolvado que hablaba con Collin d'Harville.

—Es Desfaucherets, autor de *El Matrimonio secreto*, á quien la señorita Contat creía buenamente deber un triunfo, obtenido en realidad por su hechicero modo de representar su papel. Aunque ya es muy viejo, tiene puestas ella sus esperanzas en el talento de él; pero se equivoca. Su *Matrimonio secreto* parece ser la historia de su vida, y hasta una historia bastante mal escrita.

—Siempre es un mérito saber aprovecharse del más hermoso talento de su siglo.

—Sin duda: el árbol que no puede madurar en plena libertad, debe recurrir á la espaldera. He aquí uno que crecerá por sí sólo—añadió, mostrándome un hombre joven cuyo rostro expresivo prometía todo cuanto después ha cumplido.

—Le conozco, es el autor de *Agamemnon*; uno de sus amigos lo llevó á mi palco mientras el público le aplaudía y le llamaba con grandes gritos después de la primera representación de su tragedia. La manera

que tuvo de responder á las felicitaciones de que se le colmó, me han hecho formar una elevada idea de su ingenio. ¡Es tan raro ver el autor á quien se aplaude, tan exento de una presunción ridícula como de una hipócrita modestia!

—¡Ah!—replicó él.—Nada arriesga V. en creerle con todo el ingenio posible, porque sus mismas obras nunca tendrán tanto como él tiene.

Luego, después de haberme enseñado quién era el señor de Parny, *el amante de Eleonora*, el señor de Ségur me hizo saber que el sobrino del poeta erótico, prendado desde algunos años ha de la señorita Contat, dicese que acababa de casarse con ésta; pero que no haría público ese matrimonio hasta el momento en que ella abandonase el teatro.

Ese mutuo cariño no extrañaba á nadie; porque, á pesar de sus cuarenta años y de su obesidad, la señorita Contat aún era seductora, y el joven Parny unía al más hermoso rostro la más elegante gracia francesa; pero lo que duplicaba sus méritos es el poco caso que de ellos hacía. Jamás he visto en hombre alguno una hermosura más agradable y mejor perdonada.

—He aquí mi joven cómplice—continuó el señor de Ségur, señalando á Manuel Dupaty;—hemos hecho juntos *La Opera cómica*, esa piececita en un acto, puesta en música en la

casade campo de V. por *Della María*. Este querido Manuel es el más amable colaborador del mundo; en primer término, porque hace las tres cuartas partes de la obra; además, porque la siembra de lindas canciones y frases chispeantes; y después, porque dice unas cosas tan bonitas á las enamoradas y á las grandes coquetas, que éstas representan sus papeles con un celo muy particular. Siento mucho no haberle dado un lugar en mi *Coche amarillo* (1), pues no hubiera volcado con tanta fuerza. ¿Sabe V. la vejación que los republicanos de la puerta me hicieron sufrir ayer á la salida de Feydeau? Los tunantes se pusieron á gritar á voz en cuello.

—¡*El coche amarillo del señor de Ségur!*

Y sólo Dios sabe las risas por entre las cuales tuve que atravesar hasta que llegué á mi coche.

—¡Se va á caer de nuevo!—decían unos.

—¡Qué! ¿Se levantará en seguida otra vez?—decían otros.

Por fortuna, reíame yo más que nadie; y mi regocijo desconcertó sus burlas.

En efecto, nada igualaba á la franca alegría con que el vizconde de Ségur se sacrificaba por un buen

(1) Título de una opereta cómica, recién caída á silbidos.

chiste. Tenía su parte de ridiculeces, como cada cual; pero las conocía, las mimaba, las quería y las hacía amar, porque eran divertidas.

Por ejemplo: aquella noche, la señorita Contat recurrió á él para distraer á sus invitados del aburrimiento de aguardar á Legouvé, quien, como de costumbre, llegaba siempre demasiado tarde. Esto no era en él descortesía, ni cálculo para producir efecto; callejeaba al tuntún, y nada más.

Eran los tiempos en que imperaba lo *antiguo*, como hoy el *rococo*; la moda, esta hada despótica que metamorfosea á su antojo cosas y personas, con un golpe de su varita de virtudes había convertido los salones en *atrium*, las butacas en sillas curules, las faldas en túnicas, los cubiletes en copas, los zapatos en coturnos y las guitarras en liras.

Acababan de regalar una de esas liras á la señorita Contat; pero ninguno de los aficionados á la guitarra allí presentes quería tañerla, porque aquel pindárico instrumento obligaba á tomar una actitud ridícula. El vizconde de Ségur fué el único que tuvo el valor de aceptar la lira de manos de la señorita Contat y de acompañarse cantando una canción nueva.

El vestir antigriego del cantor, su peinar con sortijillas rizas y empolvadas, sus maneras de antiguo

corte, sus cincuenta años, su vocecilla y su pronunciación según la moda de los ex-elegantes de Versailles, aquella lira puesta al estilo de Fidias, todo eso presentaba la imagen de un Apolo tan grotesco, que no pude menos de echarme á reír á carcajadas.

Entonces no tenía yo aún esa caritativa hipocresía que sabe gozar en silencio de las ridiculeces; por otra parte, profesaba grandísima amistad al señor de Ségur, y es muy frecuente no andar en miramientos con las personas á quienes se quiere. Mi carcajada dió pie á las de todos cuantos las estaban reprimiendo; entonces, el vizconde quiso tomar parte en el efecto que producía, para lo cual adelantó la silla de modo que pudiera mirarse en un espejo; rióse más que nadie de su apostura olímpica, y después cantó con gracia una de las más lindas canciones de su hermano: todos le aplaudimos sinceramente, con tanto gusto como habíamos tenido momentos antes en burlarnos de él.

Por fin anunciaron á Legouvé; venía de la Comedia Francesa, donde se había detenido en interés á los comienzos de su discípula la señorita Duchesnois, quien hacía retumbar la sala á aplausos cada vez que representaba el papel de Fedra.

Dispuestos estaban el vaso de

agua con azúcar y la mesa; y los que charlaban en el dormitorio entraron en el salón para oír la lectura. Entonces reparé en Alejandro Duval y me extrañó su presencia, pues creíale incomodado para siempre con la señora de la casa.

—¡Qué niña es V.—me respondió el señor de Ségur con aire de lástima—al creer que dos personas que tienen mutua necesidad una de otra puedan reñir de veras! Ciertamente que en el último ensayo del drama que se prepara en este momento en la Comedia Francesa ha habido una pequeña discusión entre el autor y la actriz; que la señorita Contat, no pudiendo obtener de Duval el cambio que exigía en una escena, le ha tirado bonitamente á la cabeza el cuaderno de su papel; que después de haberlo recogido y tomado el manuscrito de manos del apuntador, salió Duval afirmando que la obra no se representaría sino en tanto que no se hiciese en ella cambio alguno. Es verdad que todos estos rumores corren por el teatro, sin saberse quién podrá más, la voluntad de la mujer ó la del bretón; pero como la obra promete un gran triunfo á la actriz, y la actriz no lo promete menor á la obra, de ahí el que su interés común no podía por menos de aproximarlos bien pronto.

Esta misma obra fué la que, por

los aplausos del duque de Choiseul y los elogios del conde de Ségur, se hizo sospechosa para el primer cónsul y valió al autor una orden de destierro, que no hubo más remedio que acatar.

Idéntica suerte amenazaba á la misma hora á Manuel Dupaty. Hacía ensayar en la Opera Cómica una obrita titulada *La antecámara*. De seguro que el autor no preveía que dos cortesanos de las Tullerías de entonces tuviesen la suma humildad de reconocer en *Picaros* y *Diego* y en la turba de criados que los engañan, á los candidatos de la naciente corte que muy pronto había de contar con reyes entre sus personajes.

Los innovadores son suspicaces; y el que pensaba ingertar una corte á lo Luis XIV en una tropa de soldados republicanos debía temer, con razón, ver entregados á la befa pública los burlescos ensayos de sus nuevos señores.

En aquella piececita tan alegre y que aún encantaría á los espectadores si hubiera en la Opera Cómica quien pudiese recordar el canto y la acción de Martín, porque Ponchard aún es un Diego perfecto, el lacayo disfrazado se pavoneaba ante un valiente de pega, de haber permanecido varios años en el *servicio*. Este equívoco inocentísimo fué denunciado al primer cónsul como un in-

sulto hecho al ejército; y en seguida el señor Dupaty fué preso por los gendarmes, metido en una silla de posta y llevado á Brest para encerrarle allí en un pontón, especie de calabozo acuático donde el aburrimiento, la mala alimentación y los miasmas pestilenciales no permiten envejecer á los presos.

Estos ejemplos, unidos á otras desgracias que los precedieron ó siguieron, sólo prueban que, con los gobiernos demasiado fuertes ó débiles en demasía, el ingenio y el talento son tratados igualmente como enemigos; lo cual, en concepto nuestro, vale mucho más que no ser ni protegido ni perseguido, porque el odio estimula y la indiferencia paraliza.

III

A los primeros acentos de la voz grave y sonora de Legouvé, cesaron todas las conversaciones. Al oír el título de *El Mérito de las mujeres*, los galancetes del salón soltaron algunas insulseces á guisa de prefacio, los picaruelos sonriéronse como quien dice «no me disgustaría conocerlo», y el señor de Ségur me dijo en voz baja riéndose:

—¿*El mérito de las mujeres?* ¡Ah, tanto mejor! No será largo.

En efecto, á nadie le pareció largo; los versos acerca de las hermanas de la caridad y sobre el heroísmo de la señora de Sombreuil hicieron derramar sinceras lágrimas. Con igual entusiasmo se aplaudieron los sentimientos y el talento del autor. Las pobres que se libraron del martirio general estaban aún tan llenas de horror por los verdugos, de lástima por las víctimas y de admiración por tantas nobles abnegaciones de mujer, que todos los pechos sintiéronse vivamente conmovidos con estos versos:

«En todas partes el Terror mandaba,
No había corazón, no había amigo;
Y el Francés por doquiera semejava
Ser sólo del Francés el enemigo.

Todo el mundo á morir corría ansioso,
Mas nadie se aprestaba á la defensa.
ELLAS no más, con ánimo ingenioso
Y rebosantes de ternura inmensa,
Para apartar con sus benditas manos
La espantosa amenaza de la muerte,
La cólera feroz de los tiranos
Supieron arrostrar con pecho fuerte», etc., etc.

Al escuchar estos versos bastante medianos (1), cada una de nosotras sentíase orgullosa, pues todas, cuál más, cuál menos, habíamos dado muestras de valor. Fijábanse los ojos en la señora Lebrun, á quien sus amigos habían expulsado, digámoslo así, de Francia en el momento en que iba á

(1) En francés aún son peores, que es cuanto decirse puede.—(N. DEL T.)

pagar con su vida el honor de haber dotado á nuestra historia con el más hermoso retrato de la reina mártir. Se recordaba la gratitud animosa que no había cesado de manifestar por sus augustos protectores; y aquella fidelidad de sentimientos, que había de resistir hasta las seducciones del Imperio, realizaba aún la admiración que su talento inspiraba. Jamás hubo mujer más espléndidamente dotada por el cielo. La señora Lebrun era, á la vez, hermosa y bonita, brillante y sencilla, ingeniosa y buena. Pintor del pensamiento tanto como del rostro, puso en sus retratos una verdad y un encanto de expresión que desafían á lo ideal; poeta en su talento, en su conversación y hasta en su modo de vestir, se le ha perdonado el ser original, porque nunca ha tenido pretensiones de serlo. Aquel día, el rostro de la señora Lebrun tenía todo el brillo de la juventud; y, sin embargo, sus triunfos databan de mucho antes de la Revolución. Pero era tan feliz al encontrarse en Francia en medio de las personas de ingenio y talento de que se complacía en rodearse, que los ojos la brillaban de gozo; y aquella expresión tan animada, su tez tan fresca, sus rubios cabellos tan admirables, engañaban acerca de su edad, porque tenía todo cuanto se apetece en una mujer joven.

Su hermano, el señor Vigée, hombre de chispa, era el autor de *La entrevista*, piececita fácilmente verificada, en que la señorita Contat y Molé representaban con tal perfección que creía uno ser testigo de una verdadera discordia doméstica. Este buen éxito por necesidad había de exaltar la gratitud del señor Vigée; por eso, su admiración por la señorita Contat le ha inspirado varias lindas composiciones en verso. Un tinte de pedantismo adquirido en el profesorado de los ateneos perjudicaba mucho al ingenio ligero y gracioso de Vigée, y daba á las lindas monadas que decía una pompa ridícula, por lo cual colmábanle de epigramas. Lebrun-Pindare le llamaba *Figé*. Arnault pretendía que explicaba lecciones en el vientre de su madre; y la misma señorita Contat le embromaba á menudo acerca de su solemne futilidad. Entonces se picaba, y reíanse aún más; lo cual no era obstáculo para que fuese bueno, ingenioso y afecto de corazón á todos los jóvenes talentados de quienes se tenía por maestro.

Legouvé era de este número. No sólo le había animado, sino que le había hecho aplaudir; á consecuencia de los elogios y la recomendación de Vigée, decidióse la Comedia Francesa á representar *La muerte de Abel*. Ya se comprende cuán-

tos obstáculos habían de suscitar contra la obra del joven trágico la antigüedad del asunto y la novedad de los trajes; pero si el celo del amigo sirvió poderosamente á Legouvé en aquella ocasión, la pedantería del profesor le ha perjudicado en otras muchas. En el talento de Legouvé había pujos de esa libertad dramática, cuyo mismo abuso ha probado su necesidad; pero las tímidas audacias del joven autor eran reprimidas en el acto por el profesor rutinario. De los consejos de Vigée resultaba que Caín, trazado con arreglo á la Biblia, hablaba como el Orestes de Voltaire, Abel como Zaira, y la sencillez feroz del primer crimen del mundo desaparecía con el culto lenguaje del criminal y de la víctima. El autor veía mejor, y prueba de ello algunas hermosas escenas en que su talento arrostra la rutina y la férula de su amigo.

Había oído yo hablar mucho del conde Luis de Narbonne, de su antiguo amor á la señorita Contat, y sin haberle visto nunca, le hubiera conocido en seguida. Tenía tanto gusto y tanta gracia en los cumplimientos que dirigió á Legouvé, y tanta coquetería en lo que dijo acerca de *El mérito de las mujeres*, que adiviné en él al hombre más habituado á agradarlas. La amistad que conservaba con la señorita

Contat hacía el elogio de ambos. ¡Es tan raro amar mucho y largo tiempo á quien se ha amado con exceso! Y luego, un hombre de moda que continúa siendo amigo de aquella que siente amor por otro, todo esto despertaba la idea de que el señor de Narbonne podía ser aún más que *amable*; lo cual ha probado suficientemente, si no mientras ha sido ministro, á lo menos por un gran número de actos nobles y animosos. A la cabeza de estos últimos debe ponerse la carta que escribió á la Convención nacional para justificar á Luis XVI, como se le acusaba, de haber descuidado los medios de poner el reino en estado de defensa. Sin embargo, este paso no bastó para lavar al señor de Narbonne á los ojos de los suyos del delito de haber abrazado el partido popular. A esta animosidad aristocrática debió el emperador un cortesano modelo, un embajador más activo que afortunado, y uno de sus más valientes ayudantes de campo.

El odio que excita la rivalidad entre dos *agradables* sobrevive con mucho al agrado y á los triunfos que lo han hecho nacer. Por eso el vizconde de Ségur, á la vez que hacía justicia al mérito del señor de Narbonne, tenía mucho cuidado en hacer resaltar sus desaciertos. Vituperábale, sobre todo, la complacencia con que se dejó acompañar

por la señora de Staël cuando, como ministro de la Guerra, fué á visitar todas las plazas fuertes de nuestras fronteras. A propósito de este viaje, el vizconde de Ségur me dijo una salida encantadora del barón de Staël, que vale por todas las de su mujer, y además tiene la ventaja de ser única y poco conocida.

Poco tiempo después de salir del ministerio, el señor de Narbonne, que no lo había aprovechado para rehacer su fortuna, vióse perseguido con encarnizamiento por sus acreedores. Un amigo indiscreto hace saber á la señora de Staël que el señor de Narbonne será reducido á prisión aquel mismo día si no puede conseguir al instante la cantidad de treinta mil francos. Entonces, dejándose llevar de un arranque de amistad apasionada, la señora de Staël se presenta á su marido, le pinta la horrible situación del conde Luis y le pregunta si no habrá algún medio de salvarle.

—¡Ah! Me llenas de gozo—exclama el señor de Staël.

Luego, sacando de una cartera la suma que debe asegurar la libertad del señor de Narbonne, se la entrega á su mujer y añade con tono conmovido:

—¡Figúrate mi satisfacción! ¡Yo que le creía tu amante!

Anunciaron que la cena estaba

servida. El señor de Parny me ofreció la mano para pasar al comedor, y se colocó como dueño de la casa, de modo que no quedase ninguna duda acerca de su matrimonio con la señorita Contat.

Apenas nos habíamos sentado á la mesa, servida con esmero y elegancia, cuando anunciaron un mensaje de la Comedia Francesa.

La señorita Contat, muy contrariada al ver que la recordaban así el fastidio de su profesión en el momento en que lo olvidaba con tanto gusto, hizo responder que era demasiado tarde para ocuparse de asuntos de teatro, y que volviesen á la mañana siguiente.

—Pero, señora—replicó el criado—es el mismo señor Florence quien viene en nombre del comité para una cosa importantísima; no quiere irse sin hablar con la señora.

—Pues bien—dijo la señorita Contat con bastante mal humor—que le hagan pasar á mi gabinete y dentro de un rato me reuniré con él.

—¡Ah! Hágale V. entrar—exclamó la señora de J.;—permítanos ver á Florence como embajador; nunca lo hemos visto sino de confidente.

—Tiene V. razón; en eso es menos malo—dijo la señorita Contat—y les costaría á Vds. trabajo creer que el más mediano actor de la Comedia sea su mejor director. Tiene

una voluntad sorda y enmascarada, á la cual se obedece sin saber por qué. Sin embargo, tengo la presunción de arrostrar audazmente su voluntad en cuanto me contraría.

—No sé lo que viene á solicitar de ella—me dijo en voz baja Vigée—pero apuesto ciento contra uno á que lo obtendrá.

Llamado con aclamaciones por todos los convidados, apareció Florence y saludó á todo el mundo con ese aire humilde habitual en los confidentes y solicitantes. Reinó gran silencio, como cuando se presentaba á hacer un solemne anuncio en el teatro; en efecto, la situación era casi la misma, pues venía á noticiar que una repentina indisposición de su camarada Talma impediría la representación de *Manlius*, anunciada para el día siguiente, y en su apuro la *Comedia* suplicaba á la señorita Contat que se dignase representar *El misántropo* ó *Las falsas confidencias*, añadiendo con habilidad que sólo ella podía indemnizar al público y al cajero de la representación que la enfermedad de Talma hacía suspender.

La más rotunda negativa respondió á aquella verdad lisonjera; cualquier otro que no fuese Florence se habría desanimado por completo, pues no dejaba esperanza alguna la desdeñosa sonrisa y el tono imperativo que acompañaron

á esta negativa. Sin embargo, insistió, abogó por los socios y por los abonos á palco por año, todo inútilmente. A este gorjeo de súplicas, respondió con impaciencia la señorita Contat:

—¡No quiero representar mañana; déjeme V. tranquila!

Como á un pobre importuno se le dice: ¡apártese, no llevo moneda suelta!

Después de haber agotado así en vanos ruegos su elocuencia de *semanero*, Florencio, que había permanecido en pie detrás de la silla de la señorita Contat, lo mismo que *Narciso* detrás de la de *Nerón*, dió luego algunos pasos como si fuese á retirarse, y acercándose de pronto después, dijo con acento de desesperación:

—En verdad, señora, que no tiene V. lástima de mí; obligarme, á la hora que es, á ir á despertar á la señora Petit para rogarla que sustituya á V. mañana en *La madre culpable*, es una barbarie; porque también está enferma, y, sin embargo, representará el papel, estoy seguro de ello. ¡Es tan buena compañera!

Todo el talento del mundo no puede nada contra los achaques del amor propio, y me es imposible pintar el mágico efecto que en la señorita Contat produjo el nombre de la *señora Petit*, á propósito de

un papel en que esta última la sobrepujaba. Verdad es que era un drama, y siendo el tono de la alta comedia muy superior y muy opuesto al tono lacrimoso, no era extraño ver naufragar en él á la más perfecta Celimena que ha existido desde la que sirvió de modelo á Molière. Pero la perfección en el primer género no libra de las pretensiones de dominar también el segundo; y la señorita Contat no podía sufrir la idea de ver que un papel escrito para ella hiciese más efecto cuando lo representaba otra actriz que cuando ella misma se tomaba tanto trabajo por achicar hasta él su talento.

— Atención ahora — me dijo, riéndose, Vigée — comienza la escena.

En efecto, cambiando repentinamente de tono la señorita Contat, dijo con una especie de conmisericordia:

— ¡Qué es eso! Es más de media noche; ¿va V. á atormentar también á esa pobre mujer, para hacerla que mañana represente? ¡V. sí que no tiene lástima ninguna!

— Es verdad, cumplo con un penoso deber — repuso Florence — pero ¿qué vamos á hacerle?

— Pues bien, que suspendan las funciones por indisposición.

— Es imposible, señora; los romadizos han causado bastante daño este mes á las *partes*. No puede sacrificarse un solo ingreso.

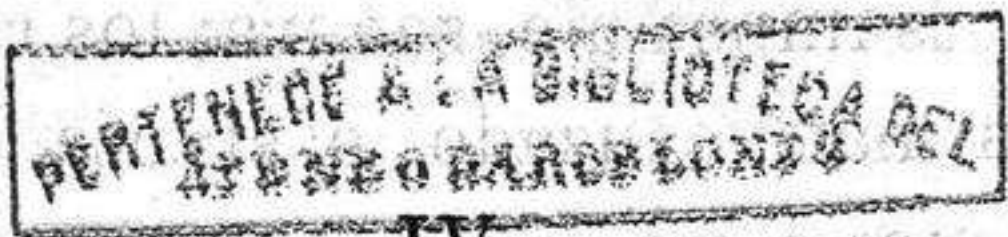
— ¡De veras! Al oír esto, cualquiera creería que de mí sola dependen la vida de los actores y la ruina de la Comedia Francesa. ¡Eso no tiene sentido común!

— Sin embargo, así es — replicó el semanero, con el aire satisfecho de un abogado que ve el buen éxito de su última treta; y disponiéndose á salir, añadió saludando á todo el mundo:

— Pero, señora, abuso demasiado de la paciencia de V.

El vizconde de Ségur, que fué de los primeros en advertir el cambio que el nombre de la señora Petit había producido en la determinación de la señorita Contat, vino en su ayuda vituperando con fingido calor su resistencia á los ruegos de la Comedia y á los deseos del público; adivinando la caritativa intención del señor de Ségur, unieron todos sus instancias á las lisonjas del regañón; y la señorita Contat, halagada al verse constreñida á hacer lo que deseaba, llamó á Florence para decirle:

— Puesto que todos se empeñan, mañana representaré *El misántropo* y *Las falsas confidencias*.



IV

Pocos años después, la señorita Contat alquiló el palacio de Ivry, próximo á París. La señora de Hautcourt, en otros tiempos propietaria del palacio, había hecho en él una bonita sala-teatro, que la señora de Parny quiso emplear en preparar los comienzos dramáticos de su hija.

Esta personita, de elegante talle, talento distinguido y excelentes modales, no era bastante linda para papeles de dama joven; tenía demasiado buen tono para los de doncella. Era fácil ver que no la habían educado para el teatro, y que á falta de la fortuna que tenía derecho á esperar, quería labrarse una con su talento. A pesar de la seguridad que debieran darle su memoria, su inteligencia y los consejos de su madre, era sumamente tímida; y para animarla y acostumbrarla un poco á la escena, fué por lo que la señora de Parny tuvo la idea de hacer que se estrenase en el teatrillo de Ivry, ante un público de amigos indulgentes.

Señalóse para la representación el día de la fiesta onomástica de Luisa Contat. Como era natural, se eligió la obra maestra de Molière, y los mayores talentos de la Co-

media se ofrecieron á secundar el comienzo de la joven Amalric. Mas, por un cálculo muy bien entendido, su madre quiso mezclar aficionados ingeniosos con profesores tan imponentes, y distribuyó los papeles de manera que cada cual se estrenase en el suyo. Esto era desorientar á las notabilidades de la compañía, y asegurar á la joven principiante una señalada ventaja sobre los talentos de sociedad encargados de los principales papeles.

El autor de *El seductor enamorado*, de *Mi tía Aurora* y otras varias obras llenas de chispa y regocijo, el señor de Longchamps fué elegido para representar *Tartufe*. La señorita Contat, imaginándose que el hombre que mejor leía la comedia habría de representarla lo mismo, confió el papel de Cléantis al señor de Chazet. He aquí cómo se repartieron los demás:

SRA. PERNELLE.	Srta. Contat.
ELMIRA.....	Srta. Mars.
DORINA.....	Amalric Contat.
ORGON.....	Fleury.
VALERIO.....	Armand.
DAMIS.....	Sr. de Ha...
MARIANA.....	Srta. Fleury, hija del actor.
SR. LOYAL.....	Dazincourt.
FLIPOTE.....	Emilia Contat.

Apenas fué conocido este proyecto de espectáculo, la señora Parny recibió de todas partes pedidos de invitación. Pero no las envió sino á personas de su conocimiento, por

miedo de intimidar á la joven Dorina.

La señorita Mars, tan adorable en los papeles de dama joven, aún no se había presentado en aquellos donde la señorita Contat se había hecho aplaudir siempre. Pasar de pronto de Victorina á Elmira, era dar un gran paso; y la perfección tímida de la señorita Mars hubiese quizá vacilado mucho tiempo en apoderarse del cetro de la alta comedia, si la señorita Contat no hubiese empleado tanta gracia como empeño en enseñarla cómo se reina sobre un público ilustrado.

Nada demuestra mejor la superioridad de alma de la señorita Contat como su tesón en desarrollar en la señorita Mars el talento que había de destronar al suyo. Y no es porque la señorita Contat, como todos los grandes poderes, no estuviese en guardia contra el presunto heredero; pero aquí su corazón vencía á todos los intereses de su amor propio. No sólo quería á la señorita Mars por sí misma, sino también por amor á su hija, quien adoraba á la hechicera dama joven. Porque la señora de Parny era buena madre, buena hija, buena hermana; y todas esas virtudes patriarcales tienen mucho más mérito en la actriz, á quien tantos triunfos y goces pueden distraerla de sus deberes de familia.

El ejemplo y los preceptos dramáticos de la señorita Contat, unidos á la exquisita naturaleza de la señorita Mars, tenían que producir el talento que aún logra justos aplausos de nuestros hijos, después de haberlos recibido de nosotros. Sin embargo, excepto en la pureza de dicción y en aquella correcta pronunciación del buen francés, cuya tradición se pierde de día en día, los talentos de las señoritas Contat y Mars no presentan semejanza alguna. La primera tenía más numen, la segunda tiene mejor gusto; la señorita Contat imperaba en la escena; su coquetismo imperioso, su picante alegría, la vivacidad de su ingenio, la autoridad de sus modales hacíanla ser una perfecta Celimena; en efecto, aquella era la señora de su casa, jovial y burlona, que pasa revista á todas las ridiculeces de sus amigos para impacientarse al hombre que la quiere. Afirmaba Molé que, cuando en la escena del cuarto acto volvíase ella diciendo *¡Eso no me gusta á mí!*, era tal la ilusión, que él se quedaba yerto ante aquella potente voluntad, ante aquella profunda conciencia del imperio de una mujer, pérfida ó no, sobre un hombre apasionado.

La mirada que acompañaba á esta frase, ó más bien á esta sentencia de Celimena, justificaba por sí sola la debilidad de Alcestes. Esa

mirada despótica, ardiente de cólera y de amor, explicaba la fascinación que atrae á un alma franca bajo las garras de la coqueta; era preciso adorarla, obedecerla, creerla; infidelidades, mentiras, vituperios, perfidia, ¡había que pasar por todo, primero que perderla! Dominado por aquella fuerza invencible, Molé tartajeaba naturalmente los primeros versos de la réplica, lo cual producía un efecto superior á todos los que el arte solo puede engendrar.

Afirmase que ese gran actor debía su talento, tan lleno de calor y de alma, al amor que le había inspirado la seductora *Susana* cuando él representaba el *conde Almaviva*. Este amor, del cual pensó volverse loco, no era bien escuchado sino en las tablas; y se conciben todos sus esfuerzos por hacerle tan elocuente y tan atractivo como le era posible.

Para el talento de un autor es una gran fortuna la crueldad de la mujer obligada á oír cada noche en público sus confesiones y juramentos de amor, y hasta fingir responderlos. Vuélvese entonces la voz más rica en inflexiones persuasivas; desaparece el actor tras del amante, y la simpatía que nace de la verdad obra muy pronto en el ánimo de todos los espectadores. Quizá la indiferencia de la gran coqueta sea una condición indispensable para

este efecto simpático, porque el amor ambicioso hace más milagros que el amor satisfecho.

Pero si la señorita Contat no ha tenido reemplazo en los papeles de *Celimena* y de *Susana*, ha sido superada con mucho por la señorita Mars en la noble reserva de *Elmira* y en la deliciosa imprudencia de la *Silvia* de los *Juegos de amor y de azar*.

Nunca han triunfado mejor de una situación escabrosa el buen gusto y las maneras naturalmente púdicas de la actriz. Jamás fué más patente lo odioso del carácter de *Tartufe*, puesto que ningún paso atrevido, ninguna mirada incentiva alentaron sus dichos corruptores; aquella mujer hermosa y honesta no mereció nunca el insulto de tal declaración, y nos movemos á lástima al ver el tormento que la impone la incredulidad de su marido. La casta turbación de *Elmira* comprime el picaresco regocijo del patio, tan bien provocado por las temerarias palabras de *Tartufe* y por la posición ridícula de *Orgon*. ¿Quién sería tan bárbaro que se riese del suplicio de aquélla? He aquí lo que la naturaleza y el talento de la señorita Mars le hacen fácil de pintar. Admirándola en este papel, ¡cuántas veces he pensado en el placer que hubiera sentido Molière al ver comprendidas

así sus intenciones más nobles y delicadas! Porque si él creó á *Elmira*, sólo nosotros la hemos visto.

Complacíame en referir una parte de la superioridad de la señorita Mars en este papel á las lecciones de la señorita Contat; y al felicitarla por ello, me respondió:

—V. me halaga; á lo sumo, la he enseñado á echar los codos un poco menos atrás y abandonar sus actitudes de jovencilla por las de una mujer de mundo; su inteligencia ha hecho todo lo demás. Le digo á V. que es un *diamante*, no engarzado aún como le corresponde, pero bien pronto lo verá V. con todo su esplendor.

Y el nombre de *diamante* se le ha quedado á la señorita Mars. ¡Por qué no podrá decir ella otro tanto de alguna de sus discípulas!

El día de la fiesta debía preceder al espectáculo un gran banquete; y todos los convidados estaban ya reunidos en el salón, cuando se presentó la señora de Parny para excusarse por haberlos hecho aguardar. Nos dijo que, obligada á dirigirse por la mañana á París para apadrinar con el señor de Chazet á un niño en la pila de bautismo, no había podido estar dispuesta para recibirles.

Al decir esto, fijáronse sus ojos en una rica canastilla de raso azul, llena de guantes, abanicos, cintas,

flores artificiales, en fin, de todas esas chucherías ruinosas que un padrino generoso regala á su comadre. Habiendo preguntado la señora de Parny de dónde procedía esa canastilla, la respondieron que era el obsequio de su joven compadre. Entonces, dirigiéndose al señor de Chazet, dijo:

—Amigo mío, debía V. haberme prevenido acerca de esto, y hubiese pedido versos al señor Récamier.

El señor Récamier era el millonario del día; y Chazet, cuya familia todo lo perdió con la Revolución, no era más que un joven autor conocido por obras chispeantes y bonitos versos.

Aunque muy concurrido el banquete, fué muy ameno; la señora de Parny tenía el arte de generalizar la conversación, provocando el ingenio de cada uno sobre el mismo asunto; su voz, sus dichos agudos, tenían la virtud de deshacer todas las conversaciones particulares; sin advertirlo, todos los que mantenían diálogos íntimos dejaban de hablar para escucharla; y cuando había logrado concentrar la atención general en el ingenio de uno solo ó de varios de sus *proveedores de conversación*, dejaba que éstos se las compusieran como pudiesen, segura de que el placer de verse escuchados les daría medios de ser divertidos.

Uno de los más fuertes en esto era

un hombre destinado á obtener tres triunfos, los más diversos y ruidosos de su época. Ya se comprenderá que me refiero al autor de *La Vestal*, de *Sila* y de *El ermitaño de la Calzada de Antin*. Pues bien; su talento y su suerte en estas obras tan aplaudidas eran superados aún por su jocosidad ingeniosa, por la arrebatadora locura de su conversación. Particularmente en las discusiones literarias con su amigo el señor de Longchamps es donde su apasionada sinrazón le suministraba más frases cómicas y exageraciones fantásticas; y luego, cuando su cólera tan elocuente, inofensiva y regocijada, conseguía provocar estallidos de risa en todo el mundo, reíase también él de sí mismo y desconcertaba las burlas con su ingenio para replicarlas.

A los postres hubo canciones inocentemente alegres, en que todos los poetas amigos celebraban á Luisa sin insulseces. Al dejar la mesa, pasamos á la sala de billar para ver jugar una partida á Fleury, que era de segunda fuerza en este juego; pero, sin embargo, del gusto que tenía en hacer admirar su habilidad, la señora de Parny le recordó que se le esperaba en el teatro, y bien pronto vinieron á advertirnos que iba á comenzar el espectáculo.

Como la señorita Contat había permanecido casi hasta aquel mo-

mento haciendo los honores de su salón, creyóse que se habría limitado al papel de directora; y no es posible describir el efecto que produjo su salida á la escena, cuando se reconocieron sus hermosos ojos y aquel rostro aún tan fresco bajo las tocas de negro encaje de la señora Pernelle.

Antes de haberla visto en ese papel, no me figuraba yo el partido que de él puede sacarse. En efecto, era el fanatismo doméstico con todo su frenesí y su terquedad, era la mujer vieja y que habiendo sido demasiado bonita para su sosiego, quería rescatar sus pecados con las penitencias de su familia entera. Pronunció sus primeras sentencias con un tono tan imperioso, era tan marcado el despotismo de la fe, que el carácter de Orgon se explicaba naturalmente por la sumisión ciega y estúpida en que le había educado su madre.

Aquel ejemplo nos probó hasta qué punto es inconveniente entregar á *segundas partes* los papeles secundarios de las grandes obras, pues de su carácter bien definido se derivan la verdad del carácter principal y los hechos que resultan como consecuencia de sus manías ó de sus faltas.

Fleury estuvo excelente en Orgon, y necesitábase mucho talento para comunicar á su expresiva mi-

rada y á su voz tan insinuante, el aire de la credulidad y el tono de la hombría de bien.

Su hija pareció candorosa y linda en Mariana.

Amalric Contat dió pruebas de un talento bien educado, que no debía decaer ni sobresalir.

El señor Longchamps representó como un distinguido aficionado. Pero su amigo Chazet, aturdido al ver su juventud ahogada bajo una peluca de razonador y una vestimenta de padre noble, dió á su papel un carácter tan grande de tristeza, que la señorita Contat entre bastidores y yo en la sala nos reímos de él ambas, de una manera escandalosa. El autor chispeante vengó enseguida al actor intimidado; y después de habernos reído de Cléantis, aplaudimos á rabiar la piececita de Chazet *El ramo improvisado*, proverbio de circunstancias que siguió á *Tartufe*.

El mayor interés de aquella velada, que quedará entre nuestros fastos dramáticos, fué el estreno de la señorita Mars en el empleo donde ha recogido desde entonces tantas coronas. Su hermosura, que no llamaba lo suficiente la atención con el traje tan sencillo de las damas jóvenes, pareció deslumbradora con el vestido de raso y la elegante toca de plumas blancas de Elmira.

En el teatro, la nobleza de las facciones y la gracia del rostro no bastan para producir un efecto *arrebatador* (como hoy se dice), sino que además necesitase que un tocado brillante y de buen gusto haga resaltar su esplendor. La uniformidad paraliza la admiración del vulgo y no da pie para nada en las conversaciones; por tanto, es preciso que una actriz halague á la inconstancia humana variando de vestidos y adornos; es ser dos veces bella el serlo bajo un aspecto nuevo, y la señorita Mars pudo convencerse de esto cuando representó el papel de Benjamín en el *José* del señor Baour-Lormian. Durante tres días no se habló más que de la túnica judía y el turbante árabe que la hermoseaban. Y no es que estuviera mejor con este traje que de ordinario, sino que estaba de otra manera; y entusiasmada la concurrencia, prorrumpió en aplausos para darle gracias por estar tan bonita. Nuestro pequeño público hizo lo mismo; y en nuestro entusiasmo por la joven Elmira vi engendrarse la resolución que tomó la señorita Contat de no representar ya nunca ese papel, y ceder bien pronto el cetro de la comedia á quien acababa de enseñar ella á llevarlo.

Después de esta representación escénica, el salón de la señorita Contat repercutió en elogios, me-

recidos por tantos títulos, á los profesores principiantes y discípulos graduados de maestros que habían contribuido al buen éxito de aquélla. Hablóse del talento de accionar, que no siempre tienen los grandes actores; con este motivo, la señorita Contat citó las atenciones que con ella tuvo en otro tiempo la señora Prévile, diciéndonos:

—Estaba yo en actitud muy cortada; mi excelente memoria y mi atención en asimilarme las inflexiones que Prévile hacía pasar por boca de su mujer para enseñármelas, me hacían fácil el diálogo; pero, no sabiendo qué hacer de mis brazos, incurrí en el defecto de los aficionados que multiplican sus ademanes, creyendo animar con eso su dicción, defecto que deslucen en el mayor grado un papel. Para corregírmelo, la señora Prévile me fijó los brazos colgando á cada lado como los de una momia, ordenándome que ensayaré así sin moverlos. No me fué difícil en tanto que sólo tuve que hablar en verso; mas en cuanto la acción se hizo más viva y el diálogo más animado, mis brazos se movieron involuntariamente.

—¡Bravo!— exclamó entonces la señora Prévile.—He ahí un ademán excelente, gracioso, vivo, natural. Hija mía, recuerde V. bien que en el teatro, lo mismo que en un sa-

lón, no hay buenos ademanes, sino los que no pueden menos de hacerse, y los demás hay que prohibírseles siempre á sí mismo.

Traigo á cuento esta lección porque me parece útil para los profesores, y, sobre todo, para los aficionados á representar.

La señorita Contat consideraba á Dugazon, el cómico, como el primer profesor del Teatro Francés. Sobresalía, más que nada, en formar buenos discípulos trágicos, y hasta tal punto poseía la tradición del famoso Le Kain, que la señorita Contat no podía oírle decir la entrada de *Tancredo* sin conmoverse hasta el punto de llorar (¡tanto la recordaba á ese gran trágico!); y eso, á pesar de la grotesca figura de Dugazon, de su voz cascada y de sus actitudes de payaso. Como nos confesase ella haber recibido de él un buen consejo acerca del papel de Susana, dijo Chazet:

—No podrá ser mejor que el que le dió V. últimamente.

Y nos refirió que, habiéndose impacientado el público durante un largo entreacto, Dugazon, que estaba de semana, hizo levantar el telón y salió á decir que no se podía comenzar *El matrimonio secreto* por el motivo de que la señorita Contat era la única que aún no estaba dispuesta. Al oír eso, alborotóse á silbidos la cazuela; comienza la fun-

ción, y se apacigua. Aparece la señora de Volmar, y se oyen de nuevo silbidos; sorprendida por un recibimiento tan extraordinario, la señorita Contat pregunta la causa de él, y se la dicen al instante.

Entonces, redoblando su gracia y su talento, obliga á la cazuela á aplaudirla con tanto frenesí como severidad tuvo en castigarla. Luego entra triunfalmente entre bastidores, y dice riéndose al antiguo terrorista:

—Pero, señor Dugazon, ¿aún continúa V. denunciando?

«Al oír esta frase—añadió Chazet—daba lástima el pobre delator.»

Esta lección me recuerda otra dada también por la señorita Contat á un literato, quien, sabedor de su compasión por la desgracia, habíase dirigido á ella para que le socorriese en su triste situación. Al regreso de Inglaterra le habían detenido como emigrado y estaba en la cárcel de Amiens, falto de todo, excepto de agua y pan. La señorita Contat le envió al momento cincuenta luises en oro, lo cual (dada la depreciación de los asignados) era una cantidad importante. Dos meses después, un amigo de la señorita Contat la dijo:

—El Sr.... está libre; acabo de encontrarle.

—Es imposible.

—¿Cómo imposible?

—No está en París, le digo á V.

—Pero, señora, si acabo de hablar con él.

—Pura visión.

—Hasta me ha dicho que se hallaba aquí desde hace más de quince días.

—Nunca lo creeré.

A la postre, no comprendiendo nada de aquella tenaz incredulidad y no pudiendo conseguir de la señorita Contat su explicación, el amigo fué á pedírsela al mismo Sr.... Este le respondió que, sin duda, ella le guardaba tirria por no haber ido aún á visitarla; pero, en vez de reparar esta torpeza, sacó de su caja una talega con mil doscientos francos, escribió en la etiqueta «*Para la señorita Contat*» é hizo que se la llevase un criado.

Ofendida con este envío, que ni aun siquiera iba acompañado de una esquela ni de una tarjeta de visita, la señorita Contat escribió en el reverso de la etiqueta: «*Para los presos de Amiens*», y devolvió la talega por medio del portador.

Pocos años después de retirarse de la escena, la señora de Parny fué atacada por la misma enfermedad que me dejó sin madre; aquella conformidad en las facciones, en la voz y en la agonía me ha llamado tanto la atención, que desde entonces nunca he visto morir á alguien.

sin temblar por la persona que se le parezca; y esta triste observación, ó más bien este presentimiento, nunca se ha desmentido.

El doctor Corvisart era el único que merecía confianza á la señora de Parny, pero estaba gotoso y ya no visitaba más que al emperador. La señora de Parny, después de haberle consultado varias veces, volvió un día en busca de la nota acerca del régimen que debía seguir. Corvisart había deseado entenderse con el doctor Hallé sobre los remedios que debieran intentarse, ya que no para salvarla, á lo menos para prolongar la vida de la enferma.

Aún estaba Corvisart en la cama cuando llegó la señora de Parny. Hiciéronla pasar al gabinete del doctor, y tomó asiento junto á la mesa donde éste acostumbraba á escribir; en dicha mesa había una carta empezada, y en ella veíase escrito varias veces en la página el nombre de la señora de Parny. No puede resistir el deseo de saber lo que Corvisart dice acerca de su estado al señor Hallé; y sus ojos se fijan en un párrafo que la condena á morir dentro de cuatro meses, y detalla los medios de suavizar los atroces sufrimientos de un cáncer imposible de curar por el estado de la sangre de la enferma.

En el momento en que aquella

lectura acababa de cubrir con una palidez mortal la fisonomía de la señora de Parny, entró Corvisart; su mirada de aguja trató en seguida de saber si la enferma había leído su sentencia. Pero la hechicera sonrisa de la señora de Parny, su ánimo de librar á su amigo del dolor de haberla entregado á todos los horrores de una muerte próxima, engañaron el miedo del doctor; no sospechó éste que la generosidad pudiese dar tanta fuerza. Pretextando lo necesario de que tuviera calientes los pies, obligó á la enferma á que se aproximara á la chimenea y arrojó al descuido su pañuelo sobre la comenzada carta. La señora de Parny contempló con húmedos ojos esos cuidados inútiles. Luego, llevándose la receta de una poción calmante que, según él dijo, había de proporcionarla una *buena noche*, dejó al doctor satisfecho de las engañosas esperanzas que había prodigado.

Aquella misma noche estaba su salón lleno de gente, y se notó que nunca había hablado con mayor encanto y con más libertad de espíritu. Nunca había parecido gozar hasta tal punto con las agudas jocosidades de sus amigos. ¡Ay! Hubiesen podido adivinar el horrible secreto que devoraba su alma, al verla esa noche dirigir á sus hijos una mirada compasiva y besar al

más joven con mayor frecuencia que de costumbre.

Tres meses después, aquel mismo salón estaba lleno de personas de las más distinguidas; pero el duelo había reemplazado á la alegría, y esas personas de sociedad de tan buena conversación, esos gran-

des artistas, esos oficiales cubiertos ya de gloria, esos autores ilustres no formaban sino un cortejo fúnebre. Era el último deber, el último homenaje que iban á tributar al corazón, al ingenio, al talento de la célebre actriz.

SOFÍA GAY.

CUENTO HISTÓRICO

(RECUERDOS DE UNA NOCHE DE VERANO)

El otro día, una visita matinal á la exposición del concurso de pintura para el premio de Roma despertó en mi alma reminiscencias ha mucho tiempo dormidas.

Los recuerdos, como ha dicho Jorge Sand, se parecen á los presidiarios que duermen amarrados á la misma cadena; basta despertar á uno de ellos para que toda la cuerda se estremezca y se ponga en pie.

A principios de Julio de 1866 había sido yo invitado para comer en Versalles en una casa amiga y hospitalaria, en que los artistas y los poetas eran cordialmente recibidos. «No deje V. de venir, me escribía la amabilísima señora de la casa; se encontrará V. rodeado de amigos entusiastas por la poesía, y además preparo á Vds., para postre, una sorpresa.»

Estaba yo seguro de que no me

engañaban. A las seis encontrábame, por consiguiente, en Versalles, en una de las calles más tranquilas del barrio de San Luis, en el dintel de una casa blanca y agradable, casi rodeada por un jardín de árboles corpulentos y de rosales trepadores. La mayoría de los convidados había llegado ya; todos eran poetas y jóvenes todos. De ellos conocía yo á varios de nombre por haber leído versos suyos.

Uno de ellos, V..., pequeño de estatura, de color pálido, de aire un poco sombrío, de sonrisa algo sardónica y de mirar atravesado, era el más intransigente de los *impasibles*; para él sería un soneto intachable aquel en que se hiciesen entrar el mayor número posible de frases ingeniosas y epítetos extravagantes, sin sombra de emoción ni aun de idea.

Como yo me permitiese objetar

que tal poética produciría obras frías como el hielo, miróme él muy gravemente y me respondió con el tono solemne de un sacerdote egipcio: «Caballero, el mármol también es frío.»

Otro, Enrique C..., de mirada extática, de sonrisa delicada, muy ingenuo y muy entusiasta, nos recitó con entonación infantil versos que respiraban melancolía.

La señora de la casa, con sonrisa indulgente, escuchaba aquella poesía fúnebre sin dejar su tarea de adornar con flores la mesa que habían puesto en el jardín bajo los árboles; alrededor de ella estábamos sentados ya cuando apareció impetuosamente el último convidado. Recibiósele con cariñosos apretones de manos y me lo presentaron: «El Sr. Regnault (Enrique).» Desde el primer instante me impresionó favorablemente aquella individualidad enérgica, generosa, leal y honrada; en su cabeza altiva, de frente espaciosa coronada por un bosque de cabellos rizados naturalmente, en sus ojos investigadores, profundos y brillantes, en su voz bien timbrada, en una palabra, en todas y en cada una de las circunstancias de su persona había juventud y se advertía vigor.

Enrique Regnault llegaba de la escuela de *Bellas Artes*, donde trabajaba para las oposiciones hacía

algunas semanas, y estaba sobreexcitado por la fiebre de la ejecución. Comiendo nos contó sus dudas y sus preocupaciones, con esa expansión y esa facilidad de palabra que caracterizaban su naturaleza comunicativa; habíase puesto con ardor á la tarea, pero la inspiración no venía; disgustábale la figura de *Thetis*; la encontraba vulgar, y no habiendo ya sino dos semanas para cerrarse el concurso, se desalentaba y lo consideraba todo perdido. Sin embargo, la juventud salía á la superficie de aquel desaliento mismo, y hacía alegremente los honores á la succulenta comida de nuestra *anfitrióna*.

El vino de Borgoña había desatado las lenguas; las discusiones sobre el arte y la poesía habíanse reanudado con más animación, cuando un ruido de faldas de seda rozando con los arriates hizome volver la cabeza. Era la sorpresa anunciada para postres.

Vi adelantarse en el marco verde del bosque á una joven de diez y ocho años, quizá menos, de regular estatura, admirablemente formada, blanca, rubia y con ojos y pestañas negras. Ostentaba aquella hermosa aparición una frente ancha é inteligente, boca pequeña, rasgos enérgicos y puros, y un paso de diosa. En mis cuadernos de aquella época he visto versos escritos en

honra suya (todos se los escribimos entonces, porque todos nos enamoramos de ella de pronto); en aquellos versos había yo procurado reproducir fielmente la impresión causada en mi espíritu por aquella

«...Figura seductora,
De labio rojo y móvil, de pálida color,
De cabellos dorados, nariz encantadora,
Hermosos ojos negros, mirada abrasadora,
Boca de niño y frente de sabio pensador.»

La reconocí en seguida por haberme fijado en ella en los conciertos de Padeloup, donde aplaudía la joven con gran entusiasmo la sinfonía en *do menor* y el preludio de *Lohengrin*.

Mientras mis compañeros de mesa la saludaban y se apresuraban á rodearla, me refirió la señora de la casa, en pocas palabras, la historia de aquella interesante recién llegada.

Vivía en Versalles con su padre, un sabio viejo ya, que la había educado de una manera algo extravagante. Muy inteligente y de excepcionales aptitudes artísticas, solía componer melodías muy originales con letra que ella misma escribía. «Dentro de un rato la oirá V.—me dijo—y estoy segura de que ha de quedar V. encantado.»

Cuando hubimos tomado el café y fumado en el jardín, entramos todos en el salón y la joven se sentó al piano sin hacerse rogar.

Efectivamente, no habían sido exagerados los elogios de mi amiga. Por espacio de más de dos horas aquella hermosa joven nos tuvo hechizados con su extraña voz de contralto, ya sorda y casi enronquecida, ya extraordinariamente vibrante. Sus melodías tenían colorido muy singular; un ritmo arrogante, ora acariciador como el murmullo de agua corriente, ora áspero y violento como galope de potro bravío. Cantábalas la artista con aire inspirado, alzando la cabeza, ensanchando la nariz, con un fuego caprichoso semejante al que manifiestan las *gitanas* cuando ejecutan sus cantos peculiares. Recuerdo, sobre todo, una melodía que denominaba su autora *Canto del camellero*, en la que se repetían muy á menudo, á modo de estribillo, estos dos versos:

«Allí, donde el cielo arde,
Está la esfinge dormida.»

Cuando la artista atacaba este motivo de notas graves, parecíanos que nos transportaban á las regiones de Oriente. Experimentábamos todos la sensación del desierto infinito y abrasador donde los vigorosos perfiles de las palmeras se proyectan sobre un cielo de color de fuego, mientras que caen los camellos arrodillados y la voz del camellero se pierde en el silencio de la noche que llega.

Aplaudíamos con entusiasmo, con frenesí. Regnault especialmente hallábase como embriagado con esta música; sus ojos resplandecientes permanecían fijos en aquella artista hechicera, y en la exuberancia de su contentamiento no hacía más que gritar: «Es una diosa; es una Walkyria.» Cuando el piano cesó eran ya muy cerca de las doce; pero nos hallábamos todos en tal *tessitura* que no podíamos separarnos. Uno de nosotros, viendo el cielo prodigiosamente estrellado, propuso un paseo por los bosques de Satory, que se hallaban muy próximos á la casa; la proposición fué acogida con gritos de regocijo, y nuestros anfitriones, amables siempre, tuvieron la bondad de acompañarnos para no privarnos de aquella expedición y no dejar sin vigilancia alguna á la artista entre tantos literatos calaveras.

Cátanos ya saltando como locos por senderos de cabras hasta lo más espeso del bosque. La noche era templada, los rayos de la luna penetraban difícilmente á través del monte alto; los castaños en flor exhalaban sus embriagadores perfumes. De vez en cuando oíase una voz que cantaba ó bien se iniciaba una discusión sobre estética bajo el follaje oscuro. H. C..., con voz cavernosa, lanzaba imprecaciones líricas á los burgueses:

«Vivid, comed, dormid como animales,
Pero no profanéis nuestros caminos;
Son los poetas dueños inmortales
De los rayos divinos.»

No respondo de que, en aquel momento, no pensase cada uno de nosotros ser un semidios por lo menos. Regnault, inquieto, nervioso, iba y venía de un grupo á otro grupo, hablaba de música, de poesía, de todo, y á lo mejor sumergiase en profundos silencios.

En un lindero del bosque vimos reaparecer las estrellas y comenzamos á hablar de astrología, y nuestra hechicera cantante propuso á Regnault decirle la buenaventura. Paréceme verla todavía, con la cabeza medio envuelta en un chal rojo, sosteniendo con gravedad la mano del pintor, que permanecía arrodillado, mientras el poeta V.... encendía un fósforo tras otro para que la adivina pudiese ver la línea de la vida y la línea de la fortuna.

Regresamos por la parte denominada de los Suizos, entrando en Versalles por las cercanías de la verja que da á la calle de l'Orange-rie; los empleados del resguardo, examinando con ojos suspicaces aquella turba de paseantes trasnochadores, nos preguntaron si llevábamos algo que declarar:

—¡Llevamos poesía!—gritó uno de los más exaltados, y proseguimos nuestra marcha escandalizan-

do con carcajadas locas el dormido barrio.

Esto duró hasta el amanecer, y los primeros albores del día siguiente nos sorprendieron agrupados alrededor de V..., que recitaba en alta voz el monólogo de Hamlet.

¡Oh juventud, juventud! ¡Ah, hermosos tiempos de ilusiones siempre renovadas y de entusiasmos sin medida ni fundamento! Todos nosotros creíamos entonces que nos bastaría extender la mano para recoger la celebridad como fruta madura en los árboles de un camino. Con la cabeza llena de versos, de asuntos para dramas, de planes para poemas épicos, íbamos todos en busca de la gloria como fueron los Argonautas en busca del vellocino de oro. ¡Cuántos y cuántos han regresado con la cabeza baja, destrozados los pies y las manos vacías!

Pocas semanas después inaugurábase en la Escuela de Bellas Artes la exposición de los concursos al premio de Roma. Fuíme allí, y lo primero que llamó mi atención en el lienzo de Regnault fué la cabeza de Thetis, en la que reconocí la hermosa figura de nuestra artista de los bosques de Satory. Sí; aquellos eran los rasgos puros y altaneros, aquella era la actitud, el *incessu patuit dea* de la artista.

Al día siguiente de nuestro paseo á través de los bosques, el pintor

había llegado casi febril ante su ballete, había cambiado casi del todo su cuadro, modificado la composición y reemplazado la Thetis vulgar é insignificante con aquella diosa llena de majestad y de juventud que se adelanta, levantando la cortina de la tienda, con la cabeza erguida y con una espesa cabellera de oro que cae sobre su espalda como abundante crin.

Regnault obtuvo el premio, y salió para Roma en 1867. Perdíle por entonces de vista, pero asistí siempre á sus rápidos y ruidosos éxitos en los salones en 1869 y 1870, y los aplaudí con toda mi alma. Debíamos, sin embargo, volver á encontrarnos otra vez en un bosque el día 19 de Enero de 1871 en Buzenval; pero esta vez, sin vernos, durante una noche sombría y helada de invierno, cuya oscuridad solía interrumpir el fuego de los fusiles, y cuyo silencio turbaban de vez en cuando el retumbar de los cañones.

¡Coincidencia extraña! Aquel siniestro bosque de Buzenval, donde Regnault, tendido en su lecho de hojarasca, expiraba herido por una bala prusiana, dista menos de dos leguas del monte alto de Satory, donde había yo escuchado al pintor lleno de juventud y de entusiasmo cantar al fulgor de las estrellas...

¡Ay! ¿Dónde son idas las glorias de ayer? ¿Qué ha sido de los

entusiastas compañeros míos en aquella poética noche de verano? Algunos de aquellos poetas del Parnaso que con más vehemencia declamaban contra el indiferentismo de los burgueses, son en la actualidad honrados y pacíficos padres de familia. La rubia música de Versailles, sin embargo, con una perseverancia, un tesón y una fuerza de voluntad nada comunes en los espíritus femeninos, ha proseguido su marcha en busca del vellocino de oro.

En el invierno próximo pasado y en el concierto de Padeloup, he oído una sinfonía heroica compuesta por nuestra adivina, que ha dado á

conocer su nombre á un público numeroso é inteligente, y que ha sido muy aplaudida.

H. C. ha abandonado casi completamente la poesía por la medicina.

En cuanto á V..., que nos declamaba el monólogo de Hamlet—después de haberlo ensayado todo: drama, política, novela—por una singular ironía del destino ha debido su éxito más envidiable á uno de esos trabajos fríos *embolados* de encargo, que ahora están en boga. El fué el que escribió el monólogo denominado *Bilboquet*, que es uno de los mayores triunfos de *Coquelin menor*.

ANDRÉS THEURIET.

LOS LADRONES Y EL ASNO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

I

Conozco un excelente muchacho, Ninón, que te sería muy antipático, pues León, que así se llama, es adorador de Balzac y no puede sufrir á Jorge Sand. El libro de Michelet por poco le hace caer enfermo. Dice á todas horas que la mujer ha nacido esclava, y no pronuncia jamás la palabra *amor* y *pudor* sin sonreirse incredulamente. ¡Cómo os maltrata! He llegado á sospechar que se pasa toda la noche meditando en todo lo que os va á mortificar al día siguiente. No creas que es un hombre hastiado de la vida; sólo cuenta veinte años.

La fealdad le parece un crimen, hasta el punto de que unos ojos pequeños ó una boca demasiado grande le ponen fuera de sí. Pretende que como no hay flores feas en los prados, todas las niñas deben nacer igualmente bellas, y cuando

la casualidad coloca á su paso algún rostro repulsivo, maldice durante cinco ó seis días á todo aquel ser de cabellos escasos, pie grande, gruesa mano. Cuando, por el contrario, la mujer es linda, sonríe maliciosamente y deja ver en su obstinado silencio un cúmulo de malos pensamientos.

Ninguna de vosotras halla en él piedad: rubias y morenas, jóvenes y viejas, gruesas ó deformes, á todas las envuelve en el mismo anatema. Y mira tú qué cosa tan extraña; en su sonrisa se ve impresa la ternura, su voz es dulce y acariciadora.

León vive en pleno Barrio Latino.

Aquí, Ninón, me encuentro muy perplejo y aún me dan tentaciones de callarme, maldiciendo la hora en que tuve el extraño capricho de comenzar este relato. Tus oídos curiosos nunca se han abierto al escándalo y no sé cómo introducirte

en un mundo donde no has posado nunca la planta de tus diminutos pies.

Ese mundo, alma mía, sería el paraíso si no fuera el infierno.

Abramos el libro del poeta, veamos el canto de los veinte años. Mira esa ventana colocada al Mediodía, esa buhardilla llena de flores y luz, tan alta, que muchas veces hasta se oye hablar á los ángeles. Como hacen los pájaros que escogen la rama más elevada para esconder sus nidos de las miradas de los hombres, los enamorados construyeron el suyo en el último piso. Así reciben la primera caricia de la mañana, el último adiós del sol.

De qué viven, ¡quién lo sabe! Tal vez de besos y sonrisas. Tanto se aman, que no se cuidan del alimento que les falta; tienen poco pan, y ese se lo echan á los gorriónes. Al abrir su despensa vacía se ríen de su pobreza.

Datan sus amores de la época de las primeras violetas, de un día que se encontraron en el campo y se vieron por vez primera, aunque ya de antiguo se conocían. Tomaron el mismo sendero para entrar en la ciudad. El radiante de alegría, ella como una linda prometida, llevando un ramito sobre su seno, subió los siete pisos de la vivienda del mancebo, y tan fatigada llegó, que no pudo volver á bajar.

¿Tendría fuerzas para ello al día siguiente? Lo ignoraba; pero, entre tanto, descansó recorriendo la buhardilla, regando las flores, cuidando un mobiliario que no existía. Sentóse después á coser mientras el joven trabajaba, con las sillas tan próximas, que poco á poco y para mayor comodidad acabaron por sentarse ambos en una misma. Llegó la noche y aumentó su pereza.

¡Ah! ¡Cómo miente el poeta, Nínón, y qué seductora es su mentira! ¡Qué no llegue nunca á hombre el adolescente! ¡Que siga engañándonos cuando no pueda engañarse! Vino del paraíso para relatarnos cuentos de amor, y encontró allá arriba á Museta y Mimí, dos santas á quienes se esforzó por traer hasta nosotros. Pero en cuanto rozaron la tierra con sus alas, tornaron á su patria envueltas en el mismo rayo que las traía. Hoy los corazones de veinte años las buscan y lloran por no poder hallarlas.

¿Será preciso que te mienta también, vida mía, pidiéndolas al cielo, ó te confiese que las he encontrado en el infierno? Si aquí al lado del hogar, en esa butaca donde te meces, me escuchara un amigo, ¿con qué valor levantaría el velo de oro con que el poeta ha cubierto sus indignos hombros? Pero tú me cerrarás la boca con tu manita, te enfadarás, llamando mentira á la ver-

dad desnuda. ¿Cómo podrás creer en los enamorados de nuestra edad que beben en las fuentes cuando la sed les devora en la calle? ¿Cuál no sería tu cólera si me atreviera á decirte que tus hermanas las jóvenes amantes arrojan de su cuerpo los encajes que las cubren y sueltan sus despeinados cabellos! Tú vives sonriente y serena en el nido que he construido para ti, é ignoras cómo camina el mundo; carezco de valor para confesarte que las flores encierran veneno y que los corazones que hoy laten mañana morirán.

No tapes con tus manitas tus oídos, amada mía; no tendrás de qué sonrojarte.

II

León vive en pleno Barrio Latino, y su amistad es buscada por todas partes, gracias á la franqueza impresa en su rostro, que le proporciona un amigo en cada transeunte.

Las mujeres, no atreviéndose á perdonarle el odio que les manifiesta, rabian de ira por no poder confesar que le adoran al par que le detestan.

Antes de los hechos que voy á referirte, nunca le conocí una aman-

te; alardeaba de aburrido y hablaba de los placeres mundanos como lo hubiera hecho un trapense á haber podido romper su largo mutismo. Gustábale comer bien, le horrorizaba el vino malo, usaba finísimas camisas de holanda y vestía con exquisita elegancia.

Deteniase á contemplar las vírgenes de la escuela italiana con singular arrobamiento, y las buenas esculturas causábanle largos éxtasis. Por lo demás, León llevaba la vida de un estudiante, trabajando lo menos posible, paseándose al sol, no desperdiciando ningún diván que hallase al paso para tumbarse y declamar sus más punzantes injurias contra las mujeres, hasta cerrar los ojos para saborear el placer inaudito de alguna visión imaginaria después de tanto maldecir lo real.

Una mañana de Mayo le encontré con todo el aspecto de un hombre aburrido, sin saber qué hacer, corriendo en busca de aventuras. Las calles estaban enfangadas y lo imprevisto no se presentaba ante el paseante más que bajo la forma de alguna manga de agua. Tuve lástima de él, y le propuse un paseo por el campo para ver brotar las primeras florecillas.

Durante una hora me vi precisado á sufrir largos discursos de filosofía para probarme lo efímero de nuestras alegrías, mientras dejába-

mos atrás las casas y se veían en los dinteles de las puertas algunos sucios chiquillos revueltos en el suelo con grandes perros. Ya en plena campiña, León se detuvo bruscamente delante de un grupo de niños que jugaban al sol y acarició al más pequeño, confesándome que le encantaban los cabellos rubios.

Ya sabes que siempre me han gustado esos estrechos senderos ocultos entre hileras de arbustos, por donde las carretas no pueden pasar ni destrozar su terreno, en donde los rayos del sol penetran dulcificados á través de las ramas, cuyo suelo cubierto de fino césped es tan cómodo como el terciopelo de mullida alfombra. Por ellos se anda entre el misterio y el silencio, y cuando dos enamorados se pierden en sus revueltas, los espinos de los lados obligan á la amante á oprimirse contra el pecho de su adorado. Nos internamos en uno de esos senderos ocultos en que los besos sólo son escuchados por las currucas, y allí, la primera sonrisa primaverales dió fin á la misantropía de mi filósofo compañero, haciéndole sentir tiernas emociones á la vista de cada gota de rocío.

El estrecho camino parecía interminable; las hayas se elevaban cada vez más frondosas, y aquella especie de aprisionamiento é ignorancia del

sitio donde nos hallábamos aumentó nuestra alegría.

Poco á poco la senda se estrechó obligándonos á marchar uno detrás de otro, y los espinos formaban caprichosas revueltas que transformaban el camino en laberinto.

Entonces, en lo más espeso del sendero escuchamos un ruido de voces, y al cabo de unos instantes tres personajes surgieron de la sombra. Dos hombres jóvenes marchaban delante apartando las ramas con sus manos; una mujer les seguía.

Me detuve y saludé; el joven que venía delante me imitó, y ambos nos miramos frente á frente. La situación era delicada, puesto que los espinos y zarzas nos rodeaban más espesos que nunca, y ninguno de nosotros parecía estar dispuesto á retroceder. Entonces León, que estaba detrás de mí empinándose sobre las puntas de los pies, divisó á la joven, y sin pronunciar palabra se introdujo audazmente por entre las punzantes ramas, que desgarraron sus vestidos é hicieron brotar algunas gotas de sangre de su mano. Al ver su arrojó le imité.

Los hombres pasaron dándonos gracias, y la joven, para recompensar á León su sacrificio, se detuvo indecisa y le contempló un segundo, fijando en él sus hermosos ojos; fué la primera vez que no vi

impresa en los labios de mi amigo su maliciosa sonrisa.

No bien hubo desaparecido, salió de entre las zarzas, dando la galantería á todos los diablos, pues una espina me había herido el cuello, y mi sombrero, enredado entre las ramas, me hizo trabajar mucho para sacarle de allí. León puso en orden su desarreglado traje, y como vió mi saludo á la bella desconocida me preguntó si la conocía.

—Ya lo creo—le respondí—se llama Antonieta, y ha sido mi vecina durante tres meses.

Volvimos á reanudar nuestro paseo; él callado, yo hablando de la joven.

Era una muchachita muy fresca, muy mona, de mirada medio burlesca medio cariñosa, de gestos decididos, de bello é incitante aspecto; en una palabra, una linda muchacha que se distinguía de sus compañeras por una franqueza y una lealtad raras en el mundo en que vivía. Se juzgaba á sí misma sin vanidad y sin modestia, diciendo simplemente que había nacido para amar, para burlarse de una multitud de fórmulas sociales y vivir á su antojo.

Durante tres largos meses de invierno la vi, pobre y aislada, vivir de su trabajo sin hacer alarde de ello, sin pronunciar la palabra *virtud*, sola y exclusivamente porque

aquel había sido su capricho del momento. Mientras manejó la aguja no la conocí ningún amante; era un buen camarada para los amigos que la visitaban; les tendía su mano y reía con ellos, pero les cerraba su puerta á la primer amenaza de un beso. Confieso que intenté hacerla la corte, mas un día que la llevaba una sortija y unos pendientes de oro:

—¡Ay, amigo mío!—me dijo—guarde V. esas alhajas; cuando yo me entrego, lo hago sólo por una flor.

Cuando amaba, volvíase perezosa é indolente, los encajes y la seda reemplazaban al percal, borraba cuidadosamente de sus manos las picaduras de la aguja, y de obrera se transformaba en gran señora.

Aun en sus mismos amores guardaba su libertad de griseta; el hombre á quien amaba lo sabía pronto, tan pronto como cuando dejaba de concederle su amor. No era, sin embargo, una de esas bellas caprichosas que cambian de amante á la menor ocasión; poseía un juicio claro y un gran corazón. Pero la pobre chica se engañaba muy á menudo, y al ver colocadas sus manos sobre otras indignas, las retiraba llena de fastidio. Así es que estaba cansada de aquel Barrio Latino en que todos los jóvenes parecíamos viejos.

A cada nuevo naufragio su rostro se enternecía; decía rudas verdades á los hombres, se quejaba de no poder vivir sin amar, y por último se encerraba en su casa como en un claustro hasta que su corazón volvía á romper sus rejas.

Yo la había visto el día anterior á nuestro encuentro, y vi impreso en su rostro un gran pesar producido por un amante que acababa de abandonarla poseyendo aún su amor.

—Ya sé—me dijo—que ocho días más tarde le hubiera dejado yo misma, porque es un mal hombre; pero aún recibía sus caricias con gusto: son por lo menos treinta besos perdidos.

Añadió que desde aquella ruptura la perseguían dos enamorados, asediándola con sus ramos, pero que les había dicho: «Amigos míos, no amo á ninguno de los dos, y seríais muy locos en disputaros mis sonrisas. Sed buenos amigos y continuaremos siendo tres buenos compañeros, pero á la primer disputa os abandono.»

Los pobres muchachos se dieron un apretón de manos de la peor gana del mundo; eran sin duda los que acabábamos de encontrar.

Tal era Antonieta, pobre corazón amante, perdido en un país de libertinos; dulce y encantadora muchacha que arrojaba las migajas de sus

ternuras á todos los gorriones ladrones del camino.

Di á León aquellos detalles, que escuchó sin mostrar interés, sin provocar mis confidencias. Al terminar me dijo:

—Esa chica es demasiado franca; no me gusta esa manera de comprender el amor.

Y al cabo, después de tantos esfuerzos, se pintó en sus labios su maliciosa sonrisa.

III

Al fin salimos de entre las zarzas y los espinos. El Sena corría á nuestros pies, y á la otra orilla un pueblecillo bañaba sus pies en la corriente. Nos hallábamos en país conocido; mil veces habíamos paseado por los islotes que interrumpían á trechos la corriente.

Después de un descanso bajo una encina, León me declaró que se moría de hambre y de sed, precisamente cuando iba á confesarle que me moría de sed y de hambre. Celebramos consejo, y la decisión fué tan unánime, que nos levantamos para dirigirnos al pueblo y procurarnos allí una gran cesta repleta de provisiones, platos y botellas,

para ganar luego los tres (la cesta y nosotros) la orilla opuesta.

Veinte minutos después sólo nos faltaba encontrar una lancha. León marchaba delante pidiéndosela á cada pescador; pero todas se hallaban en el río, y ya iba á proponer á mi compañero comer en cualquier sitio, cuando nos indicaron un hombre que podría servirnos.

El pescador habitaba en el extremo del pueblo una choza construída en el esquinazo de dos calles, y he aquí que al dar la vuelta á aquel ángulo topamos de nuevo con Antonieta, seguida de sus dos pretendientes. El uno, como yo, inclinado bajo el peso de una enorme cesta; el otro, como León, con el aire preocupado de un hombre que busca un objeto sin hallarle. Miré piadosamente al pobre diablo que tanto sudaba, al mismo tiempo que León pareció darme las gracias con la vista por haber aceptado un fardo de tanto volumen, cosa que hizo reír algo malignamente á la muchacha.

Se hallaba el barquero en el dintel de su puerta fumando. Desde hacía cincuenta años había visto miles de parejas venir á alquilarle sus remos para buscar el desierto, y profesaba gran simpatía á aquellas enamoradas rubias, que al partir con coquetones atavíos regresaban un poco ajadas y con sus adornos en el mayor desorden.

El buen hombre se acercó á nosotros al ver las cestas.

—Señores—dijo—sólo tengo una lancha; los que tengan más hambre pueden comer bajo aquellos árboles.

Aquella frase era bien imprudente, puesto que nadie se atreve delante de una mujer á confesar que tiene hambre.

Guardamos silencio, indecisos, sin atrevernos á rehusar la barca, hasta que Antonieta, siempre burlesca, tuvo piedad de nosotros y dijo dirigiéndose á León:

—Estos caballeros nos han cedido el paso esta mañana, justo es que ahora se lo cedamos nosotros.

Miré á mi filósofo amigo, que dudoso y halbuciente no se atrevió á expresar su pensamiento, y cuando vió mis ojos fijos en él dijo con viveza:

—Señores, el sacrificio es inútil aquí, puesto que una sola lancha puede bastarnos; estos caballeros harán el favor de dejarnos en la primera isla y de recogernos á la vuelta. ¿Aceptan Vds. el trato?

Antonieta aceptó, y las cestas fueron cuidadosamente depositadas en el fondo de la barca. Me coloqué muy cerca de la mía, procurando estar lo más lejos posible de los remos, mientras Antonieta y León, no pudiendo sin duda hacer otro tanto, se sentaron juntos en el

asiento vacío. En cuanto á los dos pretendientes, luchando siempre en un pugilato de buen amor y galantería, cogieron los remos en fraterno acuerdo.

Ganaron la corriente, y allí, como quisieran dejar descender la barca río abajo, Antonieta pretendió que en la parte más alta del río las islas eran más desiertas y más sombrías. Miráronse los remeros desconcertados, hicieron virar en redondo á la lancha y empezaron á luchar penosamente contra la corriente, rápida en aquel sitio. Existe una tiranía pesada y dulce á la vez, y es la de un tirano de sonrosados labios, que puede en uno de sus caprichos pedir el mundo entero y pagarlo con un beso.

La joven, inclinándose, mojó su mano en el agua y la retiró chorreando para contar las perlas líquidas que se escapaban de sus dedos. León la miraba, hallándose violento por estar tan cerca de una enemiga. Dos veces le ví dispuesto á abrir los labios para decir alguna tontería, pero volvió á cerrarlos al ver mi sonrisa. Por lo demás, ni ella ni él pensaban en hacer gran caso de su vecino; hasta se volvían algo la espalda.

Antonieta, cansada de humedecer los vuelos de su manga, me habló de su último pesar, diciéndome que aunque se había consolado, perma-

necía triste porque en los días del estío no podía vivir sin amor. No sabía qué hacer mientras llegase el otoño.

—Busco un nido—añadió—pero le quiero de seda azul. Se debe amar más tiempo cuando los muebles, las alfombras y las colgaduras son del color del cielo. Pero busco en vano; ¡los hombres son tan malos!

Llegamos á una isla, y en el momento en que decía á los remeros que arrimasen á ella la barca para bajarnos, Antonieta se opuso, hallando la isla fea y sin sombra, declarando que no consentiría en abandonarnos en semejante lugar. León no se había movido de su asiento; volví á sentarme y continuamos remontando el río.

La joven, con una alegría de niña, empezó á describir el nido soñado: una habitación cuadrada, de techo elevado, cuyos muros tapizados de blanco lucieran lindas florecillas azules, unidas por cintas del mismo color; á los cuatro ángulos cuatro jardineras cubiertas de flores, y en medio un velador inundado también de ellas. Una marquesita pequeña para que cupiesen dos personas, pero muy juntitas. Nada de espejos que distrajeran la mirada en una coquetería egoísta; alfombras y cortinajes muy espesos para apagar el ruido de los besos. Flores, sofá,

alfombras y colgaduras habían de ser azules. Ella vestiría del mismo color, y no abriría los cristales de los balcones los días en que el cielo tuviese nubes.

Quise á mi vez adornar algo la habitación, hablando de chimenea, reloj, armario de luna.

—Pues yo encuentro ese armario ridículo: ¿me cree V. tan tonta que lleve hasta mi nido las míseras necesidades de la vida? Quisiera vivir libre, sin cuidados, no siempre, pero sí algunas horas cada día. Los hombres, aunque fueran ángeles, se cansarían hasta de Dios mismo; ya los conozco, y por eso yo seré quien tenga la llave del paraíso en mi bolsillo.

La segunda isla se destacaba ante nosotros; Antonieta palmoteó alegremente, exclamando que aquel era el más encantador desierto que un Robinsón de veinte años pudiera soñar. La orilla, algo elevada, estaba orlada de grandes árboles entre los cuales crecían los escaramujos y juncos. Un muro impenetrable se construía espontáneamente cada primavera; muro de hojas, de ramas, de musgos que crecían mirándose en el agua. Por fuera, un enrejado de enlazadas ramas, por dentro, lo desconocido. Aquel misterio, aquella cortina de verdura que oscilaba al soplo del viento sin descomponerse jamás, hacían del

islote un encantador retiro que el pasajero poblaba en su imaginación de blancas ninfas acuáticas.

Remamos alrededor de aquel enorme ramo de hojas antes de hallar un puerto; parecía no querer por habitantes más que á los libres pájaros. Al fin hicimos pie en la maleza. Antonieta nos vió bajar.

Uno de los remeros, que sostenía la barca agarrado á una rama, se escurrió, y entonces la joven, sintiéndose arrastrada, tendió sus brazos, y asiéndose á su vez á una débil rama, se tambaleó y pidió socorro. Después, cuando los remeros amarraron la lancha, saltó sobre el césped y se reunió con nosotros, asombrada de su arrojito.

—No temáis, amigos—nos dijo—no quiero molestaros; si deseáis ir hacia el Norte... iremos hacia el Mediodía.



IV

Cogí la cesta y empecé á explorar el terreno para buscar un sitio donde la hierba estuviese menos húmeda. León me seguía, y á él Antonieta y sus pretendientes. Recorrimos toda la isla, y al volver al punto de partida me senté, decidido á no dar un paso más. Antonieta

dió unos cuantos, pareció indecisa y concluyó por colocarse frente á mí. Entonces León halló el sitio encantador y juró que no hallaríamos otro igual.

Sin saber cómo, las cestas se encontraron juntas, y las provisiones se mezclaron tan perfectamente cuando se extendieron sobre la hierba, que no pudimos reconocer cuáles eran las de cada grupo. Por espíritu de justicia partimos por igual los víveres.

Apresuráronse los dos enamorados á tomar sitio al lado de la bella, á adivinar sus más pequeños deseos, hasta el punto de que, cuando pedía una cosa, casi siempre obtenía dos. Comía Antonieta con gran apetito.

León, por el contrario, no probaba bocado y permanecía mudo, dirigiéndome una mirada burlona cada vez que Antonieta sonreía á sus compañeros. Como aceptaba finezas de ambos lados, alargaba las manos á derecha é izquierda con igual complacencia, dándoles gracias con dulce voz y haciéndome señas con los ojos, que yo no comprendí.

Decididamente la joven estaba aquel día muy coqueta. Medio oculta entre la hierba, podría comparársela por un poeta á una gran flor que tuviera el don de la mirada y la sonrisa. Ella, tan natural de or-

dinario, adoptaba movimientos provocadores, inflexiones mimosas en la voz, desconocidas para mí. Los pretendientes, confusos con tal proceder, se miraban con aire de triunfo. Yo, asombrado de aquella repentina coquetería, me preguntaba, sin perder de vista su maligna sonrisa, cuál de nosotros transformaba aquella sencilla muchacha en astuta cortesana.

Reíamos más que hablábamos.

León cambiaba de sitio á cada instante, sin encontrarse bien en ninguno. Había vuelto á adoptar su aire escéptico, y temiendo un discurso suyo, supliqué con la vista á nuestra compañera me perdonase por tener un amigo tan desagradable. Ella era transigente, y un filósofo de veinte años, por serio que fuese, no la desconcertaba.

—Caballero—dijo á León—está V. triste y nuestra alegría parece serle importuna; no me atrevo á seguir riéndome.

—¡Oh! No, señora—respondió;—si me callo es porque no sé, como esos caballeros, hallar palabras chistosas.

—Eso quiere decir que no es V. adulator. Entonces hable V., le escucho; me muero por oír verdades.

—A las mujeres no les gustan, señora. Además, cuando son jóvenes y bellas, ¿qué mentira puede decirselas que no sea verdad?

—Vamos, ya veo que es V. tan cortesano como los demás. Quiere V. avergonzarme. Cuando estamos ausentes, nos critican los hombres sin piedad; pero en cuanto cualquiera de nosotras aparece, no hallan Vds. saludos bastante profundos ni frases bastante tiernas. Eso se llama hipocresía; soy franca, y digo: los hombres son malos, no saben amar; vamos, sea V. también franco, ¿qué dice V. de las mujeres?

—¿Puedo hablar con libertad?

—Ya lo creo.

—¿No se enfadará V.?

—¡Quiá! No, me reiré.

León tomó actitudes de orador, y como yo ya conocía el discurso por haberle oído ya más de cien veces, me entretuve para soportarle en echar chinitas al Sena.

—Cuando Dios—exclamó—se apercibió de que faltaba un ser en la creación después de agotado todo el fango, no supo de dónde tomar la materia necesaria para reparar su olvido. Fuéle preciso dirigirse á las criaturas, y quitó un poco de carne á cada animal; de esas segregaciones hechas á la serpiente, al lobo y al buitre creó la mujer. Así, los sabios que tienen conocimiento de este hecho, omitido en la Biblia, no se asombran viendo á la mujer caprichosa, presa sin cesar de encontrados sentimientos,

fiel imagen de los diversos elementos que la componen. Cada ser la ha dado un vicio, el cual esparcido por la creación se ha reunido en ella; de ahí sus caricias hipócritas, sus tradiciones, sus desenfrenos...

Mi amigo parecía recitar una lección; Antonieta aplaudía.

—Las mujeres—continuó el orador—nacen ligeras y coquetas, como nacen rubias ó morenas. Se entregan por egoísmo, sin cuidarse de escoger según el mérito, y basta que un hombre sea fatuo y posea la hermosura de los necios, para que se le disputen. Que sea sencillo y afectuoso, que se contente con ser hombre de talento, sin proclamarlo al son de una bocina, les importa poco, ni sospechan que existe. Siempre les son precisos los juguetes que brillan, trajes de seda, collares de oro, pedrerías, amantes perfumados y pretenciosos. En cuanto á los resortes de la divertida máquina, ignoran si funcionan bien ó mal; prescinden del alma. Se ocupan de los cabellos negros, los labios rojos, sin tener la menor curiosidad por los asuntos del corazón. Por eso se arrojan entre los brazos del primero que se presenta, confiando en su buena presencia; le aman porque les gusta, y les gusta porque sí. Llega un día en que aquel hombre las olvida, las maltrata, y entonces se hacen las

mártires, exclamando que los hombres sólo se ocupan en destrozar corazones. ¡Las muy locas no buscan nunca la flor del amor donde se cría!

Antonieta volvió á aplaudir. El discurso que yo conocía había terminado, pues León le pronunció todo seguido como teniendo prisa por llegar al final. Dicha la última frase, miró á la joven con notable interés; después añadió:

—No he tenido más que una verdadera amiga cuando yo tenía doce años y ella diez, y esa me hizo traición por un perro dogo que se dejaba atormentar por ella sin mostrar sus dientes jamás. Lloré mucho por tan cruel olvido, jurando no volver á amar, y he sido fiel á mi juramento, no esperando nada bueno de las mujeres. Si amara, sería celoso é impertinente, querría con pasión, me haría aborrecible, me engañarían y moriría de dolor.

Guardó silencio, y trató en vano de sonreír para ocultar algunas lágrimas detenidas entre sus párpados. Antonieta no se reía; habíale escuchado con profunda atención, y levantándose de su sitio sin dejar de mirar á León, colocó sobre su hombro una de sus manos, exclamando sencillamente:

—Es V. un niño.

V

Los últimos rayos del sol poniente se reflejaban en el río: las cestas fueron transportadas á la lancha, y nosotros, tendidos á placer sobre la hierba, esperábamos la aparición de las primeras estrellas para regresar, siguiendo la corriente, al fresco de la noche.

Antonieta y León, sentados bajo un espeso arbusto que extendía sobre sus cabezas las frondosas ramas, lloraban ó reían, hablando en voz baja que no llegaba hasta mí. Yo escogí una explanadita cubierta de fino césped, sobre la que me tendí, contemplando á la vez el cielo y la alfombra que se extendía bajo mis pies. Los dos pretendientes de la joven, apreciando sin duda el encanto de mi posición, vinieron á echarse el uno á mi izquierda y el otro á mi derecha.

Abusaban de su respectiva situación para hablarme simultáneamente.

El que estaba á mi izquierda me tocaba ligeramente en el brazo cuando veía que no prestaba atención á sus palabras.

—Con dificultad—me dijo—puede hallarse una mujer tan caprichosa como ésta, cuya cabeza gire

al menor soplo de aire. Para probarlo, basta decir á V. que cuando nos encontramos esta mañana íbamos á comer á dos leguas de aquí; pero apenas desaparecieron ustedes de nuestra vista, nos hizo volver pies atrás. ¡Es cosa de perder el juicio! Yo me muero por las cosas que tienen su razón de ser; pero esto...

El que estaba á mi derecha decía al propio tiempo, obligándome á escucharle también:

—Deseo desde esta mañana hablar á solas con V., porque tanto mi compañero como yo le debemos una satisfacción. Hemos notado su gran simpatía por Antonieta, y sentimos vivamente estorbarle en sus proyectos, y crea V. que á haber conocido su amor un poco antes, nos hubiéramos retirado para no causar el menor disgusto á un tan cumplido caballero; pero ya es tarde; hoy no nos sentimos con ánimos para consumir tal sacrificio. Además, quiero ser franco hasta el fin. Antonieta me ama. Le compadezco á V. y me pongo á su disposición.

Me apresuré á tranquilizarle; pero aun cuando le juré que no había sido ni sería nunca amante de Antonieta, no dejó de prodigarme los más tiernos consuelos. Le era muy dulce pensar que me había arrebatado mi querida.

El otro, picado por la atención

que demostré á su compañero, se inclinó hacia mí para obligarme á hacerle caso, y me hizo la siguiente confidencia:

—Deseo ser franco con V.: Antonieta me ama, y crea V. que me inspiran lástima todos sus demás adoradores.

En aquel momento un ruido singular, que provenía del sitio en que León y Antonieta se ocultaban, llegó hasta nosotros. Ignoro si era un beso ó el grito de una tórtola asustada.

Mientras tanto mi vecino de la derecha sorprendió al de la izquierda diciéndome que Antonieta le amaba, y levantándose con aire amenazador, dirigióse hacia él con los puños levantados. Me evadí como pude y les dejé frente á frente.

Escogí un sitio admirable desde donde veía á Antonieta y á León, que seguían disputando, pero cada vez más cerca uno del otro. En cuanto á los pretendientes, se hallaban tan lejos de mí, que no podía escuchar su palabra, pero sí apreciar sus furiosos gestos. La joven les volvía la espalda.

—Se ha portado V. muy mal— decía el uno—pues hace dos ó tres días que ha debido retirarse. ¿Pues no ha notado V. que es á mí á quien prefiere Antonieta?

—En efecto—respondía el otro—no he sido listo para conocerlo; pero

V. ha tenido la necesidad de creer dirigidas á su persona las sonrisas y miradas dedicadas á mí.

—Esté V. seguro, pobre amigo mío, de que Antonieta me ama.

—Conyénzase V., desdichado, de que Antonieta me adora.

Miraba yo á Antonieta, y decididamente creía que no debía haber existido ninguna tórtola en el arbusto.

—Me he cansado de esta anómala situación—replicó uno de los contendientes.—¿No opina V. que es preciso que uno de los dos desaparezca?

—Iba á proponerle lo mismo.

Alzaban la voz y gesticulaban con tal cólera, que la joven, atraída por el ruido creciente de la querella, volvió la cabeza. Vi el asombro pintado en su rostro; después sonrió, llamando la atención de León sobre los dos jóvenes y diciéndole al oído algunas palabras que le hicieron reír.

Levantóse mi amigo y se aproximó á la orilla, conduciendo á su compañera. Ahogaban por precaución sus carcajadas mientras continuaban andando, procurando evitar el hacer el menor ruido. Creí adivinar que intentaban ocultarse para obligarnos á buscarlos después.

Los dos jóvenes gritaban con más furia, y á falta de espadas preparaban sus puños. Mientras tanto León

llegó á la lancha, hizo entrar en ella á Antonieta, soltó la amarra y saltó al bote.

En el mismo instante en que uno de los adversarios levantaba el brazo sobre el otro, vió la lancha en medio del río, y estupefacto, olvidando su ira, la mostró á su compañero.

—¡Eh, eh!—gritó, corriendo á la orilla.—Me parece una broma muy pesada.

Todos me habían olvidado detrás de la maleza. La dicha y la desgracia vuelven á las gentes egoístas. Me levanté.

—Señores—dije á los pobres muchachos, compungidos y asombrados;—¿recuerdan Vds. cierta fábula? Esta burla quiere decir que les roban la mujer que creían haber robado.

—La comparación no es muy galante—me gritó León desde la lancha.—Según tú, esos caballeros son ladrones, y esta señora un...

Aquella *señora* le besó, y aquel beso hizo que no oyéramos la grotesca frase.

—Hermanos—añadí, volviéndome hacia mis compañeros de naufragio;—henos aquí sin víveres y sin techo donde resguardarnos. Construyamos una choza y comamos peces del río mientras llega un navío que nos pueda sacar de esta isla desierta.

VI

—¿Y qué más?

—¿Qué más? Yo no sé. Me pre-

guntas demasiado, Nineta. Hace ya más de dos meses que Antonieta y León habitan el nido color de cielo. Ella sigue siendo una linda muchacha; él sigue maldiciendo de las mujeres con más gracia que nunca. Lo cierto es que se adoran.

EMILIO ZOLA.

LA SOMBRA

(TRADUCCIÓN POR M. CARO.)

Firmeza no hay en mí, ni peso leve,
Ni vida. Solicitan los pintores
Mi inanidad, á par de los colores,
Que mágica á los cuerpos da relieve.

Quien nada ve, me ve. Quien no se mueve,
No me mueve. Nací con los fulgores
Del sol; mido sus pasos voladores;
Hermana de la luz, la mato aleve.

Soy tuya y no soy tuya; voy contigo,
Mas si asirme pretendes, yo ligera
De tus burladas manos me desligo.

Impalpable y fugaz, muda y severa
Párase, y me detengo; andas, y sigo;
Yo te acompaño; mi mansión te espera.

D. LUDOVICUS, S. I.

EXPOSICIÓN HISTÓRICO-EUROPEA

He formado empeño decidido en ofrecerle mis apuntes acerca de la Exposición Española, amigo Sr. Lázaro, porque así de algún modo he de pagar las repetidas y finas atenciones que V. me guarda y presta.

»Escribo en un lenguaje que no es el mío, me obliga á ser de expresión seca y á veces incorrecta, aunque mis ideas claramente se entiendan.

»Permítame amigo mío, dirigirme sin otros preámbulos, al lector y espere que con regularidad le remitiré mis artículos.

NICOLAO STURMALOF.»

Dejé las orillas del Neva buscando en Madrid una temperatura más benigna, al mismo tiempo que el deseo de visitar la Exposición Histórica me arrastraba hacia España.

Dedicado con afición y ahinco al estudio de las bellezas del arte y por mi profesión llamado á tan compleja tarea, me he visto en medio de un caudal

inagotable de tesoros que abren á la historia del arte una era nueva.

Los que pertenecemos al arte oriental ruso y que guardamos riquezas de la Edad Media llenas de una monotonía abrumadora, parecemos pasar á nueva vida al contemplar los objetos colocados en las salas del palacio español de las Exposiciones.

Colón descubrió un nuevo mundo: y la multitud de preciosidades artísticas y bibliográficas que he examinado descubren también horizontes nuevos para que el estudioso y el inteligente se dediquen con afán á dar cima á la historia del arte español.

No sé qué podrán decir en su día los verdaderamente poseedores del secreto del arte americano precolombino. Hasta ahora no he leído trabajo alguno, ni español ni extraño á la península ibérica, que me haya satisfecho, porque en lo poco que conozco publicado en Madrid, no hallo ni solidez científica ni criterio sabiamente formado. Son más bien escaramuzas ó ensayos de

arqueólogos incipientes que se contentan y quedan satisfechos con recordar á sus lectores lo que otros, con mejor fortuna, redactaron y con mejor conocimiento de causa.

No quiero penetrar en el campo del arte español sin antes ofrecer, en apretada síntesis, lo que opino de la Exposición Americana.

La he visto, en general, bien instalada, merced al celo de tan inteligentes delegados como los que Colombia, Méjico y los Estados Unidos han elegido hábilmente para tan delicada empresa, juntamente con los que otras naciones con acierto seguro han designado.

Si confesaré que los catálogos, en su mayor parte, no me han servido de guía para nada; más bien parecen informes listas de los objetos, que indicadores para el estudio y examen de los objetos expuestos.

A su vez, he tropezado con ejemplares de muy dudosa autenticidad: un vaso que por maya corría en la sección de Guatemala, y, sobre todo, la extraña libertad de aceptar como sello indígena americano un escarabajo de estilo egipcio, á toda prueba de manifestación. Como se alcanzará, datos de tal género sirven de prueba del muy poco celo ó de la probada insuficiencia de valer científico de los encargados oficialmente en España de elegir y clasificar las piezas arqueológicas y artísticas en la Exposición Americana, si bien la prensa periódica ha dado sus golpecitos de atención. Pero en España, por sostener á cualquier político

inhábil, se pisotea á todos los hombres de ciencias y estudio.

¿Qué ha contenido la Americana Exposición? Si la pregunta se limita al número de objetos, habrá que responder que un número crecidísimo de ellos, difícil de ser examinado ni aun en muchos años. La prueba queda hecha permanente ante la falta del catálogo oficial y lo imperfecto de los particulares.

Pero si tomamos otra senda para ofrecer contestación airosa y decisiva, no se puede negar que se ha ofrecido un tesoro arqueológico de singular valía. Me habré de explicar. Las Exposiciones como la Histórico-Europea y Americana, no llevan por fin único ni principal hacer alarde ni de riquezas ni de habilidad artísticas. Buscan otra cosa. Se trata de presentar adelantos frente á adelantos, civilizaciones frente á civilizaciones.

El arte es un lenguaje, y habla, no sólo á los ojos sino al alma; y los que en los objetos arqueológicos y en los de puro orden artísticos se atienen á lo externo, y se paran á entregar al análisis la materia compuesta, la dirección de las líneas, las ondulaciones más ó menos sinuosas de los paños, la índole de la expresión, sin descender al fondo del asunto, á lo que la obra representa y quiere significar, serán siempre inocentes observadores de los medios de expresión siempre necesarios en nuestro procedimiento cognoscente que empieza por los sentidos, pero que son nada más que medios expresivos que debe regular muy bien el artista

para explicar su pensamiento. Este, el pensamiento, es lo que ante todo deben poner ante la inteligencia de los demás el arqueólogo y el historiador y el crítico de Bellas Artes. Lo restante corresponde, especialmente, al hombre de ciencia.

No he de negar que tamaña empresa requiere una preparación abrumadora. Las costumbres y los usos de los pueblos los ha de tener al dedillo el escritor. Las lenguas de cada uno de los pueblos le han de ser de uso corriente. La ciencia etnográfica, y en especial la antropología, contando con hondas raíces en el expositor, ha de explanar todas sus líneas.

Así comprendo yo las exposiciones, usos, costumbres religiosas, constituciones políticas y jurídicas, lenguajes, las ciencias todas, en inquebrantable escuadrón ordenadas, son los instrumentos del arqueólogo y del historiador del arte. Dirigir sus pasos por tan escabrosa senda sin tan esenciales compañeros conduce al descrédito de quien sin contar con la resistencia de sus hombros ruega á los demás que le echen sobre ellos aplastante carga.

SÍNTESIS DE LA EXPOSICIÓN AMERICANA

Época prehistórica. — Digan cuanto les venga á la pluma los que suponen que el hombre ha dejado sus restos en los yacimientos del terreno plioceno, terciario superior. No negaré que en capas así clasificadas y nominadas se hallen huesos humanos. Pase por concedido. Mejor he de admitir que en los

niveles inferiores del terreno cuaternario tengamos homogéneos hallazgos.

Pregunto ahora : ¿ las osamentas humanas que se han visto en la Exposición Americana braquiocéfalas, ó doliocéfalas en sus cráneos, de mayores ó menores dimensiones, y en los huesos restantes, prueban incontestablemente alguna diferencia esencial respecto del linaje humano en Europa, Asia, Africa y Oceanía? Quien las haya encontrado que las señale. No hay raza alguna en América que no tenga riquísima representación en las restantes partes del mundo.

Esto en cuanto á los elementos constitutivos corpóreos del hombre. Ya sabemos que en cuanto al espíritu (el materialista es un mico perfecto) ningún sabio establece diferencias.

Dentro de la teoría evolucionista habría que comparar, sirviéndonos de reglas los cánones de la antropología comparada, lo menos perfecto con lo más perfecto, osteológicamente. Lo menos perfecto indicaría más antigüedad, y siempre sin apartarnos del *ex-simio* mono llegado á su mayor altura de perfeccionamiento. ¿ Los huesos fosiles americanos llevan el sello de prioridad?

Hable quien pueda. Yo lo niego rotundamente.

Un paso más. Los ejemplares prehistóricos de formas elementales y rudas acaso sirvan de medios comprobatorios. En efecto, así es. Utensilios de uso doméstico, instrumentos de guerra, mobiliario religioso y político é indumentaria de todos los órdenes, ¿ revelan

marca alguna que no se vea, fuera de lo puramente local, algo que no posean los viejos continentes? ¿En dónde se guarda?

Las hachas, si se diferencia por su materia, (no en todas partes se dan las mismas producciones) la forma no varía. Punzones, estiletes, flechas, saetas, etc., etc., siempre son las mismas: las lanzas corroboran nuestra manera de pensar. El modo de tejer y bordar en nada se diferencia, habida en cuenta la materia textil; y la riquísima cerámica y la misma escultura aprietan más y más en favor nuestro. ¿No es cierto?

Hasta ahora me he encerrado en una extensión anterior á todo periódico geológico, es decir, anterior á todo lenguaje conocido, suponiendo que lo admitido como prehistórico no sea por lo menos sincrónico con alguna lengua actualmente conocida, acerca de lo cual habría mucho que hablar y escribir; pero que concedo tal separación para utilidad de mi exposición, porque desde el instante en que hay símbolos y signos escritos que sirven para indicar sistemáticamente ideas, cambia por completo el modo de investigación. Los datos ya son seguros. Lo que hace falta entonces será el conocimiento de tal lenguaje para romper con seguridad por el enmarañado bosque de lo antiguo. Donde hay escritura no hay ya época prehistórica. Nuestra falta de conocimientos la pondrá en categoría tan de hacia atrás, pero entitativamente no lo será. Por ello los artículos que publica una ilustrada revista española acerca de

Méjico, llevan el escepticismo al que la lea. Nada creará, porque faltan la unidad de criterio y de sistema, pruebas inequívocas de no poseerse la materia cual debe ser poseída cuando hay que entregar escritos al confiado público.

¿Qué ha demostrado la americana Exposición?

Que nada se presenta que no tenga su fundamento en Asia, en Europa y en Africa. Las cuestiones antropológicas se reducen á lo mismo que entre nosotros. Las arqueológicas, fuera de las condiciones puramente locales y de materias propias del terreno, no suministran particularidad que no se conociera, aunque revestida de otra forma.

Usos, costumbres, civilización, arte, industria, todo tiende al mismo fin. Las mismas religiones bajo ropajes más ó menos complicados.

La Exposición europea ya significa otra cosa.

De ella voy á tratar, no con mucha extensión, pero sí con algún cuidado. Es el arte cristiano en su gran desenvolvimiento. La manifestación hecha por España ha superado todas las esperanzas, y eso que no han salido más que los objetos de menor cuantía, en muchas ramas del arte.

¡Qué asombro no causaría al mundo la nación española, si en un tiempo dado, reuniera en el mismo palacio las mejores alhajas que guardan las catedrales y las iglesias! Ahora que empieza el buen tiempo acudirán muchos extranjeros, sólo que me temo ver en la Exposición un centro que sirva más para que los políticos coloquen á sus

paniaguados que á los hombres de ciencia que deben estudiarla. Con seguridad se verán más burócratas que arqueólogos y artistas.

Lo que conviene es que nosotros nos aprovechemos de tanto monumento y los españoles que se coman sus cuartos, aunque no entiendan de arte ni de arqueología, los que como artistas y arqueólogos cobren buenos dineros.

TAPICERÍA

La riqueza en esta rama de las artes suntuarias arranca gritos de alegría al que con verdadero sentimiento artístico cruza por las veinte y siete salas de la Exposición. ¡Qué maravillas! El que por vez primera contempla, antes en conjunto y después uno á uno, los tapices desarrollados en los muros, se ve perplejo y desorientado. La historia de la tapicería anda en manos de los sabios y curiosos y vendedores. Pero sin verse uno al pie de los tapices, queda su estudio sin ser entendido.

Figuraba entre todos por su argumento el que en su primer cuadro representa la Creación del mundo, y termina con asuntos del Nuevo Testamento: pieza de primer orden de regulares dimensiones. Estaba en la sala XXII. La Reina Regente quiso hacer un regalo al Sumo Pontífice en su Jubileo del mes pasado, y comprando tan importantísima pieza textil á precio reducidísimo, porque el vendedor que la habría comprado muchísimo más barato, no conociera su excepcional importancia, la ha remitido á Roma para que campee entre las riquezas del Vati-

cano (1). Hago historia para que se conozca la procedencia. Ahora los arqueólogos romanos podrán estudiarle. No es ya de la Exposición europea, aunque trataré después de tan valiosa prenda.

Los tapices de Zamora y de Zaragoza llenan unas páginas brillantes de la historia del arte. Calculo que los de la ciudad primera pertenecen á la primera mitad del siglo xv. Representan asuntos históricos y ambos de la Edad Antigua: el uno contiene la toma y destrucción de Troya, y el otro el reinado de Tarquino Prisco.

Las dimensiones de ambos son extraordinarias. Tanto el uno como el otro explican sus argumentos con leyendas muy extensas de carácter paleográfico de la época y de la región de Arras; dándose en el tapiz de argumento griego la particularidad de sus leyendas rimadas (con muy pocas excepciones) en francés antiguo arriba, y en latín abajo. El tarquiniano sigue la narración de Tito Livio, aunque en los epígrafes se aparta del texto; así como en la propiedad de las representaciones que son anacrónicas, en trajes, hechos, armas cabalgaduras y arquitectura, es todo de carácter flamenco.

Sinón aparece montado en el gran caballo de madera (bronce, dice la inscripción) armado como un guerrero del siglo xv. Avisa por medio de una luz para que los griegos de fuera, ya

(1) El tapiz indicado, juntamente con otro, muy bueno, de la *Pasión*, costó 24.000 pesetas, es decir, el cuarto de su valor, á lo más.

rota la muralla y dormidos los de Troya, entren en la sorprendida ciudad. Pirro entrega á la muerte á Príamo y á Polixena; Príamo sucumbe al pie del altar de Apolo. Toda la ciudad arde, y la muerte se ceba en los infelices troyanos.

En el correspondiente á la historia de Roma, Lucumón, llegado al pie del monte Janículo en compañía de su mujer Tanaquil y de los suyos, se ve sorprendido por un águila que le arrebató el gorro. Quédase sorprendida toda la concurrencia.

En la sección segunda, votado ya rey por los romanos, se le representa en el momento de la coronación; y en la tercera aparece guerreando contra los latinos en sus últimas guerras, los cuales, vencidos, con sus riquezas dieron medios al nuevo rey de Roma para construir las murallas y las cloacas, y de ésta se ve la comenzada fábrica en el primer término de la tela (sala VI).

Semejantes á estos son otros tres tapices de la catedral de Zaragoza, que si bien varían en cuanto al argumento, respecto de la técnica son iguales. El argumento no es otro que la historia de Ester, según el mismo libro contenido en el Antiguo Testamento.

Las leyendas explican el contenido y son en un todo iguales paleográficamente á las de los tapices anteriores. El primer tapiz de tan valiosa y rica colección entraña excepcional importancia arqueológica, porque al ser representado el banquete que Asuero dió á los príncipes, vemos admirablemente representada toda la vajilla de prin-

cipios del siglo xv aparte de muy delicados detalles en otras materias. Como mis artículos son de forma sintéticas no puedo descender á más pormenores.

Empiezan las representaciones en los tres tapices con el ya indicado banquete y terminan con la desgracia de Amán y el triunfo de Mardoqueo.

El estado de conservación no es tan bueno como el de los tapices de Zamora.

Desgraciadamente para los que no podemos revisar los archivos de las catedrales españolas por falta de tiempo y de orden en los mismos archivos, tengo sabido que en casi todos no hay ni catálogos conocidos, no se conocen datos históricos acerca de los objetos que han remitido las catedrales. Lastimoso sería si faltaran revelando incuria en el caso de estar durmiendo entre los legajos cabildarios.

Los tapices que después llaman la atención y deben llamarla, son los de estilo italiano en la composición y dibujo aunque tejidos en Flandes. Representan la Pasión de Jesucristo y su Resurrección. Sus dimensiones son grandes. El primer pasaje es la *Ora-ción del Huerto*, y el último *La bajada al seno de Abrahám*. El segundo tapiz empieza con la ida al Gólgota.

Hay detalles muy curiosos: Jesús entra en Jerusalén sentado sobre una *borrica*; lleva al lado la cría. Los ladrones no aparecen clavados sino sujetos con cuerdas. Los soldados se reparten las vestiduras de Jesucristo á cuchilladas. En la indumentaria predominan el manto y la túnica. Los nimbos se ofrecen en forma de anillos circulares

adornados de preciosas piedras. El estilo recuerda la escuela de Giotto.

¡Qué obra maestra relativamente, y aun en la técnica, el cuadro de la Crucifixión! Dos ángeles asisten al Salvador del mundo. Un ángel lleva el alma del Buen Ladrón, un demonio arrastra la del perverso recalcitrante y ciego.

Otros dos tapices del mismo género conozco: uno permanece en la Exposición, el otro estará en Roma cuando estas líneas se publiquen. Comprende el primero tres secciones. La primera acaso sea la disposición de los escribas y fariseos y sacerdotes de perder al Justo. La segunda nos manifiesta la Cena, y el prendimiento de Cristo se halla en la tercera. El continente arquitectónico pertenece al gusto italiano de principios del siglo xv, época de las telas que doy á conocer, campeando en un friso correspondiente y superior á un arco rebajado, la ornamentación de palmetas. Las columnas son cilíndricas y revestidas de bandas ornadas de piedras preciosas, y en la espiral que se ve entre el espacio que dejan las bandas colocadas, el decorado es muy rico y clásico italiano. Ciertamente que en un todo se ve el gusto y el carácter de las construcciones italianas.

Los capiteles de las columnas parecen recordar los de las construcciones antiguas de Venecia, apareciendo colocados sobre ellas, como si fueran repisas, dos personajes de luenga barba y amplio manto. La crestería de la cornisa también revela el gusto ornamental del renacimiento en Italia.

En la escena de la izquierda, es la

primera, acaso se haya querido representar algo de la entrada en Jerusalén de Jesucristo, en el domingo llamado después Domingo de las Palmas. No es más que una fracción de todo el acto. En el segundo cuadro está la manifestación de la Cena. Además de Jesús, de nimbo discoidal y crucífero, ornado de piedras preciosas, se encuentran doce personajes, diez de nimbos discoidales y con piedras, como el del Maestro, y uno que no le lleva y que está arrodillado, y no como los demás en actitud sedentaria.

A no fijarse mucho, no se advierte que San Juan está casi oculto debajo de las manos de Jesús, recostado sobre la mesa. No se distingue en su cabeza el nimbo.

Todos visten túnica ceñida y manto. Santiago el Mayor, patrón de España, lleva preciosa y característica escarcela y un gorro de carácter veneciano y de reminiscencias frigias. El Cordero Pascual no aparece sobre la mesa. Los Apóstoles con el Señor, según el tapiz, comieron en aquella memorable noche tres pescados.

A lo que se desprende, Judas será el que, puesto de rodillas, usa un muy amplio manto, sin los distintivos de los otros discípulos.

El tercero y último cuadro comprende lo siguiente: la Oración del Huerto, beso de Judas y prendimiento de Cristo y San Pedro envainando la espada después de caído Malco. La riqueza de detalles en indumentaria, armas y otros objetos, llamará poderosamente la atención de cuantos puedan estudiar

tan riquísima pieza. ¡Qué semejanza con la de Zaragoza, y en lo que se diferencia, qué particularidades tan ricas! La sola armadura de Malco merece un estudio aparte.

Aún sorprende más el segundo tapiz, tal vez el más importante, y sin tal vez, en su clase, por su argumento especialmente. Para mí le tengo por un tapiz de carácter teológico, porque opino que nos pone ante los ojos la creación del Cosmos y el origen de la gracia. Figúrese el lector un anillo circular formado de entremezcladas nubes. Del seno de las mismas se desprenden, arriba el sol, abajo la luna, y entre ambos cuerpos estelares, á partir de derecha á izquierda, Júpiter, Marte (Luna), Venus, Saturno, Mercurio (Sol). Se ven además varias estrellas dentro del anillo, las aves vuelan hacia lo alto, los peces nadan en el nivel inferior y los animales terrestres corren y se cobijan entre los árboles, en el centro, y también Adán y Eva.

El Creador domina en la parte superior, revestido á la usanza de los emperadores, de barba muy larga y en actitud de bendecir, y colocado bajo un arco rebajado, asistido de ángeles que se extienden á ambos lados entre otros medios arcos que se apoyan á manera de arbotantes sobre los cubos superpuestos á los capiteles de las columnas en que el primero se apoya. Abajo otros ángeles, todos vestidos de largos ropajes, sostienen la Creación.

En la segunda sección vése representado el bautismo de Jesucristo. Angeles guardan las vestiduras del Sal-

vador. Tanto Jesús como el Bautista tienen nimbo. El del segundo, rayado dentro á modo de concha. Arriba está la imagen del Padre entre nubes, después el Espíritu Santo, Jeremías é Isaías en los extremos: y en el centro San Pedro y San Andrés.

Ya estarán en Roma ambas telas. Han sido vendidas á muy bajo precio, por quien se dedica á comerciar con tan admirables prendas sin comprender su mérito y su valor.

Bien están los tapices en Roma; así, son para el estudio de todos los artistas, y España está de enhorabuena porque sus reyes los han entregado al supremo representante de Jesucristo.

Del mismo género que los zaragozanos de estilo italiano, se encuentra otro tapiz en la sala diez y nueve y pertenece al señor marqués de Castroserna. Se da en él sola la representación de Cristo crucificado entre los dos ladrones, sujetos con cordeles á las cruces.

En la parte inferior también se reparten, á cuchilladas, los soldados las vestiduras de Jesucristo.

Otra colección muy hermosa es la que se compone de dos piezas, y trata del Triunfo de la Santa Cruz.

Cosroes se apodera de Jerusalén y de la Cruz de Jesucristo, y dueño de ella, se coloca en un trono de riquísima construcción, presentándose á manera de Padre Eterno. La Cruz á su derecha y un gallo á la izquierda, trata de que los suyos le tomen como la primera persona de la Santísima Trinidad.

Entregado el mando de su reino á su hijo, éste es derrotado, y entonces Heraclio le lanza del trono (aquí empieza el segundo tapiz), y aparece el tronco de Cosroes al pie, mientras que el gallo, desde la parte alta, le mira á medio ojo. Heraclio, dueño de la Cruz, la lleva en triunfo á Jerusalén; pero como iba con toda la pompa real, fué preciso que se despojara de las insignias reales y vistiera humilde saco. Así pudo entrar en donde la Cruz debía ser colocada.

Numerosas inscripciones exponen el argumento.

Se hallan estas telas algo deterioradas, y, sobre todo, el color ha perdido bastante de su viveza. Pero á pesar de todo, son telas interesantísimas dentro de la historia del arte.

En esta clase de objetos que pertenecen al siglo xv, no hemos visto hasta ahora más que argumentos del Antiguo y Nuevo Testamento, y de la historia eclesiástica.

Después de lo tocante á Grecia y Roma, también la ciencia tiene su representación, y por cierto dentro del dominio de la Astronomía.

Toledo, que tanta preciosidad, aunque no muchas en número, ha remitido á la Exposición, es también la poseedora del tejido al que hago referencia. Está expuesto en la sala VI. La primera potencia y la agilidad primera mediata é inmediata, ponen al mundo en movimiento por medio de un manubrio. Atlas le sostiene, Virgilio, Abrachis, la Geometría, la Aritmética, etc., presencian el girar del mun-

do. Las constelaciones, cada una tiene su propia representación. Merece un estudio muy detenido de parte de quienes se dedican á la historia de las ciencias.

El artista también encontrará detalles de gran valor, y, sobre todo, en la figura que viste transparente gasa.

Yo quisiera haber encerrado en un artículo todo cuanto á la tapicería corresponde. Es imposible. De todos modos, he de contenerme entre tres ó cuatro artículos para toda la síntesis de la Exposición europea, pues como el lector conoce, más me ciño á las ideas que á su explicación.

No quiero terminar el artículo primero sin reconocer lo que mi amigo, el escultor Sax, me había recomendado. El citado artista y compatriota, que conoce muy bien el origen y hasta el modo de ser hecho el bordado que reproduce el cuadro del artista español Pradilla, me había encargado, al ver y estudiar la Exposición que no dejara de fijarme en tal obra, si era cierto que en las salas de la Exposición se hallaba, según noticias que tenía.

Le he visto. Le he examinado, y la obra revela ser de una mano maestra. Con razón me decía: «Es una obra única en su clase.» Lo confieso. Supongo que el gobierno español pondrá de su parte cuanto posible fuere para que figure en la Exposición de Chicago. Allí también llamaría la atención de un modo admirable. Pero en España se suele hacer poco caso de lo que no es política doméstica.—NICOLAO.

San Petersburgo 12 de Febrero de 1893.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

Clausura temporal de la Exposición Americana.—Banquete oficial de despedida.—Discursos.—Saludo á las carabelas.—Medallas.—La tarea de Ruth.—Espigas filipinas é indias.—Entre col y col...—Sellos.—Clamor universal.—Monumento polígloto.—Sentencia del Centenario anterior.—Libros.—Mr. Harrisse en acción.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS.

Es esta la de vámonos? Parece que lo indican los salones de la Exposición Americana de Recoletos, pocos días ha tan galanos, ahora reservados á los obreros que empaquetan y encajonan objetos de los escaparates, separando los destinados á Chicago y los que tomarán en dispersión otras rutas; sin embargo, ni es definitiva la clausura, ni todas las colecciones salen del edificio en que han lucido. Otras de diversa procedencia reemplazarán en parte á las primeras, continuando á vista del público las de la Exposición histórico-europea, mientras el cambio se verifica, y si bien

«volverán las oscuras golondrinas»,

con aquellas sensibles diferencias que nuestro poeta notaba, volverán ciertamente á franquear las puertas de la

planta baja del palacio, en la estación primaveral, que haga soportable su temperatura.

El 2 de Febrero invitó la Junta directiva del Centenario á los delegados americanos á un banquete de despedida, que elocuentemente sintetizó, presidiendo, el ministro de Fomento, señor Moret. Todos los presentes respondieron con expresiones de afecto, que daban á la reunión agradabilísimo espíritu de familia, y el único que en lengua española no lo hizo, el almirante Luce, representante de los Estados Unidos de América, terminó notable discurso con estas palabras:

«Las tres carabelas de Colón, navegando por desconocidos mares, llegaron un día á las costas vírgenes de un Nuevo Mundo. Las tres carabelas que bien pronto saldrán de tierra de España, descubrirán otro mundo también, pero no como el que maravillaba al

navegante genovés. Los intrépidos marineros españoles verán en él la febril actividad, la energía y el espíritu emprendedor de un pueblo, cuyo rápido progreso y extraordinario desenvolvimiento, más que realidad parecen fabulosos cuentos.

»Esas tres navecillas, á semejanza de las que condujo el genio de Colón, descubrirán para España un nuevo mundo industrial, y establecerán con él cambio de ideas é intereses, tan beneficioso bajo el punto de vista material, como sólido y duradero bajo el punto de vista de las relaciones morales entre ambas naciones.»

Por consecuencias finales ha hecho el Jurado la designación de recompensas, reservando para los gobiernos el diploma de honor, pero sin escatimar los otros á las corporaciones ni á los particulares que tan merecida tienen la significación de aprecio, y separadamente se ha distribuido la medalla de conmemoración, obra artística del señor Maura, premiada en concurso y dada á conocer por los periódicos ilustrados. Tiene setenta milímetros de diámetro: en el anverso, Colón, sobre el alcazar de la *Santa María*, muestra la tierra que en el horizonte se descubre, á los tripulantes conmovidos: la leyenda, alrededor, en letra gótica, dice: *Cristóbal Colón descubrió el Nuevo Mundo el doce de Octubre de mil cuatrocientos noventa y dos, reinando en Castilla y Aragón Doña Isabel y Don Fernando*. En el reverso, los reyes Católicos en pie, bajo el dosel del trono, reciben al navegante que les presenta las pri-

micias de las Indias Occidentales. En el exergo se lee: *Cuarto Centenario. M.dccc.xciii*. B. Maura. Madrid, 1892.

Asimismo ha repartido el municipio de Barcelona su medalla recordatoria, de igual diámetro que la anterior, pero de más complicado dibujo. El anverso presenta dentro de una corona de laurel el busto del Almirante, la cabeza descubierta, mirando á su izquierda. El espacio que queda entre el laurel y la gráfila ofrece, en cuatro divisiones, la representación de Colón en la Rábida, ante la junta de Salamanca, en el acto de tomar posesión de la tierra nueva y al llegar á Barcelona. Entre los cuatro cuadros, tres matronas sentadas figurando á Castilla, León y Aragón, y el escudo de armas de Barcelona. Arriba dice: *Barcelona á Colón*; abajo la firma, Arnau, M.º El reverso es igualmente nutrido: una matrona con corona mural, en pie sobre las gradas de las columnas de Hércules, tiene en la diestra mano el pendón real y alarga con la izquierda un ramo de laurel. Se ve á su derecha el león de España; en el fondo Montjuich y el obelisco erigido al Descubridor; repartidas las leyendas, *IV Centenario del descubrimiento de las Américas*. — *Al gran navegante MDCCCXCIII*, y las firmas Arnau, ft. y Solá y Camats gbo. Castells.

Cerrada la Exposición, la tarea del cronista del Centenario ha de parecerse á la de Ruth, cuando buscaba en la heredad de Booz las espigas olvidadas por los segadores, saltando de surco en surco. En uno de los más lejanos,

al Oriente, se ha recogido sazónada y repleta la que tiene por nombre *Paralelo entre la conquista y dominación de América y el descubrimiento y pacificación de Filipinas*, por el P. Fr. Evaristo Fernández Arias, del sagrado Orden de Predicadores, catedrático de la Universidad de Santo Tomás de Manila, ex Prior del convento de Santo Domingo de la misma ciudad. Memoria laureada en el certamen celebrado en la capital de Filipinas con motivo de la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América.

Agotadas cuatro ediciones en el archipiélago, ha hecho á su costa y sin permiso del autor, una de cien ejemplares, muy elegante, D. W. E. Retana (1), para obsequiar á personas que los han de tener en gran estima, porque abraza el paralelo las diferencias esenciales que entre el sistema de colonización de los españoles y el de otros pueblos descubre el examen.

Por el opuesto hemisferio encuentra el rebuscador un *Montevideo-Colón*, número único publicado por la Comisión del centenario con esplendidez como alarde de las bellas artes reunidas (2) y á la otra margen del Plata *Los Dominicanos y Colón, homenaje de los Dominicanos de Buenos Aires al descubridor de América*, formado por el laborioso señor R. Monner Sans (3) que antes di-

(1) Madrid, Viuda de M. Minuesa, 4.º, 62 páginas.

(2) Montevideo. Imp. de *El siglo ilustrado*, 12 Octubre 1892, gran folio, 126 págs. grabados, fototipia, música, etc.

(3) Buenos Aires. Imp. «La Argentina», 8.º 59 páginas.

rigió un número ilustrado semejante al de Montevideo.

Una de las repúblicas de América Central hace la descripción de su territorio como parte de los que exploró por sí mismo el navegante genovés, que lo creía diez jornadas distante del Ganges, reproduciendo tipos de indios guatusos, de Talamanca y de Cartago que conservan los rasgos observados por los descubridores (1), mientras en las contiguas se rinde culto á la poesía (2).

En Cuba suena todavía la lira inspirada por el genio del marinero (3) y por manos juveniles pulsada con entusiasmo. Academia poética semejante á la que celebraron en Chamartín de la Rosa los alumnos del Colegio de Jesuitas, tuvieron en la Habana los de allá, y han superado á sus compañeros en el programa y publicación de la ofrenda, en tomo lujoso, titulado *Corona poética que á la eterna memoria del gran Cristóbal Colón ofrecen en el IV Centenario del descubrimiento de América los alumnos del real Colegio de Be-*

(1) *Geografía de Costa Rica*, por Francisco Moreno Barrantes, obra escrita por comisión del gobierno de la República para las Exposiciones Histórico-Americana de Madrid y Universal de Chicago. Barcelona, tip. de José Cunil Sala, 1892, 4.º, 250 páginas, con grabados.

(2) *Cristóbal Colón*, poema por José Joaquín Casas. Bogotá, 1892.

A Colón en el cuarto Centenario del descubrimiento de América (poesía), por Samuel Velázquez. Medellín, 1892.

(3) *A Cristóbal Colón, Oda*, por D. Francisco de Más y Otzet. Santiago de Cuba, 12 de Octubre de 1892.

lén (1). Al prólogo y discurso preliminar, dirigido al capitán general de la isla, que presidió la fiesta, siguen tres partes: Colón en Europa; Colón en el mar; Colón en América, con las siguientes composiciones:

Primera parte.—El sueño de Colón.—Colón en la Rábida.—Columbus in Seville. A tradición.—Colón en Salamanca, fragmento épico.—Colón é Isabel.

Segunda parte.—Mundu berrira; Agur España. (Vascuence.)—Al partir de Palos.—As carabelas. (Gallego).—Dolci ricordi della patria.—Trois jours encore.—Tierra.

Tercera parte.—Colón y América.—Colón y Cuba.—Prima Hostia. (Latín.)—A las cenizas de Colón. (Catalán.)—Von Kof zu Kof.—Ante el sepulcro de Colón. (Griego).—Plus ultra. (Castellano.)—Epílogo. (Castellano.)

Forman á continuación corona epigráfica, trece inscripciones latinas que adornaron el local de la Academia y describese por final la corona artística

(1) Habana, Imp. «La Universal», 1892, 4.º, 113 págs., portada con oro y colores.

Cuba á Colón. Publicación consagrada á conmemorar en la Gran Antilla el cuarto centenario del descubrimiento de América. Habana, 12 de Octubre de 1892, folio 16 págs., en prosa y verso. Dirigida por el Sr. Novo, editada por los Sres. Torroella y López.

El regreso de Colón, cuadro histórico dramático en un acto y en verso, original de D. Manuel María Sama. Escrito expresamente para la gran velada que en honor de Colón celebró el Casino de Mayagüez el 12 de Octubre de 1892, para conmemorar el cuarto Centenario del descubrimiento de América. Mayagüez. Tip. Comercial.

que los mismos alumnos dedicaron al genio enaltecido. Consta de dos ramas de laurel, altas de 1^m, 60, arqueadas y entrelazadas por el pie con un hermoso rosetón de plata, teniendo éste en el centro el escudo de armas de la Compañía de Jesús, de oro. Arrancan del tronco del ramo, en grupos de á cinco, las hojas y bayas correspondientes, siendo de oro los cuatro primeros grupos, mas todas las hojas del centro en los grupos restantes: el peso total es de siete libras. Cada hoja, primorosamente cincelada, lleva escrito el nombre de un alumno, y en el lazo que une las dos ramas se lee: *Al inmortal Cristóbal Colón, en el IV centenario del descubrimiento de América, el Real Colegio de Belén.* Se depositará en el mausoleo comenzado en la catedral.

He visto anunciada otra obra infantil que podrá ser la misma indicada en la crónica anterior, pero el título difiere; el de ésta es *Historia de Colón, por los autorcillos de escrituras libres, niños de nueve á doce años, educandos de Angel Bueno.* Madrid, 1892, 8.º mayor, con retratos, láminas y dibujos en el texto, por los mismos autorcillos.

No por esta dislocación dejemos todavía á las Indias de Occidente; quedan por señalar ofrendas del gobierno de Méjico (1) y de la Universidad de

(1) *Obras históricas de D. Fernando de Alva Ixtlilxochitl, publicadas y anotadas por Alfredo Chavero. Se hace esta edición por acuerdo del señor Presidente, general Porfirio Díaz, para presentarla como un homenaje de Méjico á Cristóbal Colón en el cuarto Centenario del descubri-*

Santiago de Chile (1), aparte de la de una Sociedad de los Estados Unidos que al quemar incienso al héroe de los mares no desperdicia la ocasión de recomendar sus intereses. El *Boletín de la Mutua, compañía de seguros sobre la vida*, periódico ilustrado de Nueva York, ha destinado, como cualquier otro, un número excepcional al descubridor de aquella tierra, intercalando entre elogios en prosa ó verso, á la par de retratos y pensamientos, música ó fototipia, liquidaciones, certificados y avisos de que será inmortal, como Colón, cualquiera que asegure su vida en las oficinas de la compañía.

La Dirección general de Correos de los Estados Unidos ordenó oportunamente la estampación de tres mil millones de sellos colombinos que han de circular durante el año. Un periódico de aquella república los describe de este modo:

Un centavo.—«Colón al divisar tie-

miento de América. México, tip. de la Secretaría de Fomento, 1891-92, dos tomos 4.º.

Discurso y poesía leídos en la inauguración del monumento erigido en Méjico á Cristóbal Colón por la Junta Colombina, nombrada por el señor Presidente de la República para organizar la participación de Méjico en la Exposición de Madrid. Autor del discurso, el Ldo. D. Joaquín Baranda, y de la poesía D. Justo Sierra. Méjico, imp. de F. Díaz de León.

La Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán, por D. Andrés Lamas. *Revista Latino-americana.* Méjico, 15 Enero 1893.

(1) *Anales de la Universidad de Chile.* Número extraordinario para conmemorar el cuarto Centenario del descubrimiento de América. Santiago, imp. Cervantes, 1892. Sobresale un estudio de D. Diego Barros Arana: *El Proyecto de canonizar á Colón.*

rra.» Tomado de un cuadro de William H. Powell. A la izquierda, una india con su hijo, y á la derecha un indio con plumas y adornos en la cabeza. Color azul.

Dos centavos.—«Desembarco de Colón.» De un cuadro de Vanderlyn que está en la rotonda del Capitolio de Washington. Color marrón.

Tres centavos.—«Carabela de Colón.» La *Santa María* en medio del Océano, de un grabado español. Color verde claro.

Cuatro centavos.—«Flota de Colón.» Las tres carabelas *Santa María*, *Pinta* y *Niña*, tomado de un grabado español. Color azul marino.

Cinco centavos.—«Colón pidiendo ayuda á la reina Isabel.» De un cuadro de Brozik que está en el Museo Metropolitano de Artes. Color chocolate oscuro.

Seis centavos.—«Llegada de Colón á Barcelona.» De uno de los entrepaños de las puertas de bronce del Capitolio de Washington. A cada lado hay una hornacina, en una de las cuales está una estatua de Fernando el Católico y en la otra una de Boabdil. Color púrpura real.

Diez centavos.—«Colón presentando á los naturales del país descubierto.» De una pintura de Luigi Gregori, que está en la Universidad de Notre Dame, en South Bend (Indiana). Color castaño oscuro.

Quince centavos.—«Colón anunciando su descubrimiento.» De un cuadro de Balaca, existente en la actualidad en Madrid. Color verde oscuro.

Treinta centavos.—«Colón en la Rábida.» De una pintura de R. Maso. Color siena oscuro.

Cincuenta centavos.—«La llamada de Colón.» De un cuadro de A. G. Heaton, en el Capitolio de Washington. Color azul carbón.

Un peso.—«La reina Isabel empeñando sus joyas.» De una pintura de Muñoz Degrain, existente en Madrid. Color rosa salmón.

Dos pesos.—«Colón encadenado.» De un cuadro de Lentze, que está en Providence (Rhode Island). Color rojo mineral.

Tres pesos.—«Colón describiendo su tercer viaje.» De un cuadro de Francisco Jover. Color amarillo verdoso.

Cuatro pesos.—«Retratos en círculos de Isabel y de Colón.» Color carmín.

Cinco pesos.—«Perfil de la cabeza de Colón.» El perfil está en un círculo, á cuya derecha se vé América representada por una india con una corona de plumas, y á cuya izquierda figura la Libertad. Color negro.

En la patria del Almirante ha aparecido un Album de alabanzas entonadas en el Universo; una colección á que han contribuido poetas y artistas, ejercitando no ya solo las lenguas vivas, comprendidas las orientales, árabe, hebreo, chino, japonés, mahrata, armenio, sirio, persa, bengalí, sino también las muertas, sin olvido del sanscrito, del asirio cuneiforme y del egipcio geroglífico; un ramillete colosal de pensamientos en que sólo se echarán de menos los idiomas americanos; algún que otro soneto en otomí,

en quichua, en maia, que parangonar con la admirable composición del ilustre Mahamahopadhyaya Kaviraga Syamaladasa, poeta cesáreo de la corte del rey de Udaipur, ó con la profunda sentencia, escrita con los caracteres que usaba Nabucodonosor, por el doctor Bruto Telani, de la Biblioteca Laurenciana de Florencia, y que se sirve traducir así:

«Quien recorre el camino del sol esplendente es seguido por la sombra; los calumniadores van al lado de todo el que busca la gloria.»

Por lo demás, aunque no falten en el monumento polígloto erigido *per cura* de Angel de Gubernatis y de Cecilio Vallardi (1) conceptos *sobrados*, entre las 708 composiciones á que asciende el total, las hay realmente notables, correspondiendo al crédito de los firmantes. Entre los españoles figuran D. Carlos de Borbón y D. Manuel Ruíz Zorrilla, Castelar y Campoamor; Valera y Núñez de Arce; Zorrilla, el vate llorado, Melchor de Palau y el rector de la Universidad de Salamanca, que juntamente con los decanos ha querido dé la vuelta al mundo la famosa inscripción de San Esteban, enviando trasunto. Sensible es que á ninguno haya ocurrido copiar también como recuerdo de impresiones del Centenario anterior, las del duque de Almodóvar:

«Deben conservarse intactos los laureles de Colón, pero no se han de añar»

(1) Milán, Vallardi, 1892; 4.º mayor, 406 páginas.

dir á éstos los que no le toquen, robándolos á otros beneméritos (1).

Mons. Rocco Cochia, obispo que fué de Santo Domingo, ha dado á la estampa nueva explicación de sus actos en el descubrimiento de los restos que olvidados estaban en la catedral con tantas inscripciones por fuera y por dentro de la caja, y con aquella bala que por sí sola acreditaba al contenido. Es de presumir sea esta obra la que en manuscrito ofreció al municipio de Génova al empezar las fiestas (2).

Se ha impreso también en Italia un libro de estudio, el de los primeros pasos de la ciencia náutica (3), interesante para formar juicio de los elementos con que iban á penetrar en el mar desconocido los tripulantes de las carabelas; pero no es italiano el autor: el Sr. Gelcich dirige la escuela náutica imperial austriaca de Lussimpiccolo, y este trabajo es continuación de muchos de investigación científica.

Al mismo orden de ideas pertenece la *Monografía de una carta hidrográfica del mallorquín Gabriel de Valseca* (1439), por D. José Gómez Imaz, capitán de

(1) *Historia política de los establecimientos ultramarinos de las naciones europeas*, por Eduardo Malo de Luque, tomo v. Madrid, por Antonio Sancha, 1790. Pág. 115.

(2) *Cristoforo Colombo e le sue ceneri*. Chieti, 1892, 8.º, xvi; 376 páginas.

Es de citar entre estas obras *I tre celebri navigatori italiani del secolo decimosesto* (Colón, Vespucci, Doria), dal Sig. Giuseppe Civelli. Roma, 1892, 4.º, 69 páginas.

(3) *I primi passi della scienza nautica*, per Eugenio Gelcich, direttore dell' I. R. scuola nautica di Lussimpiccolo. Roma, 1892, 8.º, 90 págs.

navío, jefe de la Comisión hidrográfica de España (1), trabajo serio que honra al autor y á la marina en que sirve, sobresaliendo entre los pocos que se ocupan aún de la conmemoración.

Uno de ellos aboga por la naturaleza de Colón en Cogoletto, conforme con los datos aducidos por Paolo Interiano (2); otro censura, si con viveza, justamente, los dislates piadosos enderezados á Colón por D. León Carbonero y Sol (3); un tercero excomulga á la comisión creada por el ministerio de Marina, «que ha procedido con poco ó ningún acierto construyendo la *Santa María*, en el supuesto de que fuera una verdadera nao, según expresa la Memoria oficial». Se equivocó Colón, sin duda, en el Diario; los Reyes Católicos se equivocaron en la redacción de su Cédula á Juan de la Cosa; yerra el Sr. Torres Asensio al traducir las *Décadas* de Pedro Mártir, y no es mucho, porque Pedro Mártir hubo de equivocarse también al establecer diferencias entre las naves de la escuadrilla descubridora, diciendo que era una de ellas *onerarium... alia dua... quæ ab hispanis caravelæ vocantur*... Seguirá, pues, en

(1) Madrid, tip. de R. Alvarez, 1892, 4.º, 111 págs. Memoria dedicada por la Dirección de Hidrografía al IV Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.

(2) *¿Colón fué el verdadero descubridor de América? ¿Dónde nació?* Por D. J. Brunet y Bellet. Barcelona, *L'Avenc*, 1892.

(3) *Homenaje á Cristóbal Colón... por cuenta y á costa ajena. D. Fernando Colón, ¿hijo natural ó legítimo?* (Polémica.) Por D. J. López Valdemoro, conde de las Navas. Madrid, Ginés Hernández, 1892, 8.º, 26 págs.

error cualquiera que no conciba y declare por ende que tan carabela era la *Santa María* como las otras; así parece al Sr. D. Pelayo Alcalá Galiano, autor del opúsculo (1), y aunque exprese en el exordio que ninguna autoridad tiene, y adelante refiera la vacilación en que le ha puesto la idea de que pocas veces segundas partes fueron buenas, ha de entenderse que aquello es modestia, y que esta segunda es digna de la parte primera. Lo único sensible es que reserve, en este instructivo trabajo, cómo debió proceder la Comisión arqueológica para cumplir satisfactoriamente su cometido; la enmienda de los planos sería útil.

Despréndese del opúsculo, que el autor ha tenido la fortuna de encontrar la *Historia del Almirante D. Cristóbal Colón* escrita por su hijo D. Fernando (descubrimiento importantísimo que le hará acreedor al reconocimiento de los bibliógrafos), pues en la demostración filológica que intenta, o pone á las palabras de mano propia del P. Las Casas, *las propias de Colón relativas al mismo hecho*, y no cabe admitir que, mostrándose tan escrupuloso en la traducción que de Pedro Mártir ha hecho el señor Torres Asensio, diera sin más ni más por *propias de Colón* las que tradujo Barcia de la traducción hecha por Ulloa de un manuscrito que nadie ha

(1) *Nuevas consideraciones sobre las carabelas de Colón*, por D. Pelayo Alcalá Galiano, brigadier de infantería de marina. Madrid, 1893, tip. de Ricardo Alvarez, 8.º, 33 páginas.

visto y cuya legitimidad y aun existencia se ponen en duda.

Pasando á otra cosa, tampoco hace gran bulto la recolección de espigas en Francia, reducida á folletos de impresiones ó de asuntos en otra forma tratados anteriormente (1). Por dicha atrae, como siempre, la atención, la firma de Mr. H. Harrisse, en nuevo artículo crítico presentado á guisa de intermedio mientras sale el de los académicos.

Bien hice al rechazar indignado los ataques feroces de la maledicencia, previniendo al propio tiempo escozores de personas que pudieran sentirse lastimadas (2): el insigne literato americano ha encontrado al fin, en España, algo que elogiar, en los *Autógrafos de Cristóbal Colón y papeles de América*, publicados por la duquesa de Berwick y Alba, condesa de Siruela (3). Verdad

(1) *La commémoration de Christophe Colomb en Italie et en Espagne*, par M. Ludovic Drapeyron. París, 1893, 8.º

Les Colomb au service de la France, par le V.º O. de Poli. París, 1892, 8.º, 71 págs.

Christophe Colomb. Discours prononcé á la Cathédrale de Rouen, le 12 Octobre, 1892, par le R. P. Didon. París, 1892, 28 págs.

Amériques, Amérigho Vespucci et Amérique, par Jules Marcou. París, 1892, 8.º, 56 páginas.

En la isla de San Miguel ha aparecido *Os Açores a Colombo (Livro do centenario de Colombo no archipelago açoriano)*, publicado sob a direcção de Joaquin de Araujo e Gabriel d'Almeida. Tip. editora do *Campeao popular*. Ponta Delgada, 1892, fol., 39 págs.

(2) *La ciencia del Sr. Pinheiro Chagas y la arrogancia del Sr. Harrisse*, por D. Luis Vidart, *La Ilustración nacional*, 26 de Diciembre de 1892 y 6 de Enero de 1893.

(3) De este libro dió cuenta con elogio LA ESPAÑA MODERNA, volumen de Octubre 1892.

es que tiene por delante averiguado haber recibido la autora del libro educación en el extranjero, formándose en la sociedad de hombres científicos de Francia, de Alemania y de Italia, sin lo cual la belleza, la distinción, la cuna, no la dieran, ni la aptitud ni las excepcionales aficiones que ilustra en este país, tan escasamente ilustrado; más sea como se quiera, no pudiendo disputarse que española es, resulta que ha formado, impreso y generosamente distribuido más de un libro de interés histórico, y que el de los autógrafos de Colón que existen en el archivo de su noble casa tanto vale, que en opinión del sabio Mr. Harrisse libraré hasta cierto punto á los académicos, á los políticos, á los periodistas y á la nación en conjunto, del espantoso ridículo á que la condenaban los demás escritos del Centenario.

Tanto se necesitaba para que el ocupado censor emitiera juicio de la obra de una dama que ni es académica ni conferenciante del Ateneo siquiera, y para que en la obligación ineludible de iluminar la historia colombina, hiciera conocer al mundo un dato más de viceversa: *Il incombait à la REVUE HISTORIQUE de le signaler* (1).

Cuéntanos, por antecedente de no menos interés, «que cuando se ocupaba benévolamente y con candor sin ejem-

(1) Henry Harrisse: *Autographes de Christophe Colomb récemment découverts*, *Revue historique*. París, Janvier-Février, 1893, páginas 44-64.

plo (1) en preparar un *Corpus* de documentos para la Comisión real italiana», no existían más de veinte y tres autógrafos del Almirante, número que, gracias á la duquesa de Alba, se ha aumentado en un más de un tercio, y esto por de pronto parece indicar que ha prescindido de los servicios del insigne y benévolo crítico aquella comisión, desconociendo los verdaderos intereses del asunto, porque mucho será que sin su dirección ó concurso al menos, logre hacer cosa de provecho.

¡Cómo ha de ser! Consuélese el señor Harrisse mostrando hasta dónde conoce las vicisitudes de los papeles y de los restos mortales del descubridor de las Indias, prestando al libro de la condesa de Siruela adornos de precio sacados de su erudición, antes de examinar los documentos nuevos, que son campo más extenso para las galas de aquélla. Así, desde el primero, adivina y suple la fecha olvidada; descubre que Colón tenía por nulo el tratado de Tordesillas, por haberse ajustado entre las coronas de Castilla y Portugal sin su intervención y consentimiento; que los privilegios le daban derecho á la mitad y algo más (0,55) de las utilidades obtenidas en las Indias; que en nueve meses del año 1499 al 1500 percibió unos 17.228 francos con valor diez á doce veces mayor del que tiene actualmente el oro, de forma que excedió á 200.000 francos su renta.

Admiran y encantan las interpreta-

(1) *Bénévolement et avec une naïveté à nulle autre pareille*, pág. 46.

ciones y aclaraciones que el entendido colombista da á cada párrafo oscuro. De este modo es como se aprecian los diplomas, no á la manera que la Academia de la Historia ha publicado el tomo primero de pleitos de Colón, sin notas, aunque acaso (piensa el señor Harrise) valga más que no las tenga, no sabiendo con ellas enseñar.

Un fragmento de carta de Miguel Muliarte, reproducido en la colección de la duquesa, ofrece al candoroso analítico oportunidad de poner en acción las obras de misericordia, y lo hace con la mejor voluntad, trayendo á colación otro documento en que la mujer de Muliarte, cuñada de Colón, se menciona.

«Briolanja Muñiz se llamaba (dice) (1) y no Violante, como escribe M. Duro, el especialista de la Academia de la Historia que, no buscando nunca los orígenes, sigue servilmente la copia, clara, pero adulterada, de Vargas Ponce, lo cual es fácil. El texto de que yo me sirvo es del Archivo de Indias (aquí la signatura), y el nombre está corroborado en el testamento que otorgó Diego Colón en 1509, donde se lee: *á mi tía Brigulaga Moniz.*»

Es asunto de suma gravedad: ¡un académico que escribe un nombre por otro, siquiera sea copiando á Vargas Ponce... y que no se toma la molestia de acudir á las fuentes!

Con sólo la de volver la hoja del libro en que el Sr. Harrise ha encontrado el cuerpo del delito (2), observaría

(él, víctima de plagiarios) que allí se encuentran las observaciones que ahora le ocurren respecto al conuñado del Virrey, y que también se nota estar escrito el nombre de la mujer en el testamento de D. Diego Colón que publicó el Sr. Harrise, y en la instrucción que dejó el Almirante á su hijo, con las variantes Brigulaga, Briolanja, Violenta y Violante, variantes familiares portuguesas que corresponden á un solo nombre como en castellano corresponden al mismo las de Yolant y Yolanda. Observaría de paso, á favor del profundo conocimiento que en nuestro idioma y en nuestra paleografía le distinguen, que su lección benévola asciende á la categoría de *plancha*, si bien prueba que los escritos del referido académico son *buenos para el carnero*, usando de la frase del archivero antiguo de la casa de Alba, que con tanta exactitud interpreta el abogado norte americano, por *buenos para echar al canasto* (panier).

Buscando, por rareza, orígenes, el especialista de la Academia de la Historia ha encontrado que en las crónicas manuscritas del bufón del emperador Carlos V, Francesillo de Zúñiga, hay notable diferencia con la impresa en la Colección de autores españoles de Rivadeneyra. En esta se lee: «ruego á Dios que Gutiérrez no carezca de papel, porque escribe más que Ptolomeo y que Colón, *el que descubrió las Indias*», frase tan del gusto de Mr. Harrise, que, á fuerza de repetirla, como en el artículo de la *Revue historique*, por vez última, nos ha hecho creer proverbial la

(1) Página 57.

(2) *Nebulosa de Colón*, págs. 22 al 24.

fecundidad de la pluma de D. Cristóbal. En los códices consultados sólo dice: «*escribe más que Ptolomeo y que Colón*», y la omisión del resto, evidentemente añadido, hace entender que Francesillo, tan dado á los símiles y tan exacto en ellos, aludía á su contemporáneo don Diego Colón, el picapleitos; al que consumía resmas y resmas de papel en memoriales ajustados y sin ajustar, en pedimentos, agravios, consultas, misivas; al que aburrió á los tribunales y á la corte con la persistencia de gestiones que duraron tanto como su vida, y más.

El autor de la *Vetustissima* se encuentra en su verdadero elemento al tropezar en el libro de la duquesa con privilegio impreso, pieza única cuya existencia no sospechó ningún bibliógrafo. Las señoras, por ilustradas que sean, no sirven para considerar con el detenimiento necesario estas joyas de la imprenta, y no es de extrañar que la Excma. Doña Rosario no se cuidara de mirar el papel al trasluz. Gracias á la benevolencia de Mr. HARRISSE y al cuidado del amigo á quien encomendó la comisión, está subsanada la falta, descubriendo (no es grano de anís) que la marca de fábrica del papel consiste en una mano abierta, sin manga, con flor de cinco pétalos en prolongación del dedo medio. La marca es abundantísima en el tiempo. Al lado de esta mano y de esta flor poco importa el asiento de haberse expedido el privilegio *sin chancillería y sin derechos por mandado de sus Altezas*, siquiera muestre las consideraciones que á los

Reyes Católicos merecía el Almirante.

¡Con que discernimiento penetra nuestro crítico que Ojeda y Roldán hubieron de ponerse de acuerdo para conspirar contra el Virrey! ¡Con qué claridad ve que Berardi fué reembolsado de las sumas que aprontó por el octavo correspondiente á D. Cristóbal! ¡Y cómo resuelve que puede ser veraz y efectiva la relación del viaje de Vespucci en 1497-98! Para leído con admiración, no para extractado, es todo esto, que rasga las tinieblas de la historia.

Pero si no de lo que dice, buena por curiosidad será alguna indicación de lo que calla el aprovechado Mr. HARRISSE al describir y juzgar el libro fructífero. En su página 39 se halla la carta de SS. AA. para Bobadilla, y al pie sigue:

«En xv días del mes de Setiembre de MD. años se noteficó esta cédula de sus Altezas originalmente en faz e presencia del señor Almirante. Testigos, Pero Lopez Galindez e Francisco Velazquez e Sebastian Docampo e Juan Perez de Najar e otros muchos.

»El señor Almirante respondió que él tiene cartas de sus Altezas al contrario desta; por ende, que pide por merced al señor Comendador e requiere le guarde las dichas cartas... Testigos los dichos.»

El documento es capital: confirma plenamente la actitud de que los frailes Franciscanos dieron cuenta en sus cartas á Fr. Francisco de Cisneros; no obstante, ha debido considerarlo el señor HARRISSE como papel de los *buenos*

para el carnero; pues que lo pasa en claro cual si no existiera, y como quiere que en anteriores artículos ha sostenido haber sido encadenado Colón sin oírle ni aun verle, y haber sufrido dos meses en un calabozo; como ha increpado duramente á los que en el Ateneo examinaron el proceder del commendador infamado, resalta la buena fe, la sencillez (*naïveté*) con que persigue el hombre de ley á la verdad histórica y el desembarazo con que ejercita la crítica *mississippiana*.

A fe que del libro de la Duquesa hay pocos ejemplares, y no todos los afortunados que los poseen se paran en menudencias. Aténganse á lo que Mr. Harrisse les dice.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Oriente.—Dramas dinásticos en Servia y en Rumanía.—Política central europea.—El istmo de Panamá en Francia.—Escandaloso camino tomado para el atajo y cura de tantos males.—Gentes heridas.—El Panamá italiano.—Los conflictos que sus últimas publicaciones han traído al ilustre publicista Bonghi con el gobierno y con la corte.—La ley referente á Irlanda en el Congreso británico.—Gloria de Gladstone.—Grandeza moral de las ceremonias últimamente celebradas en el Vaticano.—Conclusión.

Empecemos nuestra crónica internacional por Oriente, donde han sucedido catástrofes naturales que han amenazado con tronchar Zante la hermosísima, esa flor de Grecia. Junto á estas catástrofes del Universo, desarróllanse por allí dramas domésticos, trascendentes desde su relativa modestia y pequeñez á toda la humanidad. Hace poco se hablaba mucho de las aventuras del rey Milano y del dolor de la reina Natalia, reinantes uno y otro sobre la vieja Servia. Desde los tiempos de Catalina y Enrique VIII jamás habíase vuelto á ver entre monarcas un matrimonio tan mal avenido y un divorcio tan escandaloso. Algo repulsivo el rey, mientras la reina muy atractiva, todos los buenos corazones habíanse inclinado á ésta, y sentido grande indignación á las complacencias serviles de un clero que autorizaba conyugal separación por ningún motivo civil ó canónico autorizada, y á las brutalidades de una policía que separaba violentamente la madre del hijo y perseguía como un grave crimen la primera entre todas las virtudes: el amor maternal. Llegados los dos al destierro, mientras el marido se holgaba en fiestas y recreos ó malgastando su vida, la mujer se recluía en solitario retiro á devorar sus lágrimas. Contaban y no acababan de la hermosura que distingue á la

reina, como contaban y no acababan de su caridad, reluciendo así más sus buenas obras que los destellos de sus ojos y los brillantes de sus diademas. Y aun aparte los motivos de orden privado, generadores del mutuo desvío y del oficial apartamiento entre los esposos, contábase que había Natalia sentido grave menosprecio por el Rey cuando le vió volver desdichado y roto de su guerra con Bulgaria, y añadíase que nunca pudo transigir con inclinaciones austriacas suyas, cuando ella es por la sangre de sus venas y por los compromisos naturales de sus gentes perfecta y acabada moscovita. Pero el tiempo lo crea y lo destruye todo, así como lo cambia y lo transforma: cooperador mudo y perdurable á la obra divina del Eterno. Ha debido pues cambiar la voluntad mutua de los dos esposos, cuando él abandona sus recreos parisienses y corre presuroso al retiro vacío en que vive tristísima ella, para invitarla con palabras y juramentos de todas clases á una reconciliación indispensable. No sabemos á cuál género de móviles obedece la determinación tomada, ni con cuál género de condiciones se ha hecho la reconciliación; lo que sabemos es su efectividad certificada por telegráficas comunicaciones del padre al hijo y recibidas por éste con el júbilo consiguiente, deseoso de vivir en paz y en compañía de los apar-

tados y contrarios seres á los cuales debe primero la vida y luego la corona.

Otro drama en Rumanía. Esta tierra, donde latinos orientales acampan desde los tiempos de Trajano para libertarse de sus dos plagas, el yugo musulmán de un lado y la preponderancia moscovita de otro, magüer muy republicana, se constituyó en monarquía, y magüer muy de romano abolengo, escogió monarca en ese vivero de dinastías extrañas que se llama Germania. Cinco familias alemanas proveen de reyes padres á todos los tronos, desde Bucarest hasta Lisboa, y desde Atenas hasta Sofía: la familia de los Daneses, la familia de los Coburgos, la familia de los Batembergs, la familia de los Hohenzollern, posesoras de Bulgaria, de Grecia, de Bélgica y hasta de Inglaterra. Hohenzollern es el monarca rumano, y el monarca portugués. Y á pesar de haber entrado en pueblo tan latino, el viejo latinismo no ha entrado en él, y entre gentes de sangre hispánica y romana, su flema de alemán prevalece, rubio, colorado, de mirar vaguísimo, de silencio profundo, como aquellos emperadores últimos que, llegados á la cabeza de tribus irruptoras, cogían la púrpura y el cetro de los Césares, pero no su color, no su temperamento, no su espíritu. Con poca vocación para el matrimonio, este príncipe necesitó casarse á causa de su oficio, el cual pide mujer é hijos por fuerza, bien al revés del sacerdocio católico que pide la castidad perpetua por voto irrevocable y el celibato. No buscó en la compañera de su vida y de su trono el rey, ni la hermosura, ni la riqueza, ni el abolengo; buscó un corazón de verdadera ternura y un genio de dulce poesía, como si fuese aquel un matrimonio de las almas. Carmen Sylva se trasladó desde un castillo del Rhin, pobre y antiguo, á una corte oriental de boyardos ricos, armados á guisa de albaneses, y envanecidísimos de su histórica ralea. Poetisa, literata, historiadora,

la reina, en los primeros días, reconoció que las emociones causadas por la novedad mantenían bien templados sus nervios, y la satisfacción de reinar, contentísima su alma. Pero bien pronto hubo un desequilibrio entre los ambientes de antaño y los ambientes nuevos, entre la vulgaridad irremediable del marido muy linfático y el genio de la mujer muy exaltada. Susceptible Carmen y el esposo indiferentísimo; nerviosa ella y linfático él; ella muy afluente y él muy callado; pagada ella del ideal y pagadísimo él de las realidades, la desavenencia llegó bien pronto, aunque acallada por el interés mutuo de conservar la común corona y envolverse quizá en el manto real como los bombyses en sus telarañas de seda. Pero así como entre la reina y el rey de Servia hubo una separación de cuerpos, entre la reina y el rey de Rumanía hubo una separación de almas. Necesitada Carmen de amar, el cielo vino á verla, enviándole, bajo la forma de una hija, verdadero ángel del cielo, que la sostuviera con sus alas; y en una joven, inteligente amiga, también devota de las letras, que la siguiera y acompañara en el mundo. Mas esta joven fué tentada por el demonio de las ambiciones que le mostró desde la montaña mágica de los ensueños febriles el sitio mismo por Carmen ocupado en la tierra, el trono de Rumanía. Con efecto, no habiendo tenido sucesión varonil el regio matrimonio rumano, y perdida toda esperanza de tenerla, llamóse al príncipe Hohenzollern, que subigue en edad á su hermano monarca, y se le declaró con aparatos litúrgicos sucesor de él, conjurándole á que buscara mujer de sus condiciones para cumplir el ministerio de prolongar y perpetuar la dinastía. En esta obligación se puso á buscar novia; y el ascendiente de la reina Carmen sobre su ánimo y el carácter de la joven amiga de Carmen, inteligentísima y hermosa, hicieronle fijarse con amor en ésta y preferirla entre todas las mujeres.

Mas no contaba con la huésped. Fué en este caso la nobleza territorial convenida en que nunca designarían reyes y reinas de las familias nacionales por evitar oligarquías conducentes al retroceso y guerras conducentes á la ruina. Así, mientras Carmen á su predilecta ofrecía su corona de laurel con su corona de oro, y mientras el Príncipe le daba su joven enamorado corazón, llegó la política en forma de protesta y turbó tal gozo interponiendo entre los seducidos y alucinados por tanta ilusión infranqueables vetos, contrarios á sus respectivas venturas. El tremendo trance tomó proporciones épicas. La novia estuvo casi loca en Milán y la reina casi moribunda en Venecia. El Príncipe se conformó con el destino adverso penetrado por las dolorosas enseñanzas, aprendidas en los afines y congéneres, de que un mortal destinado á reinar debe sacrificarse hasta posponer al cetro el corazón, y unirse, no con la mujer de su preferencia; con la razón de Estado. Pero estos dramas nunca se desarrollan en toda su magnitud sin promover muchos escándalos; y estos escándalos no se promueven sin que los escandalizadores caigan en ruinas y escombros al golpe de los escandalizados. La joven amiga de Carmen, ésta y su esposo, el Príncipe heredero de la corona, salieron maltrechos de tantas murmuraciones como suscitaron y de tantas calumnias como cayeron sobre sus heridas personas. No había más remedio que proveer pronto al matrimonio y cerrar así el curso de los múltiples cuentos que despedazaban el respectivo renombre de los enredados en tales incidencias enmarañadísimas, dentro de cuyas mallas iban quedándose todos presos y malheridos. Y con efecto; el matrimonio impuesto por la razón de Estado acaba hoy de celebrarse con pompa y aparato en castillo donde los Brandeburgos, aliados al imperio de Alemania, tienen uno de sus viejos hogares, en feudal y sombría mansión, cuyos salones parecen rellenos de for-

taleza, calabozos de prisión, garitas de centinela, nido de águilas alimentadas para la guerra y la conquista. El Príncipe destinado á heredar la corona de Rumanía se ha casado con una hija de los duques de Edimburgo, pertenecientes á la familia real de Inglaterra y á la familia cesárea de Rusia. La boda, en realidad, ha sido espléndida; pero los novios, al dirigirse á la capilla nupcial, han debido sentir que pisaban tiernos corazones, y ver alrededor suyo los fantasmas de bien horribles y sombríos remordimientos.

Más dejemos el Oriente, y volvámonos al resto de nuestra Europa. Las acciones y las reacciones del mundo político trascienden también al mundo económico. Los flujos y reflujos oceánicos de la riqueza desde los tiempos casi prehistóricos están simbolizados en las vacas escueltas y las vacas gordas de los libros santos. Nadó el pueblo francés en abundancias que le hicieron casi olvidarse de sus derrotas, y creyo posible lo imposible á su vara mágica de oro puro. Había, en menos prósperas condiciones económicas, prosperado el planeta, rompiendo un istmo embarazante al comercio universal y juntando las separadas aguas de vecinos mares, con todo lo que rendía servicios inapreciables al movimiento de los humanos productos. Cuando se le daba en rostro por sus émulos con la escasez de grandes hombres, respondía Francia mostrando el nuevo Hércules con el istmo de Suez roto á sus plantas y Europa puesta en contacto con Africa y con Asia, por el esfuerzo, casi mitológico, de tan hercúleas empresas. ¿Quién podía oponerse á un propósito de Francia tras tanto logro? ¿Quién podía negarle su concurso, cuando había vencido á la omnipotente Inglaterra en proyectos, que parecían privativos de este, como las comunicaciones marítimas? Cual se abrió el istmo de Suez, abríase también el istmo de Panamá. En vano mostraban los previsores é inteligentes la diferencia entre una oposición como aquella de In-

glaterra con que tropezó Lesseps en Egipto y ésta de América con que debía tropezar Lesseps en Colombia; entre un clima como el clima de Suez, á que nuestras razas mediterráneas están adaptadas, y un clima, como el clima de Panamá, que todo lo destruye y devora; entre las fuerzas juveniles del Hércules, al comenzar el primer trabajo en su edad madura, y sus fuerzas gastadas al comenzar el segundo trabajo en su decrepitud; entre las facilidades ofrecidas por una empresa y las dificultades opuestas por la otra: ni Lesseps, ni Francia, escucharon observación alguna y se metieron á la obra del temerario proyecto con una sublime ceguera, de la cual no se han curado, sino en las profundidades ya del deshonor y de la ruina. El caso era que habían para montar su empresa necesitado del capital francés, y para granjearse auxilio tanto habían á su vez necesitado valerse de medios violentísimos y muy rayanos en la corrupción ó en el cohecho. Y, como en proyectos de tal monta, piensa recurrir á los poderes públicos demandándoles autorizaciones legislativas para la emisión de valores, tan cuántosos cual pudiera emitirlos un Estado; casi todos los estadistas se han hallado metidos en la desgracia, trocada para muchos de ellos en deshonor. Desde que comenzó el proceso Wilson anuncié yo las vías de perdición en que los franceses entraban, por no haber tenido sus ministros la energía indispensable para ocurrir-á estos males y atajarlos en su origen y nacimiento, por los medios propios del poder ejecutivo y sin necesidad alguna de apelar á escándalos tales como procesos y condenas. También anuncié, al caer Constans, cómo no había que haberle dejado tomar tantos vuelos, ó no había que haberlo despedido con tanta ignominia, de igual modo que ví el cabezillo de las venideras conjuras y de los frustrados pronunciamientos en el general Boulanger, al observar, cuando sólo era ministro de la Guerra, como

le iban entrando por las mientes el golpe de Estado y la dictadura pretoriana. Pero lo cierto es que hoy, entre las maniobras de Wilson, los rencores de Constans, las venganzas transmitidas á sus herederos y sucesores por Boulanger, las conjuras de Andrieux y las protervias de Reinach y Artón y Hertz, que han querido coger en sus redes á los repúblicos franceses, preséntanse maltrechos y malheridos casi todos; éstos por haber dado la Legión de Honor al agente de los valores evaporados; aquéllos por haber dicho en sesión parlamentaria que apelaron á la caja de sus amigos en demanda y requerimiento de préstamos para los fondos secretos; los de más allá por haber en pública confesión acusádose á sí mismos de intervenciones personales en la distribución á los periódicos del capital consagrado á publicidad; y hasta los más avanzados, porque Hertz aporta hasta dos millones al arca de sus diarios que la echan de puritanos y radicalísimos: inmenso y terrible hospital, donde las lacerias morales huelen peor que todas las lacerias materiales, gangrenando las almas y sus conciencias, destruyendo algo superior á la vida como son la fama y la honra. ¿Nos extrañaremos de que Francia esté así en crisis?

Y no hablemos de aquellos que han salido con las manos en la cabeza, ora por causa del proceso increíble, ora por causa de las sentencias implacables. Eiffel, que levantó una torre comparada por su atrevimiento con la torre de Babel, queda herido por haber en sus arcas entrado para trabajos ístmicos veintiocho millones, y sacado tan sólo cuatro, con lo que nunca tendrá ya, ni crédito, ni autoridad. Baihaut era ministro de trabajos públicos en aquellas peligrosas ocasiones, cuando se dió una de las más importantes leyes, ampliando las emisiones de títulos. Quinientos mil francos le valieron sus manejos desde la gobernación pública en estos peligrosísimos asuntos. Una historia del corazón se mezcla

con la historia del bolsillo. Había tal prevaricador enamorado de la esposa legítima de un amigo y consocio suyo. Prevalido de la ley Naquet sobre divorcios, disolvió el matrimonio y se casó con la mujer codiciada en lazo nuevo. El abandonado no perdonó la infame acción, y ha ido persiguiendo á quien creía raptor hasta hundirlo en la deshonra y en la cárcel. Pasemos de largo sin convertir los ojos á la desgracia de Lesseps. Con lágrimas debíamos escribirla y cada letra debía lanzar un sollozo. Mas contemplad cómo se contagia todo el mundo, con aquello que por Francia pasa; contempladlo. Desde que la nación de los figurines y de las modas adolece de un mal tan molesto, como su gran Panamá, todos los pueblos europeos quieren tener á su vez un Panamá para sí, grande ó pequeño, como si fuera esto algún honor y algún holgorio. Ya lo tiene Italia. Ya se ha descubierto que se había, el cajero de la Banca napolitana, comido unos tres millones de francos, y que la Banca romana por su parte había emitido sin autorización y sin derecho sesenta millones de liras, falsas en realidad, por haber traspasado de un modo fraudulento, en cantidad tan enorme y extraordinaria, el necesario límite puesto por las leyes á su emisión de billetes. El efecto, sobre la opinión de semejantes malandanzas ha resultado inmenso; mas, en las neurosis congruentes á tales desgracias, ha tenido Italia mayor calma que Francia. Mientras ésta rompió toda consideración, instituyendo sobre los crímenes cometidos en el Panamá una comisión parlamentaria, cuyas atribuciones lo mismo perturbaban el poder ejecutivo que el poder legislativo, sin traer ningún resultado práctico y tangible; Italia se dominaba con grande imperio á sí misma y huía de tal escándalo baldío, encomendando al poder judicial, único en verdad competente, las informaciones que ilustran la conciencia pública y los castigos que á la vez corrigen y enmiendan. Sólo una

desafinación se ha conocido y era en hombre superior como Bonghi. Hace tiempo ya, descubríamos los lectores asiduos, como yo, de sus escritos, un estado nervioso, irregular, que se patentizaba en expresiones muy exaltadas y por ende muy ajenas del antiguo temperamento conservador, así como juicios contradictorios á veces con el antiguo muy observado y muy seguido sistema suyo. En los últimos días háse agravado este mal. Ministro ayer, consejero ahora de Estado, repúblico eminente de suyo, publicista de muy mesurada complexión; todas estas ventajas le imponían reservas y medidas, de las cuales no se ha creído nunca en el transcurso de su larga historia desasido y le ceñían al deber de no habérselas con los reyes aliados de Italia, y con su propio rey italiano en guisa de cualquier periodista independiente. Así, con extrañeza universal, Bonghi ha escrito en una revista literaria de Roma y en un diario político de París dos artículos, arguyendo, en el primero de sobrado constitucional á Humberto, y en el segundo de sobrado inquieto al emperador Guillermo, por los cuales se ha visto sin la correspondiente invitación al baile último de la corte, so pretexto de haber maltratado á un amigo de la monarquía italiana; y luego se ha visto sometido á un expediente del mismo alto cuerpo á que pertenece ahora, en investigación de si quienes ejercen dignidades tan sublimadas como la suya, pueden escribir del rey constitucional y de sus obligaciones con cierta irrespetuosa irreverencia é incitando á golpes y actitudes cesarísticas contradictorias en todo á la naturaleza del poder supremo en las monarquías constitucionales y á los derechos que la Constitución concede al Parlamento y al ministerio. ¿Qué se propone con todo esto Bonghi? Nadie lo sabe.

Lo que sí sabemos son unas cinco noticias recientísimas, á cual más interesante. La primera, que ha buscado

y obtenido el ministerio francés un voto de confianza, necesario tras sus innumerables duelos y quebrantos. La segunda, que ha, por fin, el príncipe de Bulgaria, correspondido á la reforma constitucional, cuyas disposiciones excusan á los jefes del Estado de la obligación de profesar el dogma griego y ortodoxo, al pedir y obtener la mano de una princesa legitimista, como María de Parma, pariente del conde de Chambord y de D. Carlos, con lo cual se mezclará la sangre del guillotinado Luis XVI con la sangre del guillotinator Felipe Igualdad, y se marcará un trono revolucionario, moderno, fundado sobre la voluntad nacional, con esa heráldica flor de lis, que representa las viejas castas privilegiadísimas y las horribles tradiciones absolutistas. La tercera, que ha caído el gobierno portugués de Díaz Ferreira; la cuarta, que toma orientación extraña la República francesa con el nombramiento de Ferry para la presidencia del Senado. Y la quinta, que Gladstone ha presentado el *bill* relativo á Irlanda, en larguísima lectura, cortada por elocuente discurso, á la Camara de los Comunes. Detengámonos al acercarnos á un hombre tan ilustre, para ofrecerle de grado los tributos de nuestra constante admiración por su persona y por su verbo, admiración rayana en verdadero culto. Apenas pueden referirse los progresos llevados por el inmortal orador á la patria. En pueblo alguno las ventajas progresivas duran tanto como en Inglaterra; pero en pueblo alguno cuestan á su vez tanto. Y Gladstone abolió los privilegios nobiliarios en el ejército; amplió los derechos electorales hasta llevarlos á las fronteras del sufragio universal; desarraigó del suelo celta la vieja Iglesia y el viejo clero anglicanos impuestos á Irlanda por la conquista feudal y por la intolerancia religiosa. Digámoslo en puridad, aunque lleguen á los oídos todos, entre himnos de alabanzas que aturden los sentidos y ensordecen los aires, el discordante acento de feroces calumnias y

terribles calificativos, digámoslo en puridad, si únicamente tuviera en su historia la consecución de este progreso, ¡él!, que tiene tantos triunfos alcanzados en los combates con la superstición, ¡él!, contaríamoslo entre los redentores más santos del oprimido, tan escaso de auxilios, y entre los impulsores del planeta nuestro, tan vacilante y tardo en la carrera y órbita del derecho. Así Dios le ha dado la vida de los antiguos patriarcas, y le ha permitido asistir á la milagrosa multiplicación de bienes que han traído á su patria tantos y tan dichosos progresos como su pensamiento ha formulado en reveladoras palabras, y luego sus esfuerzos se han cumplido y encarnado en la rebelde realidad. Gladstone ha querido llevar la iniciación de su pueblo en este recientísimo progreso como si tratase de iniciarlo en algunas viejas liturgias. Así, ha guardado el secreto con tal reserva y silencio, que nadie ha podido traslucirlo, á pesar de la inquisición fundada por los reporters á la usanza de los yankees en la puerta de todos los gobiernos europeos para saber cuanto quieren éstos callar y comunicarlo á campana herida por los cuatro puntos cardinales del aire. Y sin embargo, su plan había de resultar por fuerza el consiguiente lógico y necesario de todos aquellos muy sabidos y muy divulgados antecedentes puestos por el gran estadista en los proyectos de ley, concebidos y formulados siete años hace y á cuya indeclinable aparición los viejos partidos ingleses á una se levantaron en tropel contra la justa innovación y dieron prontamente con ella en el suelo. Así, hay en la novísima fórmula fundamentalmente aquello mismo que había en la vieja y sabida: un Parlamento dividido á la manera británica en dos Cámaras y un representante del poder imperial con veto suspensivo. Hay el señalamiento de la parte, con que debe contribuir á los gastos comunes del imperio británico Irlanda, y hay la distribución del ejército y de la fuerza pública en tér-

minos de que no pueda nunca dañar su empleo y ejercicio á la integridad y conservación del territorio nacional. En todo esto el plan reciente de Gladstone se asemeja cual una gota de agua á otra gota de agua, por completo al antiguo y ya sabido plan. Donde hay, sin embargo, una innovación, é importantísima, es en la presencia de los diputados irlandeses en el Parlamento nacional. Antes había Gladstone propuesto el excluirlo; y como tacharan tales exclusiones de verdadera separación, ahora están incluidos á fin de no romper la unidad del Estado en que deben á una entrar consustancialmente Inglaterra, Escocia é Irlanda como entran las tres hipóstasis divinas en la Trinidad cristiana. Pero la entrada no parece difícil, ni mucho menos. Lo que parece imposible casi es la clasificación de aquellos asuntos que deben por su índole deferirse al Parlamento británico en su totalidad, y aquellos asuntos que deben tan sólo deferirse á los diputados de Inglaterra y Escocia y Gales, sin presencia ni participación de los diputados de Irlanda. En este punto se halla la brecha del proyecto; porque, á decir verdad, en lo que al resto respecta, los mismos torys han llegado á un acuerdo con los wighs en la necesidad urgente de hondas y perentorias medidas. En las palabras dichas sobre tal asunto por Gladstone, reina una exactitud verdaderamente algebraica, encerrado en fórmulas de una precisión maravillosa. No existe, no, término medio entre las concesiones y la represión. O hay que resistir, ó hay que ceder. Imposible para Inglaterra oponer á Irlanda resistencia de ningún género, imposible de todo punto. Un Estado como el Estado moscovita, puede resistir á un pueblo como el pueblo de Polonia. Pero un pueblo soberano de sí mismo, como el pueblo inglés, no puede contrastar las grandes aspiraciones de otro pueblo, como el pueblo irlandés al gobierno propio y al propio derecho. Necesítase darle una participación en la soberanía. Y no basta con el gobier-

no local ideado por los conservadores, necesitase un gobierno nacional. Y este gobierno nacional no puede organizarse, sino en el proyecto presentado por Gladstone, que muchos denominan proyecto de traición, y es, en realidad, un proyecto de paz y de concordia.

Pocas, muy pocas cuestiones han tenido en los quince días últimos una tan grande importancia como la cuestión religiosa, relegada por los superficiales pensadores materialistas de hogaño al número de los ensueños hipnóticos, y que, sin embargo de tal menospreciativo anatema, surge á cada minuto con fuerza renaciente y se impone á cada hombre con imperio verdadero, mostrando cómo su dominación perdurará mientras perduren aquí abajo los misterios de la muerte y los deseos y esperanzas de la inmortalidad. Primeramente, tras largo espacio de silencio, el Pontífice ha reunido un consistorio, y en el consistorio ha proclamado grande número de cardenales, nombramientos de suma trascendencia para lo porvenir, pues deben designar sucesor al por cien motivos irremplazable León XIII. Después, lo mismo en la capilla de nuestro palacio real de Madrid, que en la capilla del palacio presidencial de París, con ocasión de la entrega de los birretes por cada jefe del Estado, se han dirigido mutuas palabras de amistoso afecto los dos viejos poderes en pugna eterna, el civil y el religioso, como para demostrar cuán lejos nos hallamos de la batalladora Edad Media, y cuán cerca de una compenetración entre la realidad y el ideal, á cuya virtud y eficacia se haya más práctico éste y aquélla más espléndida. Además, con ocasión de las festividades religiosas, hánse pronunciado palabras por uno de los extremos exagerados y violentos de la política en los congresos católicos, encaminadas á restaurar el poder temporal de los Papas, y palabras por otro de los extremos en los congresos laicos, encaminadas á romper toda relación de la Iglesia

con el Estado y á quitar los embajadores acreditados en la corte pontificia. Detengámonos un tanto en presencia del uno y del otro caso, que merecen meditación y estudio. Con efecto, en Viena se ha celebrado ahora un Congreso de católicos austriacos, muy semejante al que celebran los ultramontanos alemanes en Fulda todos los estíos, y al que celebrarán esta primavera los católicos españoles en Sevilla. Y parece que el arzobispo de Viena se ha permitido decir y asegurar que no podía ejercer el pontífice romano su autoridad suprema, si el mundo católico no le ofrecía un territorio donde se hallara sin subrogación á poder otro alguno que le sobrepujara y eclipsara. Nada en esto de maravilloso. Así hablan todos los prelados. Pero no con las circunstancias agravantes que concurren en el prelado vienés, por su influencia sobre la corte del imperio de Austria y por hallarse allí presente cuando las decía el heredero de este grande imperio. Y mientras tal cosa en Viena sucediera, en París sucedía lo contrario. Uno de esos radicales rutinarios, llamado M. Hubbard, á quien posee una especie de hidrofobia, en cuanto vislumbra el agua bendita, se ha levantado en la Cámara francesa con motivo de la discusión del presupuesto. Y ha pedido la extirpación de las partidas propuestas allí al pago de la embajada mantenida en la corte vaticana. Digámoslo en honor del sentido común de nuestro continente: ni las palabras dichas por los ultramontanos en Viena, ni las palabras dichas

por los ultraradicales en París, han tenido resonancia de ningún género, porque ni pueden restaurarse ya los poderes temporales de la soberanía pontificia, ni pueden suprimirse las embajadas mantenidas al lado de quien para todos, y con especialidad para los pueblos católicos, representa y significa la mayor espiritual autoridad existente hoy bajo el cielo. Pero á todos, á los unos y á los otros, contesta la tierna ceremonia celebrada en San Pedro y la numerosa peregrinación allí reunida en celebridad natural de fecha tan fausta como la que señala el transcurso de medio siglo ya en el desempeño de la autoridad episcopal en nuestro venerando y veneradísimo Pontífice. Cuanto se diga, es poco. Detengámonos, aunque sea un minuto, en presencia del sublime León XIII y del escenario donde en conmemoración de tal fecha se ha celebrado, pues nada que pueda interesarnos á los latinos en el mundo como el Pontificado católico, la Ciudad Eterna y la Basílica madre. Los filósofos de pacotilla que creían apagado el sentimiento religioso al soplo de sus ideas, habrán de ver ahora cómo crece purificándose por sí mismo este efecto connatural á la humana especie, y los ultramontanos, que creían abandonado el Papa de los fieles si le faltaba su poder temporal, habrán visto cómo nunca hubo Papa en la tierra tan venerado y querido como este Papa sin cetro y sin corona terrestres. ¡Loor á la libertad!

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

La actividad política, exacerbada estos días con motivo de la proximidad de las elecciones, se ha apoderado con tal fuerza de todos los españoles que tienen ó debieran tener uso de razón, que á estas fechas no se habla de otra cosa si no es del triunfo más ó menos probable de este candidato cunero, de los desafueros de aquel gobernador ó de las maniobras de tales ó cuales ministros. Todo cede ante el encasillado, y ni aun las últimas elecciones de la Academia han tenido poder bastante para distraer los ánimos, fijos casi, sin excepción, en los preliminares de la lucha que se avecina. Poco es, de todos modos, lo que la literatura nos ha ofrecido en estos últimos días; todo ello puede reducirse al drama *Gerona*, representado en el Teatro Español, á la novela del austriaco israelita, Max Nordau, titulada *El mal del siglo*, y vertida al castellano con no mucha pureza de lenguaje y á la colección de novelitas titulada *Para todos* de E. Sellés.

Gerona es una tentativa poco afortunada hecha por Galdós para convertir en

drama uno de sus justamente famosos episodios nacionales. Como toda obra cuya forma genuina se desnaturaliza, la última producción dramática de Galdós, al pasar de la novela al teatro, no ha adquirido ni la fuerza sintética, ni la sobriedad, ni el interés individual, que son elementos esenciales de las composiciones escénicas. Es muy difícil, si no imposible, que la obra concebida por el autor como drama, se trueque después en novela, ó al contrario, que la novela se convierta en drama. En arte, como en todo, cada cosa es según la semilla de que procede; querer contrariar esta ley natural, es, perdóneseme lo vulgar de la expresión, pedir peras al olmo. Hay, sí, en *Gerona*, destellos de un entendimiento superior, escenas conmovedoras que hacen sentir al espectador el escalofrío de lo sublime. Aquellos chiquillos, hijos de héroes, héroes ellos también, que cantan y bailan mientras estallan las bombas; aquel pueblo diezmado y hambriento, compuesto de lisiados y enfermos, que prefiere morir antes que rendirse; aquella *Junta* intrépida y varonil, cuya

aparición en el primer acto evoca la visión trágica del asalto; aquellos escombros humeantes, aquellos tambores que tocan marcha de honor, en el momento de la capitulación, á los fieros defensores de la ciudad mártir, todo aquel resplandor de la gloria patria hace brotar en el corazón santos afectos, grandes ideas en el cerebro y lágrimas de entusiasmo en los ojos. Viendo aquello, viene á la memoria la hermosa frase de Tácito: *majores et posteros cogitate*.

Pero en medio de este cuadro, cuya sublimidad pertenece principalmente al hecho histórico, ¡qué pobre y desprovista de interés resulta la acción inventada! Creo que es un aforismo de Hipócrates lo de que «un gran dolor quita otro menor». En el orden moral es tan verdadera esa afirmación como en el orden físico. Ante una ciudad destruida, ante un pueblo casi aniquilado, en presencia de tantas viudas, de tantos padres sin hijos, de tantos hijos sin padre, en medio de todos aquellos horrores, ¿cómo han de conmovernos las penas de Nomdedeu y la locura de su hija? Es más; aquellas lamentaciones del médico y su mismo amor paternal le empequeñecen á los ojos del público: el pueblo de Gerona podría decir al lacrimoso Nomdedeu lo que Guatimocín dijo á su ministro que lanzaba gritos de dolor cuando ambos eran abrasados á fuego lento. ¿Qué, estoy yo por ventura sobre un lecho de flores? Los heridos, las mujeres, los niños... la multitud entera gerundense es más grande, que Nomdedeu. Todos han sufrido y sufren angustias parecidas ó mayores que las del doctor, y todos menos él quieren mejor que la rendición la muerte. Por eso decía antes, y ahora repito, que lo único que nos interesa es lo colectivo, *el episodio nacional*; lo individual, lo que propiamente pertenece al

drama, no sólo carece de interés, sino que entorpece además la acción principal, la acción histórica.

Decía Schiller, con la profunda sagacidad de su delicado entendimiento, «que en todo arte la perfección estriba en saber traspasar los límites específicos, sin sacrificar al mismo tiempo las ventajas particulares de cada una de las formas artísticas». Galdós ha intentado traspasar los límites del drama, dando cabida en él á la acción épica ó novelesca; pero ha sacrificado en absoluto las condiciones dramáticas. Se ha dicho también que todo lo que cabe en la epopeya y en la novela, cabe en el drama; aun concediendo esto que sólo puede admitirse con muchas restricciones, habrá que convenir de acuerdo con todos los críticos, desde Hegel hasta Mad. Staël, desde Schlegel hasta los modernos estéticos, que en la epopeya, lo que nos interesa, es la colectividad; en el drama, el individuo, el hombre. Cuando falta, como en *Gerona*, el interés individual, la obra dramática languidece y cansa.

Un hermosísimo pasaje, que casi pasa inadvertido, hay en la última producción de Galdós: me refiero á la entrada en escena de Badoret y de sus amigos después de haber enterrado á Gasparó. Es una pincelada de mano maestra, pero que por las razones apuntadas más arriba, no se destaca del fondo del cuadro, como no se destacaría en un lienzo negro una primorosa figura pintada con color negro.

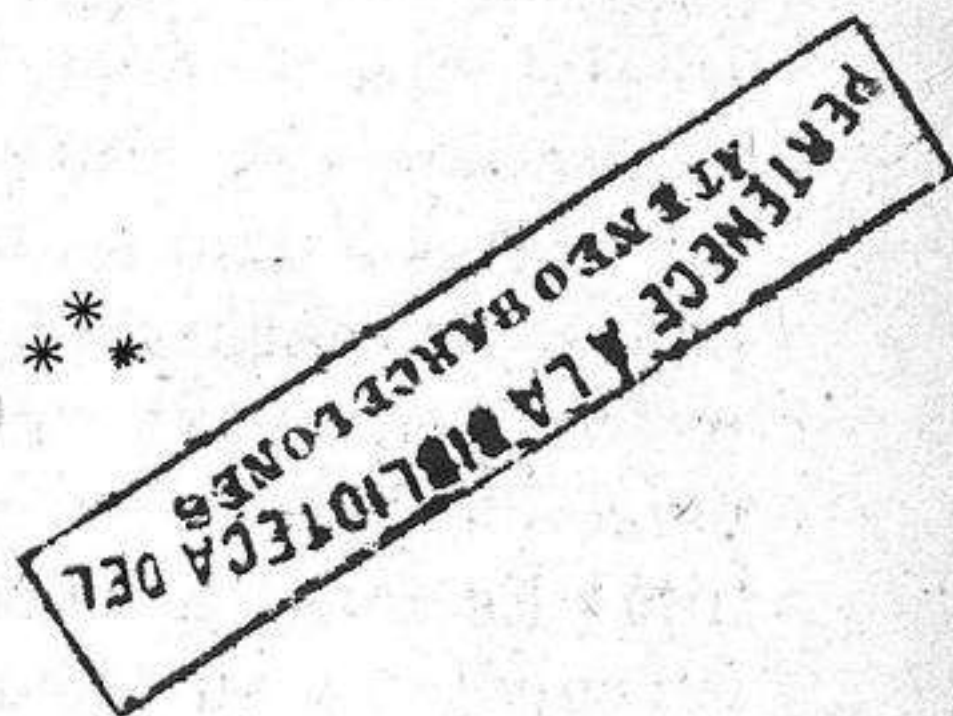
Otra razón contribuyó también al éxito poco afortunado de *Gerona*. Ya hizo notar Moratín lo inoportuno que es mentar el hambre en el teatro. Claro es que nada más natural que muera de inanición una mujer que no ha probado bocado en cinco días; no es menos natural que en un sitio como el de Gerona ó el de Viena, coma la gente

estropajos y correas, y hasta que tenga por manjarés exquisitos las más repugnantes sabandijas; pero tales cosas, que no solamente son verosímiles sino verdaderas, pugnan con las condiciones de la representación, en la cual no cabrían tampoco otros muchos episodios que son admisibles en la novela como la escena de la ambulancia en la *Débâcle* ó las de la peste en la obra de Manzoni. Lo horrible y lo repugnante no han tomado todavía carta de naturaleza en el teatro. Quizá andando el tiempo, cuando se dé con los nuevos moldes, podrán acaso los poetas deleitar al público con alguna que otra ejecución en garrote vil, imitada con la posible verosimilitud, con escenas de hospital ó con la representación de una autopsia, exornado todo ello, con el aparato que tan palpitantes asuntos exigen. ¿Quién sabe hasta dónde habrán de llegar los innovadores del teatro? Por de pronto ya puede citarse *El hijo de D. Juan* y *Les revenants* como primeras tentativas del drama hospitalario. Víctor Hugo, hablando de las inmundicias que encierran las cloacas de París, demuestra que todo aquello que tan nauseabundo es y tan inútil parece, representa una riqueza incalculable. Tal vez en las cloacas sociales fermentan ahora los tesoros de la dramática del siglo xx.

Volviendo ahora al drama de Galdós, es lo cierto que el público del Español, lejos de acongojarse con el hambre de los gerundenses, soltaba la carcajada cada vez que uno de los personajes hablaba de su apetito y refería los repugnantes bocados con que habían intentado matar el hambre. Lo que prueba, á mi entender, como tres y dos son cinco, que no está el público todavía en condiciones de aceptar los *nuevos moldes*.

Con ser nulo ó casi nulo el interés

propiamente dramático, lánguida y deshilvanada la acción, excesivamente gárrula la locura de la hija del doctor, impropios de la escena varios episodios de la obra, antiteatral lo del hambre, poco feliz lo relativo á los amoríos de las petimetras y la escena del cesto, aún tuvo *Gerona* otros enemigos mayores, sin contar los franceses. Los verdaderos destructores de *Gerona* fueron los actores que *la ejecutaron*. ¡Qué retahílas las de aquella loca! ¡Qué lamentos los de Vico! ¡Qué Paquita, qué Perrín y qué D. Alvaro! Ejecuciones como la del drama de Galdós se han visto pocas. Sólo la señora Mantilla, que desempeñó de un modo aceptable su papel de Badoret, y la señora Rodríguez, verdadera heroína de *Gerona*, estuvieron á la altura que exige ó debiera exigir el primer teatro de España.



Sea porque el pensamiento alemán—y al decir alemán, me refiero al que se vale como medio de expresión del idioma germánico—propende con preferencia á toda otra dirección, al estudio austero y reflexivo de las graves cuestiones científicas, ó bien porque las investigaciones metafísicas hayan ahogado en aquel país la afición á la psicología, elemento principalísimo de toda creación novelesca, ó porque la novela carece de medios para expresar las nebulosas vaguedades germánicas, ó, finalmente, á causa de esa multitud de elementos que Taine considera como componentes de lo que llama clima moral, los cuales impiden que en un terre-

no cualquiera se den tal ó cual especie de producciones, es indudable que la novela alemana ocupa puesto muy inferior en comparación del que corresponde á las novelas de otros países de Europa. Desde que Goethe que en el *Werter*, *En las afinidades electivas* y en el *Wileim Meister*, del mismo modo que en cuanto puso mano de su genio poderoso enriqueció el arte con obras maestras, nada ha vuelto á producir en el género novelasco la literatura del otro lado del Rhin que pueda compararse con las creaciones de los grandes novelistas europeos. Los nombres de Spielhagen, Conrad, Bleibtreu, Zugler (austriaco), Freytag, Heyse y Fontane, si han pasado las fronteras de los Imperios de Alemania y Austria, no son conocidos del gran público, de ese que devora á las pocas horas de haber salido de las prensas, las novelas de Zola, Bourget, Daudet, Maupassant, y que ha admirado y sigue admirando á Balzac, Dickens, Jorge Elliot, Tolstoy, Turgue- nef y Dostoyuski. En España, de los novelistas alemanes modernos, no recuerdo que sean conocidos más que Auerbach y Ebers.

En las novelas germánicas que se apartan de los modelos franceses, domina el elemento científico. Unos escritores como el ya citado Ebers en *La hija del rey de Egipto*, en *Taylor*, en *Antinoo*, y Félix Dhan en su *Lucha por Roma*, han cultivado la novela arqueológica; otros, como Spielhagen en su *Naturalezas problemáticas* y *El yunque y el martillo*, se proponen el estudio de problemas sociológicos, y Karl Bleibtreu, en *La locura de las grandezas*, trata de implantar en Alemania la novela patológica. También el carácter científico es el sello de la novela *Mal del siglo*. Su autor, Max Nordau, cuyas *Mentiras convencionales*, á pesar de las paradojas

que contienen, ó tal vez á causa de ellas, han sido leídas y saboreadas en España, goza no sólo en su patria, Austria, sino en Alemania, en Italia y en Francia, merecida y envidiable celebridad. Su nombre, pues, y el expresivo del título del libro, son estímulos bastantes á despertar la curiosidad de los lectores.

¡El mal del siglo! En ninguna nación como en la patria de Werter se ha manifestado con mayor intensidad esa negra tristeza, verdadera epidemia de los espíritus que crece á medida que el progreso material aumenta. ¡Triste cosa es que conforme va siendo la vida material más cómoda, menos ruda la lucha con la naturaleza y más suaves las costumbres, vayan invadiendo los espíritus intranquilidades angustiosas, esperanzas insensatas, anhelos irrealizables, un malestar interior que toma mil formas diversas y que en vano busca el reposo que encontraba antes el alma en medio de los más rudos combates y de las luchas más azarosas! No es ocasión esta de enumerar las causas que producen tales efectos, ni menos señalar su origen. Basta con consignar el hecho, que por otra parte no necesita comprobación, por lo mismo que es universalmente sentido. Además de estos motivos generales, que tan dolorosa influencia ejercen sobre todos los pueblos civilizados, existen en Alemania otros varios que Max Nordau nos presenta en su novela. Desde los tiempos de Kant el pensamiento germánico hállase empeñado en la tenaz porfía de arrancar á la realidad su más atractivo é impenetrable secreto. La *cosa en sí* es la tremenda esfinge que interrogan en vano los filósofos alemanes como antes los sabios de todos los pueblos. Para explicar el indescifrable problema se han inventado toda especie de sistemas

y se han construido los más atrevidos é ingeniosos mecanismos. Pero ni Fichte con su famosa teoría del *yo* y del *no yo*, ni Hegel con su *venir á ser*, ni Schopenhauer con su *Metafísica de la voluntad*, han conseguido dar un paso más allá de los que anduvo en el camino de lo desconocido el gran filósofo de Koenigsberg. El *noumeno* permanece inalterable sin que ningún mortal haya levantado el velo que le cubre. Pero esta ansiedad, este anhelo transmitido de generación en generación, ha producido en las almas pensadoras, en aquellos que más influyen sobre las de sus conciudadanos cierta desviación malsana que, apartándolas del mundo real, las precipita en el vértigo de las ideas aventuradas. Para estos espíritus superiores vale más el por qué de la vida que la vida misma, y semejantes al niño que por averiguar el mecanismo de su juguete acaba por destruirlo, así ellos esterilizan la existencia en su afán insaciable por estudiarla y conocerla. Estas lucubraciones, nacidas en las cimas de la inteligencia, se han difundido en todas direcciones merced al libro, al periódico, á la explicación oral, á los mil medios que hoy posee el pensamiento para extenderse y generalizarse. Merced á esta difusión, no hay cerebro que se vea libre de las oscilaciones de la duda y de las vacilaciones de la conciencia.

A este estado general de los espíritus han contribuido, en proporción no escasa, las circunstancias históricas por que ha pasado Alemania durante los últimos veinte años. La unidad germánica era el ideal de este gran pueblo; veíase en ella algo como la tierra prometida con todas sus soñadas bienandanzas. La noble aspiración latía en todos los corazones é inflamaba todos los ánimos. Llegó la guerra; cubriéronse de gloria los ejércitos germáni-

cos, hízose la unidad apetecida; pero al volver á sus hogares los vencedores de Sedán, echaron de ver que el ideal conseguido y los laureles conquistados distaban mucho de ser la felicidad. La misma victoria engendró males sin cuento, tales como las suspicacias del gobierno, el espionaje, el desarrollo del socialismo, y, lo que es peor, la falta del ideal colectivo y grande. El desencanto fué mayor que había sido la esperanza; la negra filosofía de Schopenhauer y Hartmann hizo presa en los espíritus y la voluntad, agitada en distintas direcciones, falta de un fin determinado á que encaminarse, huérfana de creencias, viendo brotar el mal de aquello mismo que creyó incomparable bien, dejóse caer desfallecida y desesperada como el viajero que engañado por el espejismo del desierto encuentra, al cabo de penosa marcha, que los verjeles que imaginó ver en el confín del horizonte no eran más que mentirosas ilusiones del deseo.

Tal es el fondo del cuadro en que Max Nordau ha trazado su novela. Figura principal de ella es el doctor Guillermo Eynhardt. Hermoso de cuerpo, de espíritu cultivado y de exquisita delicadeza moral, nos le presenta el novelista en el momento en que, separado de sus antiguos condiscípulos, se dirige á Hornberg, pintoresco pueblo enclavado en un rincón de la Selva Negra. El exterior severo y melancólico de Eynhardt nos revela ya algo de su alma, demasiado reflexiva para ser feliz. Hospédase en la misma fonda que Guillermo un matrimonio berlinés, cuya hija, Loulou, cautiva desde el primer día el alma del joven doctor. La poesía de tan hermosos lugares y la ley del amor, tirano de la vida, enlazan aquellos corazones juveniles. Es ternísimo y delicado aquel idilio impregnado del aroma de los bosques. Pero la *musa*

del análisis marchita en el alma de Eynhardt los comienzos de su amor. Estúdiase á sí mismo y estudia á Loulou, y, poco á poco, va comprendiendo que la futilidad y la ligereza forman el fondo del carácter de su amada, carácter á la verdad admirablemente trazado. La vida elegante que hace la joven en Berlín, las fiestas de su casa, el convencionalismo que en ellas domina, y, sobre todo, los gustos y aficiones de Loulou, son incompatibles con la severidad ó austeridad más bien del doctor alemán. Esto no obstante, no se decide á romper sus amores, aunque bien se comprende que aquella flor, nacida en el valle del Guttach, se ha secado en los espléndidos salones de la señorita de Ellrich.

Estalla la guerra, y Guillermo parte á cumplir los deberes que la patria le impone. Un interesante episodio da á conocer nueva fase del carácter de Eynhardt. Es en Dijón; el regimiento á que el joven pertenece recibe la orden de tomar un edificio defendido fieramente por unos cuantos centenares de franceses. La tropa alemana acomete con brío al enemigo; pero el valor germánico se estrella contra aquellos muros heroicamente defendidos. Varias veces se interrumpe el ataque y varias veces se reanuda la lucha, hasta que el regimiento alemán queda poco menos que aniquilado. «La bandera desaparece entre un montón de muertos; manos valerosas la enarbolan por breves momentos; vuelve á caer para flotar de nuevo y hundirse nuevamente para no alzarse más. —Hijos míos, grita el coronel, es preciso sacar á flote la bandera de debajo de los muertos... ¡Adelante los valientes! —Los diez ó doce hombres que restaban del destruido regimiento se lanzan á una muerte heroica. El capitán y Guillermo eran los únicos oficiales que quedaban con

vida. Al emprender el ataque, el capitán dirige á Eynhardt una mirada de censura, y gritando ¡Adelante!, cae á los pocos pasos herido por las balas francesas. Guillermo, que hasta este momento había permanecido contemplando aquel cuadro de horror, avanza tranquilamente bajo una lluvia de proyectiles, coge en brazos á su compañero herido y le saca de la pelea...» Al explicar su conducta decía: «el capitán era un hombre, la bandera no es más que un símbolo». Condecorado con la cruz de hierro, que es en Alemania lo que en España la cruz laureada de San Fernando, la rechaza. «No merece premio, dice, quien cumple tan sólo con su deber.»

Terminada la guerra vuelve á Berlín y rompe sus amores con Loulou, renuncia á un duelo á que le provoca un pretendiente de la joven y es expulsado del ejército á causa de su renuncia. Nada altera la inquebrantable firmeza de su carácter. Guillermo se propone vivir conforme á su conciencia, y desprecia todas las convencionales preocupaciones del mundo. Siente algo parecido á aquel anhelo que nuestro poeta expuso en admirables versos.

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
á solas sin testigo
libre de amor, de duelo,
de odio, de esperanza, de recelo.

Como se ve, el carácter de Eynhardt carece de humanidad, el joven doctor es más bien una abstracción que un hombre, por cuya razón la novela interesa poco como tal novela, aunque estimula la curiosidad y la atención desde el punto de vista filosófico.

A partir de aquí, la acción entra en

una segunda etapa. Guillermo, asociado por los lazos de una amistad sincera con Heber y Schreter, representación viva, aquél de la actividad práctica y éste del buen sentido filosófico robustecido por la experiencia que dan los años, asiste á las diferentes evoluciones porque atraviesa después de la guerra la sociedad alemana. Ni las ideas pesimistas representadas por Dœrfling, quien se suicida el mismo día que termina la impresión de su obra acerca de la *liberación* del hombre, ni el movimiento socialista influyen sobre el alma de Guillermo, atento sólo á su propio interior perfeccionamiento. La suspicacia de la policía le hace salir desterrado de Berlín, y desde este momento la novela cambia de dirección y el protagonista de carácter.

El amor carnal bajo la forma de una española, sevillana por más señas, y de vida bastante irregular, se apodera del severo filósofo y hace que se olvide por una larga temporada de sus filosofías. En los brazos de la hermosa condesa se funde el hielo de su severidad germánica, y el bueno de Guillermo llega hasta aceptar el desairado papel de favorito de la dama viviendo á mesa y mantel en casa de la fogosa andaluza. Huye al fin de los encantos de esta Dido, quien se suicida, si no como la amante de Eneas clavándose una espada, valiéndose de inyecciones de morfina, y por su parte el doctor, con el cual el novelista no sabe ya qué hacer, se ahoga por salvar de la muerte á un hijo de su amigo Heber, en cuya casa se ha refugiado después de su ruidosa calaverada.

¿Y el mal del siglo? preguntará el lector. De las palabras con que el doctor Schroter pone fin á la novela, parece desprenderse que el mal del siglo consiste en la falta de energía, de la voluntad, como resultado del desfalle-

cimiento en que se encuentra el alma á causa de su impotencia para conocer la cosa eterna en sí. De aquí el desdén hacia el fenómeno del mundo, el desprecio á la vida, tan manifiesto en la existencia de Eynhardt. En su primer amor no ve más que un capricho engañoso de su fantasía, en la idea de patria un convencionalismo sin realidad, en las costumbres preocupaciones, en el amor por la gloria humo y vanidad, en el amor de la carne hastío y vergüenza. Imaginado así el mundo, la vida se hace insoportable y el alma ó se abisma en el mar sin olas del Nirvana ó se consagra al culto místico del *yo*, ó, finalmente, busca la liberación como Dœrfling por medio del suicidio. Es, pues, el mal del siglo, según Max Nordau, la carencia de ideales objetivos, la indiferencia completa á todo lo que no es el *yo* solitario en medio de un universo incomprensible. La verdad es que si á estas conclusiones conduce la filosofía, no tiene grandes motivos la humanidad para estarle agradecida.

Con lo dicho puede comprenderse que en *El mal del siglo* el valor artístico está supeditado con exceso á la tendencia científica; el carácter del protagonista es más bien una abstracción que un ser humano, y aunque abundan en el libro episodios hermosos perfectamente expuestos y pintados con brío, no produce el conjunto de todos ellos la impresión estética propia de las composiciones literarias. El filósofo estorba al novelista. Sin embargo, la novela de Max Nordau es un libro que merece ser leído por cuantas personas busquen en la literatura, no sólo un placer fugitivo, sino motivos de meditación grave y severa.

*
* *

Poco espacio me queda para hablar de un libro notable, la colección de novelitas que con el título de *Narraciones* acaba de publicar Sellés. Lo que en otra parte he dicho de la última obra del autor del *Nudo Gordiano*, he de repetir aquí: no hay que buscar en el estilo de Sellés, ni imágenes deslumbrantes, ni oropeles, ni lentejuelas. Como su fuerza está en la *buena calidad* del pensamiento, el autor sólo se preocupa de que el lenguaje sea claro, ceñido, transparente, á fin de que no se pierda ni desfigure ninguna de las perfecciones de aquél. Encanta y maravilla leer las páginas de *Narraciones*; no hay en ellas ni una frase que huelgue, ni un vocablo ripioso y que no esté en su sitio. El pensamiento se vacía en el lenguaje, como el bronce derretido en el molde de la estatua. Hay algo superior á la precisión: la exactitud. El estilo de Sellés es más que preciso, es exacto: el escritor dice lo que se propone decir, ni más ni menos, cosa tanto más de admirar cuanto que, por regla general, los autores españoles, algo perezosos en el pensar, suelen escribir como el artista del cuento pintaba sus retratos, los cuales resultaban de San Antón ó de la Purísima, según que salían con barbas ó sin ellas.

El estilo de Sellés tiene, además, otro gran mérito: es castizo. Habla, salvo las accidentales modificaciones que las nuevas ideas comunican al lenguaje, como hablaban nuestros abuelos; de aquella manera sencilla y sabrosa que tanto nos deleita en los buenos escritores del siglo xvi. Ha leído mucho nuestros clásicos, se ha empapado en su modo de pensar y de decir, les ha tomado lo que pudiéramos llamar su aire de

familia, y los imita hasta en el empleo de las sentencias que, á guisa de epifonema, solían ellos emplear como resumen ó comentario de sus relatos. Muchas de éstas, á modo de breves disertaciones filosóficas, que el autor intercála en sus *Narraciones*, valen tanto por lo que se refiere al fondo, como por la varonil gallardía de su forma.

No sólo es castizo el autor de *Narraciones* en el lenguaje y en el estilo; lo es en la elección de los asuntos, en los caracteres, en las costumbres... No se encuentra en ninguna de aquéllas ni sombra de extranjerismo: son españolas netas, del noble solar á que pertenecen en lo antiguo las novelas de Hurtado de Mendoza y las escritas por la gloriosa pléyade de sus contemporáneos y sucesores, y en los tiempos modernos, las de Alarcón y Pereda.

*
* *

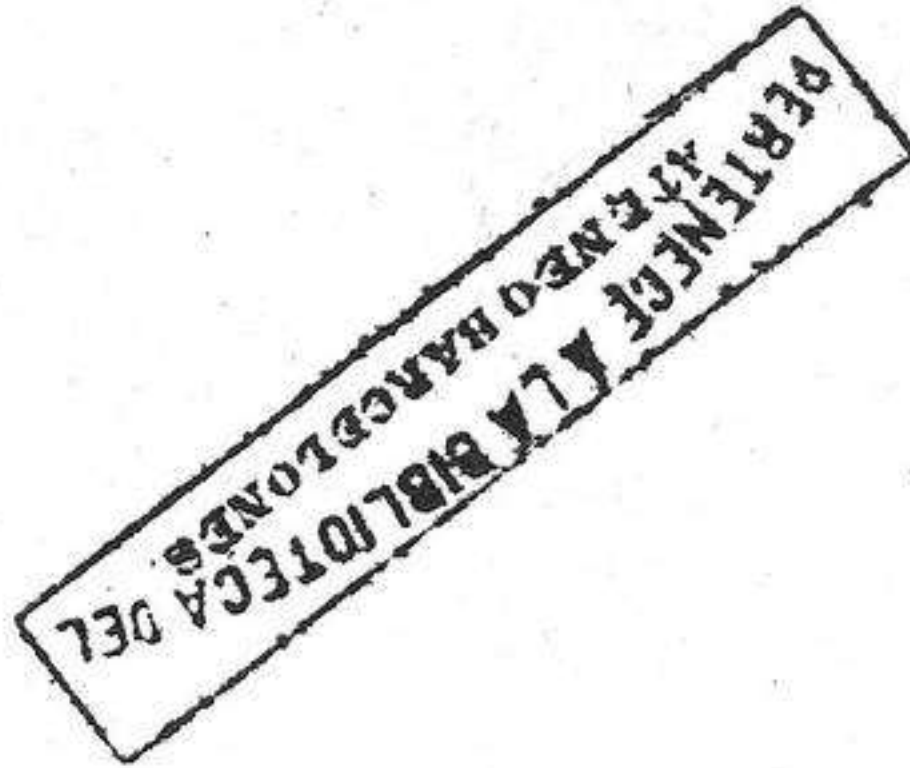
No pondré fin á estas cuartillas sin dedicar aquí un recuerdo á la eminente escritora doña Concepción Arenal, cuya muerte ha dejado en el mundo de las letras un vacío que difícilmente habrá de llenarse en mucho tiempo. Varias veces se ha honrado LA ESPAÑA MODERNA con la publicación de trabajos notabilísimos de la inolvidable autora de *El visitador del preso*. Sus *Cartas á los delincuentes*, *Las colonias penales*, *El derecho de gracia ante la justicia*,

las *Cartas á un obrero*, las *Cartas á un señor*, *La mujer del porvenir*, *El derecho de gentes* y otra multitud de libros, opúsculos, discursos y artículos, pregonan bien alto la profundidad de pensamiento, la asombrosa erudición y el claro discernimiento de la ilustre publicista, cuyo

nombre figura y figurará siempre entre los más esclarecidos pensadores de nuestra patria.

Con razón se ha dicho que con la muerte de doña Concepción Arenal ha perdido España uno de los más legítimos representantes de la ciencia moderna.

FRANCISCO F. VILLEGAS.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
<i>La dirección de las almas en el siglo XIX</i> , por E. Caro.....	5
<i>Un idilio durante el sitio</i> (conclusión), por Francisco Coppée.....	36
<i>Garibaldi según sus memorias</i> , por Enrique Ferri.....	74
<i>Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal</i> , por César Lombroso.....	106
<i>La riqueza</i> , por John Lubbock.....	119
<i>El salón de la señorita Contat</i> , por Sofía Gay.....	123
<i>Cuento histórico</i> (recuerdos de una noche de verano), por Andrés Theuriet...	149
<i>Los ladrones y el asno</i> , por Emilio Zola.....	155
<i>La sombra</i> (poesía), por D. Ludovicus, S. I.....	169
<i>Exposición histórico-europea</i> , por Nicolao Sturmalof.....	170
<i>Reseña crítica del centenario</i> , por Cesáreo Fernández Duro.....	179
<i>Crónica internacional</i> , por Emilió Castelar.....	191
<i>Impresiones literarias</i> , por F. Villegas.....	199

